¿Crees en el amor?

RECOPILACIÓN



JENNY DEL

¿Crees en el amor?

RECOPILACIÓN

JENNY DEL

Primera edición.

¿Crees en el amor? Recopilación

©Jenny Del.

©junio 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Amarte fue la razón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo
A sus órdenes, mi jefa
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8

Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Detente, lo primero es el amor

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Amarte fue la razón



Capítulo 1



—Dante, ven conmigo—me ordenó Sara, mi jefa.

Por Dios bendito, ¿qué tripa se le habría roto a esa mujer? Si es que yo ya no sabía lo que hacer para intentar congraciarme con ella, llegando a la conclusión de que era imposible quitarle esa cara de haber ingerido medio litro de claras de huevos podridos.

—Tú me dirás—le indiqué cuando llegué a la puerta de su despacho—Siempre que le decía eso se me venía a la cabeza la broma que gastaba mi compañero Rober al respecto de que debía medir bien poco, porque la que gastaba tan mala leche era un tapón de alberca.

—Tenemos que hablar, Dante. Cierra la puerta…

Lunes, ocho y media de la mañana, cayendo una tormenta veraniega que no me parecía precisamente el mejor de los augurios y un “tenemos que hablar” que no podía significar nada bueno.

—¿Prefieres que te traiga antes algo de la cafetería? ¿Un café, un té...? —En mi mente también pensé "un vaso de cicuta", aunque eso bien que me lo callé, que yo en ese momento lo que tenía era miedo, no me había vuelto tonto.

—No hace falta, te lo voy a decir a palo seco.

Vaya por Dios, no era mi día. El estacazo, porque esa lo que me iba a soltar era un estacazo, me lo iba a dar sin contemplaciones.

—Pues venga, estoy preparado para lo que sea.

No, uno nunca está preparado para recibir una mala noticia, ¿o me equivoco? Lo que pasa es que a veces no hay más remedio que mostrar "dientes, dientes, que es lo que les jode", como hizo aquella famosa tonadillera.

Hasta eso se iba a ver trastocado con lo que la bruja de Sara me dijese, que yo me estaba haciendo un arreglo bucal para que mi sonrisa fuera de cine, y ahora se me quedaría en un cine, pero de barrio.

No es que yo tuviese los dientes como las teclas de un piano, Dios me libre, sino que a uno le gusta cuidarse en todo y a mis dientes les faltaba un ligero retoque para lucir espléndidos del todo. Y mucho me temía que el retoque se lo iba a dar la amargada aquella, pero a mi bolsillo; que esa tenía fama de ser una veleta total y de poner al más pintado de patitas en la calle el día que le viniese en gana.

Llevaba cinco años trabajando en su concesionario de automóviles y, pese a que esté mal que yo lo diga, los últimos dos yo había sido el empleado estrella, el que más coche vendía. Mi carisma me ayudaba bastante a ello, no lo voy a negar.

¿Mi truco? Quedar bien con todo el mundo. ¿Que llegaba una chica sola? Me hacía el gay, que intenciones no tenía de ligar en mi trabajo. Ya se sabe que "donde tengas la olla, no metas la…" y eso lo llevaba a rajatabla. Así, mientras nos dábamos la preceptiva vueltecita en el coche en cuestión, íbamos quitándoles las tiras de pellejo a los hombres.

¿Que se trataba de un chico? Pues entonces vuelta a la tortilla, me salía la vena de machito y le metía por los ojos el buga más caro por aquello de que sería el ideal para ligar a mansalva.

Lo dicho, la cuestión era decirle a cada uno lo que quería escuchar en el momento adecuado y con la mejor de mis sonrisas, esa que les inspiraba toda la confianza del mundo, pues yo era un vendedor de primera.

No obstante, todos cometemos errores y yo la semana anterior me había pasado de listo con un cliente (gastándole una bromita sobre la bruja de mi jefa), que resultó ser su vecino. Seguro que el tío le había ido con el cuento y ella tenía metida mi carta de despido en el cajón de su mesa.

Sí, era eso… lo venía en su maquiavélica sonrisa. La tía iba a disfrutar de lo lindo dándome la estocada allí mismo y sin anestesia.

¿Qué estaba esperando? Las gotas de sudor iban a perlar mi frente como siguiera con la boca cerrada, compitiendo con esas otras de lluvia que aporreaban los cristales.

¿Llover así en verano y en Huelva? Parecía cachondeo, lo veía venir, no podía traer nada bueno.

—Pues verás, Dante, tú y yo hemos tenido nuestras diferencias últimamente, pero hay algo que no puedo pasar por alto…

Ya estaba, su vecino se había ido de la lengua. Si es que me lo merecía, por chistoso.

—Si te refieres a lo que comenté el otro día, solo era…

—¿Qué comentaste? ¿De qué diablos estás hablando?

Me pareció sincera, porque si de algo carecía Sara, aparte de altura y de belleza, era de pelos en la lengua.

—Nada, cosas mías, sigue por favor—Crucé los dedos, que parecía que eso no había llegado a sus oídos.

—Si me lo permites…—me soltó con retintín, ya que no había nada en el mundo que le molestase más a la engreída aquella que el hecho de que se la

cortase.

—Por supuesto, perdona.

—Te decía que hemos tenido nuestras diferencias, pero que aun así tengo que reconocer que eres único haciendo tu trabajo.

¿No me había llamado para formarme la zapatiesta? Y entonces, ¿para qué lo había hecho?

—Gracias, Sara.

—No hay de qué, no obstante, no te he hecho venir a mi despacho para que nos regalemos el oído el uno al otro.

Eso ya me lo imaginaba yo, que ella no regalaba nada, ni los mocos debía dar.

—Ok, pues soy todo oídos.

—La razón de que estés aquí, Dante, es que voy a ascenderte a jefe de ventas.

—¿Cómo?

Capítulo 2



Me había tocado la lotería, en versión trabajador, pero la lotería. Como jefe de ventas cobraría casi el doble de mi salario, por lo que ignoro cómo salí del despacho de Sara, dado que mis pies no tocaron el suelo.

Debí creerme en serio que iba en una nube, porque apenas me di cuenta de que me chocaba con Rober.

—Joder, tío, mira por dónde vas, que por poco me dejas sin paletas—me espetó mi amigo, bastante más centrado que yo, como era, pero desprovisto de mi arte.

—¿Qué es eso de tío? Querrás decir, jefe.

—No, no, no… ¿Que la Merkel te ha llamado para ascenderte? ¿Seguro que no es una de tus bromas?

—Yo puedo bromear con cualquier cosa menos con las de la Merkel, ya lo sabes.

Obvio que la llamábamos la Merkel porque era más seria que la canciller alemana, la puñetera.

—Ya, ya—Tocó madera como siempre que solíamos hablar de ella—. Ven aquí, a mis brazos…

—¿A eso es a lo que venís aquí? Lo de la exaltación de la amistad lo podéis dejar para esas copitas que os tomáis los viernes a la salida…—Era otra de sus particularidades, la tía tenía oídos por todas partes y llegaba siempre más sigilosa que un gato.

—Lo siento jefa—Ni celebrar nos dejaba.

—Menos sentir y más trabajar, que todavía es lunes.

Ella era así, un chorrito de alegría, pero a mí aquel día no me lo amargaba nadie; por fin me declararía a Jara.

Jara, mi Jara… la chica por la que llevaba bebiendo los vientos un año. No me había pasado nunca, me refiero no a lo de estar enamorado, que eso a mis treinta y seis tacos sería imposible, sino a lo de callármelo como un zorro.

Lo mismo, eso sí, lo que me ocurrió es que Jara era mucha Jara y yo no me sentía del todo a gusto con lo que le podía ofrecer hasta ese momento.

No es que yo sea un pamplinoso de esos que viven de las apariencias, pero ella tenía una zapatería para niños a media hora caminando de donde yo trabajaba que le iba bastante bien y, por primera vez en mi vida, como que sentí algo de eso tan molesto que la gente llama complejo de inferioridad.

No había día que no pasara por la puerta de su negocio y me pusiera a charlar con ella, con la esperanza de soltarle lo que sentía, sin importarme la caminata, que así hacía algo de ejercicio. Sin embargo, terminaba por salir andando sin decir esta boca es mía.

Mi sueldo, poco más que de mileurista, apenas me daba para pagar mi alquiler y subsistir, por lo que me las veía y me las deseaba para llegar a final de mes; pero eso ya se había acabado.

Por fin, por fin había llegado el momento de decirle que estaba enamorado hasta las trancas de ella. Y algo me decía que mi amor sería correspondido, que para eso me esperaba fumándose un cigarrillo en la puerta cada día, a la hora a la que yo solía pasar.

No había nada, ni una sola razón, para que no cogiera las jodidas riendas de mi vida por una vez y la invitara a salir.

Esperé con impaciencia a las dos de la tarde y me marché como una bala.

La divisé desde lejos, con ese vestido blanco, en versión mini y estampado en azul que tanto me ponía, y esas altas cuñas que realzaban sus interminables piernas.

—Hola, Dante, vaya día más feo que hace, ¿no? —me comentó con ese acento tan bonito que tenía y que me volvía loco.

Yo acento andaluz no es que tuviera mucho. Sobre todo, porque nací en Segovia, de donde eran mis padres, que se trasladaron hasta esa ciudad de Huelva de la que yo me había enamorado a mis once años. Y uno de los motivos de que me enamorara de aquel lugar fue precisamente Jara.

—Feo según se mire, yo no le veo nada de feo, mujer.

—Hombre, pues tú dirás, que ha caído barro en vez de agua, ¿has visto cómo ha dejado los coches? Ya verás las colas que se van a formar para lavarlos, que eso va a parecer Matalascañas.

—En eso tienes razón, pero que yo el día lo veo muy bonito.

—¿Muy bonito? Será porque te ha pasado algo bueno, que te lo veo en los ojillos.

—Sí, no te lo voy a negar, me han hecho jefe de ventas.

—¿Qué dices? ¡Enhorabuena, Dante! —La chavala, que sabía que yo no fumaba, tuve el detalle de tirar el cigarrillo antes de acercarse, ¡a darme un abrazo!

A mí lo que por poco no me da es un síncope, porque en la vida nos habíamos tocado y me sentí como un quinceañero.

—Gracias, guapa, sí que estoy contento, sí.

—Es que es para estarlo. Un ascenso y en estas fechas, pedazo de verano que te vas a tirar.

—Esa es la idea. Oye y hablando de todo, ¿tú tienes planes para el viernes?

—¿Para este viernes? No, todavía no. Bueno, verás, yo es que suelo salir con mi amiga Lola, esa que has visto algunas veces por aquí y que me echa una manita en las temporadas fuertes.

—Sí, la rubita, sé quién es.

Menudo contraste entre ambas, pues Jara era morena de pelo como yo, con la diferencia de que ella tenía unos ojazos tan azules que le salían seguidores en las redes por minutos. Y es que yo la seguía desde hacía un montón de meses y veía que foto que subía, foto que triunfaba como la Coca-Cola.

—Esa, la rubita, pues que yo suelo salir con ella, pero como es lunes, todavía no hemos hecho planes.

—Ni los hagas, por favor…

—¿Y eso? —me preguntó con gracia, viendo que por fin me había tirado a la piscina.

—Porque me encantaría invitarte a cenar—Me tembló hasta la campanilla, la suerte ya estaba echada.

—Me parece fenomenal, que tenemos mucho que celebrar.

"Fenomenal", qué fácil sonaba en su boca y qué difícil me había resultado a mí dar el paso. Es que no hay color; no tiene nada que ver un ligue con el amor verdadero.

Y yo con Jara sentía que el cachondo de Cupido me había perseguido hasta asegurarse de hacer bien su trabajo. Nunca había estado más enamorado.

—¿Sí? Pues ya me dirás dónde te apetece ir.

—No, no, de eso nada. Tú invitas, tú escoges.

Capítulo 3



A quien había escogido yo era a ella, que no podía ser más bonita. Con su imagen en la cabeza me dormí esa noche, que tampoco podía sentirme más feliz.

Como jefe de ventas, tenía mil ideas rondándome la mente. A mí vender se me daba genial. Vaya, que todos decían que soy de esas personas que les vende hielo a los esquimales, y no iban desencaminados.

El caso es que, por muchas ideas que se me vinieran a la chorla, hasta ese momento no tuve oportunidad de poner ninguna de ellas en marcha.

—Va a llegar un cliente muy importante, Dante, viene de parte de Don Rafael Mendoza, tienes que atenderlo personalmente—me ordenó Sara cuando llegué al curro.

—Será un placer—Tan contento estaba que le guiñé el ojo, no quisiera Dios que mi jefa me malinterpretara y quisiera que le hiciera un favor. Y no lo digo solo porque yo estuviera enamorado, que también, sino por el poco

salero que debía tener esa mujer en la cama. Y no tuve otra cosita que mencionar que “placer”, para cortarme la cabeza.

—No lo dejes escapar, haz lo que tengas que hacer, que ese viene a comprar varios coches para su negocio.

Quise pensar que era una manera de hablar, porque yo buen vendedor era, pero no lo tenía todo en venta, que no se fuera a equivocar. Lo pensé cuando vi lo amanerado del cliente, con más pluma que un pavo real.

Y sí, por lo que fuera, le dio por mí, que bien que se notó en determinadas frases como “tú sí que debes tener una buena palanca” o “yo a ti sí que te echaba el freno”.

Los coches que le acompañé a probar eran amplios, pero a mí se me antojaron como latas de anchoas. Y, por mucho que pusimos el aire a toda mecha, la camisa se me podía exprimir cuando bajamos.

—¿Qué tal se ha portado, Dante? —le preguntó la graciosa de mi jefa, que me había dejado a mí el marrón completo.

—Muy bien, este chico es una virguería, envuélvemelo que me lo llevo también.

Si ya lo veía yo venir. Si lo llego a dejar, suelta el volante y me hace rugir más que el motor del coche en cuestión.

Me lo tuve que quitar de la cabeza, que encima el menda debía ser primo hermano de Falete, que me lo recordaba tela. O, mejor dicho, una mezcla entre este último y Paquirrín, que también le encontraba ese parecido.

Yo lo único que deseaba era que llegara el viernes, ese viernes tan idílico en el que pasaría a recoger a Jara. Después de aceptar mi invitación a cenar, todo vendría rodado. El ascenso me estaba dando un subidón que no me lo creía ni yo…

—No sé lo que le has hecho a Juan Antonio, pero se va a llevar hasta algún coche más de lo que tenía pensado, con eso te lo digo todo—me contó Sara un rato después.

—Arte que tiene uno, jefa. Y ahora voy a reunir al personal, que tengo un montón de ideas nuevas que van a impulsar las ventas.

—¿Sí? Muy motivado te veo, antes tenía que haberte ascendido.

—Y que lo digas, estoy como loco. Seremos los que más coches vendamos en Huelva con diferencia.

El nuestro era un concesionario de esos de “kilómetro cero” en el que teníamos coches de todo tipo, muchos de ellos de alta gama. Con un descuento importante respecto a uno a estrenar, nuestros clientes se llevaban el coche de sus sueños y todos contentos.

Sara había heredado aquel negocio de su padre. De ella siempre se decía que no daba un palo al agua y que si no fuera por sus empleados… Sería así, pero para mí quisiera su tren de vida. La tía estaba forrada y llevaba marcas hasta en el cielo de la boca.

Reuní a mi equipo y me presenté formalmente como su jefe, de lo que todos se alegraron, pues yo me llevaba genial con mis compañeros. Todos menos Andrés, que ese aspiraba a ocupar el puesto que Sara acababa de darme y no hizo sino intentar crear mal rollo durante toda la reunión.

—Otra salida de tono así y tendré que pedirte que salgas, Andrés—le advertí.

—Joder, nos dan un carguito y nos creemos ministros, ¿eh, Dante? Veo que se te han subido los humos muy pronto.

—Ni humos ni nada, hombre, que aquí estamos todos para nadar en la misma dirección. Y el que quiera ir contracorriente, la lleva cruda—No me iba a temblar el pulso. El cargo me había cogido por sorpresa y no estaba dispuesto a que el primer soplagaitas con el que me cruzara diera al traste con mis planes de futuro.

Y en ese futuro, por cierto, entraba el comprarme aquel flamante Mercedes CLA 200 blanco que tenía frente a mí, tras la vidriera, y al que le había prometido que sería mío.

Ya me veía montado en él, con Jara de copiloto, los dos cantando y bromeando, felices, sacándole el máximo de los partidos a la vida.

Echaría mis cuentas y el miércoles, que Sara solía tener la mañana más tranquila (todavía, si es que eso era posible), hablaría con ella de las condiciones de financiación, que bien que pensaba que siendo jefe de ventas como era, podríamos llegar a un buen arreglo.

Me acerqué al cochazo en cuestión, ¿por qué tenía que ser tan bonito? Ya estaba echando mis cuentas… Yo llevaba años apretándome el cinturón y por fin iba a saborear las mieles de un ascenso que me ayudaría a apretármelo más todavía, pero en este caso sería el cinturón de aquella maravilla de la ingeniería.

Al mediodía me volví a pasar por donde Jara, con la ilusión de, el viernes, estar ya estrenando coche.

—Lo mismo aparezco con una sorpresa—le dije risueño.

—¿Una sorpresa? Venga, me lo tienes que decir, que yo no puedo aguantar. Es decirme una sorpresa y…

—¿Sí? ¿Te la cuento?

—Porfita…—Juntó sus manos a modo de súplica.

Capítulo 4



Terminé por confesárselo todo. Me refiero a lo del coche, que lo referente a mis sentimientos no era para abordarlo en la puerta de su zapatería. Por cierto, que mis buenos paseos me daba hasta allí, pero es que nunca quise ir conduciendo…

La razón, no hay que ser un lince para intuirla, que mi Ford Fiesta con quince años no era el mejor de los reclamos y me daba cosa que lo viera. No soy un fantasma, pero el andar tan cortito de dinero me daba mucho palo, por lo que siempre preferí desplazarme hasta allí andando.

Al mediodía contaba con un par de horas de descanso, de dos a cuatro. Fue justo en una ocasión que llevé mi tartana al taller cuando vi a Jara por primera vez, quedándome prendado de ella.

Aquel día comí en un restaurante en el que me ofrecieron un menú muy rico al mejor precio y al que me aficioné, por aquello de pasar y verla a diario. No me importaba, como ya he dicho, que la mitad de esas dos horas

me las pasara caminando. Y cuando en alguna ocasión llovía a mares, lo que hacía era ir en coche y aparcarlo a varias calles de distancia.

De tanto pasar cada día por allí, comencé a saludarla y, con el tiempo, nos dimos conversación. Así supe que no tenía novio, aunque no sería por falta de pretendientes, que esos le salían hasta debajo de las piedras.

Cuando alguna vez le saqué el tema, ella me comentó que no le valía cualquiera, que era un tanto exquisita para la cuestión y eso me acomplejó. Yo no es que me viera nada malo, solo que consideraba que mi cartera no estaba lo suficientemente abultada. Pero eso pasó a la historia.

Ya no había marcha atrás, le había contado que la recogería en el Mercedes y la recogería, como Dante que me llamaba.

El miércoles, según los planes previstos, hablé con Sara. Qué raro se me hacía que los nombres de mi jefa y mi novia se parecieran tanto, con una sola letra de diferencia, cuando ellas se parecían como un huevo a una castaña.

—Sara, quería que echáramos cuentas…

—¿No querrás un nuevo aumento de sueldo? Que con el de tu ascenso ya vas en coche, y nunca mejor dicho.

Buena era para haberle propuesto algo así, salgo de su despacho chocado, con la famita que tenía la mujer de ser más agarrada que una pelea de

enanos.

—No, qué va, se trata de otra cosa.

—Pues tú me dirás, que tengo muchas cosas que hacer.

Sí, ya lo veía, tenía abierta en su iPad la página del centro de belleza al que iba a hacerse las uñas, con la carta de colores.

—Es que me he encaprichado del Mercedes blanco, del CLA 200.

—Ah, es eso, buen coche, ¿y?

—Y quiero ver si podemos llegar a algún arreglo.

—Las condiciones dependen totalmente de la financiera, Dante, yo ahí no puedo hacer nada, lo siento. O tienes el dinero para soltarlo al canto o debes tragar lo que ellos quieran—Era pura sensibilidad toda ella.

—Ya, sé que ahí no tienes mano. Pero en el precio sí.

—¿En el precio? Acabáramos, tú lo que quieres es una rebajita, hombre.

—Eso es jefa—Parecía estar de buen humor, lo mismo me tocaba hasta el premio gordo.

—Pues haber empezado por ahí…

Ya me veía con una rebaja sustancial. Para mí, pese al aumento, no era lo mismo pagar el precio que tenía el coche que dos mil eurillos menos, que algo cambiaba la cosa.

—Vale, pues te lo digo ahora—Se notaba que ya me consideraba alguien más cercano a ella, de repente nos tratábamos más de igual a igual, no me veía como a un mindundi.

—Te agradezco el interés…

—Espera que lo vea—Abrió la página de precios y echó sus cuentas.

—Vale, espero.

—Sin problema, le puedo quitar cien eurazos de golpe—me espetó finalmente.

¿De golpe? A mí sí que me acababa de propinar un golpe, pues vaya mierda de descuento que me ofrecía.

Todo me pasaba por confiarme con aquella rata de alcantarilla, que si me había ascendido era por su interés, no por hacerme ningún favor.

La muy asquerosa, que le dieran, que el coche sería mío de todas formas. Yo tenía mis planes y nadie me bajaría del burro.

—¿Cien eurazos? No veas—ironicé.

—Hombre claro, ¿qué creías? Que no se diga que aquí no hacemos un buen descuento a nuestros empleados.

—No, quién se va a atrever a decir tal cosa. Pues nada, ¿lo podría tener para el viernes?

—Si mandamos ahora los papeles no creo que haya ningún problema. ¿Le doy al botoncito? —Se hizo la graciosa, poniendo el dedo en una de las teclas.

—Claro, mujer, ¿quién dijo miedo?

Yo es que, de repente, me había venido arriba que era un gusto. Llevaba mucho tiempo soñando con tener un puesto de trabajo mejor. Cuántos planes por delante, como ir de compras, que incluían también buscar un piso más acorde a mis nuevas circunstancias… uno que tuviese una buena terraza. O una casita, con su jardincito para barbacoas en el que Jara pudiera tomar el sol. Ya veía allí a mi diosa, tumbada en una hamaca, con un bonito bikini que realzara su bronceado natural y yo llevándole un refrigerio antes de volver a aplicarle protector solar para que su piel no se resintiera ni un ápice.

La situación no podía ser más atractiva, qué ganitas tenía de que llegase el viernes para cenar con ella, por Dios.

Capítulo 5



Tenía tela de faena por delante. Y una maravillosa tarjeta de crédito que me había concedido el banco meses antes y que no quise tocar por miedo a quedarme más colgado que Marco en el día de la madre. Hasta entonces, porque las cosas habían cambiado.

Esa tarde me iría a quemarla, que para eso no tendría ningún problema en reponer todo lo gastado durante los siguientes meses. Y a la vuelta, entraría en esa marisquería que tanto me gustaba y me llevaría dos buenos cartuchos de marisco que marinar con una botella de vino blanco de la tienda gourmet que estaba al lado.

Necesitaba ropa de todos los estilos y colores, sabores no porque la ropa no tenía que, en ese caso, también. El sabor ya me lo proporcionaría el marisco.

Me metí en una de mis tiendas preferidas, de esas que Amancio Ortega ha ideado para que todos vayamos como pinceles a precios medianamente razonables y se me fue la pinza.

Digamos que, en cuestión de una hora, salí de allí con un complejo de perchero que no era normal, porque me faltaban brazos. A dos días de mi gran cita yo quería tenerlo todo controlado.

También ayudó un poquito que una de las dependientas debió verme muy necesitado e hizo una obra de caridad conmigo, porque eran tantas las prendas que precisaba que no sabía ni por dónde empezar.

Prenda que yo me probaba, prenda sobre la que me daba su parecer y me ayudaba a conjuntar si era de su gusto. No sabría precisar cuántas me llevé entre pantalones, bermudas, camisas, polos, camisetas, bañadores, cazadoras, etc. Solo sé lo que aquello me costó; muy por encima de los mil euros.

No contento con ello, que para eso me lo podía permitir, me metí en una buena perfumería y eché mano también de una de las dependientas, a la que le costaba decidirse por una sola fragancia para mí, por lo que terminé con cuatro perfumes en la bolsa cuyo importe ascendió a más de trescientos euros.

Me tomé un descanso a media tarde, que me merecía una buena granizada. Desde que lloviera el lunes, el verano había entrado por derecho y el calor se dejaba sentir en aquella provincia andaluza que tan feliz me hacía.

Bien pensado, me habría dado igual estar en la Conchinchina, porque yo la felicidad la llevaba en el interior. Todavía me quedaba por visitar una buena zapatería (que no podía ser la de Jara que era de niños), por lo que me pedí aquella refrescante granizada de mango mientras miraba la aplicación de alquileres.

No hace falta decir que era la peor época para alquilar en Huelva, porque el calor hacía que los pocos inmuebles ofrecidos fueran de temporada y costaran un ojo de la cara, pero quien la sigue, la consigue.

Después de mucho mirar, encontré, casi cuando me estaba dando por vencido, un anuncio de un alquiler para todo el año a un precio que no estaba mal y que me podía permitir dadas mis nuevas circunstancias.

Pensando que los trenes no pasan dos veces en la vida, llamé a la señora, pues el anuncio era de un particular y, ni corto ni perezoso, salí volando para allá cuando me dijo que podía verla en ese momento.

La cosa tuvo su miga, porque el maletero del Ford Fiesta no cerraba ni a la de tres, y yo no quise dejar todas las bolsas en él, no fuera a ser que llegara alguien con la mano larga y se vistiera gratis para una buena temporada.

—Señora, ¿usted no puede esperar media horita más a que pase por mi casa a dejar una cosita? —le pregunté.

—Imposible, que sale ahora mi niño del colegio y no puede ser. Si quieres, tiene que ser ya, voy para allá.

—Pues nada, nada, nos vemos allí, que voy volando.

—Sí, venga, no pierdas tiempo.

¿Había dicho mi niño? Si por la voz yo juraría que esa mujer tenía que ser la viuda de Matusalén, pero igual es que había interferencias o algo. ¿Y qué colegio abría sus puertas en verano y hasta esa hora?

Llegué y, ¡bingo! Debía ser familia también de Tutankamón, que la señora los noventa ya no los cumplía.

—¿Es que te vas a mudar ya? No estás tú equivocado ni nada chaval, que tú aquí no te metes con tu ropa hasta que no hayas firmado el contrato.

—No, señora, que no es lo que parece—Miré a las bolsas y entendí que era normal que se confundiera, dado su edad. Lo que no entendí fue lo del niño, pero eso no iba conmigo.

—¿Y qué es entonces? Porque hay que tener mucha cara para presentarse aquí con toda la ropa.

—No, que no es eso, es que vengo de compras y no me ha dado tiempo de pasar por casa.

—Ah vale, pues cuidado con estropearme nada, que lo tengo todo como los chorros del oro.

—Señora, ¿esto lo ha decorado usted? —La casa, que no estaba habitada, lucía impecable.

Mucho me extrañaba, porque estaba de dulce, con unos muebles modernísimos y la cocina que parecía una nave espacial. Y todo con una limpieza que saltaba a la vista. En el jardín, una preciosa piscina que no se mencionaba por omisión en el anuncio, de esas pequeñas para dos personas, que nos vendría de maravilla a Jara y a mí.

—No, esto es de mi niño, el que voy a recoger ahora al colegio.

—Señora, ¿está usted segura de lo que dice?

— Claro que sí, y a mí no me repliques, mocoso, o te llevas un tortazo que te va a picar el culo una semana.

Y no contenta con amenazarme con la mano, cogió el palo de la fregona y a punto estuvo de darme con él en toda la cabeza.

—No, no, señora, que yo no digo nada más, Dios me libre.

—Eso es lo que tienes que hacer, que los niños de ahora tenéis todos la lengua muy suelta y muy poquísima vergüenza, ¿te quedas con la casa o no?

Aquello no había por donde cogerlo, pero la casa me había fascinado y yo tenía que hacer lo que fuera para quedármela.

—Sí, sí, me la quedo.

—Muy bien, así me gusta, ¿tú has merendado?

—No señora, peo que no hace falta.

—Otro que come fatal, como mi hijo.

—No, de veras que no es eso.

—Niño, ¿tú me has tomado a mí por el pito del sereno? A merendar se ha dicho, hombre ya…

Cualquiera le replicaba…

Capítulo 6



No había merendado, pero no tardé en hacerlo, porque la mujer se empeñó en llevarme a una cafetería cercana y me pidió tres donuts con Nutella que me tuve que tomar uno tras otro para que no se disgustara.

—¿Y usted me puede decir qué esperamos aquí?

—A que meriendes, niño, y ni se te ocurra hablar con la boca llena, que llamo a tu padre y seguro que te da otro buen sopapo, porque el primero te lo arreo yo.

Una situación así de particular no se me había dado antes. Matilde, que era su nombre, parecía esperar algo, aunque yo no sabía qué era. Lo mismo quería que me terminara los donuts para ponerme por delante media docena de unos dulces que imitaban a esos de pantera rosa industriales, al saber.

Para mí que la señora me había tomado por Esttik, el tío ese que hace los retos de comida a lo basto para subirlos al YouTube.

—Matilde, no se lo tome a mal, pero ¿cómo vamos a hacer el contrato de la casa?

—Ahora en una mijita, que llamo yo a mi niño, que estará al llegar a casa.

—Pero ¿no íbamos a recogerlo al colegio?

—Qué colegio ni colegio… Si él ya tiene once años y sabe volver solo, tú déjame a mí, a ver si vas a saber más que yo.

Si abría otra vez la boca, lo mismo me la cerraba de un guantazo, por lo que no se me ocurrió más. A eso de las ocho y media, la buena señora sacó su teléfono del bolso, uno de esos que tienen los números más grandes que la "M" de McDonald's y llamó a su retoño.

—Que dice mi niño que te pongas, este ya habrá terminado la tarea y querrá que vayas a jugar con él.

Encogiéndome de hombros, cogí el teléfono y me dispuse a hablar con quien estuviera en la otra línea, que yo ya me esperaba cualquier cosa.

El "niño" en cuestión, debía tener del orden de setenta años y vivía en Alemania, según me contó. Se llamaba Javier y la casa la tenía como inversión.

—Es que me vas a perdonar, pero con tu madre no me estoy entendiendo demasiado bien—le comenté, apartándome un poco.

—Oye, tú, ladrón, ¿dónde vas con mi teléfono? Ven aquí, que te voy a dar un buen tirón de orejas y se te van a quitar las ganas de tocar lo que no es tuyo—me chilló Matilde, pensando que yo quería mangarle aquella reliquita de teléfono, que solo me habría valido para vendérsela a un anticuario.

—Que no, señora, que me he apartado para hablar con su hijo.

—¿Y qué es eso que cuchicheas que yo no me puedo enterar? Seguro que alguna barrabasada, como estéis pensando en comprar cohetes os los coméis, ¿me oís? Os los coméis.

Matilde era de armas tomar, pero yo interés en la casa tenía tela.

Javier escuchaba paciente al otro lado del teléfono, a sabiendas de que su madre no estaba en sus cabales.

—Es que me pasé una temporada ahí con ella, pero he tenido que volverme, que tengo aquí mis negocios y al resto de mi familia, y la cabeza parece que se le ha ido un poquillo desde que se ha quedado sola.

—¿Un poquillo? Mira, Javier, no me lo tomes a mal, pero es que tu madre está como un cencerro.

—Lo entiendo, y espero que no te esté causando problemas. Lo que pasa es que, a ella, este tipo de gestiones, como la de enseñar mi casa, le dan vida y por eso la he dejado al cargo.

Pues vaya embajadora que había dejado, menuda vista. Yo porque me había empecinado en la casa, pero otro sale corriendo y no lo vuelven a ver en la vida.

—No, hombre, problemas tampoco. Igual un poco de pesadez de estómago, que me ha hecho comerme tres donuts con Nutella y ahora veo que me está pidiendo un batido de helado de chocolate con nata que miedo me da, tiene el tamaño de un camión.

—Ya sabes cómo son las madres con la comida y le habrá dado por ti. Oye, yo lo siento por las molestias, pero que, si estás interesado en la casa, esta misma noche te mando el contrato y lo dejamos todo firmado.

—¿Y la podría tener entonces para el viernes?

—Y para mañana mismo, tú devuélveme el contrato firmado y yo te envío mañana las llaves con mi madre.

Esa era la parte que menos me gustaba, porque como a la buena señora le diera al día siguiente por seguir cebándome, lo mismo no entraba en la ropa nueva. Y no es que yo tuviera problemas con el peso ni mucho menos, que siempre me ha gustado mucho cuidarme y soy de ir al gym mínimo tres veces por semana, pero mal apuntaba la cosa.

—Venga, Javier, ¿y no me las podrías hacer llegar a mi trabajo?

—¿Con mi madre? Tú verás, pero yo no sé hasta qué punto te interesa que ella aparezca por allí.

—No, hombre, con tu madre, no, digo por mensajería.

—No me lo tomes a mal, pero es que para ella es muy importante hacer este tipo de gestiones, ya te lo he dicho, ¿no te importaría que se siga encargando de todo?

Rober siempre dice que a mí me pierde el corazón y él me conoce bien, porque miré a Matilde y fui incapaz de privarla de esa alegría. Y eso que la mujer amenazaba con tocarme la cara si no le devolvía el teléfono y me tomaba el batido “sin dejar ni una gotita” como apuntilló cuando me senté.

Dejando eso aparte, ya tenía nueva casa de alquiler, ¡y vaya casa!

Aunque no estuviera hecha la mudanza, el viernes podría enseñársela a Jara, por lo que deseé fervientemente que llegase ese momento.

Capítulo 7



¿La suerte llama a la suerte? Pues yo estaba empezando a pensar que así era, porque todo iba sobre ruedas.

—Veo con júbilo que tus ideas están funcionando, esta mañana ha sido fabulosa en cuanto a las ventas—me comentó mi jefa, con los ojos brillantes de alegría, con lo que le gustaba un billete…

—Sí, estamos que nos salimos—Anda que por eso se había dejado caer y me había propuesto una rebajita en mi coche.

—Eso es. Por cierto, que lo tuyo va viento en popa, mañana te lo puedes llevar al mediodía.

Los viernes por la tarde no trabajábamos. El resto de los días sí, aunque salíamos a las seis, por lo que el horario de trabajo no era malo.

Le estaba dando vueltas al coco. Había quedado con Jara a eso de las nueve de la noche del día siguiente, pero igual aparecía un momentín por

allí al mediodía y le enseñaba el coche. O lo mismo se me veía demasiado el plumero, por las ganitas que tenía de que ella lo viera. Ya lo sopesaría…

Con quien sí había quedado ese mismo jueves, a la hora de almorzar, era con Matilde para el tema de las llaves. La cité en la cafetería en la que estuvimos la tarde anterior. Y no porque, como canta Beret, *"donde fuiste tan feliz siempre regresarás…"*, sino porque temía citarla en otro sitio y que al final apareciera en Sebastopol.

Quedamos a las dos y media de la tarde y ella entró, miró y se marchó. Celos, no me había reconocido. No dudé en asomarme a la puerta y, en cuanto vi que ella salió andando, la seguí.

—Matilde, espere, que soy yo.

La mujer se dio la vuelta y observé que seguía sin reconocerme.

—¿Y quién se supone que eres?

¿Qué le decía? Lo mejor sería que me viera con sus mismos ojos, por lo que me valí de su visión de las cosas para intentar que me reconociera.

—Soy un niño amigo de su hijo, me llamo Dante, ¿no me recuerda de ayer?

—¿Tú te estás queriendo quedar conmigo? Sinvergüenza, niñato, si mi hijo va para setenta años.

Vaya, habían cambiado las tornas, de eso sí se acordaba en ese momento.

—Vale, Matilde, que me he equivocado, pero que necesito las llaves de su casa.

—¿De la casa de mi hijo? ¿Tú qué eres, un okupa de esos? Andando te vas a llevar las llaves, no te lo has creído ni borracho.

—Que no es eso, mujer, que yo he firmado un contrato.

—Tú lo que eres es un ladrón, y yo voy a llamar ahora mismo a la policía.

—Que no, señora, que de verdad que no soy un ladrón, que yo he hablado con su hijo. Si no fuera así, ¿cómo sabría su nombre?

—Porque serás un estafador de esos que dicen que van a revisar el gas y habrás estado en mi casa.

—Que no, Matilde, que le prometo que no.

—¿Vas a seguir? ¡Ladrón, socorro, me quiere robar, ladrón! —chilló en medio de la calle, si bien no pasaba nadie por allí.

—Matilde, por favor, que me van a detener, cállese ya.

—Pues vete, vete ahora mismo, ¡ladrón! — Y, sin más, comenzó a darme tal serie de bolsazos en la cabeza que creí que perdía el conocimiento. Por Dios, ¿de dónde había sacado esa mujer la vitalidad?

—No, por favor, estese quieta, Matilde, ya vale.

—¿Que ya vale? Eso lo tendrías que haber pensado antes de dedicarte a perseguirme, ¿no se te cae la cara de vergüenza, so niñato? Asustaviejas, que no eres más que un asustaviejas.

Menos mal que la pobre mujer no me esperaba y no llevaba un ladrillo en el bolso como aquella otra que se hiciera famosa hace un porrón de años, Margarita Seisdedos, porque si no, me abre la cabeza, allí mismo.

Me dolían ya hasta las uñas de los pies cuando, de pronto, se paró.

—Chaval, ¿qué te ha pasado? —me preguntó.

—Que qué me ha pasado, que usted me ha hecho más bollos en la cabeza de los que tiene la escupidera de un loco, eso es lo que me ha pasado.

—¿Yo? Ni se te ocurra mentir, que te doy una torta, ¿eh?

Como si me quería dar mil, tenía todo el cuerpo anestesiado a bolsazos, bastante me importaba ya. Menos mal que yo todo aquello lo estaba haciendo por amor, porque caro sí que me estaba costando. Y suerte que no me partió un diente, que entonces sí que me habría costado un pico.

—No, no se me ocurre. Matilde, nos conocimos ayer.

—Pero si es verdad, eres ese chaval tan mono, el amigo de mi hijo, que debías llevar tres días sin comer, porque no veas el hambre que tenías. Ven anda, que te voy a invitar a almorzar.

—No, mujer, que no hace falta.

—Si te parece, cojo el teléfono y entero a tu madre de que no quieres comer. Tú almorzarás lo que se te diga, que para eso eres un mocoso todavía.

En buena hora se había encargado esta mujer de las gestiones. Ya veía que no podría moverme de mi asiento hasta que no me comiera una vaca rellena de pajaritos.

Llegué al trabajo, efectivamente, rodando. De seguir a ese paso con Matilde, pronto sería más fácil saltarme que rodearme. Qué fatiguita llevaba encima. Algo valía, eso sí, que ya tenía las llaves de mi nueva casa y al día siguiente saldría de allí con mi coche nuevo.

Capítulo 8



Miraba mis zapatos, más suaves que un guante y con un montón de estilo y pensaba que habían sido una compra estupenda.

La tarde anterior, pese a que todavía me dolía la cabeza por la paliza que me dio Matilde, me fui a comprar a la zapatería, donde escogí varios pares que le dieron otro estacazo a mi tarjeta.

Qué bien va todo cuando todo va bien, pensaba, mientras entraba en el concesionario.

El coche de policía de la puerta fue el que me bajó de esa nubecita perenne en la que estaba subido, y la cara de preocupación de Rober me confirmó que algo iba mal.

—¿Tú sabías algo de esto? —me preguntó en cuanto entré.

—¿Algo de qué? ¿Qué está pasando?

—Eso es lo que está pasando, ¿te parece poco? —Me señaló a la puerta del despacho de Sara y me quedó muerto.

—Jefa, ¿qué demonios…?

—Absténgase de hablar con la detenida, por favor—me indicó uno de los dos agentes de policía que la custodiaban.

—Dante, encárgate tú de todo, que yo volveré pronto.

—Que se lo ha creído usted, estamos esperando la orden judicial y este negocio quedará precintado en pocas horas. Aquí no volverá a poner nadie un pie hasta que todo esto se aclare—la informó.

—¿Cómo dice? Jefa, ¿es eso verdad?

—Se equivocan, Dante, todo esto es una confusión.

—Sí, señora, una confusión que tiene que ver con que a usted le gusta mucho el dinero—le aclaró el otro policía.

La vi salir y pensé que, si tenía que ver con algún chanchullo para llenarse más los bolsillos, igual esa detención no carecía de lógica.

Caí desmoronado sobre la mesa y con todos mis compañeros alrededor, esperando que yo frotara la lámpara mágica y saliera el genio con una

solución para un mal que amenazaba con convertirse en colectivo.

—Dante, ¿y ahora qué vamos a hacer? —me preguntó Bea, una de mis compañeras de trabajo.

—Beita, no lo sé, tenemos que esperar, esto debe tener alguna explicación.

—La explicación, según he escuchado que le decía un policía a otro, es que a nuestra jefa le gusta más un billete que a un tonto un lápiz y que ha estado usando este negocio para blanquear el dinero negro de otros…

Las piezas del puzle me encajaron tal cual lo escuché. El negocio de los coches le iba genial a Sara, pero yo nunca me expliqué cómo podía mantener un ritmo de vida como el suyo, que incluía viajes de todo lujo a los rincones más exóticos del planeta, ropa y bolsos de las firmas más archicaras y un buen puñado de inversiones inmobiliarias, que la tía era como “El Pocero”, pero en versión femenina.

—Que no cunda el pánico, la gente habla mucho, porque darle al pico es gratis, pero igual nada de eso tiene fundamento—Traté de mantener la calma.

—Siento decirle que sí lo tiene, su jefa está de mierda hasta el pescuezo y ya se sabe que la mierda siempre termina por salir a flote. ¿Es usted quien está al mando del negocio? —me preguntó otro policía que llegó con una orden judicial en su mano.

—Va a ser que sí—le respondí mirando a mis compañeros, que tenían una cara de alma en pena que no podían con ella. Más o menos la misma que debía tener yo, solo que no me la veía.

—Pues vengo a anunciarle que este negocio queda clausurado desde este momento.

—Pero eso no puede ser—Bea se echó a llorar—, que nosotros somos trabajadores y alguien nos tendrá que dar de comer.

—El Estado, señora, les dará de comer el Estado.

—¿Se refiere al gobierno? Porque entonces vamos a pasar más hambre que el perro del afilador.

—No, me refiero a que ustedes están parados oficialmente a partir de este momento, a eso es a lo que me refiero. Así que ya pueden preparar los papeles para cobrar el desempleo.

En mis treinta y seis años de vida, yo no había cobrado el desempleo nunca. Escuchar aquello me puso los vellos como escarpias.

—Tiene que tratarse de un error, nosotros no nos podemos ir al paro—reflexioné en alto.

—El error es tener una jefa de esas que, si andan con miel, se chupan los dedos a tope. Entiendo que ustedes no tienen la culpa, pero nosotros tampoco, no nos pongan las cosas más difíciles.

—¿Y ahora? ¿Qué se supone que debemos hacer? Porque yo no sé qué decirle a mi gente.

—Pues es muy fácil, que cojan sus cosas y que salgan de aquí cuanto antes. Vamos a precintar el local y no es plan de que se quede nada dentro.

El policía nos dio media hora para salir de allí con todas nuestras pertenencias. El panorama era desolador, ¿qué clase de ruina se nos había presentado?

De jefe de ventas con liderazgo e iniciativa a desempleado, así como sonaba.

Eché cuentas mentales y, dado el sueldo que yo había cobrado hasta entonces, el subsidio de desempleo que me correspondería vendría a ser más o menos lo que de toda la vida se había llamado un mojón pinchado en un palo.

—Y ahora, ¿Qué vamos a hacer, amigo? —me preguntó Rober con los ojos como dos tomates del berrenchín que tenía.

—Ahora… no lo sé. Supongo que tendremos que luchar, pero estamos bien jodidos.

—Jodidos es poco, ¿tendrá poca vergüenza la tía? —preguntó retóricamente y me recordó por lo de la poca vergüenza a la que me achacaba Matilde, lo que me llevó también a tomar conciencia de que ahora tenía un alquiler mucho más caro que pagar, una tarjeta hasta los topes de la que hacerme cargo todos los meses y un cochazo, que estrenaba ese día, que me iba a dejar sin comer para poder mantenerlo.

—Yo no sé qué decirte, tío. Mira, ahí está mi coche, se suponía que el de su estreno sería un día grande y vaya en lo que se ha convertido.

—No, si grande es, una gran jodienda, ¿qué vas a hacer?

—¿A ti qué te parece? No lo voy a dejar ahí, que para eso tengo ahora que apechugar y pagarlo.

—Qué marrón, pues cógelo y nos vamos, que ya nos están echando.

Capítulo 9



En la vida habría imaginado que el rugir del motor de mi Mercedes, al estrenarlo, pudiera hacerme tan poca chispa. Ese cochazo, en ese momento, no suponía para mí más que otro problema que afrontar.

Me despedí de Rober y me fui a mi piso, en el que ya había comenzado a embalar cosas que llevar para la nueva casa. Como para decirle a Matilde que quería rescindir el contrato, entonces sí que me mataría a bolsazos.

No, yo no me había rendido en la vida y no lo iba a hacer en aquella ocasión. Jara había aceptado mi invitación para cenar sabiendo que yo sentía por ella, por lo que eso también significaba algo. Y no estaba dispuesto a tirar la toalla, así como así.

Tomé una decisión como se deben hacer estas cosas; pausadamente. Más o menos lo decidí en una fracción de segundo, ¿y qué es lo que decidí? Que yo iba a encontrar otro puesto de trabajo enseguida y que no le diría a Jara ni mu de mi despido, así de fácil.

Así de fácil en principio, pero que las mentiras tenían las patitas muy cortas, por lo que ya me lo podía montar bien o ella comenzaría enseguida a sospechar que estaba saliendo con el mismísimo Pinocho.

A bote pronto, tenía a mi favor que aparecería con mi cochazo, perfectamente maqueado y le enseñaría mi nueva casa. Hasta ahí todo bien, otra cosa sería cómo mantener todo aquello para que me sirviera de coartada.

De momento, lo suyo sería conservar la sangre fría, que Jara no tenía por qué percatarse de nada. Miré mi cuenta corriente y eso ya sí me indicó que el potaje se me iba a poner agrio enseguida, pues la tenía tiritando y, mientras cobraba y no el desempleo, me las vería y me las desearía.

Aún no había cerrado la aplicación del banco cuando me llegó, en forma de SMS, el recordatorio de la reserva del restaurante al que iríamos esa noche. Madre del amor hermoso, eso iba a costarme la friolera de doscientos euros, ¿cómo iba a pagar la cuenta?

Barajé varias posibilidades, entre las que estuvieron las de robar un banco y prostituirme, pero ninguna de las dos me pareció viable, por lo que terminé yendo a la oficina de desempleo a que me dieran norte de lo que podía hacer.

—¿Y dices que llevas años dedicándote a la venta de coches? Pues yo no es por descorazonarte, pero te tendrás que amoldar a las ofertas de empleo que salgan. Y eso si sale alguna.

¿Alguien se había defecado encima y a mí no me funcionaba la nariz? Porque el funcionario que me atendió tenía una cara de oler mierda espantosa. Y hablando de eso, también parecía importarle otra mierda lo que ocurriera con mi futuro.

Y a mí, que planeaba pasarme al mediodía para enseñarle a Jara el coche, toditas las ganas se me quitaron y más cuando recibí la llamada de Rober.

—Tío, mi primo, que trabaja en el juzgado, me ha dicho que su jefe le ha dicho que su juez le ha dicho que podemos olvidarnos de la empresa, que Sara está hasta las cejas de mierda. Por lo visto la tía ha ido creando un imperio a base de sisar de aquí y de allá.

—Pues sí que son buenas noticias, ¿algo más que añadir?

—Nada, que encima me ha dicho que a su compañero le han dicho que…

—¿Puedes abreviar un poco, Rober? Es que me pierdo cuando vas por la mitad de la cadena, ¿sabes?

—Pues nada, que todavía nos tenemos que dar por contentos de que a nosotros no nos haya salpicado, solo eso.

—Vale, vale, pues si tienes alguna buena noticia me llamas.

—Ok, pero que yo de ti esperaría sentado, que esto muy buena pinta no tiene.

Tampoco la tuvo mi frigorífico cuando lo abrí, para qué engañarnos. Yo, que me las prometía muy felices, llevaba unos días sin hacer compra, que para eso tenía una mudanza de por medio y un descontrol de narices. De modo que mi frigo, en vez de frío, daba pena.

Y ahora a ver quién era el guapo que se iba a comer a la calle, con semejante percal por delante. Desde el interior de mi piso, que era un bajo más oscuro que el del cochero de Drácula, veía mi coche.

De lo de contratar una empresa de mudanzas ya me podía olvidar, que para eso no iba a cobrar ni un sueldo más. Me veía haciendo mil portes con el Mercedes, ¡qué situación tan ridícula!

Me comí un sándwich con dos lonchas de jamón york y media de queso que logré rescatar del contenido de un par de blísteres que había en el fondo del frigo y pensé en que daría gracias por haber comido, que la cosa estaba muy mal, como diría Chiquito de la Calzada.

Después de eso, y para hacer la digestión de tan impresionante ingesta, me eché un poco a dormir, aunque di más vueltas que una loca en una feria, porque como que no era plan de disfrutar de una buena siesta con tanta preocupación como me asaltaba.

Abrí mi móvil y miré las ofertas de empleo de la ciudad. Me llamó la atención una, que presentaban como la panacea y que debía ser una estafa como una catedral, porque te pedían que fueras adelantando quinientos euritos de nada. El mundo al revés, pagar para trabajar…

A mí no se me iban a caer los anillos por hacer lo que fuese, eso era cierto, pero tenía que meter la cabeza en cualquier lado.

Miré el extracto de mi tarjeta de crédito y vi que, tras la fiebre de compras que me asaltó durante toda la semana, me quedaban nada más y nada menos que cincuenta y tres euros disponibles.

Por partes, que aún podía devolver la mayoría de las compras y reponerme un poco. Mierda, mierda, ¿por qué siempre era tan impulsivo? Que la noche anterior estuve quitando etiquetas y me quedé solo. Y la basura la había tirado después, de forma que coger el pegamento y volver a colocarlas todas no era una opción.

Resoplé y hasta tuve que encender el ventilador, porque el calor que estaba sintiendo parecía trasladarme a las mismitas puertas del infierno, que era donde estaba, más o menos.

“Sangre fría, Dante, sangre fría”, esa era la frase que me repetía una y otra vez para convencerme. Y es que parecía que me la habían traído los Reyes…

Capítulo 10



Sin más preámbulos, llegó la noche y con ella, la prueba de fuego. Ataviado con unos chinos fresquitos azules marinos, camisa blanca y chaqueta azul cielo, combinada con complementos en marrón, me repeiné, me perfumé y salí de casa.

Me subí en el Mercedes que, por cierto, no tenía ni gota de gasolina. La rata esa de Sara ya podía haberse estirado y tenerle el depósito lleno, pero sí, en eso debía estar pensando ella; esa lo único que había llenado en su vida eran sus bolsillos.

Paré en casa de Jara y me bajé a abrirle la puerta.

—Guauuuuuuu, pedazo de carro, Dante, ¡cómo se nota que te van bien las cosas! Es una virguería, no te imaginas lo que me alegro por ti.

—Gracias, guapa, supongo que será que el trabajo siempre tiene su recompensa, ¿no?

—Hombre claro, tú te lo has currado tela, pero mira, ya lo tienes ahí, ¡qué maravilla!

—Sí, sí, tienes toda la razón, ¿nos vamos?

Prefería no seguir dándole bola sobre el asunto porque me sentía de lo más mezquino mintiéndole. No obstante, ¿qué otra cosa podía hacer?

Cerré su puerta tal cual ella se sentó y tragué saliva al ver cómo aquel precioso y veraniego vestido blanco totalmente ceñido que llevaba se subía y dejaba la mayor parte de sus magníficas piernas al descubierto.

Sin poder dejar de mirarlas por el rabillo del ojo, arranqué, aunque eso fue por el ojo derecho, que por el izquierdo lo que miraba era el depósito del combustible.

Al mejor cazador se le va la liebre, que tenía que haber salido antes e ir a echarle cinco eurillos de gasofa que me aseguraran el no quedarme tirado. Pero ya era tarde, con ella en el coche, antes muerto que ir a echar esa menudencia y que se percatase de mi más que lamentable situación.

Bastante comedero de coco tenía ya al respecto de cómo salir del marrón de pagar la cuenta del restaurante, que esa iba a ser otra.

Llegamos y el aparcacoches acudió raudo, esperando su buena propina. Mientras ella se colocaba bien el vestido, le di al chaval las llaves de mi buga y cincuenta céntimos, que la cosa estaba que ardía.

—Gracias, hombre, hacía mucho tiempo que no me daban una propina tan generosa—Se rio en toda mi cara y yo traté de enmendar la plana.

—Es que se trata de una ocasión muy especial, ahí tienes, para que te tomes algo cuando salgas—disimulé.

—Sí, sí, pero no hoy, sino durante toda la semana. Vamos, que llegan dos como tú y me alegran el mes…

—Nada, hombre, que para eso estamos.

Jara se me quedó mirando y sonrió, complacida.

—¿Te he dicho que vienes impresionante? No veas, voy a ser la envidia de todo el restaurante—le espeté.

Sus sandalias doradas, a juego con sus complementos, le otorgaban el toque de glamur a su outfit. No le faltaba un detalle, estaba para partir cuellos a su paso.

—Gracias, Dante, tú también estás irresistible con esa chaqueta. Y que sepas que me encantan tus detalles, al aparcacoches le has alegrado la noche.

Si ella supiera…

—Sí, es lo menos, ¿no? Cuando a uno le van bien las cosas lo suyo es repartir con aquellos otros a los que les va peor, yo pienso así.

—Y yo también, pero hay mucha gente rácana por el mundo que no lo ve así, ya lo sabes.

—Es que tiene que haber de todo, como en botica, eso dice mi abuela.

—Oye yo no sé nada de tu familia. Y mira que ya hace un tiempito que tú y yo nos conocemos.

—Ni yo de la tuya, pero es que siempre hemos hablado del tiempo, del trabajo, del menú que me acababan de poner y pare usted de contar, ¿no?

—Sí. Oye, tú y yo, ¿por qué no habremos salido antes?

—Yo qué sé, supongo que…—Me rasqué la cabeza porque me estaba poniendo un poco nervioso.

—¿Qué supones?

—No sé, en el fondo creo que yo quería estar en una mejor posición económica, la verdad.

Ahí le fui sincero, en algo debía serlo y me nació de dentro.

—Venga ya… ¿y eso por qué?

—Porque me veía como un mileurista y antes de tener una cita contigo quería mejorar.

—O sea que esto es una cita…—me comentó. Yo solito me estaba metiendo en la boca del lobo.

—Sí, es una cita—murmuré.

—Entonces me parece que ha habido una confusión, creí que solo éramos amigos, Dante, me vas a tener que perdonar, pero yo me marcho…

Me quedé tan impactado que no podía despegar los pies del suelo.

—Pero Jara, ¿te he molestado? No sabes lo que lo siento—me disculpé.

—Que no, hombre, que no, que es una broma—Se echó a reír como si no hubiera un mañana.

—Chica, qué susto me has dado—Me llevé la mano al pecho.

—Tranquilo. Además, anda que te iban a faltar a ti chicas con el cochazo que llevas y tan mono como vienes, pero que te lo has merecido por la tontería que has dicho.

—¿Qué he dicho?

—Pues eso de que no me has invitado antes porque te daba cosa por tu sueldo y tal.

—Es lo que sentía, no te voy a mentir.

—Pues es una tontería, que lo sepas, que yo no miro a un hombre por su cartera, sino por su interior. Y por el exterior, claro, que también cuenta—Se echó a reír.

Ese hubiera sido el momento de quitarme la careta y confesarle el desastre en el que se estaba convirtiendo mi vida, pero me sentí incapaz.

—Señores, aquella es su mesa—nos indicó el metre de aquel lujoso restaurante.

Capítulo 11



—Dante, ¿tú estás seguro de querer cenar aquí? —me preguntó con el mejor de los talantes cuando le echó un vistazo a la carta.

—Yo sí, ¿por?

—Hombre, por la carta, por eso…

—¿No es de tu gusto? Mira que lo siento.

—No, no, claro que es de mi gusto. Los que no son de mi gusto son los precios, que me parecen excesivos.

—A ver, déjame que me fije.

Me hice el tonto, como si no tuviera hasta el estómago encogido con las cifras que veía. En cualquier caso, decidí tirar la casa por la ventana. Yo la cuenta no la iba a pagar de ninguna manera así que, puestos a pecar, pecaría a lo grande… Total, si me pillaban iría a chirona de cabeza.

—¿Te gusta la langosta? —le pregunté.

—Sí que me gusta, pero me parece carísima. Dante no te compliques, que no hace falta.

—Tú déjame, por favor, que es una ocasión especial y tenemos mucho que celebrar.

—Eso es verdad, pero que no quiero que te roben a mano armada, no hay necesidad.

—Todo sea por pasar esta velada contigo, de veras que lo doy por bien empleado.

¿No lo iba a dar por bien empleado? Total, si aquello lo pagaría Rita La Cantaora, en el caso de que lo pagara alguien que yo, como no me quedara a fregar platos un año entero, no veía el modo.

—Ok, pues nada. Si es por tu gusto, vamos a mover el bigote…

Y para bigotes los que traían el par de langostas que nos pedimos para ir abriendo boca, aparte de unas almejas en una salsa tan sofisticada que necesitaría tres meses para saberla pronunciar bien y un par de exquisiteces a base de marisco más que regamos con una buena botella de *Moët & Chandon* que paladeamos con placer.

De postre, que todavía nos quedaba sitio, nos pedimos una espuma de coco con sorbete de yema de huevo que estaba para chuparse los dedos.

Lo bueno fue el momento en el que llegó la cuenta, que, por decirlo de algún modo, se me fue un poquillo de las manos y, de los doscientos euros inicialmente previstos, pasamos a casi cuatrocientos.

—Esto debe costar un huevo de pato, vamos a medias, porfita—me pidió ella abriendo el bolso.

—Te lo agradezco, pero de ninguna manera, cierra el bolso por favor, que invito yo.

—Como quieras, ¿te importa si voy al baño?

No solo no me importaba, sino que vi el cielo abierto. Yo estaba estudiando la cuestión y, por más vueltas que le daba, no veía la forma de salir de allí los dos juntos sin pagar la cuenta. Sin embargo, el movimiento de Jara me dio margen.

—En absoluto, yo mientras voy abonando la cuenta.

Tal cual ella se levantó, yo me fui hacia la puerta de la calle con sigilo, en un despiste del metre. Y, sobre la marcha, le envié un WhatsApp.

“Bonita, sal directamente a la calle que he recibido una llamada y no hay buena cobertura dentro”

Sin sospechar nada, salió. Por suerte, nadie se percató de la maniobra, por lo que llamé al chavalín para que me trajese el coche.

—Tendrás otra propina similar en cuanto me lo entregues—Le sonreí.

—Hombre, hombre, si al final me vas a arreglar el mes y todo—murmuró mientras iba a por él, debía estar cagándose en todo lo cagable.

Jara me miró y me tomó por el brazo.

—Qué noche tan buena estamos pasando, todos felices.

Sí, yo la noche se la estaba dulcificando a todos y, en particular al metre, al que le iba a encantar descubrir el “simpa” que acabábamos de hacer.

—Sí, sí, estupenda.

—Oye, ¿te pasa algo? Es que veo que miras mucho a la puerta.

—No, nada, perdona. Es que me ha parecido ver a un cliente, pero no era él.

—¿Y ese cliente es guapo? A ver si al final me voy a tener que poner celosa…

Bien que se dejaba caer Jara con sus bromas, que se notaba la buena sintonía entre los dos.

—A tu lado viene a ser como un tiro de mierda, con eso te lo digo todo, pero es que cualquiera sale perdiendo en la comparación.

—Así me gustan, los hombres atentos.

Y así me gustaban a mí, los alelados como el metre, que no se coscó a tiempo de la maniobra. Eso sí, justo en el momento en el que nos montamos, lo vi salir y mirar con preocupación a ambos lados de la calle.

De la que acababa de librarme, por el amor de Dios, que la podía haber emprendido conmigo a trompadas y darme en todos los bollos que tenía todavía a consecuencia de los bolsazos de Matilde. Lo mío me había costado peinarme, que no podía ni tocarme la cabeza.

—Jara, yo también lo he pasado genial. Me encantaría enseñarte mi casa —le dije y vi cierta incertidumbre en sus ojos.

—El caso es que la hora que es, Dante…

—Perdona, perdona, no vayas a pensar nada raro. Es solo que acabo de cogerla y para mí que es una monería. Mañana empiezo con la mudanza y me habría gustado enseñártela; toda ella, quiero decir, con su jardincito, su piscinita, su salón, su cocina—Omití adrede el tema de los dormitorios, que no era ese mi propósito.

No es que yo sea tonto y, de hecho, las ganas que tenía de hincarle el diente eran menudas, pero que Jara me importaba de verdad y yo quería hacer las cosas bien, paso a paso.

—Mira, te propongo una cosa. Hoy es que ya se ha hecho muy tarde y yo madrugo para trabajar, pero si quieres me acerco mañana por allí, si estás a tope con la mudanza, y te llevo unos dulces para merendar.

—No hace falta, encanto, que ya los compro yo.

—De eso nada, con el lío que tendrás… Ni te preocupes que ya me encargo yo de eso, tú solo pon el café.

Cápsulas de café, por suerte, todavía me quedaba alguna, así que la cosa no estaba mal planteada del todo.

Capítulo 12



Me desperté con la sonrisa boba en los labios. Y es que eso, los labios, fue casi lo que le rocé a Jara al despedirnos la noche anterior, que nos dimos dos besos de los que dejas caer en la comisura de estos.

De un salto me preparé un té, para reservar las cápsulas, que tenía el dinero contado para hacer compra sin pasar hambre y no era plan de derrochar. El café lo dejaría para cuando estuviera con mi niña y el sueño me lo quitaría a puñetazos.

Calibré la situación y me quedaba un fin de semana de espanto por delante. Por fortuna, muebles no tenía que mover, pero todas mis pertenencias sí. Y ya se sabe que uno no sabe cuántas cosas acumula hasta que no se ve en una de esas.

Cogí varias mantas viejas y con ellas preparé el Mercedes a conciencia para que no se resintiera en absoluto. Lo primero que metí en él fue la cafetera, que esa representaba para mí el siguiente encuentro con Jara, lo

único que me apetecía en esos momentos en los que ni ganas de mirarme tenía, porque lo único que podía gastar eran bromas.

Rescaté un par de rebanadas de pan de molde y un poco de mantequilla que echarme al estómago dado que, aunque dicen que el hambre agudiza el ingenio, yo no tenía ganas de comprobarlo.

A partir de ahí, llené el resto del coche hasta las topes para dar un primer viaje, que no era plan de derrochar gasolina y, sin más, tiré para la gasolinera.

—Me vas a poner cinco eurazos de gasolina en el número cinco, sin rima —le dije al chaval del mostrador.

—¿Cincuenta euros me has dicho?

—No, no, cinco, de ahí lo de la rima.

—¿Cinco euros? —Me miró con una cara de cachondeito que no era normal.

El poco dinero que tenía debía estirarlo como el chicle, hasta que cobrara el desempleo o me saliera algo de curro, así que era lo que había.

—Tú sabrás, pero ese los cinco euros se los chupa antes de que abras el tapón—Se echó unas risas.

Qué fácil es hablar cuando uno está en una situación más cómoda, si bien tampoco era previsible que yo estuviera sin blanca conduciendo ese cochazo.

Comencé a dar portes como si no hubiera un mañana, siempre con la vista puesta en el icono del combustible, que no tardó en volver a encenderse. Y un rato después estaba ya que echaba fuego.

—Qué exigente que eres, compañero, aquí o comes tú o como yo, pero que comamos los dos va a estar complicado—Hablaba con mi coche.

En cuanto a lo de comer me pasé el día con el estómago como un acordeón, esperando a que llegase Jara por la tarde con la bandeja de dulces.

—Jo, Dante, ¡qué casa más bonita! —exclamó.

—¿Te gusta? Pues ya sabes, no veas si me acordé de ti y de lo que te gusta tomar el sol cuando vi la piscinita.

—¿Tiene una piscina?

—No una olímpica, pero sí una pequeñita, ven…—La cogí de la mano en un gesto casi instintivo que me hizo sentir verdaderos escalofríos por todo el cuerpo, y ella pareció sentirse cómoda.

—¡Es una monada! Y este jardín…anda que no se le puede sacar partido, madre mía.

—Pues lo dicho, aquí te quiero ver cada vez que puedas.

—Gracias, eres muy generoso.

—¿Servimos aquí la merienda? ¿Te apetece? —le pregunté.

—Hombre claro, no nos vamos a meter dentro con la pedazo de tarde que hace.

—Por supuesto que no, eso está claro…

Nos fuimos para la cocina y, mientras yo ponía la cafetera, ella abría la bandeja de dulces que me olían a gloria.

—Pero mujer, no tenías que haber traído tantos, ni que estuviésemos muertos de hambre—disimulé.

—Vamos, Dante, que con ese cuerpo que Dios te ha dado, no me vayas a decir que son muchos para ti, esto te lo zampas tú en una sentada.

Había una docena de dulces, pero si me ponen tres docenas más, también me las zampo.

—¿Qué has dicho de mi cuerpo? —Desvié un poquito el tema.

—Que tienes un cuerpazo, ya lo sabes—me soltó.

Estábamos cogiendo mucha confianza en las últimas horas y se notaba. Igual que la química que surgía entre ambos y que se palpaba cada vez que nuestros cuerpos se aproximaban.

Nos sentamos a merendar y, como quien no quiere la cosa, sí que fui dando buena cuenta de los dulces, pues parecía que tenía un leoncito en la barriga que rugía del hambre que arrastraba.

—¿Y tú no comes o qué?

—Tú ve dándole, que yo ya me he comido un par de ellos y no quiero abusar. Demasiada operación bikini como para ahora tirarlo todo por la borda.

—¿Operación bikini? Te aseguro que en el tiempo que hace que te conozco no te he visto nunca con un gramo de más.

—Porque me cuido, mira este, que si no…

—Pero si a tu edad todo está perfectamente en su sitio, guapa—Jara tenía diez añitos menos que yo.

—Y a la tuya también, créeme.

Capítulo 13



Nos gustaba piropearnos, nos lo pasábamos bien juntos, nos reíamos cantidad, nos atraíamos; estábamos el uno por el otro, esa era la realidad.

El primer beso llegó de una manera inesperada, mientras estábamos recogiendo la cocina. Yo me di la vuelta y ella, que venía con el mantel para sacudirlo, quedó tan cerca de mí que mis labios atraparon a los suyos en un gesto de esos que me recordó al de un felino cuando cae sobre su presa.

Tras besarnos, ambos nos miramos y nos echamos a reír.

—Perdona, no ha sido premeditado, pero te he visto tan cerquita... es que eres una verdadera tentación.

—¿Que perdone? ¿Me lo dices en serio? Si ha estado genial…

—Estupendo, entonces no te importará que vuelva a…

Sin terminar de decirlo la besé nuevamente.

—No me ha importado nada de nada—añadió en cuanto nos separamos —, de hecho, me ha sabido a poco.

—Pues eso hay que remediarlo—Seguí besándola mientras la cogía por la cintura.

Sus besos me dieron vida y besándola comprendí que valía la pena luchar por ella, por lo que haría todos los esfuerzos habidos y por haber.

—Si quieres, me puedo quedar y cenamos juntos. Así te ayudo a colocar todo esto—Señaló a las muchas cajas que yo tenía todavía por medio.

El día me dio bastante de sí, trasladando la mayoría de mis pertenencias, lo que no significaba que ya estuvieran colocadas.

—No hace falta, lo de que me ayudes, digo. En cuanto a lo de la cena, eso sí que será un placer—me expliqué.

—Eso no te lo has creído ni tú. Si yo me quedo es para ayudar, que no soy ninguna gorrona.

Eso se veía de lejos, Jara tenía muchísimos valores, era una chica muy linda, y se prestaba a ayudar de corazón.

—Está bien, pero solo si me permites que la cena corra de mi cuenta— Ya me estaba metiendo en un nuevo lío.

—Vale, pero nada que ver con la de anoche. Pedimos comida basura y listo, ¿ok?

—Ok, no hay problema.

Pasamos el resto de la tarde colocando cosas por aquí y por allá. Incluso me ayudó a darle un toque personalizado a la decoración. Estábamos a medias cuando escuchamos unos timbrazos que parecía que alguien se estaba quemando.

—Matilde, ¿qué hace usted aquí? —le pregunté al verla en la puerta.

—Que he pasado a comprarle a mi hijo unos juguetes y me he acordado de su amigo, que eres tú, y te he traído otro, no vaya a ser que te dé envidia.

—No, Matilde, pero si a mí no me puede dar envidia…

Lo que me podía dar era un colapso, que aquella casera que me había tocado en suerte amenazaba con volverme loco.

—Eso lo dices tú ahora, pero seguro que luego te da un berrinche cuando veas a mi niño montado en su caballito, que los niños tenéis muy mala leche, y te da por zumbarle.

Siempre hablan quienes tienen por qué callar, con lo bien que se le daba a ella repartir.

—En serio, Matilde, que no hace falta.

—Que te calles, mico, y ábrelo, ¿o me vas a despreciar a mí un regalo? Lo abres y te montas, para que yo vea si es de tu tamaño.

La caja del caballito en cuestión, que era un correpasillos, tenía el tamaño de un tanque allí en el jardín. La abrí y lo saqué.

—Es muy bonito, Matilde, no tenía por qué…

—Ya lo sé, pero es que yo soy así, todo corazón, móntate.

—Matilde, lo voy a desfondar si me monto, que yo peso mucho.

—Eso te pasa por comer tantos donuts, que los niños de ahora no paráis de zampar porquerías. En mis tiempos se comía una un bocadillo de chorizo e iba que chutaba, no te jode con el niño este…

Lo que ella quisiera, para qué contradecirla. Me subí y sí que noté que el caballito se resentía. Antes de darme el pellejazo del siglo me sostuve como pude en el aire, que todavía acababa en el hospital.

—Es muy bonito y me va muy bien, gracias—A ver si, siguiéndole la corriente, se iba prontito.

—Si es que yo tengo un ojo para los niños. La clave está en tratarlos con todo el cariño…

A su manera, pero con todo el cariño. Más me valía que me siguiera viendo así, porque cuando me tomaba por un ladrón terminaba cobrando de lo lindo.

—Gracias, ¿se marcha usted ya?

—No tengas tanta prisa, ¿Quién es esta niña? —me preguntó al ver salir a Jara, que ya conocía cómo se las gastaba la buena mujer por mí.

—Es una amiguita, Jara.

—¿Una amiguita? ¿Y tus padres están en tu casa? A ver si estáis haciendo porquerías y no hay nadie que os controle. Yo no me muevo de aquí hasta que llegue algún adulto que os ate en corto, eso lo podéis jurar.

—Usted es Matilde, ¿no?

—Sí, mocosa. Que en realidad me deberíais llamar doña Matilde, pero pase.

—Yo la llamo como quiera, doña Matilde—le respondió ella y se le encendió la cara.

—¿Ves niño? Tu amiguita sí que es educada, y no como tú. Pero claro, qué se puede esperar de los niños, que sois todos unos vándalos, siempre jugando a indios y vaqueros, que no paráis de daros zurriagazos con los jerséis… Yo se lo digo a mi hijo, que cualquier día le salta un ojo a uno con tanto juego, pero como no veis el peligro…

Descojonante pensar en las ganas de juego de su hijo Javier, que debía peinar tela de canas, pero que no era cuestión de llevarle la contraria.

—Claro que sí, señora, ¿quiere un cafecito y yo luego la acompaño a su casa?

—Vale, hija, pero yo pongo la cafetera, no vaya a ser que te quedes pegada, que eres muy pequeña…

Sí, eso precisamente era Jara, con la altura que tenía mi chica…

—Como usted quiera, entre…

Matilde entró y, después de apurar el café, se empeñó en darle con la bayeta a toda la encimera, que parecía la terminal de un aeropuerto de larga.

—No le des más bola, por lo que más quieras, que se nos apalanca aquí todo el fin de semana, cielo.

—No te preocupes, que ahora la acompañamos a su casa y santas pascuas.

Así lo hicimos y, para nuestra sorpresa, se empeñó a tope en que nos teníamos que quedar a cenar. Tanto insistió que Jara terminó por aceptar, sin saber que nos iba a cebar. Sin tener que ver nada con una bruja, que Matilde era buena mujer por muchos bolsazos que repartiera, la escena se me asemejó a la peli de Hansel y Gretel.

De casualidad, la mujer me había hecho un favor al quitarme de encima el compromiso de la cena.

De vuelta a mi casa, a Jara se le antojó un helado y eso que íbamos que no nos podíamos mover.

—Tranquila, yo pago.

—Que no hombre, que no, que se me ha antojado a mí y los pago yo.

—Anda ya, pero si me vas a hacer un favor, que tengo que quitarme calderilla de encima…

Lo que ella no sabía es que esa calderilla era todo mi capital, pues el cierre de la empresa nos había cogido a final de mes y yo no volvería a

cobrar nada hasta nueva orden.

—Hombre, si es por eso, vale.

—Sí, sí, ¿será por dinero? Y, además, que me pesan ya los bolsillos, que me haces un favor, de veras.

Tan entusiasmado iba con ella, que ya me dio de la mano del tirón, y con mi helado, que no pensé en cómo se desarrollarían los acontecimientos cuando llegáramos a casa.

Y eso que, a todas luces, no había más que una manera…

Sábado, sabadete, ya sabéis lo que viene a continuación.

Capítulo 14



Querer hacer las cosas bien no significa que los acontecimientos no se puedan precipitar. Y las ganas que nos teníamos el uno al otro así hicieron que ocurriese.

Según cerramos la puerta de mi casa ambos nos miramos y con los ojos ya nos estábamos diciendo las ganas de devorarnos que teníamos.

—¿Estás segura de que quieres, cielo? —le pregunté porque ante todo yo era un caballero y quería tenerlo claro del todo.

—¿Tú has visto algún signo de que no? Este es un SÍ en mayúsculas, guapísimo…

Si era en mayúsculas, tendríamos que celebrarlo, de manera que la cogí en brazos mientras nos besábamos como si el mundo estuviera por acabarse de inmediato.

—Qué bien sabes, cariño, qué bien sabes…

Era la segunda vez que quedábamos, pero yo llevaba mucho tiempo enamorado de ella. Cuántas veces había soñado con acariciar su suave pero tersa piel, que ahora se erizaba al contacto con mis dedos.

Su top fue lo primero que salió andando, quedándose en sujetador y con aquel gracioso short que ceñía todavía más su bien marcada cintura. Yo moría por descubrir lo que había debajo de él, por lo que noté un calor infinito procedente de mi interior cuando ella se lo desabotonó y me mostró todo su esplendor en braguitas.

Tiré de mi camiseta porque corría el riesgo de salir ardiendo y también le dije adiós a mis bermudas, mientras comencé a besarla de nuevo y a hacer un vano intento de despojarla de su sujetador.

Tengo mi teoría al respecto; por mucho que pueda sonar a topicazo, es más fácil aprobar ciertas ingenierías que desabrochar determinados sujetadores. Y ella había elegido uno de esos cabroncetes, confeccionados para acabar con la paciencia del más pintado.

—Espera, espera, que ya voy—La certera intervención de sus dedos me permitió contemplarla todavía más al natural, descubriendo unos senos que parecían haber sido esculpidos para el total deleite de mis ojos.

Redondos, bien puestos, con el tamaño perfecto, duros y con dos pezones que esos sí que eran una auténtica tentación, entendí que no podía esperar

más antes de degustarlos y me lancé sobre ellos como un niño sobre una tarta de cumpleaños.

El rubor de sus mejillas, dado el sofoco del momento, me pareció tan irresistible que entendí que no podría pasar demasiado tiempo antes de que la naturaleza siguiera su curso, porque mi hermano menor, ese que tenía más abajo, estaba tomando las riendas de la situación.

—No sabes cuántas veces he soñado con esto—le susurré en el oído.

—Más o menos las mismas que yo—me confesó, volviéndome loco de remate.

Le di la vuelta y, desde atrás, comencé a lamer esos labios que asomaban por su entrepierna, viendo su cara de deseo en el espejo situado frente a la cama, a modo de cabecero.

Cuando el clímax se apoderó de ella, detuve mi lengua y comencé a jugar con mis dedos, preparando el terreno, mientras ambos temblábamos de ganas.

La tomé por la cintura y la penetré desde atrás, con fuerza, con ganas contenidas, con deseo…el mismo deseo que se reflejaba en sus ojos mientras comenzaba un recital de gemidos que no hacía sino endurecer más y más mi miembro en su empapado interior.

Estar dentro de ella suponía para mí el súmmum del morbo y de la felicidad, a partes iguales. Hacerla vibrar era mi objetivo y, con mi miembro en su interior, jugué también con su clítoris para que el disfrute por su parte fuera *in crescendo*, igual que ocurría por la mía.

Antes de que le volviese a ocurrir le di la vuelta, quería ver el deseo en sus ojos directamente, no a través del espejo. Mientras mi cadera seguía buscando distintas formas de darle placer, mis manos la recorrían por completo, tratando de descubrir todos y cada uno de sus puntos erógenos.

El cuello y la cara interior del antebrazo eran sus puntos débiles, no tardé en saberlo y en dirigir a ellos unas caricias que potenciarían el placer que mi miembro le estaba proporcionando… Un placer que era compartido porque nunca me sentí tan pleno en la cama como aquella noche; nunca poseí con tanto énfasis a una mujer; nunca creí que el placer tuviera nombre propio y que este fuera Jara.

Cuando hubimos terminado nos sonreíamos, nos besamos, nos acariciamos y seguimos abrazados por espacio de un par de horas.

El sueño nos encontró contándonos más cosas sobre nuestras vidas, sobre cómo nos habíamos ido enamorando en silencio del otro y sobre cuánto ansiábamos cada día ese encuentro en el que, sin decirnos nada, nos lo decíamos todo.

Jara también estaba enamorada de mí, como yo de ella. Tenía que poner mi vida en orden a toda leche, porque aquello olía a inicio de relación

formal en el momento más desastroso de mi vida.

Y ella merecía la pena, vaya si merecía la pena…

Capítulo 15



Afrontar cada día sin un euro y sin que se notase no era algo fácil, por lo que lo tomé como un reto.

—Voy a ir por el pan, que hay una panadería estupenda en la esquina—le anuncié después de que nos despertáramos, hiciéramos de nuevo el amor y nos ducháramos.

Después de tantísima faena, por mucho que Matilde la noche anterior nos pusiera comida como para un regimiento, ya estábamos desfallecidos de hambre.

—De eso nada, tú mientras ve poniendo la cafetera que voy yo, y así de paso me fumo un cigarrito.

Jara era muy considerada con mi condición de no fumador y escogía los momentos para encenderse un pitillo.

—Vale, pero solo por eso…

Hasta el momento iba sorteando la situación como podía, ya se vería cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Mira, he traído el pan, unos cruasanes que huelen que alimentan y unos dulces para esta tarde.

—Ya no vuelves a la panadería, que lo sepas.

—¿Y eso por qué?

—Porque eres demasiado espléndida y soy yo quien debe agasajarte, que para eso estás en mi casa.

—Por eso no lo digas, tendría que ir cincuenta veces a la panadería para gastarme lo que te costó a ti la cena de la otra noche.

—Eso no fue nada, pequeña…

Y tanto que no fue nada, como que no la había pagado. Otra cosa fue que tuve que bloquear el número del restaurante, pues tenían mi teléfono de cuando hice la reserva y estaban un tanto pesaditos.

—Porque tú lo digas. Y quería preguntarte, ¿tú quieres que pasemos el día aquí?

—Claro… Tenemos que llenar la piscina, voy a ir haciéndolo ya.

—Vale, pues entonces me voy a acercar a mi casa y me traigo una cosita.

—¿Vas a por el flotador del patito? Oye, que si no sabes nadar da igual, que tienes pie…

—Muy graciosillo. No es eso, verás es que ayer dejé preparado un salmorejo que me salió muy bueno, así como unas croquetas de rabo de toro. Y eso hay que comérselo ya, que se puede echar a perder.

—Cómo va a ser eso. Es que me niego, vaya, que no….

—¿Prefieres que tenga que tirarlo? Venga ya, que me sale muy rico, ¿tú sabes cómo está ese salmorejo con su poquito de huevo picado y su jamoncito? Y las croquetas, que se deshacen en la boca…

La boca era lo que se me estaba haciendo agua, pero me daba un apuro impresionante que ella fuera a por el almuerzo.

—Suena muy bien, esa es la verdad.

—Venga, pues ve llenando la piscina, que vuelvo en un abrir y cerrar de ojos.

Salvado por la campana de nuevo, de chiripa…

Jara volvió enseguida con una jarra de salmorejo y una bandeja de croquetas que freímos a la hora del almuerzo que no se la saltaba un galgo.

—¿Tú todo lo haces bien? Vaya manos para la cocina, guapísima.

—Me gusta, soy cocinitas. Lo que pasa es que en el día a día no me da mucho tiempo, pero cuando llega el finde me relaja y me divierte.

—Yo, te lo digo en serio, las croquetas no las había probado más buenas. Y lo que toca el salmorejo, es que me tomaría la jarra entera.

—Pues dale, dale, que ese lleva huevo y hay que terminarlo hoy, no se puede quedar ahí.

Por si fuera poco, nos tomamos de postre dos tartitas de queso de las que había traído ella de la pastelería y así, sin poder movernos, nos tumbamos en las hamacas del jardín hasta que aquello fuese bajando.

Hasta dormidos nos quedamos, de lo relajados que estábamos, mientras nos dábamos las manos de hamaca a hamaca. Aquello era vida, lástima que yo no tuviera cómo mantenerla. Hasta en sueños le daba vueltas al coco para buscarle una solución a la situación más disparatada que jamás viví.

El resto de la tarde, con un sol de justicia cayendo sobre nosotros, la pasamos en la piscina, donde nos besamos, nos reímos, nos gastamos

bromas y lo pasamos fenomenal.

—Yo voy a tener que marcharme ya—me comentó a eso de las nueve de la noche.

No podía consentirlo, dejarla ir sin cenar, eso no…

—Tendrás que comer algo, mujer.

—Lo dices como si lleváramos tres días en ayuno, pues anda que no hemos engullido hoy nada…

—Ya, pero cenar hay que cenar. Espera, que pido algo, ¿qué prisa tienes?

—Venga, va, ¿qué te apetece?

—¿Unas pizzas?

—Ok, ¿te encargas tú de llamar?

—Claro que sí, belleza andante.

Me encargaría de llamar y de pagar, si bien esto último ya se me hacía un poquillo más complicado. Subí a mi dormitorio y le di un repaso completo a todos mis pantalones y camisas, por si sonaba la flauta y alguna vez me hubiera dejado en ellos un billetillo de veinte.

Iba a ser que no, por lo que bajé a la desperada cuando llegó el repartidor.

—Ya voy yo, cariño, ni te muevas.

—Ok, estoy aquí como una reina—Seguía en su hamaca, feliz como una perdiz, y ajena por completo a mi sufrimiento.

Abrí la puerta y el repartidor me entregó las pizzas con las bebidas.

—Tío, no te lo vas a creer, pero estoy sin un euro, ¿qué podemos hacer?

—¿Partirte la cara? ¿Cómo se te ocurre cachondearte así de mí?

—Que no es eso, hombre, que la cosa se me ha puesto fea de pasta. Oye, ¿te gusta mi reloj?

—¿Tu peluco? No está malote.

—Es tuyo a cambio de las pizzas…

Capítulo 16



El que no encuentra soluciones es porque no quiere, yo lo estaba comprobando a marchas forzadas en los que eran los días más delicados, pero también los más felices de mi vida.

—Mañana por la noche he quedado con Lola para cenar, que la tengo abandonadita, pero si quieres nos vemos el martes para cenar, bombón—me comentó Jara antes de marcharse la noche del domingo.

Quedamos en eso y yo, una vez solo, abrí todos los portales de empleo que encontré en busca de alguna oferta que me pudiera ayudar a salir de aquella situación tan caótica.

Agarrarse a un palo ardiendo es de humanos, y eso fue lo que yo hice, pero literalmente.

—¿De verdad que el puesto es para churrero? —pregunté cuando llegué a aquella cafetería, pues en el anuncio no se especificaba muy bien en qué consistía.

—Sí, hombre, y no es tan difícil, que solo es cuestión de cogerle el tranquillo a la máquina—me indicó el encargado.

Yo de churrero no me hubiera visto en la vida, pero menos todavía de parado, eso sí que no podía soportarlo.

—Pues nada, tú me dirás cuáles son las condiciones.

—¿Aceptas?

—Sí, sí, qué remedio.

—No son malotas, no creas. Lo mejor es que son para sustituir al chico que viene los días entre semana, porque en fin de semana se encarga de la churrería un primo del dueño. Total, que tienes que estar tres horas para los desayunos y tres para las meriendas de lunes a viernes y te llevas mil eurillos.

No, la cosa podía ser mucho peor. Volvía a ser mileurista, eso sí, pero ya trataría de buscar otro curro, que aquello solo era para salir momentáneamente adelante.

Lo que no me contó el encargado, cuando me habló de las lindezas del puesto, fue el calor que pasaría allí; más que el que enfoscó las pirámides pasé en aquel primer día en el que ya me dejaron en el puesto.

Para colmo, la máquina, que en principio debía tener un mecanismo más simple que el de un botijo, se me resistió un poco, porque se atascó.

—Francisco, yo creo que algo va mal—le comenté al encargado.

—Anda ya, hombre que, seguro que es que se te resiste un poquillo, pero que no. Tú ponte ahí a hacer churros como loco y ya verás lo contenta que se pone la gente.

Que vale que la masa me la daban hecha y que solo era cuestión de sacar los churros, pero que aquello no iba ni para Dios.

—Francisco, que te digo yo que la cosa no es tan sencilla—Me estaban entrando los sudores de la muerte.

—Y dale Perico al torno. Tío, que no hace falta tener un máster para manejar esto, quítate que ya te digo yo cómo se hace.

—Venga, venga, pues yo estaré encantado de que me ilustres.

—Mira, pues esto se hace así, no me seas torpón…

Se haría “así”, pero salió “asao” porque fue la bomba, y nunca mejor dicho, que la máquina como que de repente explotó y salió masa de churros en todas las direcciones.

Indescriptible cómo nos pusimos, nos salió masa hasta por los ojos. Y la gente, que esperaba en cola, salió despavorida chillando y pensando que era un atentado.

Un atentado sí que era, pero contra mi paciencia, porque las cosas iban de mal en peor.

—Yo renuncio al puesto, paso por completo—le dije a Francisco mientras nos quitábamos masa hasta del cielo de la boca en el baño.

—Que no hombre, que no, que esto ha sido un avatar de nada, ¿tú eres de los que se acobardan a la primera de cambio? Cómo se nota que no tienes nadie por quien luchar, si tuvieras dos churumbeles como yo salías ahí y cogías el toro por los cuernos.

—¿Que yo no tenía nadie por quien luchar? ¿Y eso quién lo decía?

De eso nada, salí allí y, ante la atónita mirada de todos, hice un segundo intento.

—Chaval, ni la toques, que las carga el diablo—me aconsejó una señora que me recordaba a Matilde. Ella sería la única que faltase allí.

—Ni se preocupe, señora, que esta la domo yo como Dante que me llamo.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —La señora llevaba un sonotone, si es que a mí no me pasaba nada normal.

—Dante, me llamo Dante.

—Ay, *joé*, qué nombre más raro, ¿no podías llamarte Juanito como mi nieto?

—Pues yo qué sé señora—Como también le diera por mí iba listo, que yo con Matilde ya tenía lo mío. Solo faltaba que cumpliese el mes y no le pudiera pagar la mensualidad, en el hospital acabaría a escobazos.

De todos modos, no fue eso lo que me empujó a salir a darlo todo en la churrería, sino el hecho de que, al contrario de lo que creía Francisco, yo sí tenía alguien por quien luchar; y ese alguien se llamaba Jara.

Media hora más tarde la máquina y yo nos habíamos hecho amigas y la cola esperando los churros daba la vuelta a la plazoleta. Aunque siempre me he tenido por muy buen vendedor, debía reconocer que los churros se vendían más fácilmente que los coches.

Eso sí, también se sudaba la gota gorda haciéndolos…

—¿Me pones un vasito de agua fresquita, por favor? —le pedí a Francisco cuando apareció por allí con cautela, que ese mucho echarme por delante su valor, pero solo le faltó sacar un escudo.

—Claro, hombre. Oye y otra cosa, que aquí puedes desayunar cuando llegues y tomarte una tapita antes de irte. Y por la tarde igual, casi todos lo hacemos, eso al dueño no le importa.

—¿No me digas?

—Sí hombre, tú no te cortes…—Me venía de perlas, porque eso me iba a quitar tela de gastos.

—Oye, ¿y un adelanto? ¿Tú crees que me daría un adelanto?

—Ahí ya has dado en hueso duro. En esta casa no se estilan los adelantos, pero es que, claro, con un carro como el tuyo, menudos gastos que tendrás —me dijo mirándolo con pasión.

Capítulo 17



Quedé en recoger a Jara el martes por la noche y lo de la gasolina se convirtió en un problemilla.

El tiempo que transcurrió entre mi salida de la churrería y el momento de ir a por ella me lo pasé buscando los elementos necesarios para acometer mi segundo plan; robar gasolina.

No me patinaban las neuronas del todo, así que no me pondría un pasamontaña y asaltaría una gasolinera, sino que me iría a una zona pija, en la que hubiera aparcados coches de lujo de turistas, y de allí sacaría mi preciado botín.

Lo hice antes de prepararme para la ocasión, que la tendría que invitar a cenar y no era plan de aparecer con un tufo a gasofa que la echara para atrás. Así, con mi camiseta y mis chanclas, además de mi cochazo, pasaría por un turista más.

Escogí una calle por la que no pasaba ni un alma y recé porque el coche en cuestión estuviera bien cargadito de combustible.

La teoría parecía fácil pero la práctica…esa ya era otro cantar.

No es que me sintiera bien mangando, pero en aquella zona no había ningún pobretón, de modo que al que le tocara lo más que haría sería acordarse de la madre que me trajo al mundo, pero no le supondría ningún problema más.

Con ese pensamiento, me armé de valor y cogí los dos tubos que me ayudarían a cometer el delito. No sentía tal adrenalina en el cuerpo desde que a los cinco años le robé un par de chicles a la señora Jacinta, la tendera de mi pueblo en Segovia.

Tuvo va y tubo viene, me disponía a hacer presión en el tanque, con más miedo que siete viejas, cuando noté un roce en un pie que me dejó perplejo, pensando en que me habían pescado.

—Pero ¿qué haces tú aquí, hombre? —respiré aliviado cuando vi que era un minino—, ¿tú has venido a que te dé comida? Pues vaya ojito que tienes, si yo arrastro más hambre que tú.

Qué susto me había dado el jodido gato. Y es que uno iba a pecho descubierto, que tampoco era aquel el robo al Banco de España de “La casa de papel”.

Esperé un minutillo a que se me pasara el susto, que yo para ladrón no había nacido, y me puse otra vez a la faena. Después de seguir todas las instrucciones que leí en una cutre página de Internet al respecto, comencé a soplar por el tubo más corto. De ese modo, logré generar presión y la gasolina terminó saliendo por el más largo.

Con lo que no contaba era con el mareíto que me iba a pillar dada la cercanía del combustible, con ese olor tan penetrante… Por poco me caigo muerto allí mismo, de la fatiguita que me entró.

Lo que sí me ayudaba era pensar que me había quitado un problema de encima para unos días, que era verano y serían muchas las vueltas que daríamos en el coche, que para eso lo nuestro iba por buen camino.

Llegué a casa y, pese a que había pasado un rato, el malestar seguía ahí, dichosa gasolina, qué pestazo… Por más que me frotaba con la esponja, que me iba a desollar, no desaparecía, dado que el olor lo tenía dentro de la nariz y ahí no había esponja que llegase.

Me maqueé, con unos jeans blancos, mocasines verde botella y camisa verde agua, que conjuntaba a la perfección. Y, con todo mi golpe de mareíllo en el cuerpo, recogí a Jara, que venía con un vestido rosa palo largo con tirantes y un volante inferior que era una maravilla, así como con unas veraniegas sandalias de esparto.

—Estás guapísima, corazón, como siempre…

—Y tú. Oye, ¿has bebido? Es que no sé, te noto como un poco…

Lo que faltaba, que me tomara por un borrachín. Si es que llevaba un día… entre el calor que pasaba en la churrería y luego el lingotazo de gasofa que me había metido en el cuerpo, no podía más.

—No, bonita, pero el caso es que no me encuentro del todo bien, que mareadillo sí que estoy.

—¿Qué dices? Pues nos vamos ahora mismo para tu casa y yo te cuido.

—No, no, tranqui, que no es necesario, de verdad, ya estoy bien…

Ese día inauguraban un mejicano al que ella quería ir. Y yo me cortaría un brazo con tal de que disfrutara, así que para allá que nos fuimos.

Digamos que la comida tampoco acompañó porque, aunque estaba muy buena, el picante debió caerle como un tiro a mi estómago, que de por sí estaba ya tocado. Y el chupito de tequila al que nos invitaron, y con el que brindé con ella, como otro tiro.

El caso fue que, cuando quise darme cuenta, ya estaba en el suelo y no veía más que una mancha negra, ¿quién había apagado la luz?

Al volver en mí, ya estaba en la ambulancia…

—¿Dónde estoy? —le pregunté a la chavala que me atendía.

—En un cacharrito de la feria, ¿no escuchas las sirenas? Tranquilo, que solo ha sido un mareo, pero que ya estás bien.

Qué trajín, cielo santo, si es que mi vida se había convertido en un despropósito. Eso sí, prueba superada, porque nos habíamos hinchado de comer y, dadas las circunstancias, Jara me contó luego que nos habían invitado los dueños del restaurante.

Solo por eso di por bien empleado el pequeño incidente, que me obligó a pasar la noche en observación. Suerte que no dieron con la causa, porque la habría tenido que desmentir hasta la saciedad.

Lo mejor de la noche fue que Jara se quedó conmigo, mimándome y dándome ánimos.

—No te preocupes, que seguro que solo es un poco de estrés. Ya se sabe, la vida de jefe, que no es oro todo lo que reluce, ¿no?

—Qué va, qué va, que también tiene sus sinsabores, bonita.

Tenía que conseguir otro trabajo mejor antes de que descubriera mi faceta de churrero, pero ¿cómo?

Capítulo 18



Arrastrándome fui a trabajar al día siguiente. Y, cuando miré a la cola que se estaba formando y que me provocaba nuevos mareos, no di crédito; Matilde esperando su turno.

Sin la más mínima posibilidad de que nadie me sustituyera, sentí las cagaleras de la muerte, ¿y si se lo contaba a Jara? Aunque enseguida pensé que la pobre la credibilidad la tenía totalmente perdida.

Al llegar a mi altura, se me quedó mirando fijamente.

—¿Qué puedo ponerle, señora? —le pregunté haciéndome el tonto.

—Ay, *jodío*, yo a ti te conozco de algo, ¿tú no eres el que le hizo una brecha el otro día a mi hijo con la peonza?

Al saber qué recuerdo se le vino a la mujer a la cabeza, porque levantó el bolso y a punto la detuve.

—No, no, qué va, que yo soy el que se monta con él en el caballito, ¿no se acuerda?

—Es verdad, que lo dejé el otro día en el patio de tu casa, niño. ¿Y qué estás haciendo aquí? ¿También has venido a por churritos?

—Sí, claro, señora, que me encantan.

—Digo, pues ahora te vas a salir de ahí y te voy a pedir un chocolate, ya verás, te van a salir churros hasta por los ojos.

De eso no tenía yo ninguna duda, ahora tocaba convencerla de que no podía ser.

—Doña Matilde—que yo ya le ponía el "don" por delante como a ella le gustaba—, es que eso no va a ser posible.

—¿Y eso por qué? ¿Tú no sabes que el desayuno es la comida más importante del día? Así estáis todos los niños de ahora, enclenques perdidos…

Lo mismo me decía que estaba gordo por zampabollos que enclenque, y eso que la mujer sus buenas gafas llevaba. Otra cosa era que sus ojos ya solo veían lo que su cabeza quería que viese.

—Es verdad, pero es que ahora no puedo. Resulta que me han puesto a hacer churros para ganarme unos euritos, ¿sabe usted?

—¿Y desde cuándo trabajan los niños? Pues sí que está buena la cosa con la crisis, que esto no se veía desde la posguerra.

—Ya, pero es que yo me quiero comprar un juego, ¿sabe usted? Así que le pongo los churros y se sienta, que a mí no me dejan salir de aquí.

—¿Te tienen secuestrado? Mira que me lío a cachetadas y te sueltan, ¿eh?

—No, Doña Matilde que no me tienen secuestrado ni nada, que estoy aquí por mi propia voluntad.

—Si es que os vais a quedar todos los niños carajotes con las consolas esas, ¿a que es para eso para lo que quieres el dinero? ¿Cuánto te cuesta el juego? ¿Dos euros? Yo te los doy y te vienes a desayunar conmigo.

Pues sí que estaba la mujer puesta en los precios de los videojuegos, que iba a hacer las delicias de todos los niños.

—Señora, que no puede ser, de verdad, que me tengo que quedar aquí.

—Tú verás, pero que yo llamo a un inspector de trabajo y se les quita a todos estos el cachondeo, cuidado con poner a un niño a freír churros…

¡Qué cruz me había caído con esa mujer! Lo que me faltaba, después del calor, la noche sin dormir y el regustito a gasolina que tenía todavía…

Por fin se llevó sus churros y se sentó. Yo terminé mi jornada de trabajo, comí algo y me dispuse a montarme en el coche cuando vi al lotero del barrio paseando con sus cupones.

—Dame un rasca, hombre, a ver si hay suerte.

—¿Más suerte quieres con ese coche que me llevas? Ya quisiera yo uno de esos para mí.

—Si yo te contara, amigo…

—Venga, hombre que vaya bien…

Me senté y le di con la llavecita. Por primera vez en todos aquellos días sentí algo de alivio, ¡me acababan de tocar mil euros!

No me lo podía creer, me embargaba tal emoción que me quedé cogido al volante.

En ese momento me llamó Jara, a quien yo le había puesto el pretexto de que estaba muy ocupado y me llevaba un táper cada día al trabajo, porque no había vuelto a aparecer por el sitio donde solía comer, tan cercano a su zapatería.

—¿Estás bien, amor?

—Bien, mi niña, perfectamente, no te preocupes.

—Pues yo te noto un poco, no sé, como si estuvieras pillado todavía…

—Pillado estoy, pero por ti—disimulé, que no podía decirle nada sobre el motivo.

—Qué mono eres, pero que te repito que hoy no deberías trabajar, ¿Por qué no te tomas la tarde libre? Que para eso eres jefe.

—No puedo, esta tarde viene un cliente importante y tengo que atenderlo yo, amor—Me sabía fatal mentirle, pero…

—Ya, y tu jefa te necesita porque se lo va a llevar calentito, ¿no?

—Más o menos, sí.

Quienes se iban a llevar calentitos los churros serían los clientes, pero a ver cómo se lo explicaba yo.

—Qué se va a hacer, pero tómatelo con tranquilidad, ¿vale?

—Claro, prometido.

—¿Cenamos esta noche?

—Eso está hecho—Recé para que pudiera cobrar el premio esa misma tarde.

—Pero con una condición…

—La que tú me digas, vale.

—Que cenemos en mi casa, que te voy a preparar unas patatas aliñadas con melva que te van a dejar con las patas colgando.

—Cariño, pero que no quiero que te metas en la cocina por mí.

—Tonterías, que eso se prepara en un momentito, no te preocupes.

—Vale, pero yo llevo el vino—Justo eso me quedaba en la tarjeta de crédito, el dinero para comprar una botella de vino, así que el premio me había caído como agua de mayo.

Capítulo 19



Con los mil euritos en mi poder ya pude respirar un poquito más, pero no podía dormirme en los laureles. Yo necesitaba subir de categoría laboral, pues estaba de los churros hasta la punta del pelo, que era donde me llegaba el aceite cada vez que los preparaba.

Aparte, cada día me sentía peor de tener que mentirle a Jara a todas las horas y de vivir en el constante temor de que un día me pillara en la mentira.

Quedé con Rober el mediodía del viernes, para tomar unas cañas y hablar del asunto.

—¿De churrero? No puedes estar hablando en serio, tío.

—Sí, de churrero estoy currando, eso es lo que hay.

—A ver, que yo no soy nadie para decir nada, que me parece un oficio súper digno, pero que tú eres más glamuroso que eso, tío.

—¿Y? ¿Tienes alguna varita mágica o algo parecido? Porque si no es así, por mucho que te rías del asunto, yo no tengo otra solución que seguir dándolo todo con la masa.

—Si yo no me río, Dante, pero es que no lo esperaba. Cada cual está haciendo lo suyo por sobrevivir; Bea se ha puesto a cuidar niños, tú a freír churros y yo…

—Eso, ¿tú qué estás haciendo? Que todavía no has abierto el pico al respecto, aunque ya me lo imagino.

—¿Qué te imaginas?

—Que habrás vuelto a impartir clases particulares de inglés, ¿no? Se te da sensacional, por eso me lo imagino.

—Qué va, tío, que eso era antes, pero ahora, con las academias no hay quien compita. Y más con las facilidades de pago que dan y con el rollito ese de que les regalan a los niños la mochilita a principio de curso para que vayan todos monísimos e igualitos. Que lo mismo de inglés no aprenden ni papa, pero para las fotos quedan que no veas, de lo más elitista.

—Te veo más quemado que la moto de un hippie con el asunto, y entonces, ¿qué estás haciendo?

—Pues yo, en el fondo, algo parecido a lo tuyo.

—¿También currando en un bar? Jo, tío, yo me acuerdo cada día de Sara y de todas sus castas, en la que nos ha metido. Mira que hemos dicho siempre que la hostelería es lo peor, lo más sacrificado, ¡y ahí que hemos aterrizado de cabeza!

—Que no tío, no te precipites, que arrancas la moto y no hay manera de cogerte.

Cierto que cuando estaba indignado, hablaba sin parar…

—¿Y entonces? Has sido tú quien ha dicho que es algo parecido a lo mío.

—Sí, pero porque tú haces churros y yo enseño la churra.

—¿Cómo? ¿Qué dices, Rober? Con lo centrado que tú eres… Y, además, con el poquito arte que tienes.

—Tendré poco arte, pero mucho espíritu. Y sí, estaré centrado, pero también tengo boca y necesidad de comer, tío. Y no hace falta que te diga que en Andalucía no es que des una patada y salgan diez ofertas de trabajo.

—Ya, ya, pero ¿qué haces exactamente con la churra? ¿Te has metido a estríper?

—Eso es y qué quieres que te diga, para como está la cosa, no me quejo, es un dinerillo fácil.

—¿Y no te da apuro ni nada?

—Bueno, bueno, eso es aparte, que me tuve que tomar tres *gyn tonics* para salir al escenario anteanoche, cuando debuté.

—¡Ay, madre! A ver si ahora te me vas a alcoholizar. O te va a costar más caro el collar que el perro, que también puede ser.

—Que no, hombre, que a las copas invita la casa. Barra libre, con tal de que salgas al escenario lo más sueltecito posible.

—Joder, tío, ¿y qué pasó? ¿Alguna te pidió mandanga de la buena? Yo es que estoy flipando.

—Sí, yo ya estaba prevenido por mis compañeros, tú sabes, lo típico.

—Yo qué leches voy a saber, ni que hubiera hecho eso nunca, amigo.

—Ni yo, pero hay que adaptarse a todo. Y sí, te ganas tus doscientos euritos por actuación y luego, si quieres, un sobresueldo si te vas con alguna, aunque yo de eso de momento paso, que no voy de ese palo.

—¿Doscientos euros por actuación? ¿Qué dices, tío? Que me voy a tener que ir contigo.

—Ya estás tardando, te lo digo, que allí siempre hace falta personal y tú siempre has tenido un desparpajo que no veas. Y físico tampoco te falta, ¿tú cuánto ganas con los churros?

—Yo mil euros al mes, pero no tengo que mojarlos, no sé si me entiendes.

—Ni aquí tampoco, cabeza hueca, eso es solo para el que quiera. Tú haces tu actuación y después, si una de las chicas o la misma novia te hace una propuesta y te apetece, te la triscas. Que no, fuera, y a otra cosa mariposa, que tu dinero no te lo quita ya nadie.

—Rober, que yo no te juzgo, pero es que ahora estoy con Jara y, con lo que me ha costado conseguirla, como para jugármela.

—Tú mismo, pero ¿le has sido sincero en todo?

—En todo en todo, tú sabes, que no tiene ni pajolera idea de que me han despedido, las estoy pasando canutas.

—O sea, que todavía te puede coger un día con las manos en la masa, ¿no? Lo digo por lo de los churros.

—Exactamente, así es. De modo que tengo que buscar una solución rapidita antes de que me busque la ruina yo solo.

—Hombre, esto que te ofrezco lo mismo te arregla la vida que te la jode todavía más, ¿tú tienes para ir tirando? ¿Te ha quedado algún colchón de estos años?

—Sí, no ves que ganábamos el oro y el moro. Yo el único colchón que tengo es el de mi cama. Lo que sí tengo en cantidad son letras, de esas todas las que te dé la gana…

—Deja, deja, que yo oigo lo de las letras y es que me pongo enfermo.

—Ya, pero es que tú vives con tu madre, que te sigue poniendo el plato de comida por delante, pero otros nos las tenemos que agenciar.

—Ya, pero es que según estamos nosotros, no se puede tener ni un cochazo ni una casa con jardín y piscina, que tú lo quieres todo.

Capítulo 20



La conversación con Rober me dejó un tanto desmoralizado. Él, que siempre había sido más apañado que las pesetas y que tenía estudios, trabajando de estríper…

No obstante, yo pondría toda la carne en el asador. Estaba dispuesto a remover Roma con Santiago con tal de dar con un puesto a mi medida, uno que me permitiera seguir con ese tren de vida que Jara creía tan real y que estaba cogido con pinzas.

Un mes tenía de margen con los mil eurillos que me habían tocado, de modo que ya podía moverme rápido si no quería que un tsunami arrasara mi vida, llevándoselo todo a su paso.

Aquel día me di patadas en el culo. Qué numerito el mío; si quería recogerla a la salida de la zapatería tenía que salir del trabajo volando, quitarme toda la pringocha de la cabeza, que salía de allí con el flequillo que se podía exprimir, volver a sentirme persona humana y volar antes de que echara el cierre.

—Pero qué reguapo y relimpio está siempre mi chico, dichosos los ojos que te ven aquí, que no habías vuelto…

—Eso, desde que te han ascendido a jefe, no quieres nada con los pobres, ¿no? —me espetó Lola dos besos, que también estaba allí.

—Qué va, es que estoy más liado que la pata de un romano, mujer…

—¿Y esas flores? ¿Son para mi amiga? Jara, qué suerte tienes, son preciosas.

Jara no les había quitado la vista de encima desde que entré en el local. Yo soy muy detallista, pero días atrás, como no hubiera cogido unas cuantas margaritas del campo, complicado lo de regalarle un ramo.

—Sí, son para tu amiga. Toma, preciosa—le indiqué a mi chica.

—Jo, son ideales y huelen que no veas, qué detalle tan bonito, ¡te como esa cara!

Jara me dio un besazo, cogiéndose a mi cuello.

—Cuidadito, que vais a salpicar, Jara, voy al chino de la esquina por un florero.

—Eso, eso, déjanos un momentito a solas.

—Será asquerosa la tía, ya me está echando, ten amigas para esto.

—Que yo no te he echado, que has sido tú la que has dicho que te vas, celosilla.

—Pero para ponerte a prueba. En ese momento es cuando una dice eso de "no, no, que vaya mi novio, tú no muevas el culo de ahí".

Me hizo gracia su comentario, aparte de porque era muy cómica y le ponía mucho énfasis a la imitación de Jara, por lo que dijo de "novio". Nosotros todavía no habíamos hablado nada al respecto, pero que ni falta hacía, porque las cosas cuando fluyen, fluyen. Y entre ella y yo estaban fluyendo tanto que todos los momentos que pasábamos juntos nos parecían pocos.

—Voy a pedir algo de cena para dos en casa, pero que, si te quieres apuntar, Lola, no hay problema. Donde comen dos, comen tres, solo hay que añadir alguna cosilla más.

—Sí, pero donde chingan dos, no chingan tres, que eso ya son guarrerías. Y a vosotros se os ve en la cara que queréis chingar, so guarrillos…

—Niña, que estoy pensando que dejes lo del jarrón, que mejor estas me las llevo a casa, ¿vale? —la interrumpió Jara, que Lola era un personaje.

—Como quieras. En serio, que otro día me tomo algo con vosotros, pero ahora mejor os dejo, que se os ve unas ganas de pelar la pava que son la caña, ¡que os aproveche!

Lola se esfumó y nos quedamos besándonos en medio de la zapatería. Una pequeñaja que entró con su madre y su hermano, fue de lo más graciosa, porque nos miró e, inmediatamente, se tapó los ojos con la mano.

—Perdona, es que no esperaba ya a nadie a estas horas—se disculpó Jara con la mujer.

—Tranquila, que no pasa nada. Es que con el chiquitín no hay quien salga antes de casa. Madre la de cosas que hay que coger, si tienes niños lo sabrás. Aunque muy jovencilla te veo yo para tener niños.

—No, no tengo todavía, pero los tuyos son una monada, ¿puedo?

—Claro, que no veas si pesa. Yo por mí, te lo dejo hasta el lunes y así me tomo un descansito, que me tiene muerta de sueño—le pasó el bebé.

—Es que el hermanito no duerme por la noche—negó la peque con la cabeza, con una cara de sabihonda que tenía que no podía con ella.

—¿Y los zapatitos para quién son, para el hermano? Porque yo veo que a ti no te gustan.

—Sí que me gustan—protestó la chiquilla, que era súper coqueta.

—Vale, ¿y qué es lo que quieres?

—Yo quiero unos tacones, pero mi madre no me deja.

—Normal, es que tú no tienes edad de llevar tacones, tú de lo que tienes edad es de ponerte unas sandalias muy bonitas que te voy a traer de dentro, ¿me lo aguantas? —me preguntó en referencia al peque, mientras su madre le desabrochaba a la niña las sandalias que traía.

Ya entendía por qué su zapatería era infantil, hasta ese momento no la había visto en acción, pero los peques se le daban muy bien. Yo, que tenía mucha experiencia con coches, pero muy poca con niños, me quedé un tanto fuera de lugar.

—¿Lo cojo así? —le pregunté.

—No, hombre así no, que le tienes que aguantar bien la cabeza.

Debía estar partiéndose de risa porque solo me faltó cogerlo por la guita, como si fuera un chorizo de Cantimpalos, el pueblo segoviano en el que los hacían tan requetebuenos.

A falta de uno, Jara le vendió tres pares a la madre de los chiquitines, mientras yo hacía malabares para que el peque no se me echara a llorar. Otra que había nacido para vender, para mí que a nuestras madres no les dijeron que ahí tenían un niño o una niña cuando nacimos sino "un comerciante".

—Se te dan de maravilla los niños, y las madres…

—Es que ya es un tiempito vendiendo, esto no viene de ayer…

—En realidad, se te da de maravilla todo lo que haces, qué tontería he dicho.

—Oye, ¿y esa no será un poquillo de pasión de novio?

—Qué va, para nada.

Lo que me apasionó, lo que verdaderamente me apasionó, fue que ella también soltara con esa naturalidad lo de "novio". Ya era oficial, Jara se había convertido en mi novia y yo tenía unas ganas que no podía con ellas de hacer todo lo posible para que fuese feliz.

Capítulo 21



Llegué a casa dando botes de alegría, cenaríamos en el patio, con la visión del fin de semana por delante y, además, no tendría que empeñarme ni que hacerme el muerto a la hora de pagar la cena.

No es que la situación fuera para tirar cohetes, pero al menos no era tan increíblemente desesperada como al principio. Ahora bien, la alegría no tardó en borrarse de mi cara, qué poco dura lo bueno en casa del pobre, como se ha dicho toda la vida.

—¿Y esto? —Le escuché decir a Jara al llegar a la cocina.

—¿Qué pasa, amor? ¿No te habrás encontrado una cucaracha? —bromeé desde mi dormitorio.

—Si fuera eso, del grito que doy, te enteras. No, no es eso, es que no hay luz.

—No puede ser.

—Sí que puede ser, que te lo digo yo.

—Deja el dedo un momento en el interruptor, a ver si hay una mala conexión.

—Como si lo dejo una hora, el interruptor va, lo que no hay es luz.

Me quedé petrificado porque de repente me acordé de que Javier me dijo que había un recibo pendiente que no le pasaron por error, que si no me importaba abonarlo y que se lo descontara de la mensualidad. Y no sé qué otras cosas me explicó también del contrato y del cambio y tal…

Muy digno, le respondí que por supuesto que no había ningún problema. Y claro que no lo hubo, como que me olvidé por completo del asunto, como de todo lo que tuviera que ver con pago alguno.

—Mujer, eso no puede ser—Ya tenía los goterones de sudor en la frente.

—Sí, sí, voy a salir a la calle a preguntarle a algún vecino, que igual les ha pasado a todos.

—Vale—Crucé los dedos para que así fuera, lo típico, un apagón de unos minutos y la luz volvía, todos contentos.

Enseguida mi gozo a un pozo, porque ella volvió negando con la cabeza.

—Es un fallo de esta casa, ¿ok? Los demás tienen.

—¡Maldita eficiencia alemana! Que el dueño vive allí, ¿qué clase de casa me ha alquilado? — Y ya, de paso, me acordé también de mi jefa, Sara, la Merkel, que esa era la que tenía la culpa de toda. A ese paso, iba a aborrecer Alemania, las salchichas y hasta la Unión Europea al completo.

—Tranquilo, hombre, que esto no tiene importancia.

—¿Que no tiene importancia? Me van a oír, ¿qué avería es esta?

—Espera, que se me está ocurriendo una cosa, vamos a mirar en el contador, que puede ser que…

A Jara no se le iba ni una, era más lista que el hambre.

—¿Qué puede ser?

— Que te hayan cortado el suministro por error, vamos a ver si hay algún precinto o algo en el contador.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Es que también eres electricista? —Le di un beso.

—Yo no, pero mi padre sí lo era, ¿recuerdas que te lo conté? Fue con un poste de luz con lo que tuvo el accidente que le provocó la minusvalía.

—Es verdad, perdona, debemos ir con cuidado.

—Eso es, que yo le temo a un corrientazo más que a un león muerto de hambre.

—Ven aquí, que yo sí que soy un león y tengo hambre… de ti.

—Espera, espera, que tenemos que deshacer este lío, que tú sin luz no puedes estar.

Ya podía ella hasta cantarle una saeta al contador si quería, pero que nos habíamos quedado sin luz esa noche como Dios pintó a Perico.

Jara salió y volvió negando con la cabeza. Me recordó a la chiquilla a la que le había vendido los zapatos un rato antes.

—No te lleves un berrinche porque va a ser para nada, pero te la han cortado.

—¡Malditos, cabrones! ¡Me van a oír! ¿Qué hago? Si es un viernes por la noche…

—Llamarlos y ponerlos a caldo, que no hay derecho a que le hagan este tipo de cosas a la gente porque oye, ¿alguna posibilidad de que se haya quedado un recibo sin pagar?

—¿Es una broma? Para mí los recibos son sagrados, eso es lo primero que se atiende en mi cuenta. En la vida, bonita, en la vida, me ha devuelto a mí el banco un recibo.

—Ya, si lo imagino, pero igual el antiguo dueño o vaya usted a saber, como acabas de entrar.

Tampoco quería yo que le cogiera inquina a Javier, por si un día volvía para visitar a su madre y se pasaba a vernos o algo, por lo que traté de disimular.

—No creo, el hombre se ve muy formal, lo de cagarme en Alemania ha sido un arrebato.

—Ya, ya, y en manos de su madre no creo que lo haya dejado, porque entonces sí que vamos listos.

—No, si lo deja en manos de su madre nos cortan la luz, el agua y hasta las ganas de vivir, que la pobre señora no veas…

—Sí, menos mal que hace unos días que no aparece por aquí. No, por nada, que a mí me da mucha penita y tal, pero a veces parece que te la tiene jurada.

—¿A mí? De todas, todas, me tiene un asco que para qué.

—Tampoco asco, hombre, un poco de antipatía.

—Pues será eso, pero muy concentrada.

Ni media palabra le dije de mi encuentro con ella en la churrería, por supuesto, en el que volvió a vestirme de limpio, según su costumbre.

Tras ese breve paréntesis para hablar de Matilde, mi novia insistió.

—Ya puedes llamar y liársela, que te han cortado la luz por toda la cara.

—Es que todavía me cuesta creerlo.

—Sí, amor, pero que tampoco le des más importancia de la que tiene.

—¿Cómo no le voy a dar importancia? Te prometo que me van a oír.

Cogí el teléfono y, tal cual, me fui para el jardín, solo. No marqué número alguno, que tenía que hacer el papel.

—¿Buenas noches dice? Será para ustedes, que estarán trabajando con luz. ¿Sabe lo que me he encontrado yo al llegar a mi casa? La luz cortada, eso es lo que me he encontrado, hombre ya… ¿Por qué no le dice a su jefe

que se ponga? Ah, no que no está; que esos sinvergüenzas están a esta hora en su casa, tomándose una buena mariscada a costa de lo que nos roban en cada factura y encima se permiten el lujo de cometer fallos como este. Pues le digo una cosa; mañana a primera hora quiero la luz dada o me voy a la OCU y lío allí la de Dios es Cristo, espero que no me digan que me voy a tener que quedar así hasta el lunes porque no respondo, me oye, no respondo… Yo soy un ciudadano normal que, lo primero que hace cada mes, es pagar sus facturas y, ¿sabe lo que me encuentro? La casa más oscura que la cueva de Luis Candelas, eso es lo que tengo esta noche. A mí me han hecho un contrato nuevo en estos días; un alta, no una baja… ¿qué clase de analfaburro es el que ha tramitado esta orden de corte…?

Estuve relatando tanto que, al entrar, me bebí medio litro de agua seguido.

—¿Ya te has despachado a gusto?

—Claro que sí, que a lo que no hay derecho, no hay derecho.

—¿Y qué te han dicho?

—Que mañana me vaya a la oficina y lo tramite todo allí, que de algún modo me compensarán por este desaguisado, ¿nos vamos a la calle a cenar? Porque aquí, como no nos alumbremos con velas.

La forma en la que enarcó una ceja me hizo comprender que la idea le había encantado…

Capítulo 22



No me había visto en otra en la vida; preparando una cena romántica con velas a la fuerza. Suerte que todavía era temprano y pudimos acercarnos al súper del barrio, que estaba provisto de todo ese tipo de productos.

—Esto es un atraso, un atraso, qué antigüedad.

—También nos podemos ir a mi casa si quieres, pero que por mí no hay ningún problema, me mola tela el plan.

—¿De verdad te mola? Pues entonces, dale, dale…

Yo hacía el papel de que estaba más cabreado que una mona con la compañía de la electricidad, cuando lo cierto es que lo estaba conmigo mismo, por verme en esa situación tan lamentable, sin ni siquiera luz en casa.

Pues menos mal que me lo había pensado durante un año, vaya momentito que escogí para declararme a Jara.

—Claro que me mola y que tampoco vamos a coger velas de esas de las del castillo de Drácula, tontorrón, que ahora esto de la aromaterapia es un arte. Mira, mira cómo huele esta de canela, me fascina.

Menos mal que ella estaba desdramatizando por completo, porque yo no sabía ni dónde estaba de pie.

La esperaba mientras escogía las velas cuando vi a Rober, justo delante de mí.

—Tío, ¿tú estás como Dios, en todas partes?

—Eso digo yo, que qué haces tú aquí, que o no te veo o te veo todos los días.

—Yo estoy en mi barrio, ¿y tú?

—Yo es que he venido a la fiesta de un colega que vive por aquí y estaba cogiendo algo para llevar, que hoy no curro.

—Muy bien, mira te presento a Jara.

—Sí, la conozco de vista, de haber pasado alguna vez por delante de la zapatería contigo.

—Hola, Rober. Dime la verdad, ¿a que este comía todos los días por allí por verme?

—Eso puedes jurarlo, que la comida era buena, pero si hubiera sido bazofia, igualmente se la habría metido entre pecho y espalda.

—Tú, no cuentes mis secretos, traidor.

—¿Qué secretos? Pero si eso lo sabe todo el mundo, bobito—añadió ella.

—Ya, ya, ¿os vais a seguir riendo de mí mucho rato?

—No mucho, que yo ya llevo todas las velas que necesitamos.

—¿Velas? ¿Se avecina noche romántica?

—A la fuerza, Rober, que resulta que a tu amigo le han cortado la luz, sin anestesia, los de la compañía de electricidad que tienen la cabeza a pájaros y la han cagado.

Rober me miró con cara de preocupación y yo le supliqué con la mirada que no me descubriera con ningún comentario.

—Joder, pues sí que son eficientes, anda que como la luz es barata… Espero que te lo resuelvan lo antes posible y, si no, ya sabes, siempre se puede cambiar de compañía, igual que de trabajo y de lo que haga falta.

Con ese último comentario, Rober me acababa de hacer un guiño a que siguiera su ejemplo y me metiera a estríper, sería lo único que me faltase…

—Sí, sí, me lo resolverán, no te preocupes.

—Pues nada, parejita, a disfrutar. Me alegro de saludarte, Jara. Al feo este no, pero a ti sí…

—Yo también Rober. A ver si te pasas una nochecita y cenas con nosotros, que Dante me ha hablado mucho de ti.

—Venga, en cuanto dejéis de estar como los de las cuevas de Altamira me aviséis, ¿vale?

—Muy gracioso, amigo…

Estaba de un humor de perros, no lo podía evitar. Algo vale que Jara me lo quitó en cuanto llegamos a casa.

Capítulo 23



—Hoy no hay café de cápsulas, amor, que no podemos enchufar la cafetera.

—Mira tú qué problema, anda que estuvimos mal anoche—Me dio un besazo de tornillo con el que repasó cada una de mis muelas. Sí que se la veía afectada por el asunto.

—Tienes razón, que contigo todo es muy fácil.

—Si no es que las cosas sean fáciles ni difíciles, es simplemente, que lo que no tiene importancia no la tiene.

—Vale, vale, te invito a desayunar fuera, ¿te apetece?

—Me apetece y ya luego me acompañas al trabajo si quieres.

—Ok, y cuando te deje allí voy a la oficina de los de la electricidad, que me van a escuchar otra vez.

—Como les grites como al que te cogió anoche el teléfono, no hace falta que vayas, te va a escuchar desde aquí.

Una horita más tarde ya estaba yo en la puerta de la oficina, pero, en contra de lo que pensaba Jara, más suave que un guante.

—Mire, es que creo que me han cortado el suministro por un error.

—A ver, deme sus datos y lo miramos.

—Vale, le voy diciendo.

La cara de la señora me dijo que la cosa no iba demasiado bien.

—A ver, aquí había un recibo pendiente pero luego se produjo una rescisión del contrato por parte del dueño de la casa, ¿no le avisó de que lo iba a hacer? Usted tendría que haber cambiado la titularidad y listo, pero al no pasarse por aquí, ahora va a tener que dar de alta de nuevo la luz y no solo eso…

—¿No solo eso? ¿Todavía hay más?

—Me temo que sí, porque su contador es de los que necesitan ya una revisión por parte de un electricista antes de proceder a la nueva alta, que le tiene que entregar un certificado que…

—Dígamelo en cristiano, ¿a cuánto va a ascender el estacazo?

—Cuatrocientos euros no se los quita nadie, eso puede usted jurarlo.

—¿Cuatrocientos euros? ¿Me han tomado por el tonto del pueblo o me están grabando para luego darme una sorpresa?

—No, va en serio…

No, no podía ir en serio… Maldita mi cabeza, que Javier sí que me volvió a decir algo de lo del contrato de la luz y tal, para no perjudicarme, pero yo ni pajolero caso le hice, pues solo podía pensar en mi problema. Pues nada, ahora sí que se me había presentado un problemita.

Tenía que hacer algo, todo menos dejar que Jara se enterase de la verdad. Y tenía que hacerlo rápido, que a ella mi casa le encantaba y, en cuanto saliera de trabajar, ya estaría allí con su bolso capazo lleno de bikinis para pasar el resto del fin de semana.

No me quedaba otra; debía desprecintar el contador de la luz… Y eso, eso sí que me daba miedo.

Yo con la corriente no me llevaba demasiado bien, ya que tenía como un don, pero al contrario.

De siempre, si me había podido llevar un calambrazo, me lo había llevado, y doble…

No obstante, no me quedaba más remedio, así que llegué a casa, me armé de valor y me fui a abrirlo.

—Aquí estás, puñetero precinto. Tú y yo nos vamos a llevar bien, ¿verdad?

Las manos me temblaban y la frente la tenía chorreando. Sin embargo, la lengua la tenía tan seca que me llegaba hasta el suelo, vaya combinación más fabulosa.

Hice un primer intento y, del temblor de manos que me entró, me fue imposible ni tocarlo.

Un vecino mayor que pasaba se detuvo conmigo.

—Chaval, ¿tienes algún problema con el contador?

—Nada, señor, que estaba mirando una cosilla.

—Vale, es que mi hijo es electricista y por eso te lo decía, por si necesitabas llamarlo o algo.

—Nada, nada, se lo agradezco, pero todo va bien…

Lo que yo estaba haciendo no es que fuera una chapuza, sino que era un delito en toda regla, ¿me estaba convirtiendo en un delincuente? Pues un poco, de delitos de poca monta, pero sí, que para eso también había mangado gasofa.

Yo lo sentía mucho, pero ya había volado parte del premio del rasca en compras y tal de aquellos días y no me podía gastar la mitad de lo que me quedaba en el puñetero enganche de la luz.

Con un temblor de piernas que casi les impedía sostenerme, terminé por poner los dedos en el precinto y, ¡ay, madre! El tacto del susodicho fue lo último que sentí antes de recibir una descarga eléctrica que, en contra de lo esperado, terminó por apagar mi luz del todo.

No, no era posible, si era de día… El barullo de gente a mi alrededor, cuando volví en mí, fue el que me indicó que algo me había ocurrido. Y entonces recordé que me había llevado tal calambrazo que vi mi esqueleto, como pasa en los dibujitos animados en tales casos.

Con la mano cerrada, noté que tenía el precinto en su interior, por lo que nadie sospechó nada.

—¿Qué te ha pasado, hombre? —me preguntó un vecino.

—No sé, que estaba mirando una cosilla en el contador y debe haber un cable pelado, pero que no es nada.

Acababa de hacer una buena y no me convenía en absoluto darle publicidad al asunto.

—¿Llamamos a una ambulancia? —preguntó otra de las vecinas.

—No, gracias, señora, que ya estoy bien.

No es que estuviera bien, pero me puse en pie como quien lava y no enjuaga, para dar apariencia de normalidad. Y sin más, me metí en mi casa rezando porque mi sacrificio, al menos, hubiera dado su resultado.

Ya sabía yo que, de que me llevaba el padre de todos los calambrazos, me lo llevaba. Eso sí, toqué el interruptor y había luz.

El mal cuerpo no me lo quitaba nadie, pero la luz no nos faltaría de momento; hasta que me volvieran a atrincar, claro.

Comenzaba a tener el tiempo en mi contra, eso era lo peligroso de la situación. Estaba pasando las de Caín y no le veía solución a todo aquello. Y eso que por fin estaba bien alumbrado, pero no era cuestión de la luz, sino más bien de un milagro.

Capítulo 24



Al final, el resto de la tarde me la pasé solo, porque Lola tuvo un problemita en su casa y Jara le echó un cable. En el fondo, aunque lo que más me gustaba en el mundo era estar con ella, me vino fenomenal, porque me sentía como un mojón despeinado después de lo del calambrazo. Y porque quise ir a por un detallito que sabía que le haría ilusión.

Habíamos quedado en mi casa para cenar, aunque la cena era en realidad una excusa, más que otra cosa, que ya sabía yo que se quedaría en casa hasta la noche siguiente.

No digo que no fuésemos a cenar, pero tenía ganas de enseñarle a Jara algo que vimos días atrás juntos; un cuadro que la dejó embobada.

No me venía bien gastarme ni un euro, pero no era caro. Solo con ver su cara cuando lo descubriese, ya daría por bien empleado el pequeño esfuerzo, y es que sabía que le iba a chiflar, máxime cuando ella disfrutaba una barbaridad con cualquier detalle.

Apareció puntual en la puerta a las nueve y media de la noche y me dejó sin habla. Venía con un vestido de cuero negro, ajustado y cortito, que le sentaba como un guante. A decir verdad, todo lo que se pusiera le sentaba igual de bien con ese tipazo que gastaba.

A mí la mandíbula se me descolgó, porque no esperaba que llegase así, tan increíblemente sexy. Se ve que el verme contento por lo de haber "solucionado" lo de la luz, la motivó.

Llevaba unos zapatos negros de charol con tacón de aguja y una botella de Rioja en la mano. Con los labios de brillante carmín rojo perfectamente delineados y esos ojos ahumados con sombra negra, los míos no podían verla más sexy.

—¿Pasas o piensas quedarte ahí en la puerta, bellezón?—le pregunté y le guiñé un ojo, y es que no se movía del felpudo, como quien espera en silencio autorización para entrar.

Jara me sonrió.

—Paso, paso. No vengo a venderte ninguna enciclopedia—contestó pícaramente, mirándome de arriba a abajo—. Tú también estás guapísimo.

Bueno, si ella lo decía… Lo cierto es que me había afeitado y puesto unas bermudas de lino beige y una camisa blanca de cuello Mao, del mismo tejido.

No es que fuéramos a ningún restaurante caro, pero a media tarde hablamos de disfrutar de una cenita especial y procuré currármelo.

Hizo el intento de darme un beso en los labios acercando su cara a la mía, pero se lo impedí apartándome un poco. En lugar de besarla, le acaricié suavemente una mejilla con la mano.

—Espera, no quiero deslucirte el maquillaje, al menos todavía. Te sienta de maravilla ese color de labios.

Jara pareció sorprenderse, pero no dijo nada. Tampoco es que le diese mucha opción, porque con la emoción, la cogí directamente de la mano y le pedí que me acompañase. Sin decir ya ni media palabra ninguno de los dos, atravesamos el pasillo hasta llegar a mi dormitorio.

Para darle más emoción aún al asunto, le pedí que cerrase los ojos mientras la guiaba hasta el fondo, donde aquel cuadro nos esperaba.

—Para. Ya puedes abrirlos si quieres—le sugerí cuando estábamos ya a un palmo de él.

No me equivoqué con lo de su cara de asombro. Es más, Jara, llevándose las manos a la boca, no pudo impedir que se le escapara un gritito de sorpresa.

—¡Qué detallazo, Dante!

—¿Te gusta?

—¿Lo dudas acaso? —me preguntó con los ojos como platos, sin apartar la vista del cuadro. Para ella, cualquier cosita era motivo de festejo.

—No, pero la mayor maravilla que hay aquí dentro eres tú.

No pude decirle nada más porque no me consintió ya que volviera a rechazar sus labios y abordó los míos, con calma al principio, pero aumentando gradualmente el frenesí de su boca. Me dejé llevar, rodeándola con fuerza por la cintura con un brazo.

Supongo que ese nerviosismo de su lengua tendría también algo que ver con que fuese notando cómo ese miembro inferior de mi cuerpo, apretado contra el suyo, iba engrosándose bajo la tela del pantalón.

Fui liberándole la cintura, bajando el brazo por su cadera hasta llegar al límite del vestido, allá hacia la mitad de sus muslos. Mis traviesos dedos empezaron a tirar de él hacia arriba hasta dejar descubiertas sus nalgas. Y nunca mejor dicho, porque Jara no llevaba ropa interior, cosa que me puso como la moto de Jorge Lorenzo.

Guiándola con las manos, la tumbé en la parte alta de la cama. Con el cuerpo arqueado hacia atrás, sus piernas dejadas caer por lo alto de aquella

curva me servían en bandeja esos otros labios suyos que parecían pedir a gritos ser devorados también.

Me serví a capricho de ellos, elevándola y elevándome a mí mismo a tal nivel de excitación ya, que temí que ambos estallásemos por separado de puro placer en cualquier momento, sin que nuestros cuerpos llegaran a fundirse. En cambio, los dos aguantamos como jabatos.

La tenía a la altura ideal para penetrarla sin necesidad de forzar la postura. Mi miembro viril se deslizó suavemente por su interior entre aquella masa viscosa, avanzando y retrocediendo sin parar.

Despacio al comienzo, tal cual ella hiciera antes con su lengua hurgando en mi boca, y subiendo pronto el ritmo, queriendo sofocar sus llamas y las mías propias. Pura explosión de todos los sentidos cuando nuestros respectivos volcanes entraron en erupción a la par.

De no haber bajado nuestro propio volumen, creo que aquel día más de un vecino se habría escandalizado con aquel cruce en el aire de aullidos de gozo indescriptible.

Ese contacto íntimo solo fue un simple aperitivo para los dos. Creo que no hubo postura del Kamasutra que no practicásemos esa noche, una nueva noche en la que ella fue mía, lo que me indicaba que todo esfuerzo sería poco para que tal situación se perpetuase.

Ni siquiera aquel otro volcán suyo de cráter más comprimido se libró de ser explorado por el duende de mi entrepierna. En la entrada quedó la botella de Rioja sin abrir. La cena, en el frigo…

Con Jara el tiempo se paraba, el hambre huía, el deseo aumentaba…

Con Jara mi vida cobraba sentido, mi universo parecía circunscribirse a su persona, mi piel se convertía en parte de la suya.

Con Jara mi vida había cambiado. Momentos como aquel me lo decían, cuando mis labios se negaban a separarse de los suyos.

Con Jara ya nada volvería nunca a ser igual…

Capítulo 25



Cada vez me sorprendía más…

—Lo de anoche no me lo esperaba—le confesé mientras besaba su frente por la mañana.

—Es que tengo que reconocerte que no era verdad lo que de que Lola me necesitase, es que quise prepararme a conciencia para darte una sorpresa.

—Y me la diste, y me la diste… Ni cenamos.

—Ya, es que después de ese primer asalto vino otro y luego otro… Vaya apetito que tenemos los dos, tú ya me entiendes.

—Siempre estás irresistible, Jara, pero lo de anoche es que fue ya de otra dimensión, me quitaste el hambre. De la cena, me refiero, que a ti solo quería devorarte.

—Ya lo vi, no me puedo ni rozar con las sábanas, guapo.

—¿Te hice daño? Mira que eso no me lo perdonaría.

—No, daño, no… Lo que pasa es que ha sido una noche maratoniana, no hemos parado.

—Me parece que ya no es hora de tomarnos esa botella de Rioja.

—Más bien no, son las once de la mañana.

—Pequeña diabla, tú has tenido la culpa, no veas si me quedé impactado cuando te vi aparecer así.

—Es que a mí lo de la rutina no me va, por eso quise sorprenderte. Y, aunque te dije una pequeña mentirijilla, seguro que no te importó.

—Ya te digo que no. Además, ¿quién no ha mentido alguna vez?

—Ya, pero que tampoco es que fuese una mentira… sino una mentirijilla. A mí las mentiras, mentiras, sí que me echan para atrás, menos mal que nosotros no somos mentirosos.

Ya podía hablar por ella, que yo iba de una en otra.

—Venga, venga, claro que no lo somos, voy a ir preparando el cafelito.

—Y yo mientras me acerco a la panadería.

—No, no, que yo ayer, cuando fui a por el cuadro, aproveché para hacer compra también.

—Ok, pues entonces vamos a desayunar a la carta, ¿a ti qué te apetece?

—Yo había pensado en un desayuno americano. Ayer me antojé de uno de esos, por lo que compré de todo, y mira que no sabía que no iba a cenar.

—Genial, a mí también me apetece. Incluso podemos hacer las tortitas, dime por favor que tienes sirope de chocolate.

—Lo tengo, lo tengo. Y hasta nata…

—¿Nata? MMMM…

—No, no empieces así o te prometo que no desayunamos, amor.

Fue una delicia preparar el desayuno con ella, como todo lo que hacíamos juntos.

—¿Te han dicho alguna vez que servirías para cocinera? Y encima, es que no puedes estar más sexy con ese mandil, es imposible…

Nos preparamos un desayuno de categoría; con su café, su zumo de naranja, sus huevos y patatas fritas, su beicon, sus tortitas con sirope de chocolate y nata, que ya podéis imaginar dónde acabó la nata… Porque no perdíamos oportunidad, esa es la realidad.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó un rato después, metidos en la piscina.

—Hasta que tú no me la digas, no…

—Que he pensado en que podrías venir conmigo al cumpleaños de mi madre, que es la semana que viene.

—¿De tu madre? —le pregunté un tanto impresionado.

—Sí, de mi madre, pero no me pongas esa cara, que la mujer no muerde.

—¿Tú estás segura de lo que dices?

—¿De que no muerde? Joder, yo nunca la he visto morder a nadie, que mi madre es muy buena gente. Bueno sí, en una ocasión, que un tío me miró por la calle con una cara de baboso que no podía con ella y casi se lo come, pero solo esa vez.

—No, mujer, que digo que si estás segura de que quieres que conozca a tu madre.

—A mi madre, a mi padre y a toda mi familia, que el resto también estará allí; mis hermanos, mis primas… Anda que no tengo primas y las ganas que tienen de conocerte, que están todas revolucionadas desde que les he dicho que tengo novio formal. Mis hermanos es que son más sosos, pero ellas son unas cachondas de aquí te espero.

—Vale, vale, pues nada, tendré que buscarle un regalito a mi suegra, que es cuestión de ganármela.

—Por ella no hay pega, no te preocupes, que es una mujer muy sencilla, con ver que eres un tío auténtico y que vienes por derecho, ya es suficiente.

—Ok, oído cocina, pero un regalo le llevo.

Todavía no me había recobrado del susto cuando llamaron a la puerta de una forma que me era familiar.

—Dime que no es verdad, que hoy no tengo ganas de aguantar a Matilde.

—Pues para mí que vas a tener que hacerlo, porque esa forma de llamar…

Abrí la puerta y, efectivamente, allí estaba ella.

—Huy, pero si esta no es mi casa, si es la de mi hijo…

Así era su cabecita; lo mismo pensaba que su hijo era un mico, que reconocía su casa al momento. Y ese repentino ataque de lucidez como que me acojonó.

—Doña Matilde, ¿qué le trae por aquí?

—Mira el niño este, ¿y a ti? ¿Ya estás detrás de mi hijo para que te deje sus juguetes? ¿Tú no tendrías que estar friendo churros?

—¿Friendo churros? Pero qué cosas dice, señora—Los goterones de sudor que me caían cuando desempeñaba ese trabajo no iban a ser nada para que los que me caerían como abriera el pico a lo grande.

—Sí, sí, que el otro día bien que estabas allí con el palo, que parecías Don Quijote.

—No, mujer, que eso no es posible, si yo no trabajo en ninguna churrería.

—Que no, dice el niño, será mentiroso… Mira que como sigas diciendo mentiras, te lavo la boca con lejía.

Jara me miró como diciéndome que la dejara, que su cabecita no daba para más y que le siguiera la corriente.

—Ah, ya, ahora sí que me acuerdo, vale, vale…

—¿Ves, niñato? Que yo quería invitarte a un chocolatito, pero como eres tan delicado no quisiste. Y luego te atiborrarás a bollycaos y a porquerías de esas, como si lo viera.

—Doña Matilde, ¿en qué podemos ayudarla?

—Así ya vas mejor, la educación por delante. Pues nada, niño, que me he perdido, pero ya me voy.

—¿Ya se va? —Recé a todos los santos para que así fuera.

—Sí, sí, ya me voy, tranquilos, que así podréis seguir haciendo guarradas, pero antes me vas a dar un vasito de agua fresquita que estoy seca, porque un vinito no tendrás, ¿no?

—Qué va, lo siento.

—Claro, cómo vas a tener vino, con tu edad. Venga ese vasito de agua.

Y, para mi desgracia, pasó conmigo a la cocina. Y entonces sí que vio el Rioja que se nos había quedado en el frigo de la noche anterior.

—Y decías que no tenías vino, tunante, que eres un tunante. Este será para hacer un botellón de esos, pues te vas a *joer* y me vas a poner a mí una copita también.

—Pero doña Matilde, que la botella está sin empezar…

—¿Y? Te lo advierto, o me pones el vino o llamo a tu padre para que te dé una buena zurra, por borrachín.

Cualquiera la contradecía.

Jara se moría de la risa, la que me daba cada vez que me veía era poca.

Qué época tan extrañita me había tocado vivir.

Capítulo 26



“Buenos días, lunes y en el país…”, decía el locutor de la radio a la hora seleccionada. Comenzaba una nueva semana…

Una nueva semana que me traía por la calle de la amargura, que menos mal que Jara hizo caso omiso a todo lo que dijo Matilde, pensando que eran puras invenciones de las de la anciana.

Estaba en peligro, el cerco se estrechaba, tenía que buscar una solución, por lo que me fui de nuevo a las ofertas de empleo, quizás esperando un milagro, porque no había ninguna decente.

Me llamó la atención una de comercial que ofrecía unas condiciones bastante buenas, ¿y si se trataba de algún empresario caritativo que no tratara con la punta del pie a sus empleados y les pagara con decencia?

A mí, lo de ser comercial no me asustaba en absoluto, que para algo era un mago de las ventas, por lo que me propuse acercarme a la dirección indicada al mediodía, después de mi jornada matinal en la churrería.

—El puesto sigue disponible sí, lo que pasa es que igual las condiciones varían un poquillo de las del anuncio—me dijo el tío que me atendió en aquel negocio de patatas asadas que, pese a que estas no olieran mal, a mí me olió a chamusquina.

—Es que no se especificaba tampoco que fuera para un negocio de comida rápida—puntualicé.

—¿Y eso qué más da? Un comercial es un comercial, aquí y en Pekín. Si lo que quieres es dinero rápido sin dar un palo al agua ya sabes, tienes dos opciones; meterte en Telecinco o a político.

—Ya, ya, las he barajado, pero me parece que no va a poder ser.

—Pues entonces lo mismo aquí tienes la oportunidad de tu vida, quién sabe.

—¿Y cuál es la jornada de trabajo?

—Muy cortita; de una a cuatro de la tarde, la hora de los almuerzos.

Eso sí que me gustó porque era justo la franja que me quedaba libre entre mis dos turnos diarios de churrero.

—Mira, eso no está mal. ¿Y qué tendría que hacer exactamente?

—Ponerte el uniforme y salir a captar clientes; veinte eurazos al día.

—¿Veinte eurazos? Pero eso es una miseria.

—¿Una miseria? A ver si te crees que esto es Noruega, no te jode… Oye, que aquí te damos el uniforme y todo, que eso no lo hacen en todos los sitios.

Eché mis cuentas; si cogía el trabajo de lunes a viernes me llevaba cuatrocientos euros más al bolsillo y Jara no tenía por qué enterarse.

Yo muy seguro no me sentía ya currando en la churrería, después de la inoportuna visita de Matilde, pero podía coger ese currillo como complemento hasta que me saliera algo que me permitiera dejar los dos.

—Venga ese uniforme, entonces.

—¿Te quedas el puesto? Perfecto, pues empiezas hoy mismo; ahí tienes el uniforme y ahí los panfletos para repartir.

—¿Dónde has dicho que está el uniforme? —le pregunté porque aparte de una enorme bola amarilla de felpa que había en un rincón, yo en ese despacho no veía nada.

—Ahí, ahí…

No, no podía ser, que me estaba señalando a la bola…

—¿Ese es el uniforme?

—Hombre claro, ¿tú te crees que se pueden vender patatas asadas de chaqueta y corbata? No, ya verás lo bien que te identifica la gente con el negocio, que se te verá desde lejos.

Desde la misma muralla china se me debía ver, esa era la realidad, porque el uniforme era lo más llamativo y ridículo del mundo entero.

—No, no, yo esto no me lo voy a poner, es que me niego, vamos.

—Pues nada, que aquí no le ponemos un puñal en el pecho a nadie, ya sabes dónde está la puerta.

Ay, Dios mío, que tenía que reponerme un poco económicamente, que como pasaran por allí los de la empresa de electricidad y vieran el plan, no solo me iban a pedir el importe del enganche y demás, sino hasta la cadenita de oro que me regaló mi madrina en la Primera Comunión. Estaba en la ruina más cochambrosa y, además, se suponía que yo tenía un puesto y que no le iba a llevar a mi suegra una baratija por su cumple.

Me acordé de la cara de felicidad que puso Jara cuando asentí en lo de conocer a su familia. Yo a mi niña no le podía fallar; es más, no le iba a fallar, no me daba la gana.

—Vale, vale, me lo pondré.

—Claro que sí, hombre, si además resulta de lo más favorecedor.

El tío aquel debía ser retrasado o se lo hacía, porque la mierda de uniforme era una frikada total que además daba más calor que el que tuvo Frodo tirando el jodido anillo.

Todo fuera por eso, por ponerle a Jara un anillo en el dedo en su día. Cada vez me estaba complicando más, pero por ella todo merecía la pena.

Salí a la calle y se podía freír un huevo en la acera, directamente, sin sartén y sin nada. Como siguiera así me iba a quedar con menos carne que un pollo de Carrefour, qué lástima de mí…

La semana fue de lo más jodida, a qué negarlo….

Capítulo 27



El viernes, al dar por terminada mi jornada de trabajo, compré otro ramito de flores y me fui a buscar a mi chica.

—¡Ains! Si es que eres lo más atento que ha parido madre, por cierto, ¿nos vamos a comprarle un regalito a mi madre?

—Claro que sí, eso es lo que te iba a proponer. Uno tú y otro yo, que no se diga…

—No, no, con uno conjunto vale.

—¿No te acuerdas de que me tengo que ganar a mi suegra? De eso nada…

Yo, el dinerito que ganaba como patata asada lo iba a emplear en regularizar la situación de la luz, que en cualquier momento nos quedábamos en plan romántico total otra vez, a purititas velas, así que

emplearía algo del dinero que me quedaba del rasca en el regalo de la señora.

Jara tenía pasión con su madre, por lo que se volvió loca cogiéndole cositas; un bolso de firma, un set de maquillaje de lo más completo, unas gafas de sol de su marca preferida… Y uno no quería ser menos.

—No, no, es que es mi madre, pero tú, con que le lleves un detallito va en coche.

En coche, en ese mismo al que de momento le pude echar algo de gasolina sin tener que terminar hospitalizado, pues ese día actué como cualquier hijo de vecino y pasé por la gasolinera.

—No, no, que yo a tu madre quiero causarle buena impresión, de eso nada.

—Pero si con ver cómo me tratas ella ya va a ser feliz, que no hace falta. Que te digo yo que sí, que ella es muy sencilla.

—Vale, pero que me digas alguna cosita que le guste, ¿qué perfume usa?

—Que no hombre, que para eso es más exquisita.

—¿Y qué? Venga, dímelo.

—Mira que eres cansino, Chanel Nº5, ese es que el que usa de siempre.

Sí que era sencillita mi suegra, anda que se echaba unas gotitas de colonia Heno de Pravia y listo.

—Perfecto, pues vamos a cogérselo.

Casi ciento cincuenta pavos, eso me costó el perfumito, semana y media del sueldo haciendo de patata asada.

Yo, a ese paso, me iba a quedar en el chasis, no podía más… Y para colmo acababan de anunciar una ola de calor, si llegaba a contarlo sería de milagro.

Estábamos ya casi saliendo del centro comercial cuando nos dimos de frente con una de las primas de Jara.

—Prima, ¿qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—A comprarle un regalito de cumple a tu madre que he venido, ¿y tú? Mira que te veo muy bien acompañada.

—Sí, mira, él es mi novio, Dante—me presentó.

—Hola, ¿y tú eres?

—Qué despistada. Perdona, amor, ella es mi prima Elina.

—Sí, su prima preferida—menudas tablas tenía la chica—, y la que más ganas tenía de conocerte. Pero oye, que a mí tu cara me suena una barbaridad, Dante.

—Prima será de cuando estuviste mirando coches, que él es jefe de ventas en un concesionario.

—Ah, pues será de eso. Encantada, Dante, ya nos veremos mañana.

A mí la chica tampoco me resultaba del todo desconocida, pero después de años de cara al público, había hablado con tantas personas que eso no era en absoluto extraño.

—Oye, ¿le cogemos a mamá también unos bombones? Es que hay unos en la tienda gourmet que son su locura. Y si ya le llevamos un licorcito con el que suele acompañarlos…

Me vi en el compromiso y, aunque no fue en absoluto lo que ella pretendía, me empeñé en pagar también los bombones y el licor. El importe de mi premio iba cada iba más en picado…

Para colmo, a la salida, a Jara se le antojó que cenáramos en la calle.

—Claro, amor, vamos adonde quieras, que yo te invito.

—No, hombre, que siempre estamos en las mismas, lo he dicho yo.

—Olvídate de eso, bonita, el dinero no es problema.

Claro que no lo es, sobre todo para el que lo tiene, que para el resto la cosa ya cambia…

—Venga, va, pero que esto no puede ser siempre, ¿eh?

No, si cuando me empezaran a llegar las letras me iba a tener que cambiar de planeta, mejor que disfrutáramos del momento.

Nos metimos en un turco, que ella era muy amante de la comida internacional, y nos pusimos hasta las cejas de unas carnes muy picantes que estaban muy buenas, pero que amenazaron con arruinarnos la noche.

Los nervios por conocer a mi suegra al día siguiente, mi precaria situación económica y la tensión que me suponía mantener la farsa en la que se había convertido mi vida, terminaron haciendo mella en mí y me pasé toda la noche abrazado a la taza del wáter, que vaya cariño que le cogí.

Capítulo 28



Hasta la primera papilla eché y me levanté con una cara que daba penita verla.

—Tú tienes que reponerte hoy, que mi madre debe verte como lo que eres, como un ejecutivo de éxito.

—Por eso ni te preocupes, que yo a mi suegra me presento a conocerla con mi mejor cara, tú tranquila, bonita.

Suerte que era sábado, porque si tengo que ponerme a hacer churros con semejante mal cuerpo y luego vestirme de patata asada, con ese supuesto uniforme que daba más calor que un poncho peruano, ese día palmo, fijo.

A la hora de la merienda llegamos a casa de sus padres, que allí había más gente que en la guerra.

Martín y David, los dos hermanos de Jara, no tenían nada que ver con ella, tal y como me había indicado, que se les veía más bien pavos e iban a

la suya. Por mí mejor, que no estaba yo para dar con hermanos de esos súper protectores que me miraran con cara de perro.

Las que no me miraron con cara de perro fueron las primas de Jara. E, incluso, me atrevería decir que a Elina le molaba, por las miradas que me echaba de arriba abajo mientras Jara me presentaba al resto.

Lo que me faltaba también, que quisiera competir con su prima, como si no tuviera ya bastante con lo que llevaba encima.

Fernando, el padre de mi novia, tenía pinta de vivir un poco en su mundo también, al igual que sus hijos, mientras que su madre tenía unos ojos brillantes que indicaban que era igual de pizpireta que su hija.

—Mami, este es mi novio, Dante.

—¡A mis brazos, guapísimo!

El aire de Gracia, que ese era su nombre, me recordó al de América, la madre de Alaska, en esos cumpleaños tan multitudinarios que celebraba. Ahora bien, en mucho más joven, que América debía ser de la quinta de Matilde, esa mujer que me mataba cada vez que aparecía.

El parecido al que he aludido, no me convierte a mí en un Mario Vaquerizo de la vida, que con ese hombre hay que partirse, pero que no nos parecemos ni en el blanco de los ojos ni por dentro ni por fuera.

—Encantado de conocerla, señora.

—¿Señora me vas a decir? ¿Esa es manera de entrar en mi familia?

—Encantado entonces, Gracia.

—Gracia la que tú me haces, qué bonita pareja hacéis mi niña y tú. Poneos allí que os voy a hacer una foto con el móvil que me acababa de regalar Fernando…

La foto en cuestión se convirtió en un publirreportaje, porque Gracia era un torbellino y nos hizo posar de decenas de maneras.

—Mamá, ya, que me duelen los labios de poner tantos morritos—bromeó Jara, que la ola de calor esa tan anunciada ya empezaba a dejarse notar y nos apetecía tomar algo fresquito.

Si había alguien que tuviera motivos para temerle a un ascenso así de las temperaturas era yo, que contaba con dos trabajitos que se las traían, no sabía cuál de los dos era peor para combatir unas temperaturas tan elevadas.

—Venga, a tomar unos refrescos los dos, ¿o queréis ya un copazo? —nos preguntó Gracia.

—No, mamá, que es muy pronto, déjate…

—Es que ella tiene que aparentar ser muy formalita delante de su novio, tía—apuntilló Elina.

—Y a esta, ¿qué mosca le ha picado? —me preguntó Jara en cuanto se fue, pues lo dijo con cierto retintín.

—Ni idea, yo no la conozco—Me encogí de hombros.

—Hija, que tu prima tiene un corazón muy grande, pero también sabes cuál es su fallo.

—Ya, mamá, tienes razón; los puñeteros celos.

—Eso es, y de ti los tiene más que de ninguna de tus primas, así que lo único que le faltaba era verte del brazo de un muchacho tan guapo como este.

—Gracia, que yo tampoco soy un modelo.

—Pues será porque tú no quieras, ¿otra fotito?

—Venga, va…—Jara se tiró en mis brazos, como desvanecida.

Sospeché que mi novia montaría una historia en el Face impresionante, qué le gustaba una red. Y yo no podía estar más contento con eso, porque le

había faltado el tiempo para poner que estaba en una relación y los cientos de moscones que tenía alrededor estaban más apaciguados.

—Mira que le gusta un cachondeo a mi niña, ¿a quién saldrá? —preguntó su madre.

—Eso digo yo, mamá. Por cierto, ¿que tú cuántos cumples'

—16, hija, en cada pata, pero 16.

La fiesta estaba de lo más animada. Ellos también vivían en una casa con jardín y allí, al aire libre, no solo degustamos cantidad de exquisiteces, sino que probamos una tarta de selva negra que le habían encargado especialmente a Gracia y que estaba para empezar por un lado y terminar por el otro.

—Venga, que ahora tenemos que bajar todo esto, que eso de atrasar la báscula un par de kilos como que lo he probado y no funciona, ¡todo el mundo a bailar! —nos animó la cumpleañera.

Gracia, que tenía precisamente eso, gracia en cantidad, puso música y todos comenzamos a mover las caderas; lo de "todos" no incluía a sus hijos y a su marido, que esos no estaban el día que repartieron el salero. La que estaba en primera fila y se llevó la parte del resto fui mi novia, que amenizaba la fiesta como nadie.

—¡Conga, conga! —Se fue para sus hermanos y los cogió por la cintura. Estos, con gesto lánguido, accedieron de mala gana, y algunas de sus primas se agarraron a ellos. Yo me agarré a Susi, otra de las primas, y a mí me cogió por la cintura Elina, qué casualidad.

—Esto es lo que hay con mi prima, que ella es muy propia y un poco chupacámara, ¿tú te lo has pensado bien? Porque hay opciones igual de válidas y un poco más tranquilitas.

—¿Perdona? —Me volví.

—No te pongas así, guapo, que yo solo te lo he dicho a título informativo. Oye, por cierto, que yo sigo diciendo que te conozco, cada vez estoy más segura.

En general, las primas de Elina me habían caído genial, a excepción de aquella que me estaba pareciendo un poco arpía.

—Ya, ya me lo dijiste. Perdona, que voy a coger un refresco.

No me sentí nada cómodo con sus comentarios y preferí salirme de la conga.

—¿Todo bien? —me preguntó Gracia, a quien no parecía que se le fuese una.

—Sí, claro—Solo faltaba que yo cogiera fama de metemierda entre las primas el primer día que estaba en familia.

—Vale, vale, hijo. Oye que estoy encantada de que hayas venido y que mi niña me ha dicho que eres muy bueno en tu trabajo. Su padre y yo estamos muy contentos con vuestro noviazgo, aunque Fernando no sea el colmo de la expresividad.

Me encontraba regular; entre la mala noche que había pasado, la comilona y los incómodos comentarios de Elina, como que deseaba que llegara la hora de irnos y quedarme en casa tranquilito con Jara.

Eso sí, no le diría ni pío, porque me gustaba ver que estaba disfrutando una barbaridad con los suyos…

Al final de la tarde, después de que estuviésemos reventados de bailar, de reír, de comer y de beber, nos despedimos de todos.

—Calla, calla, calla, que yo ya sé de qué te conozco—me dijo Elina y yo me eché a morir, que me estaba dando miedo aquella chica.

—¿Sí? —Jara nos estaba escuchando y a mí el calor se me subió de golpe a la cara.

—Sí, hombre, tú eres el churrero nuevo, el que trabaja en la churrería del centro, ese del que todas hablan.

—¿El churrero? Venga ya, prima, ¿qué estás diciendo?

Yo me quise morir porque Matilde ya me había señalado en ese sentido y la cosa como que se me comenzaba a complicar.

—Que sí, prima, que yo estuve allí comprando churros y lo vi.

—Y te digo yo que no, Elina, que Dante trabaja en un concesionario, mira que eres pesadita cuando coges una canción.

—Bueno, tú dirás misa, pero que a mí una cara no se me olvida, y menos una como la de tu novio.

—¿Y eso por qué? —le respondió ella airada.

—Por nada, por nada…

Obvio que no quiso gresca, por lo que se calló. Hubiera sido un descaro que le dijera que, porque le parecía bonita o algo, que era lo que a mí me decían sus libidinosos ojos.

—Yo no sé tú, Jara, pero yo no puedo con mi cuerpo, ¿te parece si nos vamos ya?

—Me parece, yo no sé qué tienen estos zapatos, pero me están matando.

Gracia se echó a reír sin poder parar.

—Mamá, ¿de qué te ríes tanto?

—De que lo que tienen tus zapatos son boquetes, hija, de tanto como has bailado.

—Es verdad, amor—asentí.

Capítulo 29



Con todo el gusto del mundo, le di un masaje a mi chica en los pies cuando llegamos a casa. Un masaje que, a buen seguro, acabaría en final feliz, pero que mientras nos sirvió para charlar.

—Qué perra le ha dado a todo el mundo con que me han visto en una churrería, ¿acaso tengo yo pinta de churrero? —le pregunté para despistar, porque la cosa era un tanto mosqueante.

—Lo que está claro es que me has mentido—me contestó ella y yo me quedé que ni mover los dedos para seguir dándole el masaje pude.

—¿Cómo que te he mentido? ¿Qué me estás queriendo decir?

—Chiquillo, no me pongas esa cara de susto, que me has mentido en que no tienes hermanos, porque debes tener un gemelo en la churrería cuando todos dicen que se te parece tanto.

—Sí, eso es verdad—reí un poco más relajado—. Es que hay una teoría que apunta a que todos tenemos un gemelo en algún lado del mundo y el mío debe estar muy cerquita.

—Sí, es verdad, pero por muy gemelo que sea, a la fuerza debe ser más feo que tú, porque más guapo no hay quien haya nacido.

Jara se estaba enamorando hasta las trancas de mí, igual que yo de ella.

—Tú sí que eres guapa. Y que sepas que me ha hecho mucha ilusión conocer a tu familia.

—¿Sí? Mi madre es un torbellino y le has caído muy bien. A mi padre también, lo que pasa es que es más inexpresivo, yo digo que se quedó así del calambrazo. Cuando cuento un chiste en casa él nunca se ríe y cuando le pregunto el porqué, me dice que sí que se ríe, pero para dentro, mira tú que plan.

—Ellos también me han caído genial.

—Estamos muy bien, ¿verdad?

—Muy bien, amor—suspiré y el suspiro no se le fue por alto.

—¿Pasa algo, Dante?

—No, qué va a pasar, bonita.

—Es que no sé, me ha dado una sensación rara. Oye, ¿tú sabes que me puedes contar cualquier cosa que te pase?

—Lo sé, y tú a mí también.

—Vale, y que sepas que también tengo muchas ganas de conocer a tus padres.

Se dejó caer, porque yo no le había dicho nada al respecto. Y no lo había hecho no porque necesitara más tiempo ni tonterías de esas, que yo estaba muy seguro de lo nuestro, sino porque mi trabajo me traía de cabeza y no estaba para organizar encuentros familiares.

—¿Sí? Pues no te preocupes, que te los presentaré muy pronto, yo también quiero presumir de chica.

Con mis padres andaba algo huidizo, porque tampoco les había dicho nada de mi despido. En concreto, mi padre era un hombre más recto que una vela y mi madre se ahogaba en un vaso de agua, por lo que era posible que hicieran del cierre de la empresa un drama y eso era lo último de lo que yo tenía ganas.

Al margen de eso, la vida debía continuar.

Y hablando de continuar, el masaje de pies terminó para dar lugar a otro tipo de caricias todavía más placenteras, si cabe…

Capítulo 30



—Francisco, me pagáis hasta el día de hoy y arreglado, me voy—le dije el lunes por la mañana al encargado de la churrería.

—¿Qué estás diciendo, Dante? Pero ¿por qué? La máquina ni ha vuelto a explotar ni nada y la gente no para de comprar churros. Nos vas a hacer un pie agua si te vas.

—Lo siento, de verdad que lo siento, pero es que me tengo que ir.

—¿Es por el sueldo? Ten en cuenta que solo trabajas seis horas, tampoco le puedo apretar más las tuercas al dueño.

—No, no, ni yo te recomiendo que lo hagas, porque me pienso ir de todas maneras.

—Tú sabrás, pues nada, te preparo la cuenta y en unos días te la abonará en el banco, pero te quedas hoy, ¿no?

—Lo siento, pero no puedo, es fuerza mayor.

—Pues qué quieres que te diga, que las cosas no se hacen así, tú tienes que avisar con unos días de antelación. Él no tiene ni por qué pagarte si lo dejas tirado como una colilla.

—Que actúe en conciencia como crea que deba hacerlo, que yo lo entenderé, pero que aquí no me puedo quedar ni un día más.

La decisión la había tomado a lo largo del fin de semana. Elina parecía haberse encaprichado conmigo y, a consecuencia de eso, medio había discutido con Jara. Y lo peor era que ella sabía que tenía razón en lo de que yo trabajaba en la churrería y en cualquier momento se asomaba por allí para demostrarlo.

La cosa no hacía sino ponerse más negra cada vez, que para eso a la que yo acababa de renunciar era mi principal fuente de ingresos. Así que no me quedó más remedio que llamar a la única persona en el mundo que consideré que podía ayudarme; Rober.

—Tío, he venido como alma que lleva el diablo, ¿te estabas quemando? Joder si tenías mala voz en el audio.

—No, quemándome no, aunque cuando en un rato me vista de patata ya sí, tienes que ayudarme.

—¿Qué dices, Dante? A ti se te va a ir la cabeza como no te enmiendes.

—Eso es lo que estoy intentando, porque resulta que ya no puedo trabajar más en la churrería, que una prima de Jara me ha reconocido y a duras penas he podido esquivar el tema, pero en cualquier momento se me planta allí para demostrar que tiene razón. Encima de que me ha echado el ojo, que esa es otra, que para mí que con tal de darle morcillas a su prima me publica en la portada del Hola.

—Joder, pues sí que tienes buen panorama.

—Buen panorama y la cuenta que sigue tiritando, que no sé cómo voy a afrontar tanto gasto.

—Tío, no quieres, pero sabes que en el fondo me has llamado porque tienes que meterte a estríper conmigo.

—Me suena peor que fatal, que no me veo yo meneando la churra, y menos a estas alturas del partido, pero que no me está quedando otra alternativa.

—Si la cosa tampoco es tan chunga, yo ya el otro día subí sin copas y sin nada, a lo loco…

—Rober, tío, tú estás desconocido, yo no te imaginaba esa faceta.

—Ni yo tampoco, ¿y? Bailo, muevo el rabo y hago lo que haga falta, que por dinero baila el perro.

—Y ese "lo que haga falta" incluye…

—¿Darle al manubrio? Pues mira sí, la otra noche me hizo una oferta la novia de la despedida, que estaba para mojar pan, y ahí que se lanzó el Rober.

—Joder, pero si parecías tonto cuando te compré, yo es que alucino.

—¿Sí? Pues mira si ha espabilado el tonto, eso para que veas.

—Ya veo, ya, pero que yo hasta ahí no voy a llegar nunca, que a Jara no le hago una faena de esas ni por todo el oro del mundo.

—Tú verás, que todo el oro del mundo te serviría para retirarte, pero no te hagas ilusiones, que lo que te van a pagar por un polvo viene a ser lo mismo que por bailar, unos doscientos euros.

—Te juro que me entran ganas de vomitar, amigo, que son nuestros cuerpos y estamos aquí hablando como si estuvieran en venta.

—Es que el tuyo no lo estará, pero el mío ya sí, que a mí se me ha abierto mucho la mente desde que estoy allí con mis compañeros.

—¿Solo la mente? Porque yo ya de ti me espero cualquier cosa.

—Sí, solo la mente, porque lo otro no es de mi gusto que, si no, ya te diría yo, que mis compañeros son todos como modelos.

—Y tú también, que por algo te habrán cogido.

—Pues tú lo mismo, ahora solo te falta echarle cara.

—¿Y dónde hay que firmar para eso?

—Hombre, firmar, firmar… lo primero que tienes que hacer es bailar delante de la dueña.

—¿Bailar delante de la dueña? Joder, qué corte.

—¿Eso te da corte? Pues entonces, cuando tengas que hacerlo delante de cien chicas, ¿qué?

—Pues sí, vaya gilipollez que he dicho. Nada que me paso también de hacer churros a mover la churra, igual que tú. Pero que yo no la mojo, ¿eh?

—Y dale, que no es a mí a quien tienes que convencer de eso, sino a las chicas cuando te hagan una oferta.

—Buff, yo me estoy metiendo en un embolado del que no sé si voy a poder salir, para mí que esta no ha sido una buena idea.

—Es verdad, con unas cuantas multinacionales como tienes detrás para contratarte y tú pensando en menear el cuerpo, qué inconsciente.

Por muy irónico que fuera, tenía razón. Aunque no me gustase, era la única oferta de empleo que tenía en ese momento y eso gracias a él que, si no, ni eso.

Qué agobio más grande, ahora sí que iba a sudar que, donde se pusiese el sopor que la idea de hacerme estríper me provocaba, que se quitase todo lo demás.

Era lo que había, pero me iba a costar la misma vida. No tenía nada en contra de ese tipo de trabajos, solo que yo no me veía…

Capítulo 31



Llegamos al local y nos recibió Raquel, la dueña, una mujer de unos cincuenta años con un impresionante humor, pues a todo le sacaba el doble sentido. Sin duda que la vida la había curtido.

—Mira, Dante, tú no has nacido ayer y yo a ti echado para adelante te veo. Tú en esto todavía puedes ganar dinero unos añitos, pero tienes que dejar los prejuicios fuera cuando salgas al escenario. Los prejuicios y la ropa, que esto no es un banco y aquí, si las chicas hacen cola es precisamente para eso, para ver tu cola…

Qué bien me lo estaba poniendo. Menudas ganas me entraron de salir volando de allí. Si no lo hice, lo tengo más claro que el agua, fue por mi chica, por Jara, porque por seguir adelante sin defraudarla me sacaba un ojo.

—Ok, entiendo.

—Veamos lo que sabes hacer—Raquel, por suerte, no me miraba con ojos libidinosos como Elina, sino como la profesional que era.

—Lo que sé hacer, ¿de qué’

—De punto de cruz, vamos por favor, no me hagas perder el tiempo.

—Perdona es que estoy hecho un manojo de nervios, que quieres que baile, ¿no?

—¿Tú de dónde eres con ese acento tan fino?

—Yo soy segoviano, pero llevo aquí un porrón de años.

—Pues poco se nota. A ver, que lo que pretendo que me bailes no es una jota, concéntrate un poquillo, por favor.

—Te prometo que lo voy a intentar…

A golpe de aquella insinuante música, que ni siquiera aceptaba a identificar de los muchos nervios que tenía, traté de que mis movimientos fueran acordes a lo que Raquel esperaba, algo que no me resultó nada fácil a priori.

—Sé que hay un jodido estríper ahí dentro, Dante, sácalo.

—Si es que el problema es ese, Raquel, que no solo tengo que sacar al estríper, sino también al granuja ese que tengo entre las piernas, y eso ya me cuesta más.

—Relájate, hombre. Mira, haz una cosa, cierra los ojos y déjate llevar, siente la música.

—Si lo intento, pero es que no veas si estoy nervioso, me tiemblan hasta las pestañas.

—Pues no es para tanto, hombre, que aquí no nos comemos a nadie.

Me acordé del comentario de Jara, de que su madre no mordía, ¿qué pensarían Gracia y Fernando si me vieran de esa guisa? A decir verdad, ella, según era de marchosa, igual se apuntaba a la fiesta y todo, pero ese hombre… Madre mía que menos mal que había sido electricista y no guardia civil, que gracias a eso no debía ir armado, y con un cable pelado no era probable que me persiguiera.

—Yo es que lo estoy pasando fatal, Raquel, esta no ha sido una buena idea, mejor me voy a ir.

—Como tú quieras, pero que mucha necesidad no tendrás cuando ni lo intentas.

—¿Y qué es lo que estoy haciendo aquí? Si estoy pasando las fatigas de la muerte.

—Ni fatigas ni ocho cuartos, lo único que estás haciendo es quejarte y sí, tienes razón, va a ser mucho mejor que te vayas, que no estoy yo para aguantar llorones.

Sus palabras me sentaron como un jarro de agua helada cayendo por mi cabeza.

—¿Cómo me has llamado?

—Llorón, te he llamado llorón, ¿qué problema hay por bailar desnudo? Cuando uno tiene una necesidad, la que sea, se arma de valor y hace lo que haga falta por salir de ahí. Rober me dijo que tú estabas en una situación precaria y que él respondía por ti, pero ya veo que se ha lucido.

La cara de mi amigo era de espanto total, como si pensara que de aquella lo iba a poner de patitas en la calle a él también, y eso sí que yo no podía consentirlo.

—Espera, Raquel—Ya se iba.

—¿Y a qué se supone que debo esperar? ¿No te parece que me estás haciendo perder demasiado el tiempo?

—No, quiero volver a intentarlo, por favor.

—Tarde, no tienes madera para esto, lo siento.

Lo que no tenía, lo que de verdad no tenía, era más alternativa, por lo que no me quedó otra que rogarle.

—Soy yo quien lo siente, que sé que estás muy liada, pero te prometo que, si vuelves a ponerme música y me dejas un par de minutos, no te arrepentirás.

—Un par de minutos ni uno más.

—Ok, me sobra uno.

—Ahora chulillo, espero que sepas menear la cadera igual que la lengua, venga dale.

Raquel volvió a seleccionar la misma canción y yo me concentré. Siguiendo su consejo, cerré los ojos y pensé que era Jara quien me contemplaba, con ojos brillantes por el deseo, loca por ver cómo ese cuerpo se movía para ella, cómo cada uno de mis movimientos se transformaba en insinuación.

Solo éramos la música, ella…y yo. El resto del mundo nos sobraba, no había ningún ojo más posado sobre mí, solo éramos nosotros y las ganas de hacer de mi cuerpo el objeto de su deseo.

—Eso ya es otra cosa, sigue así, por favor—me pidió Raquel.

Daba igual lo que ella dijera, yo ya sabía que lo estaba haciendo bien. Y lo sabía porque no era a ella a quien quería gustarle, sino a mi chica, a esa que tenía delante.

—Magnífico—me aplaudió en cuanto la canción terminó—, sabía de sobra que ese jodido estríper estaba dentro de ti, solo había que presionarte un poco.

—¿Solo me estabas presionando?

—Pero no me lo tomes a mal, había que despertar a la bestia esa que llevas dentro, que te estabas viniendo abajo.

—Gracias, entonces ¿tengo un hueco entre vosotros?

—Claro que sí, vente el miércoles con Rober, que tengo varias despedidas y vas a debutar.

—¿Este miércoles ya?

—No, el segundo miércoles de agosto de 2025, ¿qué miércoles va a ser?

Capítulo 32



Ea, pues ya tenía un problema menos. O uno más, según se mirase…

Salí a lo justito para ir volando a vestirme de patata asada, porque todavía me era imposible dejar ese trabajo. Cuando ya viera el dinero que me dejaba al mes, echaría mis cuentas.

Luego había otro problema, que ese sí que no era moco de pavo. Yo, entre semana, cuando solía ver a Jara era por las noches, por lo que tendría que empezar a darle esquinazo más de una para ir a trabajar.

Llegué al local de comida rápida y me puse a sudar antes de coger el dichoso "uniforme", ¿dónde estaba escrito que eso fuera un uniforme? Si además solo lo llevaba yo. Se pusiera como se pusiera el inepto ese, eso era un disfraz; ridículo, patético y caluroso.

—Llegas cinco minutos tarde—se quejó cuando me vio salir.

—Joder, lo siento, el PIB debe haber caído varios puntos y toda la culpa es mía, es el caos…

No podía, es que yo con ese tío no podía.

—¿Qué dices que ha caído? —Ni saber lo que era el PIB. De buena gana le habría contestado que lo que había caído era el coeficiente intelectual de su generación, porque él solito le había bajado la media, pero preferí dejar el tema.

Fue salir a la calle y comprender que de esa sola sesión iba a perder tres kilos. La cabrona de la patata esa de felpa era infinitamente mejor que una lipoescultura, ¡dónde va a parar!

Hay días y días, y aquel se presentaba calentito. No lo digo solo por las altas temperaturas, que el asfalto aguantaba más el calor que la sopa de tomate, sino porque también un niño de esos maleducados vino a tocarme la moral o mejor dicho a…

—Mami, mami, mira una patata—me señaló riéndose.

—¡Ay, mi Luisito! ¡Qué listo que es! —¿Listo? Que el niño debía tener seis o siete años y a poco que también tuviera ojos en la cara…

—Sí, mami, es una patata fea y gorda.

¿Fea y gorda yo? Como abriera la boca se iba a cagar la perra, que se ve que no había visto bien a su madre.

—No digas eso que el señor se va a molestar.

—O la señora, mami, que como es una patata… Pero es fea y gorda.

—Luisito, cállate ya, hijo.

—¿Y qué me compras si me callo?

O sea, que el zampabollos chantajista aquel necesitaba un regalo para comprar su silencio.

—Un helado, el más grande que haya, con dos bolas.

Hasta ahí, hasta las bolas, me tenía a mí el niño ese.

—Pues vale, ahora te lo compro, aligera un poco el paso.

La madre me miraba por el rabillo del ojo, como un poco mosca por lo que el insolente comportamiento de su hijo me pudiera parecer.

—No se corte, señora, cómprele un helado del tamaño de un camión. Y ya, si eso, el día que le tenga que pedir un coche, que le ponga una pistola en el pecho.

—¿Qué dice usted de mi Luisito?

—Que el niño está muy maleducado y a la vista está. Y que si fuera mío no iba a ver un helado hasta dentro de tres veranos, que ese aprendía a comportarse.

Yo estaba de mala leche y se notaba, que había pasado mis buenos nervios donde Raquel.

—Mamá, mamá, la patata habla…—El jodido mico me miró como aterrorizado.

—¿Quiere volver a explicarle que no soy una patata, por favor? — Por Dios bendito, qué tocamiento de pelotas.

Y no lo sabía yo bien porque el niño, que parecía que estaba prensado de los muchos kilos que tenía en su pequeño cuerpo, cogió carrerilla y me dio tal patada en la entrepierna que caí de rodillas en el suelo.

—Luisito, por Dios, ¿qué has hecho?

—Es que hay que acabar con ella, mamá, que es una patata asesina, ahora en la boca…

No, no me dio tiempo a reaccionar ni a ella tampoco a aguantarlo… Me comí toda la chancleta que llevaba en su orondo pie. Y menos mal que no llevaba una deportivas de esas modernas con plataforma, que parecen de los Monster, porque en ese caso habrían tenido que ingresarme.

—Partirme la boca, señora, eso es lo que ha hecho—Yo sentía que me había puesto el labio de arriba como un chorizo de esos de Cantimpalos, a los que ya he hecho mención en algún momento.

—Luisito, estás castigado sin helado, no vas a probar ni uno hoy.

El tal Luisito se echó a llorar a mares, cuando era yo el que tenía unas ganas de llorar que para qué.

—Eso señora, pero ya mañana le da dos, no se vaya a pasar con el castigo, tiene narices la cosa…

—Eso, mamá, ¿le doy también en la nariz? —El puñetero mico, que era más falso que Judas, dejó de llorar de pronto, como si le hubieran quitado las pilas y volvió a coger carrerilla con intención de rematarme en el suelo.

Esa ya me la vi venir y lo aguanté a tiempo por los sobacos, dejándolo que diera patadas y puñetazos al aire.

—¿Se lo lleva usted o le entrego directamente al pequeño delincuente a los servicios sociales? —le pregunté con toda la mala leche del mundo.

—No, no, que me lo llevo yo, traiga. Y que lo siento, ¿eh?

Anda que se había quedado por si tenía un diente partido o algo… En eso estaba ella pensando. Vaya día que llevaba, que el niño repartía mucho más que el Chuck Norris, me había baldado…

Volví sobre la marcha al interior del local y allí que estaba el imbécil aquel.

—¿Qué pasa? ¿Que el señor tiene hoy mucho calor para repartir? Pues es lo que hay, eso o carretera y manta.

La manta que se la pusiera él con todas sus castas, que para eso estaba la cosa, pero la carretera la cogí yo ese día. Adiós a hacer de patata…

Capítulo 33



Mis ingresos pasaban a depender de nuevo de un solo salario, si bien me las iba a ver y me las iba a desear para ganarlo.

Tenía que poner toda la carne en el asador, y nunca mejor dicho, porque si demostraba valer para estríper y me llamaban diez veces al mes, los dos mil euros los tendría asegurados y con ellos, todos mis problemas económicos liquidados.

Ahora bien, a ver quién era el guapo que se inventaba tanta excusa.

—Amor, mañana no podremos cenar juntos—le comenté el martes.

—¿Y eso? —Me puso carilla de pena.

—Es que no veas, tenemos un follón de papeles en el concesionario… y Sara me ha pedido que me quede para ordenar los archivos.

—Qué graciosa, Sara, ¿no tenía nadie más a quien pedírselo?

—Es que se supone que es un trabajo de responsabilidad y, claro, ¿a quién le toca?

—Al jefe, ya lo supongo, ¡qué coraje!

—Y que lo digas, más que me da a mí, no le da a nadie.

—Oye que, si quieres, me vengo para acá y te espero hasta que llegues— estábamos cenando en mi casa.

—Vale, va, pero que no te puedo decir hora.

Me venía fatal, porque eso le añadía un plus de presión al tema, pero no supe cómo decirle que no.

El miércoles estaba de los nervios cuando llegué al trabajo. Rober me fue presentando al resto de los compañeros, todos con cuerpos esculturales. Casi todos, salvo alguno que era más subidito, me dieron ánimos y me confirmaron que la cosa tampoco era para tanto.

Yo no las tenía todas conmigo y, cuando aparté la cortinilla y vi a tanta chica junta, a punto estuve de dar ese paso atrás del que hablaba Raquel.

—Tú no te vas a ninguna parte, que te veo las intenciones—Rober me agarró por la ridícula corbata aquella que llevaba, que era lo único que

cubría mi desnudo torso. Por debajo, unos pantalones negros ajustados que debía mandar a paseo antes que después.

—Me lo he pensado mejor, no puedo, tío.

—¿Otra vez con el pánico escénico? Te recuerdo que es esto o decirle a Jara que estás sin un euro, y que, por tanto, te quedas sin coche, sin casa y sin nada…

—Si que me lo estás pintando bonito—Tragué saliva.

—La realidad, así que piensa en lo que quiera que pensaste el otro día, que lo hiciste genial y tira para adelante.

Tuvo que darme un empujón para que saliera, con lo cual no lo hice con el mejor pie, pues hube de hacer una maniobra para no caerme.

¿Era la corbata que me ahogaba o la ola de calor? Ni lo uno ni lo otro, que esta no la llevaba tan apretada y el aire acondicionado estaba a tope, igual que el local de gente.

La chica de la despedida de la que yo me encargaba había llamado a un regimiento; allí debían estar sus amigas, hermanas, primas, tías, madre y hasta abuelas… Y no es un decir, que había un par de señoras bien entradas en años que me volvieron a recordar a Matilde. ¡Ay, si Matilde me viera allí! Hasta ese día no me llevaría un buen tirón de orejas…

La música me acompañó a ir entrando en situación, cosa que no me resultó nada fácil, pero pensé en Jara y en lo mucho que ella merecía la pena y, en cuanto me quise dar cuenta, las chicas me estaban jaleando como si no hubiera un mañana.

Las chicas y lo que no eran las chicas porque una de las abuelas me chilló un, "¡guapo, quiero un hijo tuyo!", que casi me hace entrar en trance, porque esa mujer, más que hijos, daría a luz a un tataranieto directamente.

Dejando esas cosillas a un lado, así como que una de las amigas de la novia casi me manda a la UCI al cogerme por la corbata cuando me agaché delante de ellas, la cosa iba bien… Hasta que la otra abuela, cuando quise darme cuenta, me echó mano a la entrepierna en el momento en el que me vine arriba y comencé a darlo todo, poniéndome a cuatro patas en el escenario…

—¡Señora, por Dios! —me quejé.

—Hijo, es que tienes un mandado muy bueno y esto se ha de aprovechar, que ya se lo estoy diciendo a mi nieta, que me voy a pedir uno como tú para los Reyes.

—Pues mire que para eso todavía falta, ¿me puede soltar?

Dios, qué situación, y eso que todavía no me había quitado la mierda esa de taparrabos que apenas me tapaba nada, así que, cuando por fin me

despojé de los pantalones, solo me faltó pedir una orden de alejamiento de ellas.

—¡Eso es una manguera y no la del parque de bomberos! —chilló una de las chicas.

—¡Yo quiero que me metas de todo menos miedo! —añadió otra.

Aquello parecía un concurso de cuál de ellas decía el disparate más gordo, por lo que me puse una especie de tapones mentales en los oídos para que me resbalase todo.

200 euros, lo que veía dibujado en la cara de todas y cada una de ellas eran los 200 euros que me llevaría calentitos a casa.

—Has arrasado, chaval, ¿seguro que tú esto no lo has hecho antes? —me preguntó Raquel al final de la actuación, dándome la enhorabuena.

—Segurísimo, porque me acordaría, ¿me pagas y me voy ya, por favor?

—Claro que sí, que te lo has merecido.

Capítulo 34



—¿Qué te pasa que te veo un poco tristona? —le pregunté a Jara cuando nos vimos el jueves por la noche.

—Tristona, no, cielo, pero sí un poco de bajoncillo.

—¿Y eso? ¿Son tus hormonas que están un poco revolucionadas? —Estaba en uno de esos días y existía la posibilidad.

—No, ha sido la tontaina de Elina que la he visto hoy.

—¿Te la has encontrado?

—No, es que he me he escapado a la hora del almuerzo para ir a casa de mis padres y allí estaba.

—¿Y te ha increpado con la tontería esa del otro día?

—Sí, verás… me dijo que habíamos coincido por casualidad, pero no me lo creo ni en broma, que esa sabía por mi madre que iría a almorzar y se apuntó.

—Y no me digas que estaba todavía con la cancioncita esa de lo de la churrería.

—Sí, sí, es que ella es así; o la gana o la empata. Pero déjala, que al final hemos tenido palabras y todo. Esa, al final, tanto decir que es mi prima favorita, y me va a hinchar las narices lo suficiente como para que dejemos de hablarnos.

—No, amor, ni se te ocurra, que es tu prima.

—Pero también es una cansina y una envidiosa. Le ha bastado con saber que estamos bien para que quiera meter mierda a tope entre nosotros. Y hasta ahí, ¿eh? Porque antes la cojo por los pelos y la arrastro que permitir que nos cause problemas.

—Seguro que no te va a causar ningún problema, ya lo verás, son tonterías de primas.

—No, no te creas, que no es la primera vez que nos llevamos una temporadita sin hablarnos, porque más de una me ha hecho a lo largo de la vida.

—Ya, es que hay personas que son más difíciles de llevar que otras, pero piensa que en el pecado llevan la penitencia, que ellas lo suelen pasar fatal cuando comprenden que no las aguanta nadie.

Eso, eso es justo lo que le pasa a esta, que sabe que no la aguanta ni la madre que la parió y lo digo literalmente, que a mi tía la tiene hasta el kiwi.

—Pues ya está, no le des más importancia a sus cosas, cariño, que no merecen la pena.

—Ay, si no te tuviera a ti que me templas…porque reconozco que me he puesto la mar de calentita

¿La mar de calentita? El que se había puesto calentito era yo, que Raquel me volvió a llamar esa tarde para que trabajara el sábado. Buff, sábado por la noche, eso era ya bastante más difícil de cubrir, ¿qué le iba a decir a mi chica?

Lo de estríper me podía salvar el pellejo momentáneamente, pero no podría mantenerlo más allá de unas semanas; sería imposible.

—No te preocupes, mi niña. Oye y otra cosita, me vas a chocar. pero resulta que el sábado es el cumpleaños de Rober y me ha pedido que vaya con él y sus amigos a tomar algo. Me sabe un poco mal porque es sábado, pero es que no puedo dejarlo colgado.

—Vale, no te preocupes, así yo aprovecho y salgo también un ratito con Lola, que está que trina porque dice que la tengo abandonada. Y un poco verdad sí que es, ¡si es que me gusta mucho estar contigo!

Y a mí me gustaba más estar con ella que cualquier otra cosa en el mundo, por lo que agradecí al cielo que se lo tomase así de bien y no se enfadara.

Fue el sábado al mediodía cuando me anunció un cambio de planes que, en principio, me desconcertó.

—Pues resulta que la madre de Lola se ha puesto pachucha y dice que no puede salir, no veas si le ha dado coraje.

—Ya, vaya…

—Sí, es que dice que parece que lo hace adrede, que no es la primera vez que le echa algo de cuento y que, para un día que podemos salir, se encuentra con este panorama.

—No, eso no puede ser, que vosotras sois muy buenas amigas y tenéis que quedar más veces. Ya otra nochecita se lo digo yo a Rober y vuelvo a quedar con él.

—Vale, vale, porque si no, dice que me va a borrar de su lista de amigas.

—No hay problema, preciosa.

Así mataba dos pájaros de un tiro; su amiga contenta y yo con otra noche libre para ir a trabajar sin tener que buscar excusas.

—Ok, lo que haré será llamar a mis primas y salir un rato con ellas, que también se pasa muy bien, pero me lo estoy pensando porque no tengo ganas de verle la cara a Elina.

—Venga, venga, que sois primas y no podéis estar así, yo creo que es la ocasión ideal para que hagáis las paces.

—¿Hacer las paces? Ya lo veremos, que me está repateando cada vez su comportamiento.

Yo me sentía culpable porque, aunque Elina era una petarda y encima me tiraba los trastos, lo cierto es que los problemas entre ambas se habían desatado a raíz de la polémica de la dichosa churrería, que vaya el día que fui a caer allí. Menos mal que, al menos, el dueño me había pagado por los días que trabajé, pese a que el curro lo dejé de un momento para otro.

—Inténtalo al menos, va…

—Ya me lo pensaré. Oye, ¿me recoges cuando termines con los chicos o pensáis estar hasta las tantísimas?

—No, no, unas horitas y para casa, yo te recojo.

—Vale, entonces ya lo siento menos, porque cada vez me gusta más dormir contigo.

Al ritmo que se estaban desarrollando los acontecimientos, no faltaba demasiado para que nos planteáramos vivir juntos, si bien para eso sí que era necesario que yo contara con un trabajo que no fuera clandestino.

—Falta mucho para la hora de dormir, ¿y si mientras…?

Teníamos toda la tarde por delante y un montón de ganas de fundirnos de nuevo el uno con el otro, por lo que pasamos unas horas de lo más entretenidos. Hasta en la piscina lo hicimos, aprovechando que no había ningún vecino en las ventanas y que podíamos dar rienda suelta a nuestros deseos en el agua fresquita.

Después, nos despedimos por unas horas…

Capítulo 35



—Hoy se ha incorporado un chico nuevo, ya no eres el novato—me anunció Raquel cuando llegó.

No sé por qué, pero eso me alivió. Sería simplemente que ya no sentía la presión de ser el último en llegar y de que todos los ojos estuviesen puestos en mí.

—El jefe, vaya, vaya, créeme que eres la última persona a la que esperaba ver por aquí—me dijo aquella voz, que me resultaba conocida, mientras estaba de espaldas.

—Me lo puedo creer, porque tampoco yo esperaba encontrarte, Andrés.

—Bueno, bueno, bueno, ¿así de mal se te han puesto las cosas? Yo creí que los ejecutivos teníais siempre un plan B, ya sabes, como las ratas, que son las primeras en abandonar el barco cuando intuyen que se avecinan problemas.

—¿Me estás llamando rata? Porque sí es así tú y yo no vamos a tener el mejor de los comienzos, no es por nada.

—El que se pica ajos come, yo paso totalmente de ti. Eso sí, aquí no creas que me vas a tratar como a un don nadie, que volvemos a ser iguales.

—Yo nunca te traté como a un don nadie, eras tú quien no aceptaba que fuera el jefe.

En ese momento llegó Rober, quien se me asemejó a un búho de lo mucho que abrió los ojos.

—¿Andrés? ¿Tú aquí?

—Joder, ¿Rober también? ¿Falta alguien? Voy a ver si han puesto a Bea en la taquilla, porque esto se parece demasiado a una antigua reunión de trabajo.

—Sí, se parece más de lo que yo quisiera, esa es la realidad. Y ahora, será mejor que olvidemos las rencillas y nos pongamos codo con codo a trabajar —le sugerí.

—No, no, mejor que corra el aire, que aquí eso de codo con codo suena un poco mal…—apuntilló Rober.

El idiota de Andrés se marchó a hacerle la pelota a Sara, que se ve que estaba empecinado en ganarse a la jefa a toda costa y me quedé con Rober.

—Esto cada día se parece más al camarote de los Hermanos Marx, ¿a quién más nos vamos a encontrar? —me preguntó.

—Ya te digo. Y el caso es que espero que los conocidos seamos nosotros, porque si salgo un día y me encuentro ahí a mi madre me da un yuyu—le comenté.

—Oye, ¿ya les has presentado a tus padres a Jara?

—No, y no puedo tardar, que ella ya me ha tirado una chinita al respecto y no quiero que piense que tengo inconveniente, pero es que, con este lío de vida que tengo, no sé ni cómo mirarlos a la cara…

—Ya, si es que es todo un poco enrevesado, pero las cosas van mejorando, míranos…

—¿Con estas pintas y me quieres convencer de que van mejorando? ¿Tú vas fumado? ¿Cuánto tiempo crees que voy a poder mantener esta farsa delante de Jara? Que sepas que se supone que hoy es tu cumpleaños y estamos tomando algo, pero no puedo decir eso cada vez que venga.

—No, cabrito, entre otras cosas porque voy a parecer una momia en un par de años, déjate…

Esa noche volvimos a darlo todo. Y digo “volvimos” porque había una despedida tan multitudinaria que Raquel nos pidió que la hiciéramos en conjunto. A nosotros lo mismo nos daba, así que…

—Tío, quién nos lo iba a decir, nos hemos compenetrado súper bien en el escenario y sin ensayarlo ni nada—apreció Rober al terminar.

—Com-pene, ¿qué? Elige mejor tus palabras, que tú y yo ni nos hemos rozado, tío—bromeé.

—Vamos, como que era contigo con quien quería rozarme yo, habiendo tanta chavala suelta. Chao…

—Chao, me voy a recoger a Jara, que me la llevo a casa.

—Joder tío, esto ya huele a boda.

—Ya me gustaría, no te creas, todo se andará.

—Estás pillado, pero pillado por ella, ¿eh?

—Es que la chica lo vale, no había sentido esto antes por nadie.

—Pues a disfrutarlo, amigo, y a que dure mucho…

De eso se trataba, por lo que mi vida requería un vuelco de ciento ochenta grados.

Le puse un WhatsApp y me respondió en qué local podía recogerla. Cuando llegué estaba justo en el baño y sus primas me saludaron. Y, entre ellas, Elina, quien, al darme dos besos, susurró en mi oído.

—Conque tenemos más secretitos de los que parece, ¿no?

—Ignoro por completo de lo que me hablas—le respondí.

De lo más incómodo, me aparté de ella, ¿a qué se refería? Enseguida reflexioné; su comentario se refería a lo del tema de la churrería, pues ella no había estado en el local de estríper y, por tanto, de eso nada podía saber.

Lo que sí era probable es que le hubiera preguntado a alguno de mis antiguos compañeros, o al mismo Francisco, y este le dijera que yo había trabajado en lo de los churros y ya no.

Jara salió del baño y yo respiré aliviado. Tenía ganas de marcharme de allí, de perder de vista a Elina y a toda la suspicacia que esa chica representaba.

Yo no quería echar leña al fuego entre las primas, pero me sentía fatal cada vez que la veía y, hasta cierto punto, me veía amenazado por ella.

—Ya estás aquí, ¿nos vamos, cariño?

—Chaito, Jara, y no te olvides de que el jueves celebramos mi cumple en casa de mis padres, tenéis que venir los dos—nos indicó Susi.

—Vale, prima…

Según entramos en el coche lo hablamos.

—Es que tú sabes que somos muy familiares y mi prima Susi es un encanto, no le podemos fallar.

—No te preocupes, que así será.

—Lo malo es que estará allí la tontaina de Elina, que de hecho nos ha dicho que va a soltar una bomba.

—¿Una bomba? No me digas, ¿es que tiene novio o algo?

—Ni idea, ella sabrá. Se está volviendo una insoportable total, yo he pasado de hacerle caso.

No me salvaba ni quién, esa soltaba allí lo de la churrería y se quedaba más a gusto que un arbusto.

Volví a sudar y eso que al coche le funcionaba el aire que era una maravilla…

Capítulo 36



No pudo esperar. Cuando uno tiene un vicio, como suele decirse, o se mea en la puerta o se mea en el quicio.

Supe que Elina se había ido de la lengua el lunes, cuando Jara me pidió que si me podía pasar por su zapatería al mediodía. La bomba no era para todas; estaba dirigida únicamente a mi chica y, al menos eso sí, tuvo la sutileza de contárselo a ella sola y no soltarlo en medido del cumple de Susi, que estábamos por celebrar.

—¿Jara, te pasa algo? —le pregunté tal cual llegué.

—Me pasa que me revienta que me tomen por una idiota integral, ¿desde cuándo no estás trabajando en el concesionario?

—¿¿Cómo??

—Lo que has oído. Y encima has dejado que me pelease con mi prima cuando era cierto que trabajabas en la churrería, ¿o lo vas negar?

—No, no lo puedo negar, es cierto. Pero al menos he procurado mantener el tipo y no echarte a pelear con ella cuando me tiró los trastos.

—¿Y ahora te vas a inventar también que te ha tirado los trastos? Cuidadito, ¿eh? Que por ahí no, que mi prima puede ser muy insoportable, pero una pelandrusca, no.

—Vale, vale, lo que tú digas…

Mi credibilidad estaba totalmente en entredicho, por lo que no podía juzgarla. Jara ya no me creía y eso era algo que yo me había ganado a pulso.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? Porque te juro que no lo entiendo, te dije que no aguantaba las mentiras ni la gente falsa. Y resulta que te estabas riendo de mí, que estaba con un tío que podía ser un político de matrícula de honor y mira…

—Jara, por favor, tienes que escucharme, esto no puede quedar así.

—Claro que tengo que escucharte, como que necesito saber si me has dicho alguna verdad en todo este tiempo.

—Claro que te he dicho alguna verdad; es verdad que te quiero, que te quiero con toda mi alma.

—Y también es verdad que yo ya no te creo, ¿cuántas mentiras me has dicho? Ahora me cuadran tantas cosas, ¿qué pasó de verdad con la luz? Dime la verdad y no te atrevas a mentirme.

—Que me la cortaron y no pude pagarla, por lo que desprecinté el contador—le confesé, rojo de vergüenza.

—Eso está precioso, en vez de hablarlo conmigo y que buscáramos una solución.

—Jara, no podía soportarlo. Todo se precipitó; yo ya te había dicho lo de mi ascenso, alquilado la nueva casa y comprado el coche cuando me encontré con la papeleta de que detuvieron a Sara y le echaron el cierre al concesionario.

—¿Y por qué no confiaste en mí? Dímelo, por favor, ¿es que me ves como una interesada o algo así? Porque te recuerdo que yo defiendo divinamente mi negocio y, si estoy con un hombre, es porque quiero estar, no para que me mantenga ni me compre caprichos.

—Ya lo sé, y precisamente por eso yo no quería parecer poca cosa a tu lado. Sabes que me gustas desde la primera vez que te vi, desde la primera vez. Y, a pesar de eso, no fui capaz de pedirte una cita hasta que no me ascendieron.

—Eres bobo, eres un bobo… ¿Y por eso te metiste a trabajar en la churrería?

—Claro que sí, porque necesitaba una solución que, aunque no fuera magnífica, al menos me ayudara a no pasar hambre e ir tapando algunos agujeros.

—Ya, de verdad que estoy indignada; debiste confiar en mí, ¿qué clase de pareja somos si no?

—Una que está empezando, y ese era mi miedo; que todo se fuera a pique si sabías la verdad.

—Solo se irá a pique si sigues sin decírmela, tienes que buscar algo mejor, no puedes estar en la churrería, te tienes que promocionar en lo tuyo.

—¿En la churrería? ¿No te ha dicho tu prima que ya no estoy allí?

—¿Qué prima?

—Elina, ¿qué prima va a ser? Ella es la que ha tirado de la manta, ¿no?

—No, mi prima no ha sido.

Ahí sí que me quedé sin poder articular palabra.

—¿No?

—No, es que verás… tengo un amigo que trabaja en un banco, Santi, y esta mañana me habló del caso de un chico que acababa de quedarse en paro al cerrar el concesionario en el que trabajaba. Y al que, para colmo, le iban a reclamar el Mercedes que acababa de comprarse porque se lo había llevado sin formalizar el crédito. Vaya, que el tema lo habían puesto en manos del juzgado. Y a mí, tanta coincidencia como que me olió mal…

—¿Qué me estás contando? ¿Que el coche no es mío?

—Por lo visto no, ¿tú cómo lo sacaste?

—A la carrera, lo saqué a la carrera del concesionario.

—Pero ¿qué firmaste?

—Ay, Dios, que es cierto que no firmé nada, con tanto lío como se formó allí con la detención de Sara.

—Pues que sepas que el coche aparece como oficialmente hurtado y tú, como autor del hurto.

—¿Qué me dices? ¿Que encima van a dictar una orden de detención internacional contra mí?

—Tú has visto muchas pelis. No, cafre no, que lo tuyo no es como el robo de aquel, de “El Dioni” de hace un montón de años, que esto solo es un

coche, pero ya puedes ir dando explicaciones a comisaría, ya.

—¿Y ahora qué? —resoplé.

—Ahora verás cómo seguir haciendo las cosas, porque debes andar sin curro, por lo que me dices.

—A ver, ya tampoco hago de patata asada, eso es verdad.

—¿Cómo de patata asada? ¿Se puede saber de qué me hablas?

—Uff, es una larga historia y también te tengo que contar que ahora traigo entre manos otro trabajito…

Capítulo 37



Los gritos se escucharon en todo el barrio cuando le expliqué el nuevo trabajito que traía entre manos. Tanto fue así que Jara me pidió que me marchara y que la dejara reflexionar.

—No lo puedes estar diciendo en serio, no es posible que una historia tan bonita como la nuestra se acabe así, no lo hagas, por favor, no le des carpetazo.

—Yo no le he dado carpetazo, has sido tú solito quien lo has hecho, no me busques la lengua.

—Pero Jara, que yo solo he bailado, que te prometo que no he tocado a ninguna chica y que no estaba dispuesto a hacerlo. Así me ofrecieran mi peso en oro no lo habría hecho.

—Si es que te prometo que no sé qué más me queda por saber de ti, ¿hasta dónde habrías llegado? No puedo más, estaba dispuesta a perdonarte,

pero esto último que me has contado ya es demasiado, ¿cómo se puede tener tan poquísima vergüenza?

—No, Jara, por favor, no…

—Ni Jara ni Jaro, yo necesito un tiempo para pensar.

—Tú sabes que lo de los tiempos son excusas, que no hay tiempo que valga, que cada vez que alguien dice eso la cosa se acaba del todo.

—Pues te lo hubieras pensado antes. Yo así no puedo seguir contigo, estoy hecha polvo, me has destrozado.

—Déjame que te compense, mi amor, déjame que te compense.

—Dame un tiempo para pensar, te lo pido por favor. Además, este ahora es el menor de tus males, yo de ti tiraría para comisaría antes de que sean ellos los que vayan a buscarte.

—Me da igual, como si me quieren meter preso; mi vida sin ti carece de sentido.

—¿Tú eres tonto o qué te pasa? Por favor, no puedes estar hablando en serio.

No hubo nada que hacer, por más que lo intenté, Jara se mostró inflexible. Con el mayor disgusto de mi vida encima, me tocó irme con la música a otra parte. Y literal, porque puse la radio del coche para intentar evadirme de camino a comisaría.

—Les prometo que yo no sabía que el crédito no estaba formalizado—les expliqué a los dos agentes de policía.

—Es un caso inaudito, pero, hombre de Dios, le vamos a creer porque ha venido a entregarlo, ¿de verdad no ha caído en que el coche no está a su nombre?

—Yo sé que sí les hubieran pasado todas las cosas que me han pasado a mí en estos días, lo comprenderían.

—Y suerte que tenía seguro, que estaba cubierto todavía, porque la cosa ha podido ser mucho más gorda.

—No, si todavía tengo que dar gracias. Si yo les contara, es que he caído en desgracia, en desgracia total.

Al final, se pasaron un rato escuchándome y se rieron lo más grande cuando les conté lo del jodido niño que me agredió vestido de patata.

—No, desde luego que lo tuyo es de traca. No te preocupes que trataremos de explicárselo todo al juez, pero ¿nos puedes dar algún detalle más? —ya nos tuteábamos, parecíamos colegas.

—Yo qué sé, si queréis os espero a la salida del turno y nos tomamos unas birras, porque me puedo extender todavía más.

Lo dije en broma, y apenas podía creerlo cuando los dos estuvieron totalmente de acuerdo con la idea, encantados con seguir riéndose del asunto.

A media tarde y con alguna cerveza más de la cuenta en el cuerpo, llamé a Rober.

—Tío, que me he quedado sin coche y sin novia. Y sin trabajo, porque yo allí no vuelvo.

—Venga ya, ¿tan gorda ha sido la cosa?

Le conté paso a paso y él se echaba las manos a la cabeza.

—O sea, que te creías que había sido la prima y tu chica se ha enterado en el banco, joder…

—Sí, y lo peor es que, cuando me vi atacado, ya vomité toda la verdad y le dije que la otra me tiraba los trastos.

—Y le habrá sentado fatal, porque al fin y al cabo es su prima.

—Tú lo has dicho. Al fin y al cabo, es su prima, sí, qué jodienda.

—Bueno, piensa que ya no le va a poder ir con más mierda a Jara, que ella ya lo sabe todo.

—¿Y eso qué más da? Si la he perdido.

—Pero hiciste bien en decirle lo de que eres estríper.

—Lo de que era estríper, y no estoy seguro de que haya hecho bien, que eso lo terminó de joder todo.

—Verás, pero si le da por perdonarte, nunca te va a quedar el miedo de que lo descubra y se vuelva a liar. Tú ya lo has soltado todo y punto.

—Ya, eso sí, pero para lo que me ha servido…

—Nunca se sabe, al menos has sido sincero.

—Tarde pero sincero, sí.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Pues mira, sabes lo que te digo, que se acabó el hacerme la víctima; pienso luchar por ella.

—¡Así se habla, tío!

—Yo es que la quiero, Rober, palabra que la quiero y no puedo dejar que lo nuestro se muera.

—Ole la madre que te parió.

—Cállate, que esa sí que está ajena a todo, que lo único que le faltaba es verme con el rabo al aire, con lo que se agobia esa mujer con todo.

—Sí, lo único que te faltaba. ¿Vas a hablar con Raquel?

—Sí, claro, tendré que ir a despedirme ahora de ella.

—Te voy a echar de menos tío.

—Sí, pero siempre tendrás en tu mente la actuación que hicimos los dos, ese es el regalo que te hecho por echarme el cable.

—Ya te digo que sí, esa no se me olvida mientras viva. Oye, pues yo de estríper estoy estupendamente, le estoy cogiendo el gustillo.

—Pues para ti, que yo tengo que buscar un trabajo que sea más del gusto de mi chica.

—Eso lo dices porque no te ha visto bailar que, si no, te daba otra oportunidad.

—Sí, en eso está ella pensando. Ni de coña le voy a poder hacer un estriptis en la vida, porque me abre la cabeza.

—Hablas como si ya la hubieras recuperado, cómo mola.

—Es que la voy a recuperar, ¿te apuestas algo? La voy a recuperar y pronto.

—No me apuesto nada, que te veo muy seguro.

Capítulo 38



Qué poco tenían que ver los despertares sabiendo que ella no contestaría a mi mensaje de buenos días. Así fue, Jara lo vio y no movió un dedo por decirme nada. Y eso que ella debía intuir que yo estaba destrozado por dentro, que no podía con el disgusto tan enorme que tenía encima.

Fue justo en ese momento cuando me llamó Vicente, un amiguete con el que hablaba de higos a brevas y que quería saber si yo seguía jugando al pádel.

—Es que necesito una pareja, pero para jugar, ¿eh? No te vayas a creer que me he cambiado de acera. Y resulta que me he acordado de que a ti se te daba muy bien.

—Tío, al pádel hace mucho que no juego, aunque tú sabes que todo lo que sea deporte a mí me va.

—Pues te tienes que apuntar. Es que quiero jugar con mi hermano Luis, ¿te acuerdas de él? Y con un colega suyo, Juanjo, pero nos falta uno.

—Es que no te creas que tengo muy claro el apuntarme.

—¿Y eso por qué? ¿Qué puedes perder?

—A mi chica, eso es lo que puedo perder.

—¿Tienes chica? Enhorabuena, Dante.

—Tenía, pero ahora lo que necesito es un trabajo para recuperarla.

—Joder, qué lío, ¿tampoco tienes trabajo?

—No, ¿has escuchado hablar del cierre del concesionario ese que se llevaron detenida a la dueña?

—No me jodas que ese era el tuyo.

—El mismito, y recién ascendido que estaba a jefe de ventas. Y luego mi vida se convirtió en un caos y perdí a mi chica.

—¿Perdiste a tu chica por decirle que te habías quedado sin trabajo? Oye, yo no es por nada, pero eso suena un poquillo mal.

—No, la perdí justo por no decírselo, es bastante más complicado que eso.

—Dante, tienes que venirte con nosotros. El colega de mi hermano… a ese tío le he hablado algunas veces de ti, de lo bueno que eres en tu curro, porque él se dedica a lo mismo, su padre es el dueño del concesionario ese que hay en…

Me dio todas las explicaciones y sus palabras me sonaron a música. El negocio del que me hablaba iba muy bien. Estaba en un pueblo cercano a Huelva capital y muchos clientes me habían dado referencias en su día de él.

—¿Y tú crees que estarán buscando gente?

—Buscando no creo, pero si saben que un buen comercial como tú anda suelto, lo lógico es que quieran echarte el lazo. Tienes que venirte sí o sí.

—Está bien, claro que iré. No sé ni dónde tengo la pala, pero iré.

—Y si no la encuentras, yo te dejo una, tío, que aquí puedes tener tu oportunidad de levantar cabeza.

Y así fui, de cabeza a ese partido en el que el principal premio sería hacer valer mi experiencia profesional y que Juanjo me escuchase.

—Yo no puedo prometerte nada porque todavía hoy por hoy es mi padre quien decide, pero si eres tan bueno como me ha dicho siempre Vicente,

muy raro sería que te dejara escapar. Tú pásate mañana por la mañana y veremos qué se puede hacer.

Era muchísimo más de lo que nadie me había ofrecido en las últimas semanas, por lo que a la mañana siguiente me maqueé y fingí mi mejor sonrisa, pues la ausencia de Jara la había borrado de mi rostro.

—Créeme cuando te digo que ahora no necesito a nadie, pero tengo olfato para esto y fama de no haber dejado nunca a un buen vendedor en el camino, chaval—me dijo el padre de Juanjo.

—Yo lo único que puedo decirle es que no le defraudaré, Alfredo. Si me da una oportunidad pienso agarrarme a ella como si fuera la última.

—Tampoco hace falta que dramatices tanto. A mí, con que le eches salero y comiences a vender coches como churros ya me tienes ganado.

¿Tenía que ser como churros? Por Dios que yo los había aborrecido, igual que a las patatas asadas.

—Eso delo por hecho.

—Bien, hijo. Las condiciones iniciales que puedo ofrecerte son de mil quinientos euros más comisiones. Eso sí, si eres bueno de verdad, no habrá mes que no llegues a los tres mil euros.

Me quedé pasmado. Tanto que tuve que pedirle que me lo repitiera.

—Mi padre paga bien, tío, no es una rata avariciosa—me comentó después Juanjo y yo me acordé de aquella otra rata, llamada Sara, que me había metido en su día en todo aquel berenjenal.

—No hace falta que lo jures…

Me fui a mi casa pegando botes y eso que debía reservar fuerzas porque empezaba a trabajar a la mañana siguiente. Qué ganitas de contárselo a Jara. Si no fuera porque ni siquiera abría ya mis mensajes…

Tiempo tendría; primero dar el do de pecho en el trabajo y luego celebrarlo. Cuando mi vida volviera a la normalidad sería el momento de contárselo todo.

Lo primero que hice fue regularizar el tema de la luz, que me tenía el alma en vilo. Sabiendo que cobraría pronto ya todo se veía más fácil.

La casa me la quedaba. Y tanto que me la quedaba. En cuanto al coche, de momento volví a echar mano de mi Ford Fiesta, que en su día puse en venta y que, por suerte, todavía no se había vendido; ya llegarían tiempos mejores.

A solo un día del cumple de Susi, me costó trabajo concentrarme en ver una peli esa noche.

Cómo me gustaría tener a Jara en el sofá, echarle el brazo por encima y compartir palomitas con ella…Pensaba en ello cuando sonó el teléfono, pero, para mi desgracia no era Jara sino Andrés quien me necesitaba.

Capítulo 39



Más que bueno yo era idiota. Andrés me necesitaba, ¿para qué? Y yo, en lugar de empuñar el hacha de guerra y mandarlo a tomar por donde amargan los pepinos, que era lo que se merecía, me subí al coche y me fui al club de estriptis.

—No me digas que te lo has pensado mejor y vuelves a que te dé curro— me preguntó Raquel.

—No, jefa, no es eso. Ya por fin vuelvo a trabajar de lo mío, pero es que un compañero me ha dicho que me necesita.

Si me hubiera llamado Rober, todo normal, pero que lo hiciera Andrés, cuando nos llevábamos como el perro y el gato, eso sí que era raro. ¿Llamarme y decirme que necesitaba hablar conmigo, que se encontraba fatal y no sé cuántas cosas más? Inexplicable.

De haber estado con Jara, no habría movido un dedo para ir a verlo, también lo digo de antemano. Pero me cogió tan aburrido, y tan agradecido

a la vez por haber encontrado trabajo, que pensé que todo el mundo merecía que se le ayudara, hasta él.

—Andrés, espero que esta no sea una broma de mal gusto, ¿qué quieres de mí?

—No es ninguna broma, Dante. Entiendo que mi llamada te haya cogido de sorpresa, pero es que me encuentro fatal.

—¿Y eso? Creo que Rober entra dentro de un rato a trabajar, podrías haber hablado con él.

—Sé que te choca y que puede parecer que con él me llevo mejor, pero es que en el fondo solo a ti puedo contarte lo que me pasa, el motivo de que nos llevemos tan mal.

—Dirás el motivo de que tú te lleves tan mal conmigo, porque yo nunca he pretendido llevarme mal contigo.

—Correcto, el motivo de que siempre esté contigo más arisco que un gato.

—Por ahí ya vas mejor, sí.

—Es que hace mucho tiempo que me gustas, es eso.

—¿Que yo te qué…? —Hasta me atraganté preguntándoselo.

—Que me gustas, Dante, que me gustas.

—Espera, espera, espera, porque esto yo no lo entiendo. Hasta donde yo sé tú eres hetero, que tenías una novia, Davinia que no veas si estaba bien.

—Y lo estaba, claro que lo estaba, pero que lo cortés no quita lo valiente. Es más, siempre he pensado que lo de Davinia se terminó de ir a pique porque yo ya estaba por ti.

—¿Ya estabas por mí? Tiene que haber una confusión, esto es muy raro.

—No, no la hay. Y más de una vez traté de lanzarte la caña, pero estabas atontado, no la pillaste ni en broma.

—¿Lanzarme la caña? Habría pensado que me podrías lanzar un catálogo de coches en la cabeza, pero nunca la caña. Estoy alucinando un poco, un poco bastante, vaya…

—Es que es eso, cuanto más rechazado me sentía, más te atacaba. Llegó un momento en el que no sabía si te quería o si te odiaba.

—Pues mira que yo hubiera puesto la mano en el fuego por lo segundo.

—Y te la hubieras abrasado, con lo bonita que la tienes. Porque tú lo tienes todo bonito.

—Hazme el favor, Andrés, que me estoy sintiendo fatal, que esto parece acoso laboral.

—No, ladrón, porque el problema es que tú ya no trabajas aquí, con lo que me costó meterme a estríper para estar cerca de ti.

—¿Cogiste este empleo para estar cerca de mí? Pues quién lo diría, según me saludaste.

—Tú tampoco es que me hicieras un recibimiento de escándalo, reconócelo.

—Porque tú empezaste picando ya, como las abejas, por eso.

—No quiero hacer de esto una competición para ver quién le ha hecho más la puñeta al otro. La nuestra ha sido una relación de amor-odio todo el tiempo, pero yo estoy seguro de que eso puede cambiar.

—Y yo también estoy seguro; seguro de que tú y yo no vamos a tener ninguna relación porque el problema es que yo no soy gay.

—Ni yo tampoco, no seas cerrado de mollera.

—Ya, ya, que yo veo fantástico que a ti te vaya igual la carne que el pescado, pero no es mi caso.

—No seas antiguo y deja de ponerte etiquetas, ya verás como las cosas fluyen.

—Que no, joder, que no, quita…

No pude quitármelo de encima a tiempo porque Andrés se me abalanzó y me dio un beso. Lo último, pero lo último que habría podido pensar en la vida era que terminaría el día con una confesión de amor y un beso por parte de un tío que parecía no poder verme.

Salí de allí bufando y me di de bruces con Rober.

—¿Qué haces aquí, Dante? ¿Y por qué estás tan cabreado?

—Pregúntaselo aquí a Julieta, que se ha creído que soy su Romeo, tío.

Qué mal me sentía. Siempre llevé por bandera lo de estar en sintonía con los compañeros, pero de ahí a estar *in love* con Andrés mediaba un abismo.

Llegué a casa y me tumbé en el sofá. Joder, con la necesidad que tenía de conciliar el sueño para llegar descansado al trabajo y me lo había espantado por completo.

No me tengo por homófobo, pero eso no quiere decir que me gustara que un tío me comiera lo que viene siendo toda la boca.

Me fui a la cama a probar suerte, pues en el sofá mis ganas de dormir brillaban cada vez más por su ausencia. Aunque para brillo el de la pantalla del móvil, que casi me cegó justo cuando ya estaba cogiendo el sueño.

¿Sería Andrés de nuevo? Pues como me esperara otra declaración de amor lo iba a vestir de limpio, que no estaba para más gaitas.

La vida te da una de cal y otra de arena. Eso es lo que suele pasar y eso fue lo que me demostró cuando comprobé con la mayor de las alegrías que el mensaje no era de Andrés, sino de Jara.

"¿Podemos hablar, por favor?"

Capítulo 40



Los dedos me temblaban demasiado como para contestar a su mensaje, por lo que, nerviosísimo como estaba, la llamé directamente.

—Claro que podemos hablar, bonita, dime.

—Dante, solo quiero que me digas la verdad, ¿dejarías todo eso del estriptis por mí?

—No es que lo dejaría, es que hablé con mi jefa y lo dejé justo después de nuestra bronca.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, yo no he vuelto a aparecer por allí.

—Vale, porque no paro de pensarlo y es que no lo puedo soportar. Habrá gente a la que no le importe, pero no es mi caso. ¿Cómo te sentirías tú si lo hiciera yo?

—Mal, me sentiría mal, puedo entender perfectamente lo que dices.

—Mejor, porque para mí es muy importante.

—¿Con esto me estás queriendo decir que me perdonas? Dime que sí, mi niña, dime que sí.

—Con esto estoy queriéndote decir que, por mucho que intento apartarte de mi mente, no puedo hacerlo ni un solo momento. Pero también te advierto que, si sigues siendo un cabeza de chorlito, te dejo para siempre.

—Te prometo que no, no te imaginas cuántas cosas tengo que contarte, belleza—me refería a lo del trabajo, que el episodio con Andrés no había sido de mi agrado, de eso pasaba por completo.

—¿Y si me lo cuentas mañana camino del cumple de mi prima Susi?

—¿Me estás invitando a que vaya contigo?

—No, es que se me ha averiado el coche y necesito un taxista, ¿tú qué crees?

—Que, si se te avería no pasa nada, que yo tengo un Ford Fiesta con un puñado de años que todavía puede dar de sí bastante.

—Eso ya me gusta más, que no te avergüences de ese tipo de cosas, por ahí ya vas mejor.

—Te prometo que no te volveré a ocultar nada, nunca.

—Vale, pesado, te veo mañana.

Ella me veía al día siguiente y yo veía todas las horas de la noche, porque fue tal la emoción que no podía planchar la oreja ni para atrás.

Mi llegada al trabajo al día siguiente fue memorable, con una sonrisa de oreja a oreja, y unas ganas impresionantes de comerme el mundo.

—Si no lo veo no lo creo, has colocado dos coches de alta gama en tu primera mañana, es la primera vez que alguien consigue tal logro en esta empresa. Sigue así y haremos grandes cosas juntos—me felicitó Alfredo.

—Gracias, jefe, es que he empezado con muchas ganas y eso al final se nota.

—Ya lo veo, ya … Lástima que sea jueves, porque si llega a ser lunes, para mí que cerramos la semana batiendo récords.

—La que viene, la que viene lo haremos.

Es que me comía el mundo; me lo comía porque mi felicidad era total. Esa tarde, al salir del trabajo, recogía a Jara y juntos nos íbamos al cumple de su prima, como si nada hubiera pasado.

La carrera que di también fue memorable, ya que pasé por casa para cambiarme; quería estar especialmente guapo para ella, pues sabía de sobra que mi chica les daba importancia a los detalles.

Cuando ella salió de la zapatería, yo la esperaba con un ramo de flores en la mano, más grande que los dos que le había regalado con anterioridad juntos.

—No creas que me vas a comprar con flores, porque ni mijita.

—Entonces me las llevo, guapísima.

—Ni se te ocurra, trae, que se lo voy a enseñar a mis primas. Se han portado muy bien conmigo estos días…

—Unos días que se me han hecho interminables—Le puse un puchero y ella me besó.

—No sabes lo que significa para mí este beso.

—Lo sé, te lo veo en los ojos, pero arranca, que Susi nos está esperando.

Nos sentamos y ella, que estaba más bella, si es que eso era posible, me puso la mano en el cuello en un gesto cariñoso que me llegó al alma.

—¿Así que las chicas te han apoyado mucho estos días?

—Sí, todas, igual que Lola, que también.

—¿Todas?

—Sí, y cuando digo todas, me refiero también a Elina.

—Me alegro, sois primas y debéis llevaros bien.

—Así es y verás, el otro día durante la bronca tú hiciste un comentario sobre mi prima que me molestó especialmente.

—Sé a lo que te refieres y es un tema delicado.

—Yo te voy a dar mi versión; Elina es un poquillo melosa con los hombres, eso es innegable, y quizás por eso tú pensaste que estaba queriendo coquetear contigo.

—Puede ser, no te lo voy a negar—No estaba de acuerdo, pero tampoco quise contradecirla para no empañar el brillo de aquel momento de reconciliación.

—Vale, entonces todo aclarado, vámonos…

—Oye, ¿estarán allí también tus padres? Que ya tengo ganas de verlos.

—Sí, estarán y yo no quiero decir nada, pero sigo sin conocer a mis suegros.

—Te prometo que los conocerás en estos días; tampoco les he dicho nada de mi despido.

—¿Y por eso no me los habías presentado todavía?

—Por eso mismo, pero ya no estoy avergonzado; tengo un nuevo trabajo y es mejor que el anterior, incluso mejor que cuando me ascendieron a jefe.

—¿Un nuevo trabajo de qué? Que me da un miedo escucharte.

—Tranquila, bonita, que se acabaron los sustos; de lo mío.

—¿No será de lo de estríper? —Tenía ganas de darme caña.

—Sí de eso. Que no, que no, no me pegues…

—Pues suéltalo ya…

—De vendedor de coches, que eso se me da como a nadie; dos de alta gama he vendido esta mañana. Y eso que uno de los compradores llegó buscando un Opel Corsa.

—¿Y eso sin utilizar ningún arma blanca ni nada?

—Correcto, que la única arma que yo utilizo para vender es la lengua.

—Pues la lengua me la vas dejando en lo que viene siendo su sitio, que no me fío de ti ni un pelo.

—La lengua para hablar y lo sabes, no me seas suspicaz.

—Será eso y que contigo se lleva una más sustos que en el pasaje de terror, guapo. Ahora, que como vuelvas a sacar los pies del plato, te voy a dejar peor que si te hubieras subido en el tren de la escoba.

—¿Cómo el día que me pilló Matilde y me baldó a bolsazos?

—Más o menos. Oye, que esa mujer está desaparecida en combate, habrá que ir a hacerle una visita, ¿no?

—Ni se te ocurra, por ahí no sigas, que no me puede ver.

—No seas así, que la mujer es toda paz y amor, lo único es que a veces le patinan un poco las neuronas.

—¿Un poco? Por Dios bendito, que yo cuando la veo venir no sé dónde meterme.

—Mucho miedo y muy poca vergüenza tienes tú, no me hagas hablar.

—Yo no digo nada, que en boca cerrada no entran moscas.

Capítulo 41



Llegamos a casa de Susi, que iba a ser una merienda-cena, y toda la familia esperaba con expectación que apareciéramos.

No en vano, Jara era una persona de esas transparentes que no suelen andarse con oscurantismos ni dobleces y les había confesado a sus primas todo lo ocurrido entre nosotros.

Yo no temía que lo supieran sus primas, sino sus padres y hermanos, que eso sí que era algo que me daba verdadero apuro.

Gracia, una vez más haciendo honor a su nombre, fue la que le echó gracia al asunto y rompió el hielo en cuanto llegamos.

—Pero bueno, si está aquí la parejita del año, no podéis ser más ideales— Enseguida se vino hacia nosotros y nos comió a besos.

—Muchas gracias, Gracia…

—Hijo de mi vida, qué repetitivo. Oye, no sabes lo que me alegro de que la niña y tú volváis a estar juntos. Y mi marido también, lo que pasa es que él es muy inexpresivo, ya lo sabes. Pero para todo, que yo muchas veces le digo que se mueve menos que una pelusa en una tirita.

—Mamá, por favor, no seas malilla, que ya sabes que papá no quedó muy bien después de…—Jara hizo un gesto que indicaba el calambrazo y yo me acordé del que me llevé desprecintando el contador, qué respeto le había cogido a la electricidad.

—Hija, pero por eso no lo digas, que tu padre ha sido siempre igual. Si me gustó no es porque fuera la alegría de la huerta fue porque… Mira, ya no sé ni por qué fue, pero que es un buen hombre.

Gracia había servido para cómica, con ese desparpajo y esa naturalidad que tenía.

—¿Que dice que no sabe lo que le gustó de tu padre? Yo me parto.

—Mamá es así, pero que en el fondo está loquita con él, por mucho que lo disimule.

—¿Y tú? ¿Ya sabes lo que te gusta de mí?

—Tu sinceridad, debe ser tu sinceridad. Bandido, por mucho que me repatee reconocerlo, a mí de ti me gusta todo, hasta los andares.

—¿Eso no es lo que dicen de los cochinos?

—Ay, yo que sé, a mí no me marees.

No era yo quien pretendía marearla, pero allí había alcohol para parar un tren y la fiesta prometía. Y el caso es que al día siguiente debíamos trabajar, por lo que tampoco era cuestión de pasarse más de la cuenta.

—¿Bailamos? —le pregunté mientras David, uno de los hermanos de Jara, empezaba a pinchar—¿Tu hermano de Dj? Mira que eso no lo esperaba.

—Sí, sí, él vive en su mundo, igual que Martín y que mi padre, que parecen autistas todos, pero debe ser un mundo musical porque pincha bien.

—Mira qué bien, igual tenemos Dj gratis para nuestra boda.

—¿Para nuestra boda? No me hagas reír, anda, que tú todavía estás en período de prueba, como me hagas una jugada, por pequeña que sea, te devuelvo.

—Sabes que no, por mucho que digas que sí, no lo harías.

—Tú hazme otra y te doy una patada en el culo que llegas hasta la luna, que me tienes contenta.

—Venga, baila y calla, anda.

—Si es que me pongo a bailar y me acuerdo de ciertos bailecitos tuyos… Mala me pongo, te lo prometo.

—Mujer, no se puede tener tanta memoria, que las cosas hay que dejarlas ya en el pasado.

—Lo que tú quieras y cuando tú quieras, se me pasará cuando se me tenga que pasar y mientras te aguantas con lo que te diga.

Jara jugaba a hacerse un poquillo la dura, pero no lo era en absoluto. Mi novia era un auténtico amor y todas sus primas nos miraban embobadas.

Por alguna extraña razón, ya que la mayoría eran también muy monas, ninguna de ellas tenía novio en ese momento, por lo que nos tenían por la sensación del momento. Para mí, desde luego, es que lo éramos.

—No es por nada, pero te voy a tener que compartir un poco con mi prima o alguna de ellas me va morder en cualquier momento.

—¿Cómo compartir? Oye, que después soy yo el que hace cosas raras, según tú.

—Mejor te echas la cremallerita en la boca y no me provoques, que todavía cobras y no dinero precisamente. Yo estoy hablando de compartirte para bailar que, si alguna pretende otra cosa, muere en el intento.

Estábamos muy enamorados y esas cosas fastidian un montón a qué negarlo. A mí no se me ocurriría volver a abrir el pico sobre las salidas de tono de Elina, ahora que las primas volvían a llevarse bien.

Por cierto, que, con tanto vaivén amoroso por nuestra parte, nos quedamos con las ganas de saber cuál era esa bomba que quería soltar. Igual yo pequé de vanidoso y nada tenía que ver conmigo.

¿Y si Elina también se nos había enamorado? Pronto lo sabríamos, porque el amor es una de esas cosas que no se pueden mantener en secreto ya que, o lo cuenta la boca o lo cuentan los ojos, pero siempre sale a relucir.

En el momento en el que me tocó bailar con ella, supe que sí, que sus ojos ocultaban algo que estaba por salir de su boca.

—¿Qué tal besa Andrés? —me preguntó de golpe y estuve a un tris de caerme del impacto.

—¿Cómo dices? —Salí despedido como si ella también me hubiera dado corriente.

Capítulo 42



Jara se acercó corriendo, al notar que algo estaba ocurriendo entre nosotros, y no bueno.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

—No sé, eso deberías preguntárselo a tu novio, Jara.

—Por Dios, prima, ¿qué pasa ahora? Ya las cartas están puestas sobre la mesa entre nosotros, yo sé todo lo que ocurrió.

La música se detuvo y todos, incluidos mis suegros, pegaron la oreja, por lo que yo me sentí morir.

—¿Estás segura de que lo sabes todo? Porque se dice, se comenta y se rumorea que tu novio volvió anoche al club de estriptis ese en el que trabajaba.

—Eso no es verdad, que él no ha vuelto a poner sus pies allí.

—No, claro, lo que él te diga. Ni tampoco tiene un lío con nadie en ese sitio.

—¡Por supuesto que no tengo ningún lío! Ni allí ni en ningún lado, yo soy fiel y estoy con Jara.

—Qué bonito es el amor, lástima que haya llegado hasta mis manos esta foto y que, además, sea de anoche.

—¿Qué foto? ¿Qué estás diciendo?

Jara le arrebató el móvil y cuando vio la instantánea no pudo sino echarse a llorar.

—¡Te odio, Dante, te odio! —chilló.

—Hija, por Dios, ¿qué haces? —le preguntó su madre.

—Mamá, dile que se vaya, díselo tú, no quiero volver a verlo en mi vida.

—¿Qué hay en ese teléfono para que te hayas puesto así? —La tensión se podía cortar en el ambiente con un cuchillo.

—Míralo tú misma y juzga. Y si después de esto crees que merece otra oportunidad, pensaré que la única cuerda aquí soy yo.

Gracia sostuvo el móvil y diría que vi la ira recorrer todo su cuerpo, hasta llegar a su garganta y salir por su boca.

—Vete inmediatamente de aquí, Dante—me pidió.

El silencio sepulcral que precedió a sus palabras se vio roto por estas, que salieron en cascada de su garganta, resonando en todo el salón.

—Esto no es lo que parece—Fue lo único que acerté a decir en el más desafortunado de los comentarios.

—Si además de ofender a mi hija piensas que puedes insultar la inteligencia de toda la familia, estás bastante equivocado. Te pido por favor que te vayas o me veré obligada a llamar a la policía.

—No, Gracia, no es necesario. Me iré ahora mismo.

No pude alegar nada más en mi defensa, pues la cara de odio con la que todos me miraron me llegó al alma, si bien la mayoría todavía tenía pendiente el ver una foto que, a buen seguro, terminaría en manos de todos ellos.

Las lágrimas de Jara, saliendo como puños de sus ojos, se me clavaron como puñales en el corazón.

—Amarte fue la razón, todo lo hice por ti, aunque no lo entiendas— murmuré antes de irme.

—¿Morrearte con un tío lo hiciste por mí? Quítate de mi vista si no quieres que pierda los nervios.

Accedí, no me quedaba otra, pero antes de hacerlo le lancé una mirada a Elina con la que se lo decía todo; aquello no quedaría así.

Altiva y segura de haberme ganado la partida, me la devolvió, en formato burlón, y supe más que nunca que a partir de entonces no pararía hasta desenmascararla porque no había otra explicación; me había tendido una trampa.

No conocía los pormenores del tema, pero ya los conocería.

—Rober, ¿estás libre? —le pregunté en cuanto salí.

—Libre y con ganas de marcha, ¿qué necesitas?

—Necesito que salgamos a beber y que cojamos la mayor borrachera del mundo, eso es lo que necesito.

—Dame tu ubicación, que llego enseguida.

En cuestión de veinte minutos ya estaba conmigo.

—¿Elina tenía la foto de tu beso con Andrés?

—Cuidado, no de mi beso, del beso que él me robó.

—Todo esto es muy extraño.

—Muy extraño no, que esos dos están compinchados.

—Maldita rata sarnosa, así que lo de su declaración fue una farsa para que bajaras la guardia y soltarte un besazo que inmortalizar, es la leche.

—Esa tía no me ha perdonado desde que negué lo de la churrería y no ha parado hasta joderme la vida.

—Mierda, ¿va del palo detective privado? Qué miedo de mujer…

—Va del palo "le voy a joder la vida a mi prima porque la suya es más bonita que la mía", va de ese palo.

—Joder, esto no se puede quedar así.

—Y tanto que no, yo al indeseable de Andrés le voy a sacar una confesión a leches. Paso de beber, prefiero ir a por él.

—Cuidadito, que estás muy nervioso y de esta sí que puedes acabar enchironado, pero para una buena temporada.

—Me da lo mismo, yo lo que quiero es que confiese.

—Sí, pero se me ocurren métodos más sutiles para que lo haga que partirle la boca.

—Serán muy sutiles, pero menos efectivos.

—Porque tú lo digas, ¿sabes? El otro día hablé con Bea y ella me dijo que sabía de buena tinta que Andrés se traía un tejemaneje bueno con Sara, que más de una vez se llevó una porción del pastel ese tan goloso que la ha enviado directa a prisión.

—¿Andrés chupaba del bote de esa avariciosa?

—Al menos del bote, si también chupaba más cosas, esas ya no son de mi incumbencia, pero del bote sí.

Capítulo 43



Jugamos a poli bueno y poli malo, que por muy visto que esté, suele resultar efectivo. Y lo hicimos tal cual entramos en casa de Andrés, después de que él, sin hacer uso de la mirilla, nos abriera la puerta.

—¿Qué mierda estáis haciendo aquí?

—Una visita de cortesía, ¿no lo ves? Y dado que tú estás enamoradísimo de mí, debes estar gozando a lo grande—le dije con toda la mala leche que pude acumular.

—No me digas que estuvo mal, te lo tragaste, yo había servido para actor, aparte de para muchas otras cosas.

Encima bravucón, ese quería comer puño.

—Quien ríe el último, ríe mejor, aunque yo no sé si te quedarán ganas de reírte cuando te parta todos los dientes—le advertí.

—Tranquilo, Dante, no puedes perder los papeles, que esto lo tenemos que hablar de la forma más civilizada posible—me aconsejó Rober, muy metido en su papel.

—¿Es una jodida broma? El mierda este me destroza la vida porque la primita de mi novia se lo ofrece, ¿y todavía quieres que no le ponga la cara como un mapa?

—Es que no merece la pena mancharse las manos, hazme caso.

—¿Y por qué se supone que debo hacerte caso? ¿Puedes darme alguna jodida razón para que tenga que hacerlo? —le pregunté, haciéndome el cabreado con él.

—Porque la violencia incita a la violencia, pero en muchos casos resulta estéril. Sin embargo, cuando le dices de buenas a alguien que, o canta o acaba en la cárcel con su exjefa, igual ya la cosa cambia, y el pajarito en cuestión acaba cantando.

Le quedó bordada; su interpretación fue buenísima.

—¿Qué estás insinuando? Yo nunca he participado en los negocios turbios de Sara, no tengo ni la menor idea de lo que me estás queriendo decir.

—Lo sabes de sobra, y sabes también que tenemos pruebas, lo que pasa es que hasta ahora no hemos tenido interés en sacarlas a la luz. Son más los compañeros que lo saben, así que cuando todos hagamos fuerza para ir a

por ti, será mejor que te vayas comprando un pijama de rayas, digo yo, por si acaso.

—Muy gracioso, yo nunca me reuní con Sara para nada de eso, yo no tenía ni idea de esas sociedades a las que desviaba el dinero…

—Pues para no tener ni idea, bien que acabas de soltarlo. Que yo sepa, ni la prensa ni nosotros hemos mencionado nada de ninguna sociedad.

—Sois unos cabrones, eso es lo que sois.

—Y tú un desgraciado al que ahora sí que le debería partir la boca. Suelta todo lo que sepas antes de que pierda los nervios—le ordené.

—Déjate de pamplinas, Dante. es mucho mejor que llamemos a la policía y que lo pongan una buena temporadita a la sombra. Huelva no es tan grande y seguro que alguno de sus compañeros de prisión pertenece a una familia de los afectados por los negocios de estos dos. Andrés, yo de ti me iría haciendo ya un seguro médico, por lo que pudiera pasarme, pero es solo una recomendación, ¿eh? Que tú eres libre de actuar como te venga en gana.

Para actuación la de Rober que, con tanta parsimonia, le estaba haciendo pensar.

—¿Vas a hablar por las buenas o…?—En el otro lado de la moneda, yo perdía los nervios por momentos.

—¿Qué es lo que queréis que os diga? Uno también tiene sus necesidades y la tía esa me ofreció un dinero por ayudarla.

—Elina te ofreció un dinero, ¿cuánto?

—2000 euros por una foto. El cómo conseguirla era cosa mía y me pareció que hacerme el enamorado era la mejor forma, ¿de verdad te creíste que yo entré en aquel club por seguir tus pasos? Maldije tu estampa al verte allí, esa es la realidad.

—¿Y ella? ¿Cómo dio conmigo?

—Debe estar loca de remate. Me contó que te siguió hasta allí una noche de sábado que su prima quedó con ellas y que le escamaba dónde estarías. Antes de reunirse con las demás, te espió. Por lo visto, su idea era soltar el bombazo, pero antes de que pudiera hacerlo, tu novia le contó que sabía que eras estríper y le jodió la exclusiva. Y como ella estaba dispuesta a dar el campanazo, se las ideó para liarla más parda todavía. Yo ya he dicho todo lo que sé, ahora me tenéis que dejar en paz, que con la policía no quiero tonterías.

—No quieres tonterías porque sabes que tienes mucho que callar, pero que ahora nos vas a acompañar adonde yo te diga.

—Yo de aquí no me muevo, bastante os he contado ya, que me dejéis.

—Sin dientes te voy a dejar como no nos acompañes—lo amenacé de nuevo.

—No, Andrés sabe muy bien lo que le conviene, Dante, por eso nos va a acompañar ahora mismo.

El tono socarrón de Rober, he de reconocerlo, resultaba más convincente que el mío.

—Joder, joder, que me estáis liando, ¿dónde se supongo que tengo que ir?

—A dar una serie de explicaciones, como está mandado.

Lo cogimos como si fuera una marioneta y lo sacamos de paseo. El primer intento de dar con Jara lo haríamos en casa de Susi, aunque lo normal era que, visto el panorama, la fiesta se hubiera dispersado por completo.

Hubo suerte. Cuando llegamos resultó que todos estaban cerrando filas en torno a Jara, quien tenía un berrinche impresionante y no podía parar de llorar.

La pobre Susi, a quien le dimos un cumpleaños para no olvidar, fue la que nos abrió la puerta.

—¿Está Jara aquí todavía?

—Sí, pero de vosotros me iría, ¿y quién es este?

—Este es mi novio, según Elina, pero mi novio—solté a toda voz para que se me escuchara.

La misma Elina fue la que nos dio el encuentro en la entrada del salón.

—¿Y todavía te atreves a aparecer con el tío este? Tú es que no tienes arreglo, chaval, ¿te has propuesto matar a mi prima de un disgusto?

—Esa pregunta te la deberías hacer a ti misma, ¿no te parece?

—No tengo ni la menor idea de lo que me estás diciendo.

—Tía, déjate de gilipolleces, que yo he tenido que soltar lo del dinero al canto que me has pagado, que estos dos querían matarme y enchironarme, respectivamente—Andrés lo definió de una manera tan rápida y resumida, pero a la vez tan contundente, que todo lo demás fue coser y cantar.

—Elina, ¿se puede saber lo que está pasando aquí? —Jara se levantó y se fue para ella.

—Estos, que han organizado un complot para desacreditarme, ¿no lo ves, prima?

—Mira, tía loca, a mí me importa un bledo la milonga que le quieras contar a tu prima, pero que yo paso de meterme en más movidas por ti; yo besé a Dante porque tú me pagaste para hacer la foto, que bien que estabas escondida en mi camerino.

—¿Yo escondida en tu camerino? Ni que fuera "La vieja del visillo", para mí que tú has visto mucho a José Mota.

—No, la que ha visto muchas películas de suspense ha sido tú, que creías que esto iba a ser una trama rollo *"best seller"* y ha resultado un bodrio que te ha estallado en toda la cara.

—¡Eso sí que es un bombazo! —me di el gustazo de decir…

Capítulo 44



Hay momentos gloriosos en la vida de todas las personas y ese fue uno de los de la mía, porque Jara reaccionó y se le cayó la venda de los ojos.

—Prima, ¿de veras has llegado tan lejos? Jamás, nunca pensé que pudieras hacerme una cosa así, ¿sabes que yo saqué la cara por ti cuando Dante me previno sobre tu asquerosa forma de actuar? Y no solo te has permitido el lujo de intentar robarme a mi chico, sino que, viendo que eso no era posible, has intentado destruir nuestra relación, desacreditándolo por completo.

—¿Y quién te dice a ti que soy yo, sangre de tu sangre, la que miente? Lo mismo son ellos, que es mucho más probable, ¿no te lo has planteado?

—Mira, yo seré lo que sea y a mí me pierde un billete, eso es verdad, pero no me da la gana de que me dejes por mentiroso delante de toda esta gente —intervino Andrés—. Ahí está la prueba de quién miente.

Le dio al *play* y ¡cómo disfruté con aquel audio que revelaba los pormenores de su malvado plan!

—Ups, para mí que hay una prima a la que han pillado con el carrito de los helados, ¿puede ser? —le pregunté.

—Puede ser, puede ser…—añadió Rober con toda la ironía.

—Elina no quiero volver a verte en la vida, ¿me has oído?

El tono de voz de Jara fue tan solemne que nos impresionó a todos, pues nos quedamos mirándonos unos a otros.

—Tú misma, pero que sepas que no te llevas una joyita, ciertas dudas siempre te asaltarán.

—¿Sobre mi novio? No, perdona, sobre él ya no me queda ninguna duda; la única duda que pueda quedarme es sobre el hecho de cómo es posible que compartamos sangre, porque tú y yo no tenemos nada que ver, me resulta increíble.

—No te creas con derecho a juzgarme, tú no eres mejor que yo…

—Por supuesto que soy mejor que tú, y por eso estoy con Dante, A ver si tú eres capaz de atraer a un hombre que haga lo que está en su mano y lo que no por tratar de estar contigo, como ha hecho él conmigo.

Por fin, de sus palabras deduje que mi novia había entendido el sentido de mis palabras cuando le dije eso de “amarte fue la razón”, ¡qué maravillosa sensación!

—¿Sí? Pues que os vaya bonito a los dos. O, mejor dicho, que os zurzan.

Elina salió a la carrera y todos los demás se quedaron con la mandíbula desencajada. Como si de una película se tratase, Jara se echó en mis brazos y comenzamos a besarnos.

Fue el sonido de los aplausos y de los vítores de todos los suyos el que nos devolvió a la realidad. Por fin, la pesadilla había terminado.

—Qué tensión, hija de mi vida, qué tensión. Yo no estoy para más sustos, que en mi estado…—bromeó Gracia y su marido la miró como diciendo que, si estaba en estado, sería por obra del espíritu santo, porque él parecía totalmente ajeno a la cuestión.

—Sería lo que faltara, mami, qué bromista has sido siempre.

—Mira, Dante, bienvenido a la familia; lo voy a hacer oficialmente porque cada vez que llegas se tuercen las cosas y esta ya va a ser la definitiva, hombre. Yo te nombro mi yerno en el nombre del padre, y del hijo…

La muy trasto de mi suegra me echó, a modo de agua bautismal, un buen chorro de cava por la cabeza.

—Ea, pues ya es oficial, ahora solo me falta conocer a los tuyos, que vaya misterio con mis suegros—apuntilló Jara.

—¿Y si quedamos todos este fin de semana? —propuse.

—¿Todos? Pues sí que les vamos a meter gente por las puertas a tus padres, que se van a creer que es una manifestación.

—Tonterías, hija, tonterías. Yo me encargo de todo, este finde en nuestra casa, ya mismo se pone tu padre mañana con los preparativos, que yo también estoy deseando conocer a mis consuegros.

—¿Papá? Pues entonces va a ser fiesta loca, mamá—Bien se dejó caer mi novia.

Lo mismo me daba que me daba lo mismo, como si teníamos que comer hierba como las cabras, yo lo único que quería era una celebración que nos permitiera disfrutar por fin a todos, dejando atrás tantas tensiones y problemas.

Y dimos en el clavo. Mis padres, ajenos a toda la polémica que rodeó el comienzo de nuestra historia, se mostraban un tanto alucinados de ver el sarao que montamos.

Por supuesto que a Fernando no lo dejamos solo y todos ayudamos durante el día para que a aquella fiestecita al aire libre no le faltara ni un perejil.

—Por fin todo genial, miedo me da, que ya no estoy yo acostumbrada a estas cosas—me confesó Jara mientras miraba a su alrededor y veía que los nuestros estaban encantados en la fiesta.

—Tú tranquila, que ya me encargo yo de que a partir de ahora todo vaya como la seda, lo ocurrido solo ha sido un pequeño entrenamiento para saber que nosotros podemos con esto y con más.

—¿Un pequeño entrenamiento? Puñeta, si yo creía que de esta nos íbamos para las olimpiadas.

—¿Para las olimpiadas? Al olimpo del goce te voy a llevar yo a ti, que no te quepa duda.

—Y no me cabe, no me cabe…

Epílogo



2 años después…

—Niño, que me ayudes con esto que te digo del móvil.

—Doña Matilde, por favor, que yo ahora mismo no puedo.

—Y dale con el niño este maleducado, que te digo que me tienes que ayudar.

—Pero que no puedo, mujer, ¿es que no lo ve?

—¿Qué es lo que tengo que ver? Que me ayudes te digo, que los niños de ahora sois unos sabihondos para el tema este de Internet.

—Pero si usted ahí no lleva Internet, por favor, déjeme—Su teléfono, un ladrillo de esos antiguos que tienen los números de un tamaño para que se vean desde la superficie de Marte ni tenía Internet ni tenía nada.

—Que te necesito, niñato…

—Vamos a ver, que ahora no la puedo atender, ¿cuál es el problema?

—Que me están espiando desde este teléfono y eso es porque se han colado por Internet, por eso mismo.

—¿Quién se supone que la está espiando, doña Matilde?

—Yo qué sé, lo mismo es el FBI para quedarse con mis ahorros, que yo creo que me los están sisando poquito a poco.

—Que eso es imposible, mujer…

—Porque tú lo digas, eso está muy bonito, a una anciana como yo no le miras el móvil con lo apurada que estoy, y luego seguro que estás todo el día enganchado a la dichosa consola, eso seguro.

Matilde estaba indignadísima. En aquellos años, en los que permanecimos en la casa que ya le habíamos comprado a su hijo, se convirtió casi en un miembro más de la familia, por eso quiso acompañarnos también en ese día tan especial para nosotros.

—Que yo no tengo consola, siéntese, por favor.

—¿Que no tienes consola, mocoso? Si ahora estáis todos enviciados 24//7…

Me doblé de la risa, ¿dónde había escuchado esa mujer, a la que le faltaba el canto de un duro para cumplir un siglo, lo de 24//?

—No, doña Matilde, que se equivoca, que hoy es el día de mi boda.

—Y encima, mentiroso, ¿cómo te vas a casar tú, si no levantas un palmo del suelo?

Menos mal que yo no levantaba un palmo del suelo porque era así y casi tenía ella que coger una escalera para hablarme.

—Que sí, mujer, que me voy a casar, ¿es que no lo ve?

—Yo no veo nada, que me tienen que operar de cataratas. O me ayudas, o llamo a tu madre para que te dé una buena zurra, que anda que la tendrás contenta, con lo deslenguado que eres…

—Su madre soy yo, doña Matilde, y sí que me tiene contenta, pero de verdad…

La mujer parece que volvió un poco en sí tras las pausadas palabras de mi madre que, efectivamente, no podía estar más contenta.

—Anda y entonces, ¿es verdad que estamos en una boda? ¡Y yo con estos pelos! —Se echó mano a la cabeza y salió corriendo.

Qué vitalidad seguía teniendo y qué me volví a reír con ella en el día más feliz de mi vida. Eso sí, nuestra existencia, de una manera o de otra, siempre era un tanto accidentada y, en su huida, no se dio cuenta de que tenía a Jara enfrente y ¡se la comió!

No hubo nadie que permaneciera inmóvil y, después de un grito unánime, todos fueron a socorrer a doña Matilde y a Jara, que pegó un taconazo que Fernando, su padre, no pudo evitar.

—¡Ay, dios mío, que he matado a la novia! —chilló ella.

—De eso nada, doña Matilde, que yo ya estoy acostumbrada a estas cosas. Lo raro sería que no hubiera ocurrido nada, para eso sí que no me encuentro preparada—Reía con todas sus ganas la que para mis ojos era la novia más bonita del mundo.

Tambaleándose, se puso de pie y, como ocurriera aquel día en el que por fin nos deshicimos de Elina, todos se pusieron a aplaudir.

Lola, Susi y el resto de sus primas, a excepción de la que acabo de nombrar y que salió para siempre de nuestras vidas, la ayudaron a recomponerse y Jara lució todavía más bonita, gracias a unas risas que ya no desaparecieron de su rostro durante toda la ceremonia.

Uno siempre piensa en el día de su boda y se hace una imagen preconcebida. En concreto, yo imaginé que no podría reprimir las lágrimas cuando la viera avanzar para convertirse en mi mujer, pero Matilde logró que no fuera así.

Sin poder dejar de reír tampoco, en la tranquilidad de que no le había sucedido nada, la recibí y nos cogimos de las manos. Eran tantas las risas que, el sacerdote, que tardó en arrancar a consecuencia de ellas, tuvo que parar varias veces porque tampoco podía contener la suya.

—Yo no sé si esta boda tiene ni pies ni cabeza, porque al saber lo que he dicho y lo que no, pero es la más divertida que he celebrado en todos los años que llevo administrando este sacramento.

—Da lo mismo, dele, dele, que tenemos mucho que celebrar—lo animé.

—Sí, por favor, que a mí me duelen ya hasta las costillas de reírme—Jara no podía estar pasándoselo mejor.

Algunos nos animaron a que subiéramos pasajes de la ceremonia a las redes, porque no habrían tenido desperdicio, como el momento en el que ella lanza una carcajada al ponerme el anillo y este sale despedido…

Despedido, así fue como comenzó esta historia, con un despido que cambió mi vida… Y la de Jara, la mujer de mi vida. Quererla, amarla y respetarla siempre estuvo en mis planes, pero, cuando las cosas se torcieron,

tuve que luchar contra viento y mareo para lograrlo demostrándole que, si ella me daba una palanca, yo movía el mundo….

En dos años sellamos un amor que, por encima de todo, seguía siendo divertido; tan divertido como el inolvidable comienzo de nuestra historia.

A sus órdenes, mi jefa



Capítulo 1



Ni tan mal, me habían llamado para la entrevista. Y eso que mi hermana Daniela no creía en mí. Me daba lo mismo, mientras creyese yo todo iría sobre ruedas.

—Me van a dar el puesto, ya verás como me lo dan…

—Más te vale, porque me debes tres meses de alquiler ya.

—¿En serio me vas a cobrar alquiler?

—Hombre no, bastante con que no te he echado ya a la calle, ¿a qué aspiras? ¿A que te mantenga yo toda la vida? Pues anda que en el ejército gano como para lanzar cohetes.

Igual Daniela tenía algo de razón y yo estaba tirando de la cuerda más de lo conveniente. Desde que me separé de María, la madre de mi hijs Esther, las cosas no me habían ido muy bien para decir. Y esa era la manera más

fina de definir la situación, porque en realidad yo iba sin frenos y cuesta abajo.

María me dijo que hasta ahí habíamos llegado cuando cerraron mi empresa. Bueno, mi empresa que no era mía, claro, la empresa en la que yo trabajaba, que era una de Marketing en la que el jefe se echó a la bebida y nos arruinó la vida a todos en un pis pas el día que, borracho como un piojo, firmó el peor contrato del mundo y nos dejó con el culo al aire.

En cuestión de pocas semanas, vimos cómo los chinos se apoderaban del local y se llevaron hasta la tinta de las fotocopias. Lo siento mucho y no me tengo por racista, pero les cogí un viruji que veía un rollito de primavera y daba un chillido.

Me quedé en el paro y a duras penas pude mantener mi piso de alquiler, hasta que un día el casero aporreó la puerta y me advirtió de que, o le pagaba los meses que le debía, o salía de allí en una caja de pino, que iba a hablar con unos chinos amigos suyos.

Salí por patas y echando maldiciones por la boca, qué os voy a contar, los chinos me perseguían allá donde iba, se habían convertido en una especie de maldición para mí. Era eso o que me había vuelto paranoico y pensaba que conspiraba en mi contra, porque cara de conspiradores sí que tenían.

Después de eso, apelé a la caridad de mi hermana Daniela, que tenía unos añitos menos que yo, pero al menos contaba con un sueldo fijo como cabo en el ejército.

Yo, para que me entendáis bien y pronto, me había convertido en un comemierda y me sentía en un bucle del que me costaba salir. También me costaba salir de la cama, si os soy sincero. Y no porque en ella tuviera nada bueno que saborear, qué más quisiera, sino porque caí en un poco de depresión.

Tampoco es que sea psicólogo para saber si era depresión o no, pero yo le cogí gustillo a la cama y a aquello de no hacer gran cosa. Sí, me levantaba, barría un poco el suelo, abría las ventanas para que entrara el sol y luego me iba como un señor a por el pan y a sentarme a tomar un aperitivo.

Igual un poquillo sí que me acomodé e igual María, la madre de mi hija, tenía razón en que nunca se me dio especialmente bien eso de doblar el lomo, pero es que cada uno hemos nacido para una cosa y la mía debió ser la de vivir la vida "Despacito" a ritmo de Luis Fonsi.

Daniela, mi hermana, comenzó a desesperarse cuando vio que los únicos gastos que pensaba compartir con ella eran los de la apuesta semanal del Euromillón, porque estaba seguro de que me haría rico, es que lo sabía.

Cualquiera que viera el plan desde fuera lo mismo lo dudaba, pero es solo porque la gente tiene muy poca fe. Yo estaba seguro, segurísimo de que un día podría nadar en billetes, tenía la más absoluta de las seguridades.

Y hablando de seguridades, también tenía la de que mi hermana me pondría de patitas en la calle si no me salía un trabajo pronto, por lo que

hice un esfuerzo titánico y me registré en InfoJobs y en otras webs de búsqueda de empleo.

Si Daniela me permitía estar todavía en su casa era gracias al amor que sentía por su sobrina Esther, mi niña, que a sus nueve añitos era una pizpireta rubia que se las sabía todas y a quien yo quería más que a mi vida.

Que conste que la pensión de Esther sí que la pagaba y no solo porque de otro modo podría verme entre rejas, sino porque mi niña era lo único bueno que me había pasado y a ella que no le diese el aire, vaya…

Por lo demás, yo era del pensamiento de que se pusieran a la cola y que ya irían cobrando, aunque Daniela me tenía más que avisado de que el siguiente en cobrar sería yo… Cobraría hasta que de un palo de fregona salieran dos porque pensaba partírmelo en ese lomo que yo no usaba para nada, en su opinión.

Total, que las cosas se me estaban poniendo feas y sí, por fin me llamaban para una entrevista. Normal, dos correos tuve que enviarles para lograrlo, hay gente más vaga…

Me citaban para el día siguiente, por lo que cogí hora en la peluquería, que yo tenía que sacar la mejor versión de mí mismo, según leí en un libro de inteligencia emocional.

Bajé las escaleras y vi a Rubí, una preciosidad que hacía honor a su nombre y a quien yo tenía engañada, lo mismo que a medio vecindario.

—¿Qué tal, Sergio? ¿Cómo va Daniela’

—Fatal, si no fuera por mi compañía no sé qué sería de mi pobre hermana, está depresiva perdida. Imposible dejarla sola, qué se le va a hacer, los hermanos están para algo, ¿no?

—¿Y dices que es porque la dejó un novio? Pero si tu hermana parece que esté hecha de hormigón armado, yo no he conocido a una tía con más huevos en mi vida.

—Eso es de cara a la galería, pero la procesión va por dentro. Por cierto, ¿tú no quieres que te cuelgue otro cuadro o algo?

—No, deja, que me diste una buena sesión con tu martillo percutor, pero el cuadro me lo dejaste de pena, no puede estar más torcido.

—Será cosa de la pared, que ya no saben ni construir…

A mí lo de ligar no se me daba nada mal. Tendrá que ver con eso de que tengo una percha que, no es por nada, pero le entra por el ojo a las chicas. Y no es que sea un musculitos de esos que se parten el lomo en el gym, que eso cansa tela, lo mío venía de familia, que había heredado yo una genética privilegiada.

Capítulo 2



Llegué a la entrevista y lo flipé en colores. Se trataba de otra empresa de Marketing, pero a juzgar por el edificio en el que estaba alojada, súper céntrico y con todo lujo de comodidades, su dueño debía estar forrado. Así me veía yo en menos de nada, nadando en billetes.

La chica de recepción, que se llamaba Soraya (lo supe porque lo ponía en la chapa no porque yo tuviera poderes paranormales, qué más quisiera para explotarlos) estaba de un estrés que no podía con él.

—Soraya, perdona, una pastillita debajo de la lengua, eso es lo que tú necesitas—le comenté.

—¿Perdona? ¿Nos conocemos?

Ni tan mal tampoco si le decía que sí y me inventaba que yo ya había estado por allí más veces, eso me daba caché.

—Claro que sí, soy Sergio, he venido varias veces a visitar al jefe, ¿no te acuerdas de mí?

—A la jefa querrás decir, a Kate.

—Eso a Kate, que se me ha trabado la lengua. Es un problema que tengo también por el estrés, no te creas que yo estoy todo el día sin dar palo al agua. Me llamo Sergio.

—¿Tú eres Sergio? Alabado sea Dios…

—Alabado, alabado. Yo soy Sergio, sí, para que lo que gustes…

La chica estaba de muy buen ver y yo un favorcito sí que le haría….

—¿Me puedes hacer un favor, Sergio?

Ostras, yo no tendría poderes, pero se ve que ella sí, porque me había leído el pensamiento.

—Claro que sí, que no se diga otra cosa, mujer, que el macho ibérico tiene que dejar el pabellón bien alto. Si no, ¿qué va a ser esto?

Ella me miró e igual muy bien no la había entendido, porque no puso demasiada buena cara.

—Me refería a que subas tú solo a la primera planta, estoy hasta arriba de trabajo y te están esperando.

—Ole y ole, ¿con cervecita? Mira que entre una cosa y otra es la hora del picoteo, unas aceitunitas sí me tomaba yo, si no es mucha molestia.

Otra vez que Soraya me miraba mal. A ver si me iba a coger entre ceja y ceja esa chica como me pasaba a mí con los chinos…

—Que subas ya, hombre, que aquí no estamos para perder el tiempo—me soltó de mala manera.

—Oye, a ver si cuidamos esos modales, que eso ya lo sé yo, que a mí me gusta que me cunda la vida, ¿qué te has creído?

La dejé allí con dos palmos de narices, solo faltaba que me tomara por un vago, a mí.

Según entré en el despacho del encargado de Recursos Humanos estuve a punto de darle las quejas, pero vi que ese era otro que tenía la sangre un poquito acelerada, así que no le apreté las tuercas, no fuera que saltara y me diera en toda la cara. La tuerca, digo, que el tío no creía yo que estuviera allí para repartir piñas.

—Sergio, menos mal que has llegado…

—Y puntual, ¿eh? Para que después no se diga—Le señalé a mi reloj o, mejor dicho, a la marca que me quedó de él en la muñeca porque mi peluco lo había vendido el anterior mes para pagar la pensión de Esther.

Me miró raro, pero de raritos está el mundo lleno, así que tampoco le di más importancia.

—Oye, ¿cuándo me dijiste que podías comenzar a trabajar?

—Yo no te dije nada, pero que tú tranquilo, es normal que con tanto jaleo se te vayan las cosas de la cabeza. Mira, es día uno, yo creo que a mediados de mes podría estar por aquí—Eché mis cuentas porque llevaba un tiempito en paro y lo de los biorritmos es importante, no me fuera a dar un ictus o algo de pasar de cero a cien en nada… Vaya, lo de cien es un decir, que con ir a mitad de gas ya es suficiente. La gente tampoco da más, ¿o sí?

—¿El día quince? ¿Tienes que despedirte?

—Tengo que despedirme de la buena vida, sí, que ahora me tocará currar…

—No, va en serio, ¿has de dar un preaviso de quince días o algo en tu actual trabajo? Mira, la jefa está dispuesta a compensarte si te vienes con nosotros de inmediato.

—¿A compensarme cómo? Oye, a ver si es un callo malayo y me lo tengo que comer yo, ella que se deje de tanta compensación y que apoquine, yo te

paso mi cuenta.

—No te recordaba tan bromista cuando hablamos por teléfono, venga, va, ¿te parecen tres mil euros como compensación y te incorporas en dos días?

Casi se me sube la tensión y todo, aunque lo que subí fue la cifra.

—Venga ni para ti ni para mí, lo dejamos en cuatro mil.

—Pero si tú no me habías pedido más…

—Ya, pero lo estoy haciendo ahora, que ya veo que manejáis, no me seas roñoso, Rigoberto—Qué pequeñas eran las letras de su chapa. Eso o es que la subida de tensión no me dejaba fijar la vista. Y que conste que no la tenía cansada, ni la vista ni nada en realidad.

—No, me llamo Gilberto, no Rigoberto.

—¿Giliberto? Es coña, ¿no? Un poco más y te ponen gilipollas directamente y mírate, el pedazo de traje que llevas.

—No es Giliberto, es Gilberto. Perdona, ¿tú has venido bebido? Porque parece que te has tomado una botella de whisky entera.

—Qué más quisiera yo, Daniela las esconde bajo llave, está de un roñoso. Menos mal que vosotros no. Aparte de la compensación esa, ¿cuánto dices

que voy a cobrar?

—Lo que acordamos, tres mil al mes más comisiones, ¿te parece bien? Pueden llegar a multiplicar esa cifra por mucho.

De nuevo sentí que la tensión se me subía y debió ser bastante, porque noté una punzada en la sien, ya más arriba y la siento en el tupé directamente.

—Me parece que igual podríamos redondearlo, ¿lo dejamos en seis mil?

—Eso no es redondear, Sergio, eso es doblar.

—Es lo que pienso hacer, doblar el lomo, y eso es una novedad en mi vida, deberíais estudiar mi petición.

—Venga, tres mil quinientos…

—Estírate un poco más, cuatro mil, igual que la compensación, así no te equivocas…

—Eres un buen negociante, si no fuera porque tienes un currículum inigualable no sé yo. Kate es muy seria para estas cosas, pero le diré que le merecerá la pena.

—Y no te equivocarás, ¿me puedo ir ya? Es que quien sí es roñosa es la tal Soraya, ni unas aceitunas ni nada me ha puesto. Y yo a esta hora es que necesito echarle algo al estómago, estoy muy bien acostumbrado.

—Como quieras, te acompaño, estamos encantados de tenerte en nuestro equipo, Sergio.

—Bueno, bueno, una cosita, ¿y las vacaciones?

—Treinta días al año y otros diez de asuntos propios, también lo que hablamos, ¿recuerdas?

—Vale, pero los maestros tienen más, eso lo tendríamos que mirar más adelante.

—Ni Kate tiene más vacaciones que esas, no creo que sea negociable.

—Ok, pero por otro lado me tendréis que compensar, que he llegado aquí y me estáis apretando las clavijas por todos los lados.

Salí de allí y di un respingo. Un chino en el pasillo, ay Dios, es que era ver uno y me entraban ganas de irme del tirón para urgencias, menuda taquicardia.

El tipo, para colmo, se me quedó mirando, aunque creo que un mal de ojo no pudo echarme porque apenas me vio, los llevaba medio cerrados. Por si

acaso, yo le hice la señal de la cruz con los dedos, que era muy importante lo de protegerte. Cualquier día pasaba por una iglesia con mi botella de ir a correr, le quitaba el precinto y la llenaba de agua bendita para estos casos…

Obvio que lo de quitarle el precinto tenía su lógica, pues mi botella de ir a correr estaba sin estrenar, había sido un regalo de Daniela, la muy cachonda…

Capítulo 3



—Mira lo que te he regalado—le comenté en cuanto entró mi hermanita por la puerta.

—¿Qué me has regalado? Yo no veo nada.

—Lo próximo que te regalaré serán unas gafas, ¿de veras no ves las flores? Desde luego, niña, así vamos mal, yo no me siento protegido con un ejército formado por gente como tú.

—Vamos a ver, desgracia de hermano con patas, ¿mi regalo son esas flores?

—Correcto, veo que ya ves focalizando—Asentí con la cabeza.

—Un foco tendrán que utilizar para terminar de sacarte los trozos de las muelas de la cachetada que te voy a dar. Si esas flores las tenía yo en el cuarto para llevárselas al nicho de la abuela en el día de su santo.

—Anda, ya decía yo que no olían. Qué rasca eres, ya se las podrías comprar frescas, se nota a la legua que son del bazar de los….

—De los chinos, te jodes si no quieres oírlo.

—Ya has tenido que decirlo, luego tengo pesadillas por la noche y si chillo te quejas.

—Me quejo cuando gritas porque has metido un gol en la Play a las dos de la mañana. Aunque toda la culpa es mía, que tenía que haberla vendido ya para cobrarme el alquiler que me debes.

—El débito ya es historia. En nada tendré cuatro mil pavetes como compensación en mi cuenta y podré saldar mi deuda contigo.

—Ay, Dios mío, que no, que no se te ocurra…

—¿Qué dices? Para una vez que quiero trabajar, ¿me vas a quitar la idea?

—Es que eso no es un trabajo, que a Johny lo pillaron y está en la cárcel, ¿es que no lo sabes?

—¿Qué dices, joder? Vale que parece un robo a mano armada, pero me lo ha ofrecido el Giliberto eso o cómo se llame…

—¿Qué dices de Giliberto? Se llama Jonás y está metiendo en líos a todos los chavales del barrio, pero él no se mancha las manos, es muy listo.

—Ah, tú dices el narco, Jonás, a mí me ofreció que trapicheara también un día y ni de coña, había que estar liado a todas las horas, no tenías vida.

—¿Y entonces? ¿Qué es lo que vas a hacer ahora?

—¿Creías que pasaría drogas? Qué va, si están locos con mi currículum. Normal, delineante, un A1 de inglés, un curso de mecanografía online y carné de conducir, ¿Quién supera eso hoy en día con la cantidad de vagos que hay?

—Yo no sé en qué lío te estarás metiendo, ¿tú estás seguro de que no te has metido en el centro de salud mental? Mira que no está muy lejos de donde ibas. Igual has dado con un loco.

—Qué va, el Giliberto no está loco. Soraya igual un poco sí, pero es que la tienen que no da pie con bola, explotadita perdida. Yo no sé qué se han creído estos jefes…

—Eso, pues tú ve a hablar con el tuyo y ya de paso le preguntas cuánto te va a pagar en el mes, que si me dices que otros cuatro mil pavos me descojono.

—¿Y tú cómo lo sabes? Tanto tiempo queriendo ser vidente y ahora resulta que lo eres tú, qué injusta es la vida.

—Mira, yo no quiero ni saber en qué estás metido. Solo espero que sea algo legal porque a la cárcel no pienso ir a verte.

—Sí, claro ilegal, si te parece me voy a meter en la mafia…

—Sí, en la china—Hurgó ella en la herida.

Capítulo 4



Llegué de lo más convencido a mi trabajo y Soraya me saludó.

—Buenos días, Sergio, la junta directiva te está esperando.

—¿Ya están ahí? Pues sí que son puntuales, si solo he llegado…

—Quince minutos tarde, Kate tiene que estar echando humo por las orejas, ella es súper puntual.

—Joder ni que fuera británica.

—¿Y de dónde te crees que es con ese nombre?

—¿Es inglesa? Ay, madre, y encima ahora estará de luto por lo de la reina, es que tengo la negra, ¿no le puedes decir que la culpa ha sido tuya? Que te ha dado un vahído o algo y que he tenido que hacerte el boca a boca. Si quieres te lo hago para darle más realismo. Ven tonta, que me acabo de tomar dos o tres Smint, por si había beso.

Era un poco arisca, en esa empresa pagarían muy bien, pero a quien más y a quien menos la cara le llegaba hasta los pies. Debía hacer por caerle bastante bien a la jefa, que no quería que me cogiese inquina con el chollo de sueldo que tendría.

Entré en la sala y me sobresalté, qué reunión más solemne. Por Dios, ¿me habría equivocado y estarían allí velando a la reina? Yo, por si acaso, presenté mis respetos santiguándome y así ya de paso me sentí algo protegido porque en la mesa estaba sentado el mismo chino que me crucé por los pasillos el día anterior.

—Gilberto, ¿este es el nuevo coordinador? —le preguntó ella, mirándome con desconfianza.

—Exacto, Kate, aunque no lo creas tiene un currículum impresionante…

Igual lo decía porque ellos iban todos encorbatados y yo había seguido las indicaciones de Pedro Sánchez por lo del ahorro energético y no llevaba corbata, además de que iba en mangas de camisa. Vale, que no, que María terminó por tirarme toda la ropa en nuestra separación y las prendas que me quedaron podían contarse con los dedos de una mano.

—Sí, sí, más de medio folio ocupa, mi buen tiempo que tardé en redactarlo, ¿por eso no me podríais dar un plus? —argumenté.

Ángela María, que el único que se rio, para mi desgracia, fue el chino. Yo, que no quería ni que me mirase. Y el resto también me miró, uno a uno me pusieron una cara de perros de presa que me temblaron las canillas.

—Sergio, haz el favor de tomar asiento—me ordenó Kate, que esa mandaba más que la Merkel y eso que era británica y no alemana.

Por cierto, que al sentarme casi se me va el cuerpo para atrás y lio allí la de San Quintín, pero es que debería estar prohibido que las jefas estuvieran tan buenas. Y quien dice las jefas digo las jefes, ¿eh? Que yo no quiero líos de machismo, bastante con los que me buscaba con los chinos.

La tal Kate tenía una figura perfecta e iba embutida en una falda de tubo en la que me hubiese metido con gusto con ella si no fuera porque allí no cabía ya ni el pelo de una gamba, puesto que la llevaba totalmente ceñida al cuerpo. De su cintura partía una camisa cuidadosamente abotonada hasta el comienzo de su canalillo, al que sería todo un privilegio asomarse.

No enseñaba absolutamente nada, pero dejaba volar la imaginación de cualquiera y, sobre todo, la mía, que igual tenía razón Daniela en que estaba más caliente que el palo de un churrero.

El pelo le caía hasta media espalda, lo llevaba ligeramente ondulado, perfecto, como si acabase de salir de la pelu, lo mismo que su maquillaje, elegante y sutil, tanto que bien podría haberse escapado de un spot de Max Factor.

Las manos las llevaba igualmente inmaculadas y, en cuanto a sus pies, debía ser una auténtica campeona para lucir con garbo semejantes taconazos. Me fijé en que no llevaba alianza, eso sí, lo cual provocó que mi imaginación volase todavía más y que me viera casado con ella y viviendo en una mansión, compartiendo nuestro imperio.

—Sergio, que es a ti—me sacó de tan idílico pensamiento con cierta impertinencia.

—Perdona, Kate, que no me he enterado, ¿no ponéis café aquí? Es que yo hasta media mañana ando un poco atontolinado y como me habéis hecho venir a las nueve… Que hoy porque es el primer día, pero esto ya lo hablaremos, es inhumano.

La jefa miró al Gili ese cómo se llamara, que no me salía… Y a quien sí se le salieron, pero las bolas de los ojos, fue a él.

—No entiendo nada, perdona, Kate, se supone que es un crack.

—Vamos a ver, Sergio, supongo que todo eso del café se tratará de una broma y que lo que traes en esa carpeta es el informe relativo a la nueva campaña publicitaria que nos han encargado nuestros compañeros de Pekín —conjeturó ella.

—A esos ni me los mientes, con perdón de este señor que está aquí— señalé al chino—. Pero vamos, que casi aciertas, que aquí traigo unos pocos

de sudokus para mis ratos libres, que no creo que pretendáis que esté yo trabajando toda la mañana.

—Pero vamos a ver, Gilberto, ¿este qué clase de impresentable es? —Dio ella un golpe en lo alto de la mesa.

—Pues tan impresentable no seré, jefa, cuando me pagáis cuatro mil napos todos los meses porque yo lo valgo. Y otros tantos por adelantado por incorporarme cagando leches.

Mi cuenta estaba siempre a cero, esa era la realidad, pero en contraposición mi autoestima estaba en lo más alto.

—Yo es que no entiendo nada, ¿este es el coordinador de campañas que nos han enviado nuestros colegas británicos? ¿El que se ha encargado de la publicidad del Manchester United los últimos dos años?

Yo me encogí de hombros porque no entendía lo que me decía. Yo lo más cerca que había estado de ese equipo fue cuando le hice una captura de pantalla a una foto de David Beckham para que me hicieran el mismo corte de pelo, hasta ahí.

—Sí, Kate, hablamos por teléfono y luego vino hace un par de días a negociar las condiciones del puesto. Tú misma le diste el visto bueno a su currículum, dijiste que era impresionante.

—Ole, la tía, se hace la dura, pero luego sabe reconocer lo bueno—Le guiñé un ojo y ella me indicó con su mirada que le gustó, concretamente que le gustaría sacarme ese y el de al lado si volvía a hacerlo.

—Pero eso no puede ser, esto no se parece a un tipo brillante ni en el blanco de los ojos—me soltó y a mí se me quedó una cara de palurdo que no fue normal.

—Un momento, guapa, sin ofender…

—¿Y encima me llama guapa? Gilberto, ¿qué es esto?

—Eso es un tío, aunque no lo parezca. Quiero decir que tiene aspecto de normal, aunque luego no lo sea.

—Otro ofendiendo. Ahora ya entiendo que paguéis así de bien, como que la mitad del sueldo se lo tiene que gastar uno en psicólogos. Pues como yo abra la boquita se caga la perra, que soy capaz de dejar mudo hasta a Israel el de “Pesadilla en el Paraíso”.

De nuevo el único que se reía era el chino, qué sarta de desaboridos había allí.

—Gilberto, llévate a este tío, ¡ya! —le ordenó y al otro le faltó el tiempo.

—Pero bueno, ¿dónde me lleváis? ¿Es que estoy nominado para la expulsión? Eso seguro, porque como me echéis, Daniela no me deja entrar más en su casa. Os lo deberíais pensar que yo soy delineante, seguro que aquí no tenéis ninguno un título así.

—Pues claro que no, idiota, la gente que está ahí sentada tiene más carreras y másteres que dedos en las manos—Me sacó de allí.

—¿Incluido tú? ¿Con el nombre ese de gilipollas que tienes? No, si en esta vida no hay nada como caerle en gracia a la jefa, ¿tú qué le hiciste?

—Yo presentarle un currículum con más páginas que una guía de teléfono de las antiguas, ¿tú puedes decir lo mismo?

—Pues claro, lo único es que el mío está comprimido, que hay que ahorrar en papel, luego presumís de empresa sostenible.

—Pero vamos a ver, tío, ¿tú quién eres realmente?

—Yo soy Sergio Pérez García, ¿y tú? Y tú eres un farsante que me has puesto el caramelo en la boca para después quitármelo. No hay derecho, que no había empezado todavía ni a chuparlo, joder…

—Madre mía, acompáñame, por favor…

—¿Dónde? Si me vas a echar de una patada en el culo te la puedes ahorrar, que con el zapato ese de punta que me llevas me vas a ensartar como a una brocheta. No tiene brillo ni nada, ¿cuánto cuesta eso?

—Más de lo que ganarás tú en un mes, eso te lo puedo asegurar.

—Sí, hombre, si yo voy a ganar cuatro mil euros, es lo que pone en mi contrato.

—Tu contrato no está firmado por suerte porque hemos cometido un lamentable error.

—¿Qué pasa, Gilberto? —le preguntó Soraya, porque llegamos hasta su puesto.

—Sorayita está ya hoy más tranquila, el otro día se le trababa la lengua, al saber cómo te hubiera llamado—le indiqué.

—Aquí el único que no sabe pronunciar mi nombre eres tú, anormal perdido—me dijo el malfollado ese.

—Toma, anda que no te has dejado caer ni nada. Cualquiera diría que estás molesto conmigo Gili, Gili lo que seas…

—No, contigo no, lo estoy conmigo y con ella, que entre los dos la hemos liado buena. Soraya, ¿tú sabes quién es este tipo?

—Sergio de Gormaz Matanzo de la Serna y Urrutia, ¿no?

—¿Eso es un tío o una manifestación? Y lo de matanzo me ha sonado fatal, si no me queréis aquí, me voy por mi propio pie, cuidadito con la violencia.

—No, este tío es un tal Sergio Pérez y tú y yo nos hemos señalado ante la jefa por este lamentable error, así que no sé cómo podremos compensarla.

—Tú igual le puedes hacer un trabajito, ella lo tiene peor… A no ser que a la jefa le vaya todo, que también puede ser—afirmé.

—¡¡Que te calles!! —me chillaron al mismo tiempo.

—Esto es *moobing* puro y duro, ¿eh? Un maltrato en el trabajo como la copa de un pino, yo no he venido hasta aquí para que me chilléis.

—No, tú has venido por la plaza de conserje y se ha producido un lamentable error. Y tanto que lo vamos a lamentar…

—¿De conserje? Pero si yo soy todo un delineante, ¿cómo voy a trabajar de conserje? ¿Es una broma? Ah, ya sé del palo que vais, como aquí estáis más estresados que el que enfoscó las pirámides, me estáis poniendo a prueba para ver si salto. Pues no, yo tengo nervios de hierro, os podéis ahorrar el numerito.

Los dos se me quedaron mirando y, de pronto, mi gozo a un pozo… Parecía que hablaban en serio, que no había ni una pizca de simulacro en su actuación.

—Qué cagada, yo es que le pregunté cuando llegó si se llamaba Sergio, como estábamos esperando al otro… Qué lío, espera.

La chica miró en su correo y asintió con la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está ese tío?

—Madre mía, nos escribió diciendo que no acudiría, que lo sentía, pero que había aceptado otro puesto de trabajo. Ya sabes lo que ocurre con los cerebritos, que se los rifan.

—Pues no sé lo que le vamos a decir a Kate a estas alturas del partido.

—Yo podría hablar con ella, seguro que lo que hace ese tío tampoco es para tanto, si no habría ido a "Got Talent" en vez de venir aquí. Vamos, digo yo—les ofrecí.

Los dos me miraron y puedo jurar que me amedrentaron.

—Tú ve a por tu uniforme de conserje, está en la lavandería—me indicó el Gili… el Gili lo que fuera.

—Pero las condiciones serán las mismas, ¿no? Que yo ya he echado mis cuentas. Además, que eso está muy feo, ¿tú no has escuchado eso de "Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita"?

—Soraya, ¿de veras que no hay nadie más para ocupar el puesto de conserje? —le preguntó el tipo, que no desarrollaba la más mínima empatía.

—No, y bastante tenemos con buscar otro genio como para tener que buscar también conserje.

—Vale, pues entonces que se quede un mes a prueba.

—¿A prueba? Encima, es que no tenéis sensibilidad ninguna, después de que me acabáis de dar el disgusto de mi vida, ¿no tenéis una pastilla para el estómago? Una úlcera me va a salir…

—Te saldrá, seguro que sí, si me sale a mí por la boca lo que tengo ganas de decirte. Y ahora, no provoques más—me soltó el tío.

—¿Yo provoco? Provoca la jefa, provoca taquicardias, la jodida, que está más buena que el pan.

—Haré como que no he escuchado nada. Soraya, encárgate de que este despojo cumpla con su cometido.

—¿Perdona? Este despojo es más hombre que tú, ¿te enteras? Que yo al menos no voy ofendiendo a la gente, ¿no te jode?

—Esfúmate, hazme el favor—me pidió el tío con desdén.

—Antes me dices lo que voy a cobrar, que me estoy temiendo que ahora llega la rebaja.

—Mil euros más propinas cuando vengan los chinos, que esos suelen ser muy generosos.

—¿Van a venir más chinos? ¿Es que no os dais cuenta de que nos están invadiendo poquito a poco? Yo de esa gente no quiero ni agua, que son todos unos busca ruinas.

—Pues entonces mil euros a secas…

—Pero eso no puede ser, vamos a negociar, ahora es cuando yo digo tres mil y tú lo dejas en dos mil, ¿vale? —Le sonreí.

—Ahora es cuando te digo que como sigas negociando bajo a ochocientos…

—Joder, pues sí que ha cambiado el cuento. No me va a llegar ni para pipas—Conté con los dedos y me quedé loco.

—Pues eso es lo que hay, lo tomas o lo dejas.

—Lo tomo, lo tomo o será Daniela quien me mande a mí a tomar… a tomar por saco fuera de su casa, va a ser que lo cojo.

—Pues entonces, ya está todo aclarado.

—Todo no, ¿qué hay de mis vacaciones?

—Quince días en septiembre, ya no te tocan hasta el año que viene. Y, por cierto, también echarás horas extra cuando la empresa lo necesite.

—Eso ya lo veremos, ya estoy yo en el sindicato, pero que ya…

No, de momento donde estaba era en aquel cuarto, poniéndome el uniforme de conserje. Que conste que me quedaba bien, pero no porque fuera bonito, que era para echarle de comer aparte, sino porque uno tiene una percha que es digna de ver.

Aparecí por el hall con él y Soraya me miró.

—Ni tan mal, estás muy pintón. Sobre todo, cuando no abres la boca, porque cuando la abres la cagas…

—No me digas que me huele el aliento porque más limpio que yo no lo hay—Me lo eché y no, desde luego que no, era frescor puro…

—No, hombre, no me refería a eso, sino a que eres un bocazas y en esta empresa no está bien visto ni hablar, cuanto y más…

—¿Esto es una empresa o Corea del Norte? Porque a mí me está empezando a dar miedo, en mala hora eché yo el currículum aquí.

—Por cierto, ya lo he visto, me refiero a tu currículum.

—Y has comprobado mi formación, te habrás quedado con las patas hechas trancas, suele pasar.

—Sí, sobre todo porque en vez de una foto le has puesto un emoji, el del guiño. Te juro por mi madre que he cogido el baño a lo justo, no había visto una cosa más cachonda en mi vida.

—Es que a mí no me gusta impresionar y mi foto impresiona…

—Venga ya, tú eres un narcisista, te encanta tu cara y tu cuerpo, eso se nota…

—Y a ti también te encanta, cacho perra, que he visto la mirada que le has echado a mi culito…

—Tú lo flipas mucho, chaval. Yo lo único que te digo es que, si te hace falta el trabajo, mires por él. No has empezado con buen pie con Kate y esa

mujer tiene un carácter explosivo.

—Y un cuerpo, y un cuerpo. En concreto, tiene unas tetas así explosivas la jefa—Le señalé hasta dónde le llegaban los globos y, ¡también era mala pata! Ella delante de mí.

—¿¿Perdona??

—Hola, jefa, no te había visto. Perdona, es que le estaba explicando aquí a mi compañera hasta dónde me llegan los botes que me está dando el corazón, que se me sale del pecho.

Soraya aguantó la risa y Kate me miró… Kate me miró como si fuera un insecto, no vamos a engañarnos…

—Dile a este impresentable que no puede estar aquí y dale también todas las instrucciones precisas para que no me cause dolor de cabeza. Ya sabes que traigo muchos asuntos entre manos y no puedo ocuparme del último mono que ha llegado.

—¿Lo del último mono va por mí, Kate? Yo te noto muy estresada, ¿eh? Si quieres te puedo dar un masaje en la cabeza.

—¿A ti quién te ha dado permiso para tutearme?

Ay, Dios, qué cosas más bonitas me decía… O igual no, pero a mí esa mujer me ponía una barbaridad, con ese acento y ese glamur… Era como una diosa y yo ya me veía reinando a su vera, a la verita suya…

La jefa giró sobre sus talones y se marchó.

—Esos son andares y luego la gente dice que los buenos son los de los cochinos, dónde va a parar…

Se volvió y me lanzó una mirada que era puro fuego, pero no fuego del de "te voy a comer hasta las entretelas", sino del de "te voy a prender y vas a morir entre terribles sufrimientos", al más puro estilo Antonio Recio.

Capítulo 5



Yo no digo que no tenga lo mío, pero también Daniela tiene lo suyo, no creáis. Cuando me vio aparecer con el uniforme de conserje, se carcajeó.

—Ya me extrañaba a mí. Tú eres Antoñita “La Fantástica”, hermano. Yo sabía que no habías soltado ni una verdad por la boca.

—Cuidadito con lo que dices que estás muy equivocada…

No podía soportar sus aires de listilla cuando se ponía así. Es que la tía era chula, a quién saldría la mocosa.

—Sí, sí, equivocada. Cuatro mil pavos te iban a pagar, cuatro mil cabezas de…

—Niña, esto es provisional, ¿eh?

—Ya, ya, provisional hasta que vuelvas a nacer, Y ojalá, ¿eh? Yo lo único que quiero es que tengas trabajo y que sueltes la pasta…

—Igual ponerme al día me va a llevar algo más de tiempo, pero no seas agonía, que todo llegará.

—De eso nada, a la que cobres quiero el sueldo en mi cuenta, que tú eres un manirrota.

—La lengua la tienes tú por lo menos de dos metros y afilada como ella sola, ¿no? Y no me mires así, ¿he dicho alguna mentira?

—Es más bien que no has dicho ni una verdad desde que fuiste a la entrevista, aunque a mí no me coge de sorpresa, contigo estoy curada de espanto.

—Ya, ya, pues cuando vuelvan a ascenderme, que lo harán, tendrás que venir corriendo a pedirme perdón.

—Claro que sí, hombre, e incluso puedo ir descalza de peregrinación a Fátima a expiar mis pecados, que soy muy mal pensada contigo.

—Me parece bien, así te enterarás de lo que es bueno. ¿Tú estás tonta, niña? —Me eché a reír y ella conmigo.

En el fondo, Daniela estaba loquita con mi manera de ser, las cosas como son, solo que era muy tiquismiquis, ¿quién no iba a estarlo? Si soy una bendición hecha hombre.

—Bueno, ¿me vas a contar lo que ha pasado? ¿O reconoces directamente que te lo inventaste todo?

—Cuándo me habré yo inventado nada—alegué.

—¿Te hago una lista y te la mando por e-mail o te basta con un somero recordatorio mental?

—Mira, la niña, qué bien habla. Tú habías servido para ministra, no sé cómo has acabado con la metralleta en la mano.

—Será a modo disuasorio, porque si no tuviera un arma tú habrías sacado los pies del plato todavía más.

—¿Más? —Reí y ella no tuvo más remedio que seguirme.

—Hermano, te juro que eres una calamidad, me tienes más harta…

—No sé lo que harías sin mí, di la verdad, tú te aburrías tela antes de que yo llegase.

—Yo estaba súper tranquila y ahora me paso la vida con el alma en vilo. Además, que yo necesito mi intimidad, te tienes que poner al día en los pagos y luego buscarte algo, te lo he dicho un montón de veces.

—¿Y tú para qué quieres tu intimidad? —Me la quedé mirando en plan hermano mayor.

—¿De verdad quieres que te lo cuente? —me preguntó con guasa, ya os he dicho que la niña se las trae.

—No, no, deja. Cada vez comenzáis antes con el sexo, ¿tú cuántos años tienes, niña?

—Yo veintiocho, guapito de cara, que no son catorce como tú te piensas, son catorce en cada pata.

—Ah ya. Y si tú tienes veintiocho yo tengo…

—Tú treinta y cinco, no cuentes con los dedos y, ¡bingo! Eres una calamidad con patas.

—Anda ya, no sé por qué dices eso…

—Porque eres un desastre y porque tienes unas manías muy raras, para que no te falte de nada.

—Cuidado con la lengua de la niña, ¿y eso por qué?

—¿Las tienes o no las tienes?

—Pues claro que no. Son invenciones tuyas.

—¿Y lo de los chinos?

—La madre que te parió, Daniela, ya has tenido que nombrarlos y a la hora de cenar, ¿tú no sabes que esa gente me puede dar un corte de digestión?

—Un corte de digestión, eso me das tú a mí a cada momento y aquí estás, vivito y coleando. Si no fuera por mi sobri, tú ya no estabas aquí, Sergio…

—Qué te gusta hacerte la chula cuando la única realidad es que te encanta tenerme cerca.

—Claro que sí. Por cierto, esta noche va a venir un chico, no quiero tonterías…

—¿Qué clase de tonterías? Luego no quieres que te diga cosas sobre tu lengua, cuando no sueltas más que mentiras e invenciones.

—A mi lengua no la menciones más, que esta noche tendrá trabajo—me picó.

—Cuidado con la niña, lo guarrísima que es….

—Oye, te estás colando, se nota que tienes trabajo porque se te están subiendo los humos.

—Yo siempre te hablo igual, no inventes más.

—De eso nada, hoy estás más chulo todavía y eso de llamarme “niña” hacía tiempo que no te colabas tanto.

—Igual es porque no me dejabas ni hablarte, si llevas meses de uñas conmigo.

—¿Y qué quieres? Si no veía visos de pago por ninguna parte. Ahora sé que voy a coger la pasta.

—Pero poco a poco, ¿eh? No me vayas a dejar sin nada que yo tengo mis gastos. He pensado que podría pagarte como si estuviera embargado, a razón de un porcentaje de mi nómina.

—Vale, quitamos lo de la pensión de mi sobrina y del resto… Me das un noventa por ciento hasta saldar la deuda.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? Tú eres mucho peor que Hacienda, dónde va a parar… De eso nada, yo había pensado en un cinco.

—Y yo pienso todos los días en asesinarte y mírate, como una rosa. De un cinco nada…

—Pues un diez, máximo, Danielita, que eres tú muy lista. Además, que soy tu hermano mayor, me debes la vida…

—¿Qué dices, chalado? ¿Cómo te voy a deber la vida yo a ti? ¿Te quieres ir a coger peras por ahí?

—¿Las peras se caen solas o hay que estirarse? Porque si es fácil cogerlas igual me traía cuenta, en esta empresa no me valoran.

—Ya empezamos con las quejas, mucho estabas tardando.

—Y es normal, porque primero me pusieron el caramelito en la boca y ahora me han dicho que…—Estuve a punto de contárselo, solo que me dio un repentino ataque de orgullo de los míos.

—¿Qué te han dicho? ¿Qué?

—Pues me han dicho que han cometido un error de logística y que tardarán un poco más en poder ofrecerme el puesto que me merezco dada mi categoría profesional.

—O sea, que te han dicho que te vas a quedar de conserje hasta que Leonor se jubile.

—¿Qué Leonor? ¿De quién estás hablando?

—De la princesa, ignorante, de qué Leonor va a ser. Hermano es que te lo juro, tú estás en el mundo porque tiene que haber de todo.

Capítulo 6



Llegué a la empresa y ya estaba Soraya otra vez con los nervios.

—Guapa, tú no puedes vivir así, no es plan.

—Sergio, yo no estoy para tus tonterías. Te lo pido por favor, tú a lo tuyo y yo a lo mío.

—Desde luego que se está perdiendo la educación, ¿tú te crees que es plan de que le contestes así a un compañero que lo único que quiere es ayudarte?

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo necesito tu ayuda? Mira, tú eres un poco raro, yo es que en el trabajo soy muy seria, no quiero tonterías.

—¿Y yo soy un payaso? Porque lo has dicho de un modo que ofende.

—¿Tengo que contestarte a eso? Te lo pido por favor, apártate.

—Pero ¿qué estás buscando, alma de cántaro? Que te veo más angustiada que un cangrejo en un cubo.

—Es que a Kate se le ha perdido un pendiente.

—¿Se le ha perdido un pendiente a Su Majestad? Eso es un asunto de Estado, ¿lo sabe ya Pedro Sánchez?

—¿Ves como si eres un payaso? Qué tío más impresentable, ya la conocerás, ya…

—¿Qué pasa? ¿Tiene muy malas pulgas? Yo diría que sí, porque a mí me habló que dio asco, como si fuera un incompetente.

Ella me miró y se mordió el labio. Por un lado, era normal, porque seguro que mi presencia le imponía, pero, por otro lado, me dio la sensación de que se quedó con ganas de decirme algo. Otra que tenía una lengua peor que la de Daniela.

—No me hagas hablar, hazme el favor.

—Venga, venga, lo busco contigo, ¿cómo es?

—Minúsculo.

—¿Y una mierda así te tiene tan acelerada? Que tienes hasta las orejas calientes, como lo tengas todo igual…

—Mira, prefiero que te largues, no dices más que majaderías.

—Pero casi te ríes y eso aquí es un milagro, ¿estamos de luto por la muerte de la reina Isabel? Y no me mires así, como la tal Kate es británica, no me extrañaría que hubiera decretado algo. Dime que de normal las cosas son mejor…

—Lo único que te digo es que se pueden poner mucho peor, estamos a punto de firmar un contrato multimillonario con una empresa china de lo más potente y el tío que se iba a encargar de todo nos ha dejado tirados.

—Ya, mi tocayo. Pues no os quejéis, al primero al que le ha hecho la puñeta es a mí, que ya me veía cobrando un pastizal y ahora soy un mileurista. Y todo porque la jefa es una cabezona…

—Venga ya, chalado, ¿tú sabes lo que estás diciendo? El currículum de ese tío es más gordo que “El Quijote”.

—Pues vaya cosa, hay que saber resumir, ¿no se lo enseñaron en la clase de Lengua de chico? Tanto estudiar para nada, no saben lo más elemental. El mío es mucho más ligerito y mira en lo que me he convertido.

—En un mindundi, ya lo veo…

—De eso nada. A ver si te pasas por el oculista, guapita. Me he convertido en un triunfador de los buenos…

Soraya seguía buscando y buscando.

—Es que me la voy a cargar, es que me la voy a cargar.

—Que yo me entere, ¿el pendiente quién lo ha perdido?

—Ella, obviamente, yo no he tenido uno de esos en mi vida ni lo tendré. Y menos ahora, que me va a poner de patitas en la calle como no lo encuentre.

—¿Qué dices? ¿Así se las gasta la colega? Por eso me pone como me pone, porque va de ama...

—¿Te pone la jefa? Pues mira, te lo voy a decir desde ya para que luego no te llames a engaño y te entre la depresión…

—Cuidadito con lo que dices, que yo ya un poco deprimido estaba. Y, además, que soy un tío muy sensible, ¡ojito!

—Pues que ni en mil vidas… Yo conozco a Kate y ni en mil vidas estaría con un tipo como tú.

—¿Con un tipo como yo? Qué has querido decir, niñata, si yo lo tengo todo… No solo soy un triunfador, que eso se ve a las claras, sino que me acompaña todo. Soy lo que podría definirse como una perita en dulce.

—Pues como ella agarre la perita es capaz de comérsela arrancándole primero el rabo….

—Leche, que te he dicho que soy muy sensible, ¿ese es el cuidado que tienes tú con lo que dices? Qué dolor…—Me eché mano a la entrepierna porque solo de pensarlo me dolía tela.

—Mira, si te vas a quedar ahí, al menos ayúdame a buscarlo, majadero.

—Claro que sí, será por lo bien que me tratas, que da gloria. No te lo mereces, ¿eh? Y encima tener que agacharme…

Tal cual lo hice sentí un dolor en la rodilla que me quedé sin sentido, como dicen las viejecillas. Y sí, yo mucho sentido no tenía, sobre todo si nos referimos al sentido común, pero me quedé sin él.

—La madre que echó por allí al demonio…

—Tío, tú no sirves para nada, ¿te ha crujido la rodilla?

—Vente para ese cuarto y te digo para lo que sirvo, que no es eso… que me lo he clavado—Me levanté y tuve que tirar de él porque era literal, me había clavado el pincho del pendiente.

—¡Ay, qué alegría, ahora mismo me voy a llevárselo a Kate!

—Claro que sí y te apuntas el tanto. De eso nada, me lo das y me lo apunto yo, que tengo que hacer méritos.

Iba más alegre que unas castañuelas cuando me encontré con una chica en el ascensor que tenía un tic tremendo en la cara. Por mi madre de mi alma que me puso histérico en un momento.

—¿Qué? ¿Saliste de fiesta anoche? —le pregunté.

—¿Cómo de fiesta? —me contestó ella de lo más extrañada.

—Pues de fiesta loca, porque te has quedado pillada. Eso es porque os metéis cualquier porquería. Oye, y que no me estoy refiriendo al sexo, ¿eh? Que para gustos, los colores. Te digo de las pastis esas, que son una mierda, mi amigo Paco se quedó listo de papeles hace unos pocos de años después de una fiesta, decía que era un león y que quería que lo domara Ángel Cristo, fíjate. Que no es por nada, pero a mí se me aparece Ángel Cristo hoy en día y no hace falta que me dome, me caigo muerto solo.

—¿Qué dices?

—¿No me entiendes? ¿Tú no eres de aquí? Tienes pinta de escandinava, desde luego.

—Que sí soy de aquí, pero que no te entiendo.

—Pues mira que yo vocalizo bien. Tengo un máster en dicción. Bueno, eso me lo acabo de inventar, pero como si lo tuviera. Las churris se han vuelto siempre loquitas en cuanto he abierto el pico y es normal, lo bueno no abunda.

—De verdad, yo no tengo tiempo para esto.

—Ya te veo, que vas como una moto. Aquí, quien más y quien menos, se cree Carlos Sainz Jr.

—Yo no estoy nerviosa ahora…

—Pues menos mal, criatura…

Era jovencita y rubia con los ojos claros… Los mismos ojos que se le movían solos, allí todos me ponían de los nervios, madre mía…

—Un poco estresada sí que estoy, eso sí que puede ser, a lo mejor.

—Háztelo mirar, ¿eh? Que las cosas después van a más y tú tienes pinta de acabar cogiendo moscas, ¿a qué has venido? ¿A traer el currículum? Pues ten cuidado que son muy zalameros, primero te prometen un montón y luego te ponen un uniforme como este. Oye, no te rías, ¿de qué te ríes?

—Es que yo no me veo de conserje, la verdad.

—Mira la niña, otra haciéndome de menos, pues a tomar por saco, ya no te doy más consejos.

—No, no te ofendas, si justo mi padre es conserje, no puedo tenerle más cariño a esa profesión, yo soy hija de un currante.

—Menos mal, aquí creí que erais todos hijos de ministros, ¿tú cómo te llamas? Yo soy Sergio.

—Yo soy Marta y soy becaria.

—¿Becaria? Oye, pero no como la Lewinsky, ¿no?
—¿Y quién es esa?

—Ignorante, tú deberías saberlo para que la historia no se repita. Esa fue la que le hizo un trabajito a Clinton…

—Ah, vale. No, no, ¿qué dices?

—Yo solo he preguntado, preguntar no es ofender…

—Calla, calla, que justo ahora voy a ver a la jefa y me entra una angustia…

—¿Se ha propasado contigo? Porque si se propasa dímelo, que me apunto —Los ojos se me abrillantaron solos.

—No de esa manera, claro. Ella se propasa de otra, a mí me pone firme cada vez que aparezco por el despacho.

—Cómo me pone esa mujer… Pues nada, hoy vas a tener suerte porque voy a entrar yo primero y te la dejaré contenta.

—¿Tú primero? No, que creerá que me he retrasado y me echará la bronca.

—Que no, Martita, que a ella le encantará verme y luego será un bálsamo de aceite, palabrita del Niño Jesús…

Llegué de una carrera a la puerta de su despacho por si la jodida niña se empeñaba en adelantarme. Sí, cuando quiero corro como cualquiera, solo que correr por vicio no, que a mí los vicios no me dominan.

Di en la puerta con los nudillos, pero la pobre debía tener problemas de oído. A cualquiera le puede pasar, de modo que giré el picaporte y entré.

Si a la otra se le movían los ojos solos, no digamos ya a esta, que le empezaron a dar vueltas y vueltas, como si estuvieran subidos en una noria.

—¿Se puede saber quién te ha dado permiso para entrar?

—Venga, tonta, no te pongas así, que yo también me he asustado con lo de tus ojos. Mira, que te traigo un regalito, te vas a poner más contenta…

—¿Tú qué clase de tarado eres? Voy a llamar a seguridad ahora mismo.

—Pues no lo sé porque no he ido a que me clasifiquen, que no soy una mariposa. Pero si me das la mañana libre voy donde te parezca, que tengo unos recaditos que hacer.

—No te preocupes que te daré una y todas las que quieras.

—Ya sabía yo que no eres tan siesa como te pintan. Se dice cada cosa, yo no te voy a dar nombres, pero aquí te critica hasta el Tato de Jerez.

Estuve por ponerle la coletilla de “chochete”, pero entendí que igual era pasarme de colega y que igual me ponía mala cara y todo, que un poco rancia sí que era.

—¿A ti te manda la competencia para sacarme de quicio? Pues dile a tu jefe, a Donovan, que conmigo no va a poder. El contrato con los chinos me lo pienso llevar yo y solo yo.

—Y el tal Donovan, ¿de dónde es? Normal que haya paro en España, si nos estáis invadiendo… entre los chinos, que nos lo quiero ni mencionar,

los ingleses y el gachó ese, que igual es más norteamericano que Trump, vaya plan.

—No te hagas el tonto, ¿te manda él o no te manda él?

—Y tú hazme el favor de no ser tan paranoica, que a mí la única que me manda es Soraya. Bueno, en realidad iba a subir ella, me he colado yo para traerte el pendiente y de paso para ver esas piedras preciosas que tienes por ojos.

—¿Qué has dicho? —Me miró enfurecida.

—Que te traigo el pendiente, aquí lo tienes, bonita de cara…

—Gracias al cielo—Lo cogió como si fuera un bebé. La jodida, a ese sí que le tenía cariño, casi igual que al resto.

—Que te conste que ha sido una búsqueda larga y peligrosa durante la cual he sufrido un accidente laboral. No te voy a denunciar porque soy buena gente y no pretendo sacarte la cerilla de los oídos, pero me voy a pasar por la Mutua y los dos meses de baja no hay quien me los quite.

—¿Qué dices de baja, tarado?

—Otra con lo de tarado. Ya sé, es como en un reality de la tele, que si todos quieren, van a por uno… No hay más que verlo, yo me pongo Tele 5

por las noches y alucino. Y ahora más, con “La Isla de las Tentaciones”, ¿tú te dejarías tentar, Kate?

Ella se estaba ya poniendo el pendiente y no lo esperaba. Le entró una tos de mil demonios. Ahora diría que era del susto, cuando seguro que no.

—Quieta, quieta, que te vas a ahogar, ya voy yo—Me puse detrás de ella y le di varias palmaditas en la espalda hasta que por fin se calmó.

—¡Idiota! ¿Qué has hecho?

—Desagradecida, que se te ha pasado, solo te he dado unas cuantas palmaditas, eso ha sido por el tabaco.

—Si yo no fumo, imbécil.

—Pues fumará el chino, yo qué sé. Yo sí que no fumo, eso te lo puedo garantizar, me ve Daniela gastando en tabaco y me corta la mano, buena es, tú no la conoces… Por cierto, ¿al chino lo tienes metido en plantilla? Porque hace falta tener valor, pero valor que hace falta tener. Yo me he puesto una cruz de Caravaca en el cuello para cuando me cruce con él, que algo hará.

—Anormal, ¿me has tirado los tejos? —Todavía estaba con lo de las tentaciones, esa era de efecto retardado.

—Pero eso fue antes, qué memoria, normal que seas jefa. Tú tuviste que ser una empollona buena, ¿no? ¿Quién se acuerda ya de eso? Yo me voy, que el ambiente está muy caldeadito.

Capítulo 7



Fui a recoger a mi niña a casa de su madre el viernes por la noche. Bueno, a casa de su madre, a las nuevas señas que me había dado, pues acababan de mudarse.

—¿Te ha tocado la lotería y yo sin enterarme? Muy bonito y luego quieres que haya comunicación—le pregunté mientras alucinaba con el casoplón.

—Y a ti qué te importa, contenta me tienes.

—Para variar, ya. Oye, ¿estos no siguen siendo gananciales? Yo podría instalarme aquí y disfrutar de mi parte. Ni ruido haría.

—¿Qué gananciales, tarado? Si nosotros no nos hemos casado nunca. Además, que la casa es de Borja, de mi novio.

—¿Perdona? ¿El nombre de Borja existe de verdad? Yo creía que era un apodo para los pijos, como todos se llaman igual…

—Muy gracioso. Borja está bien de dinero, sí, ¿Y? Me está dando mucha estabilidad.

—Y algo más te estará dando, que dice la niña que estáis todo el día con las miraditas y haciéndoos selfis, qué bochorno…

—Eso no te lo puede haber dicho la niña porque a Borja no le gustan las fotos.

—Vale, me lo he inventado, dile a Esther que salga.

—Oye, tenemos que hablar de lo de la Primera Comunión.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero ¿tiene que ser para la Primera o lo podemos dejar para la Segunda?

—Eres un payaso y lo has sido siempre. Si tienes valor le fallas a tu hija.

—Perdona, pero a mi hija no le he fallado en la vida.

—Es lo único coherente que has dicho y otra cosa, debe ser la única persona a la que no le has fallado.

—Vale, pues eso, ¿cuánto me dijiste que teníamos que poner cada uno?

—Lo sabes muy bien, te lo envié también por mail y por WhatsApp, tienes la cifra.

—Ya, pero cada vez que intento mirarla se me nubla la vista, ¿tú no crees que te estás pasando un poco?

—¿Tú eres imbécil? Acordamos que la niña tendría la mejor Comunión y ahora estás reculando, ya lo sabía yo.

—No he reculado, solo que estás organizando un sarao que ni la boda de Lolita, chochete (con ella sí que tenía confianza, aunque odiaba que la llamara así).

—No te voy a decir que en qué plato hemos comido juntos para que me llames así porque por desgracia lo sé, pero no se te vuelva a ocurrir… odio que te dirijas a mí de esa forma.

—Vale, chochete, ya intentaré yo corregirlo. Bueno, con lo del dinero haré algo, ya se me ocurrirá—Me rasqué la cabeza por si me venía una idea, pero iba a ser que no.

Mi niña salió en ese momento y se me tiró en lo alto.

—¡Preciosa! ¿Qué comes tú? Si cada vez que te recojo estás más alta…

—De todo, papá. Borja cocina de rechupete y vamos los tres juntos a la compra para coger “lo mejor de lo mejor para sus chicas” como dice él.

—Ah, vaya, ahora vamos a tener Borja hasta en la sopa…

—¿Qué dices de sopa, papi? Sopas también tomamos, él la hace de marisco y…

Y me estaba poniendo enfermo. Eso de que fuera a buscarla y no parase de hablar del novio de su madre me mataba. Qué tío más empalagoso, debía ser como comerse dos kilos de torrijas rebozadas en chocolate.

Me la llevé a casa, pero antes pasamos por el Burger King.

—Papi, hoy no vamos a coger los menús ahorro, ¿vale? Porque con Borja cogemos los grandes y nos ponemos ciegas mamá y yo.

—No, no, cariño, que eso no puede ser. Tanta comida basura no es buena, se te pondrá un culo tremendo y luego llegarán los llantos—le dije mientras contaba mentalmente las monedas que llevaba en el bolsillo.

—Que no, que no pasa nada por una vez.

—Es una vez hasta la siguiente. El menú ahorro trae lo justo para quedarte bien despachado sin pecar de gula, cariño.

—¿Qué pecado es ese?

—¿Tú no lo sabes? Ese es el pecado que cometen los zampabollos, hija, y tú no eres ninguna zampabollos, ¿verdad? Pues se lo dices a Borja de mi parte.

—Si él quiere conocerte, es que tú no quieres.

—¿Quiere conocerme? ¿Y para qué? ¿No tiene bastante con tu madre? A ver si ese se cree que con dinero lo puede comprar todo, Mi virilidad no tiene precio, díselo también.

—No te entiendo, papi.

—Ni falta que hace, hija—resoplé.

—Papi, ¿sabes que mamá y él me van a llevar al Disney de Florida por mi Comunión?

—¿Al de Florida? —Florida vi yo mi propia tumba en ese instante, porque el tipo iba a acabar conmigo, me estaba envenenando la sangre lentamente, con premeditación y alevosía.

—Sí, porque haremos un viaje por allí y ya iremos a Disney.

—Muy bien, pues entonces yo te llevaré al de París, que me han dicho que es más bonito y más… ¡más parisino!

—¡Eso seguro, papi!¡Yujuuuuuu! ¡Voy a ir a los dos Disney! Y otro año me puedes llevar al de Japón.

—Eso ni muerto, que yo con los chinos no quiero nada.

—Papá, si son japoneses…

—¿Y quién los distingue, hija? Ni mijita. Con el de París vas que chutas.

—Seguro que sí, papi—Se me cogió al cuello y no paraba de darme besos.

Yo me estaba ahogando y no por los besos de mi niña, que esos los disfrutaba cantidad, sino porque lo único seguro era que me había metido en un buen lío. Si no podía ni pagarle tanto atraso a Daniela, ¿cómo llevaría a mi hija a la vuelta de unos meses a París?

Ya se vería, pero a mí el tal Borja no se me montaba por encima porque no lo soportaba.

Al día siguiente, en el desayuno, a mi pequeña se le soltó la lengua.

—Tata Daniela, ¿tú vendrás a Disney con papá y conmigo?

—No, cariño, tú a Disney vas con mamá y con Borja, ¿no?

—Eso es al de Florida, pero papá me ha prometido que me llevará al de París por mi Comunión.

—¿Eso te ha prometido tu padre? Qué lindo es—Con las mismas puso una sonrisa de sádica que me dio miedo y, ¡puntapié que te crio! Casi me parte la espinilla.

—Sí, y me va a llevar al hotel Disney que es el mejor, ¿verdad, papi? Mi amiga Diana fue y se alojó en él, dice que no hay color…

—Sí lo hay, hija, es rosa… Yo lo estuve mirando anoche, así tengo las ojeras que tengo.

—Pues ese, papi, ese es el que yo quiero.

Y yo lo que quería era que se me pasase el dolor de espinilla y, ya de paso, no volver a prometerle nada a mi hija que no pudiese cumplir.

Teníamos todo el sábado por delante y eso era algo que me agradaba cantidad. Lo que ya me gustaba menos era que apenas tenía unas monedas para gastarme con ella, por lo que tuve que agudizar el ingenio.

—Esther, mi niña, ¿tú no dices que de mayor quieres ir a un reality?

—Claro, papá, para hacerme famosa y para realizarme. Allí sacan la versión más buena de ti, la más fuerte. Pero que antes hay que sufrir, ¿eh? Que te pican hasta pulgas, papi…

—Ya, por eso tu madre se ha echado un novio rico y ha pasado de picores. Bueno, pues en parte tiene razón, así que hay que estar preparados. Hoy tú y yo nos vamos a ir al campo.

—Papá, ¿al campo? Si es la Feria de la Tapa. Yo quiero un montadito de pringada y otro de salmón con roquefort.

—Eso es mucho pan, hija, ¿qué hablamos anoche del peso?

—Pero si tú siempre me dices que estoy muy canija…

—Deja, deja, Esther, escucha. Nos vamos a ir al super y cogeremos lo que pensemos que necesitamos para echar un día en el campo. Y luego valoramos si hemos acertado o si nos hemos quedado con hambre.

—¿Y si nos quedamos con hambre?

—Pues asaltamos luego la nevera de la tía Daniela, que esa mucho quejarse, pero no le falta un perejil.

—Bueno, pero me compras una Fanta de naranja fresquita.

—No, hija, yo lleno ahora mismo dos cantimploras, ¿tú has visto Fanta en algún reality? Pues cuando la veas me lo cuentas, ¿estamos?

—Papá, tú lo que estás es un poco roñoso, ¿no?

—Que no, mi niña, que no… Que te digo yo que no, que es por tu bien.

—Ay, papá, yo no sé si esto me interesa, que igual yo de mayor me hago dentista, como la Campanario, y no voy a ningún reality.

—Y eso estaría muy bien, hija, pero hay que tener un plan B por si las cosas se ponen crudas.

Crudo lo tenía yo hasta que no cobrara, por lo que cogí las dos cantimploras y me largué con mi niña al supermercado.

—Papá, vamos a coger pepitos de chocolate, que están de vicio.

—Justo es eso, Esther, que para vicios no estamos y ya te comiste anche un helado, ¿tú has visto que en un reality haya helado?

—Si no te estoy pidiendo helado, solo pepitos de chocolate.

—Tampoco hay pepitos. Y si los hay son Pepitos o Juanitos o Israeles, pero no de chocolate. Al saber la gente que iría con nosotros, ¿tú te

imaginas?

Me eché a reír porque quería transmitirle la alegría. Mi niña se lo merecía todo y yo lo que me merecía era que me dieran un palo en la cabeza por haber dejado que las cosas llegaran a ese límite.

—Y entonces, ¿qué nos llevamos?

—Mazorcas de país, eso es lo más sano, Esther.
—¿Mazorcas de maíz? ¿Solas?

—No, cariño, qué cosas dices, con un paquete de zanahorias de estas y un par de rábanos de postre.

—¿Rábanos de postre, papá? A mí me gustan los flanes que me hace Borja.

—Vaya por Dios. El pijo, como tendrá la vida resuelta, todo el día en la cocina…

—Es que Borja es chef, papi. Conoce al marido de La Pedroche y a Tamara Falcó.

—Bueno, mejor me lo estás poniendo… Pues nada, que les diga a sus amigos que te cocinen en tu Comunión, a ver si así abaratamos algo, porque nos va a salir por un pico.

—La ocasión lo merece, ¿no, papá? Eso es lo que dice mi abuelita Eugenia.

—Ya, ya, mi querida exsuegra, ella qué va a decir.

—Pues dice eso, que la ocasión lo merece, aunque el desgraciado de mi padre no se entere de la peli.

—¿Me llamó desgraciado? —Casi me mareo y todo.

—Sí, pero luego me explicó que había sido sin mala intención, porque yo casi me echo a llorar, papi.

—¿Casi lloras porque me llamara eso, mi niña? Esta noche echo dos apuestas en vez de una, que hay que acelerar la suerte. Cuando me vea aparecer en un Jaguar va a estirar la pata.

—Sí, casi lloro, pero ella me dijo que desgraciado no es un insulto, sino que no tienes gracia, que ella no te la veía. Yo sí te la veo, papi, no te preocupes…

Más bien, lo que me preocupaba, era la manada de hienas que rodeaba a mi hija porque hay que tener muy mala baba para decirle eso de su padre.

—Pues tú no llores, cariño mío, que dentro de nada vas a fardar de padre, ya lo verás.

—Si yo fardo ya, tengo el padre más guapo del mundo…

—¡Ole tu cuerpito serrano! Y tú has salido a mí, que más guapa no la hay.

Justo estábamos para pagar cuando un tipo, otro engreído del estilo del Borja, me tocó las narices. Él acababa de pagar su compra y casi le echa mano a mi mazorca de maíz. Sería que le hiciera falta, con el puñado de bolsas que llevaba…

—Chica—le indicó despectivamente a la cajera—, que lo miró con cara de pocos amigos e hizo una pompa con su chicle—, cóbrame esta mazorca, que se me había quedado ahí.

—No se te ha quedado nada, tú ya la habrás echado en la bolsa, esta es mía—La cogí como si fuera un hijo. Solo me faltaba, más niños…

—Que no, que era esa, bien gorda.

—Bien gordo es lo que te voy a decir yo a ti, que esta es mía y la que lleva mi niña también, que hemos cogido las dos últimas.

—Anda ya, tío, entra, que habrás más.

—Que te digo que yo que no, que eran las dos últimas y que tú llevas la tuya en una de las bolsas seguro.

—Pues yo no la veo.

—Cómo la vas a ver, si llevas comida para un regimiento. No me toques las narices más, te lo pido por favor.

—Tiene guasa el tío, me va a hacer entrar otra vez—Se marchó resoplando y dejando sus bolsas allí.

Pagué con rapidez y le dije a mi Esther que se metiera en el coche. Mientras, volví y atrinqué dos bolsas llenas hasta arriba de las del engreído y las metí en el capó. La cajera me vio, pero yo le guiñé el ojo y ella… Ella no llamó al seguridad porque el tipo le cayó gordo, que si no ni guiño ni ocho cuartos…

Llegamos al campo y seguimos con el plan convenido, que yo no podía levantar la liebre. Dimos un buen paseo y, cuando ya teníamos un león chiquito rugiendo en el estómago, nos sentamos a comer.

—No me digas que no está rico todo, cariño…

—¿Todo? Papá, anda que nos estamos poniendo las botas. Y el agua de la cantimplora se ha calentado, parece agua de puchero.

—Cariño, para vencer hay que resistir, aquí nos estamos haciendo fuertes.

—Pues yo no me quiero hacer fuerte, papi, ¿nos vamos ahora a la Feria de la Tapa? Borja dice que allí ponen unas banderillas buenísimas.

Las banderillas me las ponía mi hija, sin saberlo, cada vez que me hablaba de él. Ese tío estaba ganando puntos y al final me iba a ganar por goleada, es que no lo podía soportar.

—Vale, vale, mi niña, ¿tú ya has aprendido?

—Yo sí, papá, y me he quedado con hambre también, ¿nos vamos ya?

—No, ahora vamos a hacer una cosa mejor; ya que te he dado una lección, ahora viene la comida de verdad.

A Esther se le iluminó la mirada y cuando eso ocurría a mí… A mí se me abrían las puertas del cielo, yo no podía querer más a mi niña.

—¿Esto era una broma? Ya sabía yo que tú no podías darme esta mierda de comida, ¡toma ya!

—Cuidadito que a la comida no se la llama así, que todavía te quedas sin postre.

—¿Y qué hay en las bolsas, papá?

—No seas impaciente, que es una sorpresa que te tengo preparada, cariño.

Yo cogí las dos que tenían mejor pinta y que llevaban exquisiteces a tutiplén, tonto no soy… Hasta perdices en escabeche llevaba el tío, en una lata…

—Papi, pero si no hemos traído cubiertos…

—Esto es otra prueba, hija, tú te las comes con los dedos y luego nos enjuagamos en la fuente.

—¿Y si no hay agua en la fuente?

—Esther, mi niña, tú lo que quieres es que me coja el toro, hija…

Nos pusimos hasta las cejas y, por si faltaba algo, nos metimos una bandeja de profiteroles entre pecho y espalda que no se la saltaba un galgo.

—Papá, si ha sobrado de todo, yo ya no puedo más.

—Claro, cariño, ¿ves como al final has salido ganando? Tú hazle caso siempre a tu padre, que soy un triunfador.

—Claro que sí, un triunfador de pacotilla, ¿no se dice así?

—No, hija, ¿quién te ha dicho eso? ¿Tu abuelita Eugenia también?

—No, eso lo dice Borja, pero yo no sé lo que es “de pacotilla”, ¿significa de los mejores?

Significaba de sus muertos, porque de esos me acordé en automático. Ya me estaban a mí tocando la moral entre todos ellos…

Capítulo 8



Llegué el lunes por la oficina con las pilas cargadas. Mi niña me las cargaba siempre y eso que la tarde anterior tuve un rifirrafe bueno con su madre a consecuencia de las perlas que soltaban sobre mí.

—A los buenos días, Soraya, ¿cómo estamos hoy, preciosidad?

—Bien hasta que has llegado, porque tú tienes la habilidad de ponerme de los nervios.

—Eso es porque te gusto y lo entiendo, ¿eh? No te voy a juzgar, las tengo a pares, es solo que yo apunto más alto.

—Sí, sí, estoy que me muero por ti, no sé si podré soportarlo cuando Kate te eche de una patada en el culo, ¿qué nos apostamos a que no pasas el período de prueba?

—¿Qué nos apostamos a que sí y que al final la enamoro?

—Te juro que deberías al “El Club de la Comedia”. ¿tú te has escuchado?

—Pues claro que sí, yo los oídos me los lavo a conciencia, como el resto… Hay que ir muy bien aseado que no sabe uno nunca dónde le puede surgir un buen plan.

—A ti te surgirá en la cola del paro porque como Kate se entere de que la pretendes, se va a liar a tiros.

—¿También tiene un arma? Es que mi hermana es militar y vivo amenazado de muerte, yo que soy todo paz y amor.

—En paz descansarás si ella se entera, eso te lo garantizo yo, no te va a quedar ni un hilo de vida.

—Pero bueno, ¿esa mujer qué pretende? Si rechaza a un hombre como yo, ¿con quién se va a quedar?

—¿Con uno de verdad? —se mofó.

—Perdona, ¿insinúas que yo no soy lo suficientemente hombre para ella?

—Lo que insinúo es que, a Kate, como mínimo, le va un tipo como este— Señaló hacia la puerta.

Por allí pasaba cada encorbatado de no te menees, pero a ese había que echarle de comer aparte. Ese olía al mejor perfume francés y vestía un traje italiano de esos que hay que tener varios ceros en la cuenta para que accedan a tomarte las medidas para hacértelo. Y los zapatos, joder con los zapatos que llevaba allí el personal, tenía yo que pedir un préstamo para comprarme un par de esos.

—Hola soy Christian, vengo a ver a Kate—le comentó a Soraya y vi cómo ella suspiró.

No, él no quería que suspirase, sino que le diera paso.

—Sorayita, que lo están esperando, ¿no te enteras?

—Perdona, ahora mismo la aviso.

No daba pie con bola la tía. La voz se le trababa y los dedos… pues parecía que los tenía como salchichas, al más puro estilo Carlos III. No era así en realidad, ¿eh? Que era muy bonita y sus manos también lo eran, pero que de lo torpe que se volvió parecía que tecleaba con churros porreros.

—Vaya, no le va el teléfono—murmuró.

—¿Tú has marcado bien? Mira que te veo un poco torpe, te ha entrado un empanamiento muy grande de golpe, ¿lo intento yo?

—Que no, hombre, tú a lo tuyo, que no va y no va. Tendrás que acompañarlo al despacho de Kate.

Ea, menuda gracia que me hacía a mí tener que acompañar al estirado ese a ninguna parte, que me estaba mirando como si yo fuera un insecto insignificante.

—¿Me sigues, por favor? —le pregunté.

—Será, "me sigue", ¿no? —Ya me dejó claro que esa noche no me invitaba a cervezas.

—Pues eso, que me sigas—No pensaba dejar de tutearlo, soy de los que piensa que nadie es más que nadie y que, en todo caso, la categoría no se mide en dinero.

Lo hizo de mala gana y no abrió el pico en todo el tiempo hasta que llegamos a la puerta de la jefa. Yo llamé con los nudillos y esa vez esperé a escuchar su voz alta y clara.

—¡Pasa, por favor!

—Jefa, aquí te traigo al chavalillo este, que no sé qué querrá. Si hay que echarlo o algo, me llamas, que yo aviso al seguridad. A mí lo de pegarme con nadie es que no me va, que luego duelen los nudillos tela.

Ella se quedó impresionada por mis palabras. O igual era loca. Lo mismo solo se la llevaron de nuevo los demonios, porque no había quien la entendiese.

—¡Lárgate ahora mismo! —me chilló.

—Vale, jefa, no te pongas así, qué carácter, ¿te traigo una tila?

Ni me contestó, aunque igual es que pensó que me daba por contestado con la mirada que me echó, pues no, la verdad es que no. A mí que no me mirase de un modo tan incendiario, que encendía la chispa todavía más, ella no sabía de qué pasta estaba hecho yo.

Los dejé allí y me encontré con el Gili… Con el Gili lo que fuera por el camino.

—Gili… Tú, tío, ¿sabes quién es el tipo ese tan repeinado que está con Kate en su despacho?

—¿Ya ha llegado Christian? Alabado sea Dios, es el que viene a ocupar el puesto de Sergio, el que confundimos contigo.

—Ya, o sea, que es el que se lo va a llevar calentito, si te estoy entendiendo bien.

—Es un profesional muy prestigioso, su currículum…

—No me vengas con el mismo cuento que ya me lo imagino todo. Su currículum es también para presentarse a presidente de los Estados Unidos. Y los demás somos todos una mierda pinchada en un palo, ya me ha quedado claro.

—Pues eso, que voy corriendo a verlo.

—El tío está bueno, hay que reconocerlo. Y tú eres un vicioso, eso también hay que reconocerlo.

—Joder, que no, que me refiero a saludarlo.

—Ah, vale, entonces solo eres un pelotero de marca mayor, me había confundido, lo siento…

Capítulo 9



Un par de días después, el tal Christian ya estaba por allí dando órdenes como si fuéramos a construir las pirámides de Egipto y él ocupara el puesto de capataz. Solo le faltaba el látigo en la mano.

De todos modos, a quien yo me imaginaba como una ama en la cama, con el látigo y todo, era a la jefa, que esa me ponía a mí como cuando el puchero entra en ebullición. Hasta espuma echaba yo por la boca.

—Perdona—escuché y noté tal dolor en el costado que pensé que me habían desgraciado, al final tendría razón la vieja pajarraca de mi exsuegra.

—Perdona, no, mira por dónde vas, niña, ¿es que tú no tienes ojos en la cara?

Poco acertado, estuve poco acertado. Marta los tenía, pero entre el tic y las vueltas que le daban… En fin, no debían servirle de mucho.

—Lo siento, de veras que lo siento, es que estoy muy nerviosa, no doy pie con bola.

—Pues lo que te falta, a ti que parece que vas por la vida como pollo sin cabeza, ¿puedo ayudarte?

—Sí, dame un empujón, por favor.

—Niña, no sé lo que decirte, mi tipo del todo no eres, pero si estás tan desesperada vete para el baño, que ahora voy yo…

—¿Qué dices? Un empujón de esos no, además, que yo soy lesbiana.

—Vaya, menos mal que yo a ti no tengo ganas de hincarte el diente. Me lo dice la jefa y me llevo una semana llorando.

—¿Te gusta la jefa? Pero si es malvada, a mí me da miedo.

—Y a mí también, me da miedo pensar lo que podríamos hacer los dos en la cama. A ti no te lo puedo ni contar, que eres muy chica.

—Tú estás zumbado, tío. Me refería a que me dieras un empujón para tirarme por la ventana, que Christian me tiene loca.

—¿Y el raro soy yo por gustarme la jefa? ¿Y ese tío te pone a ti más caliente que el sobaco de un panadero? Y otra cosa, ¿no me acabas de decir

que eres lesbiana? Si tú no te aclaras, cómo quieres que me aclare yo.

—Que no, que no te enteras de nada, que me pone loca de los nervios, ue no lo puedo soportar, que está haciendo que lo odie y acaba de llegar.

—Sí, ese está haciendo equipo, sí… Un equipo que lo va a mandar a hacer puñetas colectivamente, no le hicieran una oferta los chinos y se lo llevaran…

—Por cierto, hablando de chinos, que Tao te está buscando.

—¿Tao? ¿Quién es Tao? ¿Qué te pasa en la boca? ¿Te ha dado un ictus? Mira que le da a gente muy joven y a ti el estrés se te ve de lejos.

—Que no, Tao es el chino, la mano derecha de Kate y quien la está ayudando a cerrar la negociación con sus compatriotas.

—¿El chino me está buscando? Yo no aparezco por allí, le dices que me he tenido que ir, que me he dejado el piano en marcha, lo que te dé la gana.

—Pues díselo tú mismo, porque viene por ahí.

Por Dios que yo, que estaba en la puerta de un baño, no sabía si el tío me estaba sonriendo o si se estaba cagando. Eso sí, quien se cagó fui yo, hasta escalofríos me entraron.

—Te estaba buscando para que *vinielas* a mi despacho, *Selgio*…

—Ya me habían dicho algo, pichita, ¿qué se te ofrece? Tú dímelo mejor aquí, que tengo mucha faena.

—No *podel sel*, tiene que *sel* en mi despacho…

—Vaya por Dios, ¿y qué más te da? No seas caprichoso.

—Es que te lo tengo que *enseñal* allí…

—¿Enseñarme el qué? Tú estás muy equivocado, ¿eh? A mí quien me gusta es la jefa. Además, que dicen que los chinos tenéis una mijita de *ná*, para eso te lo puedes ahorrar, hombre…

Me daban ganas, con lo chico que era, que servía para inspector de zócalos, de cogerlo por los hombros y tirarlo por la ventana. Sería guarro el tío, así de sopetón y de buena mañana, que ni el tercer café me había tomado.

—*Enseñalte* bombilla, yo necesito que tú a mí me cambies bombilla…

Resulta que el chaval de mantenimiento estaba de baja y me habían advertido de que igual me tocaba hacer algún que otro favorcillo en los despachos ese día. Entiéndanse que no favores sexuales, que esos los habría

cobrado aparte y solo a las tías buenas. A Kate, no, ¿eh? A esa se lo habría hecho gratis.

Algo más tranquilo, me fui a por una bombilla, aunque de nuevo me temblaron las canillas en la puerta del despacho del chino.

—Mira, Tao, que también tiene guasita el nombre que te pusieron. Yo la bombilla te la voy a cambiar, pero necesito que mientras te largues a hacer puñetas porque es muy difícil de explicar, si te quedas aquí puedes resultar lesionado—Él no lo entendía, pero yo sí, de lo nervioso que me ponía era capaz de arrearle un puñetazo.

—¿Alta tensión? —me preguntó.

—Sí, la que me va a entrar a mí, pues sí que lo has entendido, y parecías tonto cuando te compramos. Qué va, los chinos no tenéis un pelo de tontos, estáis ahí, a la chita callando, deseando invadir el mundo poco a poco.

—No *entendelte* muy bien, *Selgio*.

—Ni falta que hace, pichita, ya te puedes ir a hacer unas pocas de puñetas mientras te cambio la bombilla—le dije mientras lo empujaba con todas mis ganas para el pasillo.

Eso sí que lo entendió bien y por fin me quedé en su despacho a solas. El jodido del chino, no era cachondo ni nada, ¿pues no tenía una foto con dos chinos más? Y los tres igualitos, ahí no hay discusión de cuál es el feo y

cuál el guapo del grupo cuando salen… Esos no ligan ninguno y ya. Uno de ellos llevaba, eso sí, un anillaco que era una pasada, debía pesar un quintal.

Yo sentía, mientras cambiaba la bombilla, que me había equivocado en la vida. Hasta el más tonto hacía un reloj de cuco y triunfaba, aquella oficina estaba llena de triunfadores y yo… Yo no paraba de apostar al Euromillón, pero la suerte como que se negaba a llegar.

Eso sí, de todos modos, no paraba de visualizar. Yo me veía rico y poderoso, en una mansión con mi Kate, los dos en un cuarto como el del Grey, que ese sí que se las sabía todas. Ahora, que esa no era tonta como la Anastasia, la jefa era capaz de coger ella el cinturón y ponerme que no me reconociese ni mi madre.

A mí me daba igual, ya la atrincaría yo también porque algo me decía que, definitivamente, estábamos hechos el uno para el otro, por mucho que ella no se hubiese dado cuenta.

Me subí en la mesa para cambiar la bombilla mirando la foto de los chinos… y entonces vi la luz… Vi la luz al final del túnel porque me quedé pegado y no podía chillar más… Me ardían hasta las tripas y yo me acordaba de la bandera de Japón… Vale, que eso era culpa del chino, que me había echado un mal de ojo, pero yo me acordaba del círculo de la bandera de Japón porque un boquete del mismo tamaño me iba a hacer en cualquier parte de mi cuerpo la entrada esa de corriente tan horrorosa. No chillaba yo nada…

El chino se acercó por la puerta y, se hizo el milagro, por fin abrió los ojos.

—¿Qué *pasal* a ti, *Selgio*?

—¡¡Me cago en tus muelas, chino!! ¡¡¿Qué me va a pasar?!! ¡¡Que me estoy friendo como una croqueta!!

El jodido me cogió por los pies y lo único que hizo fue darme la vuelta.

—¡¡¿Tú qué es lo que quieres, cojones?!! ¡¡¿Que me fría igual por todos los lados?!!

Cuando me quise dar cuenta, parecía haber una manifestación en la puerta. Para el cachondeo sí que acudía todo el mundo, si hubiera que sacar dos espuertas de escombros no aparecía ni Cristo.

Yo no sé si fue el cortocircuito mental que tenía, pero a Marta los ojos le iban a toda pastilla de un lado para otro, bizca perdida estaba. Menos mal que no quería que me la follara, porque ni con una capucha…

La que sí apareció como un ángel fue mi Kate, que yo era verla y sentirme en el cielo, aunque en aquella ocasión sí que estaba cerquita, cerquita. Casi rozándolo, estuve…

Con ese agrado que a ella la caracterizaba, les dijo un…

—Panda de imbéciles, ¿ninguno tenéis luces para hacer esto?

Yo no sabía lo que iba a hacer, pero yo las luces las veía ya de todos los colores, como si fueran fuegos artificiales. Y fuego también notaba desde la punta del pelo hasta la punta del pie.

Lo que hizo mi precioso ángel fue interrumpir la corriente en el cuadro de luces y entonces caí… Nada más y nada menos que sobre ella, que fue a parar contra la pared del chocazo que se dio. Hasta un tacón le voló y le dio a Christian. Yo quise hacerle un gesto para que se jodiera por el taconazo, pero no tuve fuerzas. Y las únicas que tuve las reservé para decirle algo bonito a mi jefa.

—Chochete, si es que vales *pá tó*. Ahora sí que me has puesto, no te queda *ná* conmigo.

—¿Qué dices? ¿Estás delirando? No me extraña porque ha sido una descarga eléctrica alucinante.

—La culpa la ha tenido el chino, despídelo.

—Yo no *tenel* culpa, *Selgio*, yo solo *encalgalte* cambio de bombilla.

—Pues deja que me vuelvan las fuerzas, pichita, que eso del "-ita" te viene a ti muy bien, te voy a cambiar, pero la cara.

—Deja a Tao, él no ha tenido la culpa de nada—Ella trataba de levantarse y yo de hacer ventosa con el suelo, ¿cuándo me volvería a ver en otra así? Si hasta las tetas las tenía yo de un cerca que me daban ganas de alargar la lengua y no mirar que allí había más gente que en la guerra. Lástima que ni fuerza para eso tenía, me había quedado totalmente derrotado, no podía ni con mi alma.

El gilipuertas o como se llame enseguida vino a quererme levantar, no le entrara lo que yo me sé.

—Ven, hombre, que hay que llevarte a un médico.

—De eso nada, que venga el médico aquí, ¿tú no sabes que a un moribundo no se le puede mover?

—Eso es cierto, ha recibido un calambrazo muy gordo y luego la caída. Puede haber sufrido daños cervicales, un amigo mío se cayó de la moto y se escoñó bien y sufrió priaprismo como Sergio—intervino Marta.

—¿Qué es priaprismo, niña? A ver si se te va a quedar la boca peor que los ojos y ya vas a ser un cromo.

—Que no, priaprismo es… Que se te sube, tú ya me entiendes.

La muy sosa se puso hasta colorada mirando y es que sí, yo la caseta de campaña la tenía bien montada, pero es que la ocasión lo merecía.

—No, no, tú pierde cuidado que a mí me funciona todo muy bien, eso es por la jefa, que me pone como un toro.

—¿Alguien va a ayudarme? Quitadme a este salido de encima, por favor —pidió ella.

—No, no, que lo mismo me muero y mi último deseo es hacerlo a tu vera, Kate. Hay una copla muy bonita que se llama así, pero tú lo mismo no entiendes de copla ni entiendes de nada. Tú entenderás de gaitas, ¿viste el gaitero de la reina en el entierro? Los vellos de punta me puso el gachó, qué cosa más bonita. Digo la gaita, ¿eh? Que a mí los tíos no me gustan.

Cualquier cosa menos que se levantase. Yo daba por bien empleado el calambrazo con tal de sentirla tan cerquita. Mi Kate era todo dulzura… Vale, eso quizás es una percepción mía fruto de que me había quedado como un cencerro, pero es que la imaginaba besándome y a mí… A mí se me caía todo.

Capítulo 10



Al día siguiente fui a trabajar por culpa de Daniela, que esa es más exagerada que el cine y aseguraba que me mirarían mal si no lo hacía. Qué cachonda, como si esa gente me mirase bien, que tenían todos más guasa que mandados a hacer de encargo.

Todos menos mi Kate, que las cosas hay que matizarlas, ella igual tenía su genio de jefa, pero luego tenía esa sonrisita tan bonita y todo había que perdonárselo O eso me imaginaba yo, porque verla sonreír, como que ni en fotos la había visto.

La realidad es que, pasado el susto inicial y una serie de espasmos que me dieron y que provocaron que le arreara una sarta de coces a Daniela, que remitieron cuando ella me apuntó con su arma, yo ya estaba bastante bien. Aun así, traté de estirar el chicle de la baja y no coló… Hay que ser desgraciado, para una vez que me pasa algo de verdad.

Por el camino fui ensayando todo tipo de poses lastimosas y aparecí por allí con peor pinta que un frasco con una docena de ostras después de

permanecer a la solana dos meses en pleno desierto del Sáhara y, al menos, Soraya tuvo algo de humanidad.

—¿Cómo estás, Sergio? Estábamos preocupados por ti…

—A las puertas de la muerte, vengo del notario de arreglar el testamento y ahora me he pasado por aquí para entregar mi uniforme y también para expresaros mis últimas voluntades.

—Ya, que se resumen ¿en?

—En un viajecito a Las Maldivas, pero en los alojamientos buenos, en los que tienen piscina propia y están a pie de agua. Tú díselo a la jefa, que seguro que ella ya te entiende, tendrá alguno en propiedad mientras que uno no tiene ni donde caerse muerto—suspiré con tal de inspirarle pena.

—Y menos que vas a tener si no te pones ahora mismo a currar. Bueno está el percal por aquí hoy, como para que vengas tú con tonterías. Te recuerdo que estás en período de pruebas, tú sigue tentando a la suerte y te darán una patada en el culo que llegarás a Marte.

—Y después diréis que hay justicia en el mundo, no me mandan a Las Maldivas, que es donde quiero ir, y me mandan a Marte, que debe ser más caro y que allí hay menos marcha que en el Polo Sur en pleno mes de enero, no me jodas…

—Yo lo único que te digo es que espabiles, no veo muy clara tu permanencia en esta empresa.

—Solo te ha faltado decir en esta, nuestra empresa, y te parecerías a Juan Cuesta hablando de la comunidad de "Aquí no quien viva".

—Tú ríete, yo ya te he advertido.

Subí como pude hasta el despacho de Kate, con una pierna aquí y otra en un mundo ya menos cansado y jodido que este… En realidad, podía haber ido corriendo si me diese la gana, pero sí, lo que le hacía falta a esa gente para terminar de explotarme del todo.

La primera en la frente, antes de llegar al despacho de mi amada jefa, me encontré con el imbécil de Christian, quien no tardó en dirigirse a mí de malas maneras.

—¿Cuánto piensas explotar lo de ayer, tío? Aunque lo de tío es un decir, tú ya me entiendes.

—Sí, sí que te entiendo, que tú quieres que te pongan dientes nuevos y me vas a provocar para que te obligue a ir al dentista porque seguro que estás cagado—Y eso que el jodido los tenía perfectos, pero sería un caprichoso de muerte.

—¿A mí darme miedo el dentista? Yo soy un triunfador, a mí no me da miedo de nada.

—Tú eres un copión, esa frase me la has copiado y se te debería caer la cara de vergüenza de dudar del estado de un hombre que recibió una descarga mortal y que ha vencido a la muerte después de que se empeñase en llevarme. Yo la vi allí, con la guadaña y todo…

—Tío, tú lo que tienes son muchos cuentos chinos…

—Y tú muy mala leche, ya has tenido que mentarlos, con el yuyu que me dan. Es un decir, ¿eh? Que yo tampoco le tengo miedo a nada, a ver qué te has creído.

—Me he creído que eres un imbécil y un vago, que lo tienes todo.

—También tengo muy mala leche y puedo borrarte tu asquerosa sonrisa de ejecutivo de la cara, que das asco con lo repeinado que vienes, traes más pringue en el tupé ese…

—No creo que quieras compararlo con el tuyo. El mío se mantiene perfecto todo el día gracias a una gomina especial que me traen de…

—Menos rollos, carajote, que tú te pones ahí vaso y medio de Koipesol todas las mañanas.

A mí me dolía la cabeza, motivo por el cual no quería seguir discutiendo con aquel engreído, que además tiraba con bala, pero él parecía tener otros

planes.

—A mí no me des la espalda así.

—Pues nada, si te parece nos quedamos mirándonos toda la mañana. Por mi no hay problema, no sé lo que opinará Kate, ¿tú sabes jugar al lobo serio?

—Pírate, imbécil, no dices más que majaderías.

Me fui hacia su despacho y di tres o cuatro suspiros antes de entrar para que me escuchase.

—A los buenos días, Kate, aunque es un decir. Buenos los tendrás tú, que sigues teniendo toda la vida por delante, yo no soy más que un moribundo que viene a…

—Que viene a por una baja, como si lo estuviera viendo, ¿no es así?

—Chochete, qué buen ojo tienes… Si es que tú lo tienes todo bueno.

—¿Cómo me has llamado?

—Chochete, te he llamado chochete, hacía tiempo que tenía ganas de llamarte así, pero no había confianza. Hasta ayer, que todo cambió para siempre cuando me acogiste en tu seno.

—¿En mi seno? ¿Tú te has creído que yo soy la Virgen María?

—Te voy a decir la verdad, yo espero que no porque a ti te imagino dando una somanta de latigazos en la cama, en plan ama, eso es lo que te va a ti, no me digas que no—Le guiñé un ojo.

—Tú te vas a ir a la puta calle, pero ya…

—¿Quién te ha enseñado esa palabrota? Vaya profesor de castellano que tienes tú, jefa, yo podría hacerlo mejor. Estoy seguro de que no eras consciente de que me has ofendido y de que enseguida me pedirás perdón de rodillas. Bueno, de rodillas no que mi imaginación vuela y no veas la que podemos liar, pero que me pedirás perdón, que has dañado mi corazoncito.

—Lo que voy a pedir ahora mismo es que Soraya redacte tu carta de despido.

—Y me voy a la Mutua y te saco hasta la cerilla de los oídos, yo digo que tengo un pie aquí y el segundo en el otro mundo y después pongo los ojos así en blanco. Mira, te los voy a poner, aunque en realidad en blanco quisiera ponértelos a ti, pero como te haces la estrecha…

Los puse y saqué la lengua por un lado. Pensé en dejar que se me cayera la babilla para dar más pena, pero igual era pasarse y se le hubiera bajado la increíble atracción sexual que debía sentir por mí, que si no…

—¿Tú tienes el valor de venir a mi despacho a amenazarme?

—¿A amenazarte? Tú no sabes lo que dices, mujer. Un día de estos te mando a Daniela y vas a hablar con razón, que esa me despierta a punta de pistola día sí y día también.

—¿Quién es Daniela? —Ignoro por qué le produjo curiosidad.

—Es mi hermana, no tienes nada que temer. Relativamente, ¿eh? Quiero decir que no será competencia para ti, pero tiene un genio que no me quiero imaginar a las dos enfadadas, que tú también te las traes, chochete…

—Idiota, vuelve a llamarme así y solo volverás a pisar este edificio para recoger el finiquito, ¿tú quién crees que eres?

—Con eso no comencemos que menudo lío se formó por culpa de quién era. Y encima el único que ha salido escaldado soy yo, que voy a cobrar una misma mierda. Bueno, vamos a pactar, yo creo que en un par de mesecitos podría volver por aquí, ya estaré mejor, eso es lo que ha dicho el médico.

—Ya, claro, ¿y eso lo tienes por escrito?

—No, porque los hay muy vagos y el tío me lo ha dicho de palabra y ya, no tenía ganas de escribir. También te digo, normal, con la *pechaíta* de años que ha estado estudiando no toco yo más un ordenador si soy él.

—Oye, ¿tú has venido hasta aquí para tomarme el pelo? Porque me estás desalineando los chacras, ¿sabes?

—No, el pelo, no. Pero si quieres te puedo tomar el pulso, una vez hice un curso de socorrismo, una pasada, dos días nos hicieron ir. Y encima se me olvidó meterlo en el currículum, estoy cayendo ahora. Si lo meto ¿me das el puesto de Christian?

—Yo lo único que tengo ganas de darte es una patada en el culo.

—Viciosilla, tú también te has fijado, ¿eh? Si es que tengo un trasero que no se puede aguantar. Soraya también me lo mira y Martita, esa también se queda embobada, que la veo yo… O eso creo, porque con el vaivén que tiene en los ojos, igual me creo que me está mirando el culo y lo mismo está mirando a Cuenca. Yo creí que quería que la pusiera mirando para allá, de hecho, pero dice que es lesbiana. Igual es eso o igual es que aún no me ha conocido y ahora se convierte. A mí me da igual, ¿eh? Que yo con ella no quiero nada, yo lo quiero contigo. Mira, no lo había pensado, pero al final me he declarado, como Íñigo Onieva a Tamara. A mí la muchacha me cae muy bien, lo que pasa es que me he enterado de que Borja, el rollito que tiene ahora mi ex, la conoce, y como a mí el tío me cae como un tiro de mierda, tampoco me hace mucha gracia la marquesa. Con todo y con eso me alegro de que esté feliz, que conste.

—¿Cómo va a estar feliz si han salido a la luz unas fotos comprometidas de él? Pobre Tamara…

—¿Tú también la conoces? Ozú, aquí tenéis un buen sarao entre todos. Me tienes que meter en tu círculo social, Kate, que cuando anunciemos nuestro compromiso yo quiero ser uno más de vosotros.

—¿A ti te han revisado la cabeza, anormal?

—Y dale con lo de anormal, ¿quién quiere un novio normal? Si conmigo te vas a reír mucho más, ¿quieres verlo? ¿A ti te gusta el Comandante Lara?

—¿Ese quién es? Conozco a muchos altos cargos del ejército, pero a ese comandante no.

—¿Qué dices del ejército? Ese es un tío que tiene la gracia a esportones. Te cuento un chiste de él y me firmas la baja, ¿vale?

—No, el trato es otro…

—Buena negociante estás hecha tú, si seguro que no te has hecho rica dando, eso ya lo sé yo.

—El trato es que te marchas ahora mismo de mi despacho y no vuelves a aparecer por aquí hasta que yo te lo pida, esto es, nunca.

—Nunca es una palabra muy grande, que lo sepas… Te puede estallar en toda la cara, yo no digo nada…

Capítulo 11



El viernes llegué súper contento a casa por razones obvias. No volvería a ver a mi amor hasta el lunes, si bien disfrutaría de mi merecido descanso durante todo el fin de semana.

Nada más abrir la puerta noté que Daniela no estaba muy contenta para decir.

—Ea, ya estás otra vez de morros. Si es que te traes unos líos muy raros con los tíos. Yo estoy harto de decírtelo, que deberías buscar a alguien como tu hermano, que soy un ejemplo de caballerosidad y de virilidad a partes iguales.

—Tú lo que eres es un anormal, aparte de un ingrato y de un gilipollas— me soltó.

—Oye, tranquilita que yo no he vuelto a beber a morro de la botella de agua desde que me lo dijiste. O al menos casi nunca, ¿qué pasa?

—Pasa que no sé para qué te ayudo, me he encontrado por las escaleras con Rubí.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? Oye, ¿tú no serás una racista? Que la chavala es dominicana, ¿y qué? Vale su peso en oro. Ya sabía yo que eso de meterte en el ejército tendría sus consecuencias.

—So pedazo de desgracia con patas, el problema no es la chavala, el problema eres tú.

—Ya me habéis estado quitando las tiras de pellejo, ¿no? Pues igual deja de caerme bien y se pierde las buenas sesiones que le doy de…—Fui a hacer un gesto, pero comprendí que el horno no estaba para bollos.

—No creo que quiera ni volver a hablarte, cuanto y más a liarse contigo.

—Tampoco te creas que hablamos mucho cuando le damos al tema, ¿y a ti qué te pasa para estar así de uñas conmigo?

—¿Tú le has dicho que estás aquí conmigo para cuidarme? ¿Te has inventado que estoy depresiva por culpa de un tío?

—Yo qué va, ¿esa chica está paranoica? Yo le he notado algo raro algunas veces, igual es que se ha olvidado de tomarse la medicación.

—El que va a necesitar medicación eres tú, mal hermano, que eres un mal hermano.

—Para el carro que me estás ofendiendo más de la cuenta, páralo porque si no al final te arrepentirás y luego llegarán los llantos, te lo digo por tu bien.

—Y yo te diría por tu bien que te fueras a la mismísima mierda y que me dejaras en paz, ¿cómo has podido inventarte algo así?

—Y dale, que yo no me he inventado nada. Te lo casca ella y me lo he inventado yo, os habéis puesto en mi contra y eso duele viniendo de las mujeres de mi vida. Igual en eso me he colado, que la mujer de mi vida es Kate, mi jefa.

—¿Ella se lo ha inventado? ¿Ella? No me hagas reír, como si no te conociera la cara tan dura esa que tienes, que te la deberías hacer mirar.

—Y me la miro, y me la miro… Todas las mañanas me repito lo guapo que soy, que eso es fundamental para la autoestima. Hay que quererse, lo mismo el problema es ese, que tú no te quieres y Rubí tampoco. Y al final todas las frustraciones las descargáis en mí, es un despropósito absoluto…

—Sí que lo es, es un despropósito absoluto, una auténtica locura que mamá te echara al mundo y que nadie le haya pedido responsabilidades por ello. Esta vez te has colado, Sergio. A mí no me pones de pusilánime y te

quedas tan campante. En cuanto me des lo que me debes, te largas, te quiero fuera de mi casa.

—Caprichito de hermana bonita, que eres la más bonita, tú no me puedes estar diciendo eso en serio, ¿tienes una idea de lo que me duelen tus palabras?

—¿Y tú? ¿Tienes tú una idea de lo que jode que tu hermano vaya por ahí inventando para quedar bien ante los demás?

—Ante todo el mundo tampoco, ¿eh? Más que nada me importa lo que piensen las churris. O me importaba, que ya me va importando lo que me viene siendo un bledo, porque yo solo tengo ojos para mi Kate.

—¿Tu jefa? ¿Lo estás diciendo en serio? ¿De veras crees que tienes posibilidades con ella?

—Pues claro que las tengo, ¿otra que no confía en mí? Os lo pienso demostrar a todas; a ti, a Soraya y al mundo entero… Yo la voy a conquistar porque ella es la mujer de mi vida, solo que todavía no lo sabe.

—No lo sabe porque distas mucho de ser lo que una mujer triunfadora como ella quiere a su lado, Sergio, por eso no lo sabe.

—Por ahí no sigas, ¿eh? Por ahí no sigas porque no, es que va a ser que no, no me vas a comer el coco. Yo valgo como quien más.

—Pues si es así, ya lo podrías ir demostrando, que hasta ahora no has demostrado nada. Y te recuerdo que el tiempo corre en tu contra.

—Dale, anda que no eres pesimista, niña, ¿y eso por qué? Yo tengo toda la vida por delante para conquistar a mi Kate; cuanto más pruebe por ahí más le gustaré yo.

—El tiempo corre en tu contra porque le has prometido a Esther llevarla a Eurodisney en unos meses y no podrás cumplirlo ni de coña. Y yo no te lo pienso pagar, esta vez no te cubriré la espalda porque me tienes demasiado harta.

—Pero Danielita…

—No me hables, Sergio, ten dignidad y no me hables, no quiero saber nada de ti, ¿me comprendes?

—Creo que sí, hasta ahí llego…

Menudo bajonazo el que me acababa de dar…

Capítulo 12



El teléfono me sonó temprano, a eso de las diez de la mañana, ¿sería una urgencia? ¿Quién llama a esas horas?

—Sergio, soy yo.

—¿Y quién eres tú? Pues anda que me das mucha información, ¿es una broma de esas que te hablan y te dicen que han estrellado su coche contra el tuyo? A mí me harías un favor, menudo cacharro tengo por coche, se cae a pedazos.

—Pues trabaja para comprarte otro, anormal.

—No, no eres una locución, tú me conoces, ¿quién eres? Es que de buena mañana y sin un café me confundo más que un piojo en la cabeza de un calvo.

—Soy María, tu ex. Afortunadamente, lo de ex, ¿tú te puedes quedar con Esther este fin de semana?

—¿Y eso? Me extraña porque nunca me la dejas fuera de lo que dice el convenio, que eres una dictadora y eso que vas de progre…

—Sabes perfectamente por qué no te la dejo más, porque no eres el mejor ejemplo para nuestra hija.

—No, el mejor ejemplo es tu novio el rico, que me pone a caer de un burro delante de la niña. Y tu madre, que es otra que mejor baila…

—Pues mira, justo, mi madre se iba a quedar con ella y ha sufrido un esguince anoche y sí, bailando.

—¿Tu madre salió de marcha? Venga ya, hay trolas mejores…

—Salió a bailar con sus amigas, idiota, ¿qué te crees? ¿Que se fue de botellona y luego se puso de pastis hasta las cejas?

—No voy tan desencaminado que sus buenos tintos se toma y de pastis la he visto yo meterse unas cuantas, tampoco tengo tan mala lengua.

—Las de la artrosis, gilipollas, ¿te quedas con la niña o no?

—Claro que me la quedo, ¿dónde te vas?

—Me voy a Praga unos días, regalo romántico de mi novio Borja.

—Tú ten cuidado con los pijos, que son muy traicioneros. Lo mismo te lleva al extranjero para explotarte, que puede pertenecer a una trama de explotación de blancas.

—A mí lo único que me va a explotar contigo es la cabeza, ¿te quedas a la niña o no?

—Ok, ¿y qué hago con ella el lunes?

—La dejas en el cole y de allí ya la recogerá mi madre, yo vuelvo el martes por la noche. Pero al menos se divertirá más contigo el finde, que la pobrecita de mi madre apenas se puede mover todavía y no podrá sacarla al parque ni nada.

—Como que ella la saca mucho al parque. Seguro que con la niña a lo que juega es a lanzarle dardos a una foto mía, que eso es lo que le están enseñando.

—Estás paranoico, no nos importas un comino a ninguno, no eres tan importante para nosotros como tú te crees.

—Pues para no importaros un comino bien que le dais a la alpargata de mí.

—Paparruchas, ¿cuánto tardas en venir?

—El tiempo de coger el coche y voy.

—Pues entonces me pueden dar las uvas, ¿hoy anda?

—¿Yo? Que no, que voy en el coche, no me has escuchado.

—Claro que te he escuchado, anormal, por eso te pregunto que si anda, el coche, no tú… Tú sé que te mueves menos que una tirita en una pelusa, so vago.

—Un día te tragarás tus palabras, María, una por una…

—Pero mientras las suelto la mar de tranquila porque es la verdad.

—También lo es que tú eres una interesada y yo no lo voy soltando por ahí.

—Ni se te ocurra repetir eso, ¿me has oído?

—Le habla el contestador automático de…—le dije para cortarla.

Llegué a la puerta de su casa y, ¡bingo! El tal Borja salía para meter las maletas en el capó.

Su sonrisilla socarrona al verme aparecer con mi coche, que el pobre estaba hecho polvo, no se hizo de esperar.

—Así que tú eres Sergio, vaya carro, tío, estoy impresionado.

—Pues nada, ya somos dos, yo también tenía ganas de conocerte… y de partirte la jeta, ¿qué viene a ser eso de hablarle a mi hija mal de mí?

—Yo no le he hablado mal en ningún momento. Supongo que quizás te pueda haber molestado algún comentario de los que le haya hecho, pero en ningún caso ha sido ofensivo, solo realista.

—También es realista que tú eres un cabronazo con pintas y yo no se lo digo a mi niña.

—Uff, te veo muy alterado, tú necesitas un SPA o algo, ¿te lo puedes pagar? Supongo que no, toma algo de pasta y te das un homenaje.

—Vuelve a sacar tu cartera y no la podrás guardar hasta que no le pagues al dentista, la tarjeta se te quedará temblando.

—¿Has venido hasta mi casa para amenazarme? Mira cómo tiemblo.

—No, no es una amenaza, es una realidad de esas de las que hablas tú; si vuelves a criticarme delante de mi hija lo lamentarás.

Yo esperaba que se enfrentase conmigo, pero iba a ser que no… Más bien iba a ser que él solo actuaba con cobardía delante de mi ex y de mi niña. Delante de mí no le interesaba nada de nada, así que lo dejó estar.

Esther salió de un salto y se me tiró encima.

—Papá, así que ya conoces a Borja, ¿te ha llevado a dar una vuelta en su coche nuevo? Mira, lo estrenó ayer, dice que es el mejor del mercado, que lo ha encargado con todas las prestaciones.

—No, cariño, no me ha llevado a dar una vuelta, pero nos hemos presentado y todo va a ir sobre ruedas a partir de ahora, ¿verdad que sí, Borja?

El tío levantó una mano como afirmando, tanta fachada y luego no valía nada. Mientras mi peque se sentaba en el coche, yo me cagaba en todo lo que se meneaba. Ese tipo estaba haciendo todo lo posible porque mi niña viniera fascinada cada día con algo nuevo. Yo también tenía que buscar distracciones nuevas para mi Esther… y lo hice.

Justo salíamos de su barrio cuando tuve que hacer una paradita porque me sonó el móvil y no tenía manos libres. Encima era Daniela para decirme que me había llegado una carta con una multa de tráfico con recargo y todo.

—Maldita sea, Daniela, si el coche no coge ni treinta kilómetros por hora, ¿qué multa es esa?

—No es por exceso de velocidad, ignorante, es por aparcar en zona amarilla. Si es que vas por el mundo sin fijarte en nada, te vas a cagar, te embargarán la nómina si no pagas.

—Pues tú no te rías tanto que, cuanto más me embarguen, menos cobras…

—A mí no te me pongas chulo que te largas de mi casa antes de tiempo y me quedo en la gloria.

—Calla, que voy para allá con la niña.

—Si no te toca este finde…

—¿Y qué? Su madre me la ha dejado porque ve un cambio en mí, un cambio a responsable que debe ser premiado. La única que no lo ves eres tú…

—Papá, te has dejado mi maleta en la puerta de casa—me interrumpió mi niña.

—Eso no puede ser, hija.

—Sí, es que no la veo y tú nunca la metes en el maletero.

—Eso era antes, porque no abría, pero ya hace semanas que abre, papá le hizo una reparación integral al coche y ahora parece…

—Parece una lata de sardinas, papá. Y es un congelador, ¿no tiene calefacción?

—Pues no tiene, cariño, pero tú toca las palmas, que así se entra en calor, las manos lo son todo para calentar el cuerpo.

—Papá que no, que me voy a poner el foulard, tengo frío… Pero si no está aquí, la maleta no está aquí.

—Daniela, te dejo, que la niña está muy impertinente, a mí no sale, saldrá a ti…

Miré y, efectivamente, mi retoño tenía toda la razón. No había ni rastro de su maleta en el coche.

Nos volvimos y justo estaba allí, al pie de la acera…

—Toma, Daniela, métela en el maletero—le dije mientras observaba que el capó del coche de Borja estaba abierto mientras él seguía sacando el equipaje. Esa era la mía, por culpa de María me quedé fatal de ropa, así que vi el cielo abierto. Semejante maletón oscuro de la marca Samsonite solo podía ser de ese tipejo que me las pagaría todas juntas.

Miré hacia dentro y, a través de la ventana, lo vi hablando con María, de manera que tiré de la maleta y me la llevé al coche.

—Papi, ¿qué estás haciendo? Esa maleta es de Borja.

—Es un juego al que estamos jugando los dos, cariño. Es como el pilla-pilla, pero otra versión, eso sí, es secreta…

—Papá, no me tomes por tonta, es el pilla-pilla la maleta, se la has mangado.

—Vale, hija, no se te escapa una. Papá está eventualmente algo mal de ropa, que no salí muy bien parado de la separación de tu madre. Y Borja va vestido que ni que fuera Alex González, el actor.

—El que me gusta a mí, papi, qué hombre…

—¿Qué dices, hija? A ti te tienen que gustar los niños del cole y ni esos. Mira, por ahí viene Borja, vámonos antes de que la vea.

Traté de arrancar y no… ¡mierda, mierda, mierda! Otra vez la batería del coche.

—¿Qué te pasa, tío? ¿No te habías ido ya?

—La niña, que no sabe dónde está de pie, se había dejado la maleta. La culpa la tenéis vosotros, por los pajaritos que le metéis en la cabeza, que conste…

—Venga ya, déjate de tonterías…

—No son tonterías, es la pura verdad.

—Ya, ¿y al coche qué le pasa? Aparte de que parece más una lata de anchoas que un coche.

—Cuidadito con lo que dices, tío, este es un coche histórico, tiene más de veinticinco años.

—Eso ya lo veo, para mí que en este fueron Alfonso XII y María de las Mercedes para casarse.

—Muy gracioso, ¿eres historiador ahora? Porque hasta donde yo sé eres chef…

—Uno de los buenos y sí, tienes mucha vista, también soy historiador y, para tu información, abogado, aunque no ejerzo.

—¿Tienes dos carreras y te pasas el día entre fogones? Eso es porque no vales para nada—alegué más negro que el tiznón. Tenía que ir de farol, ¿cómo iba a ser tantas cosas?

—Papá, es verdad, tiene los títulos en casa, es una pasada, ¿tú qué títulos tienes?

—Yo tengo el de delineante, hija, que es un título muy cotizado hoy en día, es una profesión en alza.

—Sí, en alza, tío, por eso tienes este coche, ¿te empujo?

—¿Qué dices de empujar? Te repito que es un coche histórico y yo lo tengo en las mejores condiciones.

—Y yo te digo que no arranca ni a la de tres, esa es la batería.

—Papá, hazle caso, que Borja sabe de todo, él me ayuda con los deberes y saco sobresalientes.

A mí también me daba ganas de sacar algo; de sacarle los ojos a ese tipo que no podía ser más completo y que me estaba jodiendo a tutiplén.

—¿También eres maestro? ¿Y mecánico? Todo en uno, eres una bicoca. Pues nada, tira, picha, que parece que no arranca. La primera vez que le pasa, ¿eh? No te vayas a creer que el coche es una ruina.

—Ya, ya—me respondió con socarronería.

—Que te lo digo muy en serio, ¿eh? A mí no me pongas esa cara…

Para que no faltase de nada, mi niña y él empujaban cuando un coche se paró a mi lado y casi me muero del bochorno; era mi ángel.

—Jefa, buenos días. Esto no es lo que parece….

—¿No? Pues parece que el coche no te arranca, no es por nada…

—Vale, vale, no arranca porque le acaban de hacer una reforma integral y deben haberse dejado un cable suelto, los mecánicos, que no sirven para nada.

—Ya, ya—Otra con la sonrisa socarrona.

—Bueno, ¿y qué vas? ¿A hacer la compra? Anda que vas descalza…

Llevaba un Mercedes de alta gama, tan alta que me sentí apabullado, menudo carrazo y nuevecito de fábrica, con la pintura intacta.

—Obviamente no, voy al club de golf…

—¿A ti te gusta el golf? Pero si ese es un deporte de vagos, que no se menean para nada, parece que no tienen sangre en las venas…

—Bueno, ya me he hartado de escuchar majaderías, me voy.

—¿Te vas a ir sin que te presente a nuestra niña? Digo a mi niña, solo que acabará siendo de los dos… Es más cariñosa, no veas, igualita que el padre. Esther dale un beso a Kate, pero antes sécate el sudor, que ella es muy fina.

—Papá qué vergüenza, decirle que estoy sudando. Es por tu culpa, yo tenía frío y ahora, de empujar…

—La culpa es de tu madre, que te pone unos jerséis muy gordos, como que esa mujer ya no atina, solo mira por los ojos de su novio…

—De María no digas nada, que es una madraza—la defendió el fantoche aquel.

—Tú no te metas que esto es una cuestión familiar. Esther dale un besito a…

Cuando quise mirar, ni rastro quedaba del coche, había salido pitando.

—Mi niña, ¿estaba aquí o lo he soñado yo? Han debido ser las emanaciones del tubo de escape, que son muy tóxicas…

—Papá, que sí que estaba, no flipes. Y se ha largado porque ha pasado de ti, ¿la pija esa es la que te gusta?

—Sí, ¿qué pasa? Igual de pijo es el atontado de Borja y bien que lo defiendes.

—Tío, que me estoy enterando, y que estoy harto de empujar, ya de paso.

—Sí, seguro que a María no le dices lo mismo, ahora te aguantas…

Capítulo 13



El lunes llegué al trabajo hecho un pincelito, no es por nada. Borja tenía ropa de la buena y aquella camisa de Massimo Dutti me sentaba como un guante.

—A los buenos días, Sorayita, ¿cómo viene hoy el tío? —le pregunté.

—Con ganas de perder el tiempo, como siempre. A mí no se te ocurra entretenerme, que no veas cómo está el percal hoy.

—¿Y eso?

—Porque esta semana vienen un montón de miembros de la empresa china, ya sabes…

—¿Qué dices? ¿Nos invaden ya? Menos mal que he estrenado la camisa, a partir de ahora nos darán un uniforme a todos, que es lo que tiene el comunismo a saco, nos vamos a cagar.

—Tú ya uniforme tienes, déjate de pamplinas y vete a ver a Kate.

—Claro que sí, pero voy de paisano, para que vea lo guapísimo que estoy.

Guapo sí que estaba, aunque también un poco soliviantado, porque María me había llamado para preguntarme si yo no sabía algo de una maleta que le habían robado a Borja. Qué mal pensadilla ella, por eso me había perdido.

—Sí, sí, precioso vas, pues nada sube corriendo que hoy sí que sacará el látigo, se van a cumplir tus sueños porno.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Lees la mente?

—Me los has contado tú muchas veces, bocachancla, que eres un bocachancla.

—Qué te gusta ofender y también darme por saco. Seguro que todo es una invención tuya, mala persona, que ni vienen los chinos ni viene nadie, eso es seguro.

—Porque tú lo digas no vienen, vas a fliparlo, pareces tonto.

—Oye, yo no es por nada, ¿os pagan comisión cada vez que me insultáis en esta empresa? Yo no soy tonto, como dicen los de Media Markt, yo es que simplemente les tengo grima a los chinos, no me fío de ellos.

—Pero eso es racismo, no está bien.

—Qué va a ser racismo, si yo me las he trincado de todas las nacionalidades. Me pasa solo con los chinos y no es eso, es una fobia como otra cualquiera, ¿tú no tienes ninguna?

—Yo sí, a las arañas, pero no compares.

—¿Y por qué no?

—Porque yo es ver una y me dan ganas de arrearle un zapatazo y dejarla en el sitio, ¿y qué crees tú qué les haría yo a los chinos? No es por nada, es porque solo con verlos me pasa de todo, es mucho peor que si me mirase un tuerto, palabrita del Niño Jesús, ¿no lo viste el otro día en el despacho de Tao?

—Sí que lo vi, igual tienes tus razones. Pero chico, vas a tener que trabajártelo, vienen para quedarse unos días.

—¿Unos días? No puede ser, pero si esto no es un hotel, ¿quién ha sido tan generoso? Seguro que Christian, ha sido idea suya fijo. Pues los colchones los va a acarrear él, que yo estoy malo de lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo? Si puede saberse, claro.

—Lo mío es una cosita que yo tengo de salud, que me entra mucho cansancio, sobre todo cuando me tengo que levantar para trabajar, me lo están estudiando.

—Ya, ya, pues ve y cuéntaselo a Kate a ver qué te dice la jefa, seguro que estará encantada de ayudarte.

—O igual no, pero porque la estáis envenenando entre todos, ella es pura dulzura.

—¿Tú bebes antes de venir? ¿O es que fumas porros? Kate viene a tener, más o menos, la dulzura de un puerco espín.

—Vosotros sí que soltáis porquerías por la boca, mi ángel no es así.

—¿Tu ángel? Yo es que me parto, ya verás la que te liará el ángel cuando le propongas tener algo con ella.

—Sí yo ya se lo he propuesta, niñata…

—Me meo, el culebrón va a más. No creo que sea verdad porque tienes todas las muelas en tu sitio, eres un farsante.

—Que no, que ella está encantada, solo que quiere que lo llevemos en secreto.

—No me creo ni media palabra.

—Porque tú tienes muy mala leche y te crees que los demás también, yo no me estoy inventando nada. Puede que no esté encantada, pero se lo está pensando.

—Se estará pensando qué lado de la cara arañarte antes, eso será lo que se esté pensando.

—Mala persona, que eres una mala persona.

Me fui hacia el despacho de Kate y, ¡bingo! Otra vez Christian. Y luego diría que trabajaba el tío, cuando se pasaba todo el día en los pasillos.

—Pero bueno, si vienes vestido de persona, ¿a quién le has robado la ropa?

¿Sería él quien tuviera poderes? Vaya, el poder de sacarme de quicio era seguro que lo tenía.

—¿Robado? Tú alucinas, yo no soy ningún delincuente.

—Es cierto, perdona, bastante tienes con ser un mindundi.

—Y tú te crees el rey del mundo y te caerás con todo el equipo. Qué asco te tengo, tío, es que solo de pensarlo…

—Tranquilito, que se te va a ti mucho la pinza. Kate quiere verte.

—Normal, no va a querer verte a ti.

—¿Qué insinúas, garrapata con uniforme de conserje? ¿De veras te has creído que ella podría fijarse en alguien como tú?

—Fijarse y lo que no es fijarse, también enamorarse. Kate está por mis huesos, yo lo sé.

—Te juro que flipo, les diré a los del examen médico que te hagan una prueba de drogas, tú sí que vas a caer.

—Yo no tengo que ponerme para decir lo que siento, yo llevo mis sentimientos muy a gala.

—¿No? Pues entonces será que no te llega para coca. Normal, cómo va a llegarte con la mierda que cobras, si quieres te invito a una raya.

—¿Tú te pones?

—Toda la gente de mi entorno se pone, ¿tú de dónde has salido? Ya, que no tienes ni puta idea porque no conoces mi entorno.

—Kate no se pone, mi ángel no, estoy seguro.

—No puedo responderte a eso, todavía no he intimado con ella. En cuanto lo haga te lo diré.

—Tú no vas a intimar con ella, no se te ocurra hacerme la competencia, lo dices solo por joder.

—En eso tienes razón, aunque no es a ti a quien quiero joder.

—Y encima soez, a alguien como ella se le hace el amor, Kate es un ángel.

—¿Estamos hablando de la misma Kate? Tío a mí me pone igual que a ti, pero es una fiera. Me la imagino en la cama y…

Yo estuve a punto de tirarme sobre él y no precisamente para acariciarlo, ya que no podía soportar que hablase así de mi prometida. Vale, de quien lo sería enseguida.

Por suerte para él, ella abrió en ese momento la puerta de su despacho.

—¿Ya la estás liando otra vez? Entra, por favor.

—Si yo te contara de líos, mejor me callo, que aquí hay mucho liante.

—No empieces con tus paranoias, Sebastián.

—¿Cómo que Sebastián? Me llamo Sergio, amor mío, ¿es que no lo recuerdas? ¿Has perdido la memoria? Es por el estrés, tú siéntate que yo te voy a hacer un masajito.

—¿Me quitas las manos de encima o prefieres que te asesine y ya te las quito yo?

—Pues mira, va a ser que las quito yo, ¿qué se te ofrece, ángel de amor?

—¿Esto no es una broma? He llamado a los de varias cadenas de televisión para ver si eres un humorista infiltrado o algo. Y nadie suelta prenda.

—Al menos admites que te hago gracia. Por ahí se empieza, si te hago reír ya llevo medio camino ganado.

—Tú llevas medio camino ganado hacia el despido. Y hasta más diría yo, bastante más.

—Kate, tonta, si no tienes que reprimirte. Yo entiendo que tú has adoptado un rol y no quieres bajarte del burro, pero a mí no me la das; tú estás enamorada de mí, te pongo tela.

—¡¡Quítate ahora mismo esa ropa!! —me chilló.

—Lo sabía, ¿dónde tienes el látigo? Tú estabas deseando que empezara la fiesta. Dame todo lo fuerte que quieras, que yo aguanto, no como Christian que ese es una nenaza—le contaba mientras me iba desabrochando la camisa.

—¡¡¡¿Se puede saber qué estás haciendo?!!!

—Lo que tú me has dicho, chochete, que me desnude… ¿Ves? Ahora me formarás una buena zapatiesta por decirte chochete, pero es que me lías, ¿me desnudo o no? Mira, ya has despertado al niño—Miré a mi entrepierna.

—¡¡¡Que te pongas el uniforme, anormal!!! A eso me refería y que a después vengas como las balas, que tenemos mucho que hacer.

—Ya, que hay faena y sexual no va a ser. Al final me pones a preparar canapés para los chinos. Pues mira, yo conozco un chef muy bueno, no puedo ni verlo, pero lo cortés no quita lo valiente. Calla, si tú también lo conoces, es el tío que empujaba el otro día el coche, la nueva pareja de mi ex. Van a durar un cuarto de hora, también te lo digo, aunque a mí eso no me importa, yo tengo el foco puesto en ti.

—Anormal, ¿has acabado ya o me tengo que liar a tiros?

—No será verdad que tienes un arma.

Sin más, se ve que un poco desesperadilla sí que la tenía, abrió un cajón y sacó un revólver de él.

—Quita, quita, que las carga el diablo. Si yo solo quería preguntarte qué te pareció mi niña, que es un amor… Le vas a coger un cariño, ya os veo a las dos de comprichuelas juntas—le solté mientras salía a la carrera, poniéndome los botones de la camisa.

Cerré de un portazo y respiré profundo, qué estrés, no estaba pagado.

—¿Dónde vas medio desnudo, pringado? —me preguntó Christian. Lo dicho ese tío no daba palo al agua.

—Que ya he triunfado como la Coca Cola, menuda faena. Te jodes, que el gato al agua me lo he llevado yo.

—Pero, eso es imposible…

—De eso nada, resulta que ella sí que sabe apreciar lo bueno. Reconoce que te he ganado la partida.

—¿La partida? La partida todavía no ha comenzado, desgraciado.

—Y dale con eso de desgraciado. Si yo gracia tengo un montón, que se lo pregunten a mi hermana Daniela… Bueno, ahora no me habla, pero es circunstancial.

Capítulo 14



Daniela me miró y se rio.

—Te he visto, no me quieres hablar, pero te he visto reírte, ¿qué pasa?

—Claro que no te hablo y así va a seguir siendo, pero manda narices, ¿qué estás haciendo con esa ristra de ajos?

—No seas ignorante, son para ahuyentar a los chinos.

—Pero no me seas loco, eso se dice de los vampiros.

—¿Y qué? Toda precaución es poca. Si funciona con unos, también puede funcionar con otros… Y dame el tarro.

—¿El del higienizante de manos? En eso haces bien, que mucha gente está bajando la guardia y el COVID debe seguir teniéndonos en alerta.

—Con todos mis respetos, a mí los que me ponen en alerta son los chinos.

—Ya estás con las majaderías, toma el higienizante, anda. Y no me vuelvas a hablar, que al final me río con tus cosas y me da coraje.

—¿Y si te digo que no es higienizante? Es agua bendita, acabo de cogerla de la parroquia.

—¿Agua bendita? ¿También para los chinos?

—Sí, pero no para beber, que para eso les van a preparar tela de cosas ricas, ni un convite real. Hay un montón de actos programados, a Kate se le ha ido la cabeza.

—¿A mi futura cuñada?

—A la misma. Y no te lo tomes a broma, ¿eh? Ya hemos comenzado a intimar.

—Y yo me lo creo, como no tienes tú fantasía ni nada.

—Créete lo que te dé la gana, pero te prometo que yo he estado medio en pelotas en su despacho.

—Venga ya, ni media palabra me creo, que te den, hermanito.

Qué bien se le daba a la niña sacar el dedito, aunque no le dije nada porque la cosa seguía caldeadita y lo mismo guardaba el dedo y sacaba el arma.

Salí a la calle todo lo protegido que pude, aunque los chinos no llegarían haga el día siguiente, si bien toda protección era poca.

Llegué y le di a Soraya una bolsa con ajos.

—Toma, ahí tienes un presente, aunque no te lo merezcas.

—¿Qué mierda es esta, Sergio?

—Cuidadito con la boca que de la comida no se habla así o tendré que darte una azotaina.

—Eso es lo que tú quisieras…

—Engreída, que no, que yo estoy enamorado. Eso sí, soy buena persona y te he traído ajos para que te hagas un collar.

—Por mi madre que a ti no te va el coco.

—Bueno, pues cuando te saquen en una caja de pino a mí no me digas nada, ¿estamos o no? Y lávate las manos…

—¿Qué insinúas? Yo las manos las tengo muy limpias.

—Ya, pero con agua bendita, mira qué rociador más hermoso. Litro y medio tiene, para la mala vibra.

Justo se lo decía cuando Kate entró.

—Jefa, hoy llegas más tarde, seguro que ya te está afectando la maldición de los chinos, quítate la ropa, que te voy a rociar. Y no me seas mal pensada, que me refiero a con agua bendita.

—Gilberto, ¿a este tío cuándo se le acaba el período de prueba?

—En pocas semanas, Kate, un poco de paciencia…

—Bueno, pero tú ve mirando qué cuesta despedirlo antes, ¿dónde está Tao?

—Ese estará con su primo hermano, el de Karate Kid, los dos angelitos dándose leches desde por la mañana—especulé.

—El Señor Miyagi era japonés, no chino.

—Tú Gili… Gili lo que seas, no me toques las narices de buena mañana que no llevo bastante cafeína en el cuerpo, ni que tú los distinguieras.

—Pues las costumbres son muy distintas, Tao te pondrá hoy al tanto de todo. Llegan mañana y no quiero ni un error, ¿estamos? —me preguntó la jefa.

—Estamos, mi ángel de amor, pero yo con Tao no quiero nada y ahora tengo justificación, desde lo del calambrazo el médico me ha dicho que no me acerque a él, que si hace falta pida una orden de alejamiento.

—O pidas hora para la cita del INEM, ¿qué prefieres? —me preguntó el Gili.

—Tú no le hagas más la pelota a la jefa, que seguro que también estás cagado de miedo.

—¿Cómo me va a dar miedo de Tao? Si es un gran hombre.

—Eso será metafórico, ¿no? Porque te recuerdo que es un tapón de alberca con muy mala leche, eso sí, pero un tapón de alberca.

—Venga, venga, vamos allá.

Ese día me tomé un café después de otro, sin poder parar. Y, a pesar de ello, como que no me tranquilizaba.

—Pero ¿cómo quieres tranquilizarte si solo te falta meterte la cafeína en vena, tarado? ¿Te pido una tila?

—Que no, Soraya, que a mí el café sí que me tranquiliza, mujer, de veras…

—¿Eso cómo va a ser? Que no, que te den…

—Un respeto, ¿eh? Que parece que no se me tiene ningún respeto en esta empresa.

—Pues claro que lo parece, como que es así—me aclaró.

—Oye, niñata, que yo casi muero en acto de servicio en el despacho del chino, ¿eh? Que es muy fuerte y muy triste a la vez.

—Menos lobos, Caperucita. Mira, por ahí viene Tao.

—Espera, que me escondo.

—Debajo de mi mesa ni mijita, que la última vez fue para verme las bragas.

—Por orientarte sobre el color y eso, que te veo un poco perdida en la vida.

—Pues no me orientes tú tanto y vete con Tao, que tiene que darte unas lecciones.

—¿Y tú no vienes? ¿Me vas a dejar solo ante el peligro? Sorayita, que yo me meto contigo y eso, pero que es porque tú me das mucha caña. No me seas así, ¿vale?

—Qué plasta eres… Que no es eso, es que los demás tenemos nociones de otras veces que han venido. El nuevo eres tú, el que no tiene ni idea.

—Tú sí que no tienes ni idea de a lo que me estás enviando, ya puedo verle la cara a la muerte.

—Pues aprovecha y hazte un seguro de vida, yo tengo un primo que los hace, ¿lo llamo?

No tuve escapatoria, todo el mundo en mi contra.

—A los buenos días, Tao, vamos a llevarnos bien, ¿eh? —Aproveché para rociarlo con agua bendita.

—*Selgio*, ¿qué *sel* lo que tú me has echado a mí?

—Un agüita refrescante, que aquí pasamos muchas horas juntos y, a quien más y a quien menos, le huele el alerón. Son órdenes de la jefa.

—*Pelo* mí *sel* muy aseado, *Selgio*.

—Y mí también y no veas la que me he echado, a ver si surte efecto, ¿dónde vamos? Porque en tu despacho no entro yo más, he hecho una promesa.

—No, *nosotlos il* a la sala de *leuniones,* allí yo *contal* todo lo que tienes que *sabel soble* mi país.

—¿Todo? Como me los tengas que presentar uno por uno vamos listos, si en el mundo hay más chinos que orejas. Yo no me quiero imaginar cómo será el listín telefónico allí.

—Selgio, yo a ti no *entendel* mucho, ¿tú *entendel* a mí?

—Yo no entiendo cómo se puede vivir con esa amarillez, pichita, pero mientras no sea contagiosa, tú hepatitis estás seguro que no tienes, ¿no?

—*Selgio,* yo *pasal contloles* médicos y *estal pelfectamente*.

—Oye, ¿y a Christian cuándo le tocan? Porque ese se mete por la nariz hasta piedra molida, el condenado. A ver si le tocan prontito y lo echan a tomar por saco de aquí.

—*Mila, Selgio*, lo *plimelo* que tienes que *hacel* cuando lleguen mis *complatiotas* es el saludo. *Nosotlos* nos saludamos con una leve inclinación de cabeza.

—Vale, vale, tampoco te creas tú que yo pensaba deslomarme ahí a reverencias, no te jode.

—Y *otla* cosa, nunca se dan besos…

—Así tenéis la cara que tenéis. Entonces, ¿qué hace uno con su mujer? Sudokus, ¿no? Y punto…

—No, Tao *quiele decil* que tú no puedes *saludal a emplesalios* chinos con besos.

—No te jode, ni que yo pensara comerles los morros. Quita, quita, estoy pensando en cómo conseguir la baja para estos por no verlos, cuanto y más acercarme, tú estás majara.

—Vale, vale, *polque* el saludo ha de *sel* distante.

—Distante como que si puedo se lo hago por videoconferencia, tú descuida, pichita. ¿A ti te puedo llamar pichita? Porque mi ángel no quiere que la llame chochete y eso que me sale del corazón.

—¿Qué es pichita, *Selgio*?

—Lo que tú tienes, Tao, una miaja de ná, pero en plan afectuoso, que yo sí que lo soy, no como vosotros, desaboridos.

—Tú llama a mí como *quielas*, *pelo able* bien las *olejas*…

—Menos mal que has dicho las orejas, porque si llegas a decir otra cosa la tenemos, que entre Christian, el Gili y tú me tenéis muy escamado. Yo ya no sé a quién le gusta la carne y a quién el pescado.

—Bueno, sigamos, que tengo mucho que *explicalte*.

—Pues entonces voy por un cafelito, ¿tú quieres uno o lo tienes prohibido? Lo digo porque pareces un niño, no puedes ser más chico, jodido. Lo mismo viene tu madre y me da un susto.

—Mi *madle* falleció *Selgio*, cuando yo era un niño.

—Coño, entonces sí que me voy a acojonar si viene. Qué lástima, ya no me meto más con tu altura, igual te quedaste así del disgusto. Pero no te hagas ilusiones que no te puedo ver de todas maneras, ¿eh? —Saqué mi cruz de Caravaca para obtener un extra de protección, como en los videojuegos…

—Bueno, pues *velás*, los chinos no somos de mucho *hablal, Selgio*, sino más bien de *utilizal* los silencios.

—Pues entonces igualito que yo, pichita, que no hablo por no ofender…

—Tampoco solemos decil que no, por respeto.

—Pues cuidadito con eso porque a mí me viene Nacho Vidal con el mandado en la mano y yo le digo que no antes de que abra el pico, por si luego es tarde. Y se lo digo desde bien lejos, ni el Correcaminos me pilla, vaya…

—*Eles* muy *glacioso Selgio*, *pelo* Tao no *sabel* quién es Nacho Vidal.

—Pues igual cuando te enteres ya es tarde y tienes el ojete moreno que es un primor, aunque en tu caso será el ojete amarillo. Hagamos un trato, por un módico precio yo te aviso si lo veo por aquí.

—Tao se defiende solo, *Selgio*, sabe *altes malciales*…

—Vaya, por Dios, no hay manera de conseguir un plus en esta empresa. Joder, que es por una obra de caridad, que yo tengo que llevar la niña a Eurodisney.

—¿Tú *tenel* una hija, *Selgio*?

—Sí, hijo de la gran China, y nunca mejor dicho. Una hija a la que casi dejo huérfana por tu culpa, no entro yo más en tu despacho…

—¿Y tú *sel* un buen *padle*, *Selgio*?

—¿Yo? El mejor del mundo entero mundial, Tao, no vayamos a perder las amistades tú y yo.

—Eso te *honla*, amigo—Hizo por ponerme el brazo sobre el hombro y, aparte de que casi se tiene que subir en una escalera, de la impresión me dio un calambre que no lo podía mover.

—Ya me has lisiado, chino, en cuanto has entrado en contacto conmigo, es que no se puede soportar, te lo juro que no se puede.

—*Selgio*, ¿qué te ha pasado?

—Que tengo el gafe, que te dije que no me tocaras, ¿por qué tocas? Ahora tendrás que hablar con Kate y decirle que me has lesionado gravemente, que no podré venir a trabajar. Te lo digo en tu idioma para que me entiendas "no *podlé venil* a *tlabajal*".

—Pero ese no es mi idioma, es el tuyo, *Selgio*.

—Y una mierda hablo yo así, que no…

—Descansa un poco si *quieles*, *Selgio*, tenemos muchas más *nolmas* que lepasal.

—Pues me haces un tutorial y me lo envías, yo estoy en peligro de muerte cada vez que me acerco a ti. Me he quedado rígido como un Playmobil, no

puedo mover el hombro.

—Yo puedo *dalte* masaje, conozco técnicas, *Selgio*.

—Tú a mí no me vuelves a tocar o del puñetazo te envío al mismísimo Pekín a que te hartes de pato a la naranja, cojones ya.

Capítulo 15



Salí por la puerta de casa para ir a trabajar el miércoles, ese aciago día en el que llegaban los chinos, y allí que me encontré a María.

—¿Ya has vuelto? Mira qué buenos colores tienes y eso que no has ido al Caribe.

—No tardaré, no te preocupes, Borja y yo lo tenemos proyectado.

—Pues nada, os vais cuando queráis de luna de miel, yo me quedo a la niña.

—No, lo de Praga ha sido algo puntual, la niña se vendrá casi siempre con nosotros.

—Vaya por Dios, ¿a qué has venido aparte de a darme la mañana? Porque tú no sabes el lío que tengo.

—Oye, ¿y esa botella? ¿Y el agua? Y otra cosa, esa camiseta es de Borja —Se le abrieron los ojos como platos.

—Sí, hombre, de Borja dices… De eso nada, esta camiseta es de Guess, ¿no ves que lo pone aquí? —Se lo señalé, pero no coló, claro, cómo iba a colar.

—Te tenía por muchas cosas, Sergio, pero no por un mangante, ¿ese es el ejemplo que quieres darle a nuestra niña?

—No sé de qué me hablas. Y otra cosa, que quien lo está haciendo como el culo es tu novio y toda tu casta, en concreto tu madre.

—Te limpias la boca antes de hablar de ellos, ¿eh?

—Pues va a ser que no, va a ser que estoy harto de ser un cero a la izquierda. A partir de ahora pienso hacer valer mis derechos.

—¿Y qué derechos son esos? No me hagas reír, ¿es hoy el día de los inocentes?

—No, no te hagas la lista, que la cosa no tiene ni una pizca de gracia…

—No, lo que no tiene gracia es que anoche me dijera que de nuevo le estás hablando de llevarla a París, eso es lo que no tiene ni pizca de gracia. Por cosas como esas no te respeto, Sergio.

—Y es que la voy a llevar, ¿qué te crees?

—¿Con qué dinero? Todavía no me has ingresado ni un euro para la Comunión, te lo recuerdo.

—Eso es porque lo estoy reuniendo todo para pasártelo de golpe, tonta, que quiero darte la sorpresa.

—La sorpresa me la darás si me ingresas un euro, porque no sé yo, ¿eh?

—Esta vez lo ingresaré todo, tengo grandes planes para mi vida y esos incluyen a nuestra hija, que lo sepas.

—¿Aparte de que te toque el Euromillón?

—De mí no te burles, y me va a tocar, de una forma o de otra me va a tocar.

—Ya, ya, también sé tus planes de ligarte a tu jefa…

—Ya te ha ido tu novio con el cuento, no tiene guasa ese ni nada. Pues sí, el nuestro es un amor de leyenda.

—No me hagas reír, que me estoy arreglando la boca y tengo molestias.

—¿Más arreglos? Si la tienes perfecta.

—La tengo perfecta porque me la cuido, ahora me van a colocar unas carillas de porcelana que valen tela de caras.

—Ya, ya, pues nada, que te vaya bonito. Yo también me las pienso poner…

—A ti sí que no te hacen falta, tienes una dentadura perfecta.

—Es verdad, lo he tenido siempre todo perfecto, solo que tú no supiste apreciarlo.

—Ya, todo salvo la cabeza. Sergio, me aburres, hace mucho tiempo que me aburres…

—Pues hubo un tiempo que te reías mucho conmigo, no sé cuándo comencé a aburrirte.

—Cuando comprendí que eras un desastre con patas. Si quieres hacer algo bueno por tu hija, ve olvidándola poco a poco, no tengas mucho contacto con ella, y así lograrás que también se vaya desvinculando de ti.

—Un momento, ¿tú has venido hasta aquí para decirme que me olvide de mi hija? ¿Se puede tener menos vergüenza?

—Se puede, tú lo has demostrado, a mí no me vengas con sermones.

—En la puta vida, ¿me entiendes? En la puta vida va nadie a conseguir que yo me olvide de Esther, ya se lo puedes decir al pijo de tu novio y a la harpía de tu madre, ¡corre!

—No sabes lo que dices, tú no lo comprendes, sería lo mejor para Esther, eres un idiota…

—¿Lo mejor para Esther sería que yo me olvidase de ella? Va a ser verdad lo que dice Christian, que los pijos os metéis muchas cosas por la nariz, ¿tú también te has enganchado?

—¿Me estás llamando enganchada? ¿Acaso no me conoces? Yo no tomaría drogas en mi vida, imbécil.

—Pues no, no conozco a la persona que viene a hacerme una propuesta tan ruin. Toma nota del día y de la hora porque pienso abrir mucho los ojos hasta que se me presente la oportunidad de trepar muy alto—le indiqué.

—¿Qué oportunidad, idiota? ¿La de robar el Banco de España? Tú has visto muchos capítulos de “La Casa de Papel”, me parece a mí.

—Y tú has visto demasiadas veces la peli de “Maléfica”, que es en lo que te estás convirtiendo.

—Tú qué vas a decir, tienes que defenderte. Aunque creí que te haría entrar en razón, eres todavía más egoísta de lo que pensaba.

—¡Lárgate, María! Y recuerda que me voy a hacer rico, apunta el día y la hora.

—Vete a la mierda, Sergio, vete a la mismísima mierda.

—En la mierda me has querido hundir tú y te puedo garantizar que no vas a lograrlo, esta vez te has colado. Sé que no soy perfecto, pero también llevas toda la vida actuando como una niña caprichosa. Yo no soy el único que comete errores, tú crees estar por encima del bien y del mal y la vas cagando a cada paso.

—No me hagas reír, Sergio, ¿sabes lo que te digo? Que en pocos meses la vida le dará la razón a quien la lleve.

Capítulo 16



Llegué calentito a mi puesto de trabajo, no se podía llegar más. María se estaba pasando de la raya, se le estaban subiendo tela los humos desde que se había ennoviado con Borja.

Empecé a desear que eso fuera solo un rollito. No de primavera, que esos no los podía soportar, pero sí de otoño.

—Sergio, no sé a qué viene esa cara, pero te advierto de que ya te puedes poner las pilas—me comentó Soraya tal cual entré por la puerta.

—Ya, ya sé de qué va esto, de que el inútil de Sergio no dé la nota, ¿no? Vosotros todavía no sabéis quién soy yo.

—Y se rumorea que nos vamos a quedar con las ganas de conocerte del todo. Te lo digo por tu bien, ¿eh? No te vayas a creer que te tengo inquina ni nada.

—No, con lo bien que me tratas, Sorayita, ¿cómo voy a pensar eso?

—Vale, vale, pero es que a ti no puedo darte demasiadas confianzas, que eres el típico tío al que se le da la mano y te toma hasta el hombro, tienes que comprenderlo—Me miró con cierta pena.

—Oye, yo no quiero inspirarte lástima, ¿eh? Que uno tiene su dignidad, ¿tú qué es lo que has escuchado?

—Que se dice, se comenta y se rumorea que están esperando a que te cumpla el mes de contrato para ponerte en la calle, aunque eso no es algo que te pueda coger de sorpresa, ¿no?

—No, supongo que hoy no me coge de sorpresa nada, si yo te contara. Oye, Soraya, es que vaya manía que me tenéis todos, os habéis propuesto acabar conmigo, ni que fuerais chinos.

—Venga ya, no te quejes tanto, que no hay ningún complot para eso.

—Sería muy discutible.

—Oye, Sergio, que me estás preocupando…

—¿Y eso? No lo entiendo, si vengo de lo más formal, ¿no ves que estoy abatido?

—Justo por eso me estás preocupando, llevas aquí un minuto y todavía no has dicho ningún disparate.

—Muy cierto, no puedo perder mi esencia o habrán ganado ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—Los del complot, ¿es que no lo sabes?

—¿Ves? Ya estás con tus conspiraciones paranoicas, mucho estabas tardando.

—Que no, que tú no lo entiendes. Son cosas reales, cosas que me ocurren todos los días. Ya ha habido un primer intento de asesinato en unos días; el del calambrazo.

—Sabes muy bien que fue un accidente y también se dice, se comenta y se rumorea que estás intentando sacar tajada de eso todavía.

—Porque fue un traguito muy malo y me ha puesto peor de lo mío…

—¿De lo tuyo? A mí no me vengas con cuentos chinos, ¿eh?

—Ya está, ya está, ya te tengo que regar como si fueras un ficus. Y a mí también—La puse perdida de agua bendita y yo igualmente me eché lo mío. Llevaba la botella llena y hasta la cantimplora de refuerzo.

—¿Qué haces, chalado? Mira cómo me has puesto los pelos, ahora parezco la bruja Avería, ¡que a mí se me encrespan!

—Anda ya, tonta, más asalvajada estás más guapa.

—Salvaje va a ser la paliza que te dé yo. O no, voy a hacer algo peor todavía, te voy a dejar con ellos.

Venían… Yo no sabía precisarlo, un ejército de chinos por lo menos y todos con una cara de estreñidos que no podían con ella. Madre del amor hermoso, yo no quería ni pensarlo, con la mala leche que gastaba Daniela cuando no podía ir al baño, no podía imaginarme lo que me harían todos aquellos.

A mí me empezaron a entrar unos temblores muy malos y la sensación de que no sentía las piernas, la mismita que a Rambo, solo que a mí me cogió sin metralleta y sin nada, totalmente indefenso. A punto estuve de irme al despacho de Kate y coger su revólver. Claro que, si estaba ella dentro, lo normal era que me descerrajara un tiro y que ya fuera yo presa directamente de los chinos, que seguro que no tiraba a matar, sino a dejarme moribundo para que me echaran al "pollo" con almendras, creo haberme explicado lo suficiente.

—Ay, Sorayita, que yo me estoy poniendo muy malo—le comenté dándome la vuelta. Necesitaba apoyo moral, esa era una prueba que me

estaba poniendo la vida y algo me decía que no saldría muy bien parado de ella, seguro que no. Cielo santo, qué mal…

—Buenos días, *Selgio*—me dijo Tao que iba la mar de emocionado a la cabeza de aquello que parecía una manifestación, solo que no llevaban pancartas. Normal, con lo chico que era solo le faltaba sujetar una pancarta, no se le verían más que los piececitos.

—Buenos días, pichita. Entra corriendo por lo que más quieras, que no llego al wáter.

—*Selgio, lecuelda* lo que te dije…

Lo que me había dicho y casi me lo graba en un disco para que lo escuche 24/7 es que no se me pasara el saludo, pues ellos podrían tomarlo como una tremenda ofensa. Y el problema es que yo estaba inmóvil, rígido de cabeza a pies. Me recordó a las muchas veces que había fingido no poder moverme para quedarme en la camita calentito en invierno. O fresquito en verano con el aire acondicionado puesto, que todas las estaciones tienen su encanto, yo siempre lo he dicho.

—Si yo lo recuerdo, pichita, es solo que me he quedado cogido. Es de lo mío, no siento las piernas y los riñones es que no puedo doblarlos, será la falta de costumbre.

—*Selgio, pol* lo que tú más *quielas*…

—Si yo quiero, joder, es que no me sale. ¡Ozú, siempre igual! Ya te vale, chino acusica.

—Un *esfuelcito, Selgio*, yo te ayudo, me pongo *detlás* de ti.

—¿Detrás de mí? Inténtalo y no te libra ni la Caridad, palabrita del Niño Jesús… No me fío yo de ti para nada y te vas a ir justo para mi culo, que es un bomboncito y que está sin profanar, ya sabía yo que escondías unas oscuras intenciones. Y como no has podido asesinarme, ahora quieres profanarme el juju.

—¿Qué dices, Sergio? ¿Ya estás dando la nota? Hoy nos despiden a todos por tu culpa, ya lo verás—me soltó Soraya.

—Chochete, si nos despiden será por culpa de tus pelos. Y no me mires así, que yo también me he asustado y mira lo peinado que sigo.

—Yo a ti te mato, Sergio—No hacía más que atusárselos.

—Selgio, ellos *estal desespelándose*—insistía el puñetero del chino.

—Pues yo inclinarme no puedo. Mira que lo estoy intentando, pero el cuerpo no me responde. Tao, qué acojone, mira que si me quedo así de por vida, no podría ni consumar, yo así no quiero vivir, prefiero que me metáis en el menú. Qué tontería, me vais a meter de todas maneras, que yo a esta gente la veo con cara de hambre, ¿qué te has traído? ¿Al reparto completo

de “Golpe en la pequeña China”? Seguro que sí, porque a lo tonto habéis venido a dar un golpe de estado, que os veo las intenciones.

—*Selgio*, la *levelencia*, ¡ya!

—Que no me sale, joder, que se me ha quedado cogido el cuerpo. Puñetas con la presión ya, para la mierda que cobro…

—Yo *ayudal* a ti, *Selgio*.

—Tú no me quieras ayudar tanto, que ya te he visto las intenciones, pichita, ¿te has creído que porque tengas una mijita de *ná* no me iba a enterar? Yo tengo un mecanismo contrastado de detección de julandrones…

—¿Qué *sel* un *julandlón, Selgio*?

—No me hagas darte explicaciones ahora, que no llevo más que cuatro cafés.

—Eso no *sel* bueno *pala* la tensión, *Selgio*.

—No, si ahora la culpa de que me pase algo se la vas a echar al café. Y no que me has traído una piara de chinos que como para pasar lista, íbamos a estar aquí siete años, los mismos que se fue Brad Pitt al Tíbet, que hay gustos que merecen palos…

—Eso era una película, Sergio…

—Ya lo sé, Sorayita, qué lista eres tú, ¿no? Como que si no fuera una peli iba a sobrevivir el gachó allí siete años, si eso está en la China, inculta.

—Que ya lo sé, garrulo, haz la reverencia ya, que te están mirando todos.

—Me están mirando porque traen hambre y no saben si hacerme con almendras o con verduras. Están ahí maquinando. Pichita, a ti ya te vale también, los podrías haber traído desayunados.

—*Selgio*, ellos han desayunado, sí.

—Entonces es que son unos agonías, con el poquito cuerpo que tienen… Vaya por Dios, si es que todo me tiene que pasar a mí. Voy a intentar saludarlos, pero solo para que te los lleves. Y nada de leerme los labios, que el hecho de que lo haga no quiere decir que no suelte muertos por la boca; a patadas los voy a soltar.

—*Selgio*, tú *sel* muy *glacioso*, yo *lepito* a ti.

—¿Ves como no pensáis más que en echarme a la olla? Todavía no me has comido y ya me estás repitiendo. Si es que se te hace la boca agua, lo que tiene uno que aguantar por mil euros de mierda.

—Venga, venga, Sergio, que yo quiero verte—La otra aplaudía, la puñetera, no se le terminaran de poner los pelos a mi gusto.

—Enga, enga, que allá voy. Pero a mí me tenéis que jalear, que esto solo no va a salir, ¿eh?

—¿Qué dices, Sergio? —Sorayita no me terminaba de coger el punto, como si no me entendiera del todo.

—Que me toques las palmas, sosa, vamos a crear ambiente. Y los chinos… No, déjalo, los chinos que no se muevan, que estoy sintiendo más miedo que Pinocho en las Fallas de Valencia, ¿no me veis? Se me ha entumecido el cuerpo, no volveré a funcionar, con lo que yo he sido

Soraya me miraba de reojo, como no creyéndome…

—Que esta vez es de verdad, niñata, que no me puedo mover, ¿no observas mi gesto afligido?

—Sergio, yo es que no puedo…

—¿Qué es lo que no puedes? ¿No ves que el que no puedo soy yo? Otra copiona…

—Yo me meo…—Y debía ser verdad porque la jodida tiró para el baño. No corría nada, bien se notaba que ella no era la que padeció el

entumecimiento.

—*Selgio*, voy a *ayudalte*…

—Por tus muelas, Tao, "Despacito", al estilo Luis Fonsi, que ya he mencionado esa canción porque a mí me gusta mogollón; todo lo que sea despacito, mejor que ligero.

Pues nada, que el jodido del chino me tiró de las manitas y yo noté un crujido, algo se me había roto por dentro. Y el corazón no había sido…

Por suerte tampoco otra cosa, porque muerto de miedo miré hacia atrás y no había ningún chino. Todos los tenía delante, aunque entre los que eran y los nombrecitos, como para pasar lista.

No, el crujido venía de mi cintura, de manera que me quedé como una alcayata.

—*Selgio, incolpólate*, te dije que solo debía *sel* una leve inclinación de cabeza.

—Chino, haz el favor de callarte o te aplaudo en toda la cara. Serás desgraciado, si toda la culpa la has tenido tú… Chiquito, pero matón, a ver quién arregla ahora esto. Y encima la altura tan comprometida, que parece que voy a…

Ya me entendéis, desde la altura a la que me quedé solo veía la cintura de los chinos. Estaba a su meced, a lo que quisieran hacer conmigo, completamente indefenso. Mis peores presagios se estaban cumpliendo y eso que ninguno dio muestras de haberse encaprichado conmigo. Bueno, menos Tao, que me resultó muy sospechoso eso de que quisiera cogerme de las manitas.

—Bueno, pues *lecuelda, Selgio*, ahora nada de besos.

—Me cago en tus muelas, chino, ¿tú te crees que estoy yo para liarme a besitos? ¿Y dónde se los iba a dar, hijo? A ti te gusta mucho un karaoke me parece a mí, pero a mí me dejas, yo de micrófonos no quiero saber nada, ¿eh?

Soraya salió y, cuando vio el plan, de nuevo se marchó corriendo.

—No puedo, no puedo…

—Eso, como tú puedes saltar a lo Chiquito de la Calzada, pues cachondeito de "no *puedor*", no te diera yo a ti…

—¿"No *puedol*"? ¿Se dice así? —me preguntó el otro.

—Chino, que ese era un genio, a ti ni se te ocurra imitarlo porque entonces es cuando Soraya ya se mea.

Capítulo 17



El lunes siguiente yo ya estaba de chinos hasta la coronilla. Y los memos de mis compañeros decían que no, que no habían venido para invadirnos. Esos no sabían ni de la misa la mitad, os lo digo yo.

Cuando veía a mi ángel, a mi Kate, rodeada de todos ellos, notaba un resquemor que me consumía y que venía a traducirse en amor. Con lo feliz que estaba ella en su puesto y esas hienas acabarían con su felicidad. Eso sí, por encima de mi cadáver, puesto que yo estaba dispuesto a luchar con uñas y dientes para que ella siguiera en su puesto.

—Sergio yo es que me meo contigo. Son empresarios, no mafiosos, ¿cuándo te vas a enterar? No quieren ni quitarle el puesto a Kate, ni ponerse ninguna corona de reyes, ni nada que se le parezca.

—Eso será porque no son monárquicos, Sorayita, pero buscan el poder, yo tengo mucho olfato. Por cierto, cacho perra, te has puesto perfume del bueno, ¿eh? ¿Tienes una cita? Ay, Dios, que te han comido el coco, ¿no me digas que vas a salir con Christian?

—¿Con Christian? Qué va…

—Así me gusta, que reconozcas quiénes somos los tíos que merecemos la pena de verdad y no esa babosa con currículum, que no vale ni para estar escondido. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —Ella carraspeó y me percaté del asunto—. Ah, que va a ser que la babosa está detrás…

Me volví cerrando los ojitos y los abrí de golpe, por si se trataba de una aparición y ya se había ido, pero iba a ser que no.

—¿La babosa soy yo; Sergio?

—Yo también me alegro de verte, Christian. Correcto, la babosa eres tú, yo te lo voy a decir en la cara, que aquí no estamos en "Pesadilla en el Paraíso", aunque tela de pesadilla es porque están aquí los chinos todos los días. La culpa es tuya, que los has engreído para que se queden, de aquí a nada tenemos que demandarlos por ocupas, te vas a cagar.

—Quien se cagará serás tú porque te queda un cuarto de hora para que te cumpla el período de prueba. No hay nada que discutir al respecto, lo has suspendido estrepitosamente.

—De eso nada, me lo estás diciendo para joderme y que baje la guardia, cometiendo algún error.

—¿Algún error? Si no has acertado todavía en nada de lo que has hecho, anormal.

—Eso lo dices tú, no se recuerda una bienvenida a los chinos como la que les hice yo, fue todo un éxito.

—¿Tengo que recordarte que a uno le dio un infarto? No se ha ido a criar malvas de milagro, has estado a nada de crear un conflicto internacional.

—Porque tú lo digas lo he creado, va a ser que no, vete a la mierda, Christian.

—Metido en mierda estás tú ya…

Soraya se había ido a… Pues habría ido a retocarse las uñas, que esa era muy lista y no querría que la pusiéramos en el compromiso de tener que tomar partido, aunque el oído bien que lo tendría puesto, que ese le funcionaba perfectamente.

—Un día tendrás que tragarte tus palabras, estirado.

—No lo creo y, en cualquier caso, el resto de los días no. Pero tranquilo, que tú también podrás hablar todo lo que quieras en la cola del paro.

—¿Qué te juegas a que antes te despiden a ti que a mí, listo?

—Ese chiste sí que es bueno, Sergio. Algo tenías que hacer bien. Para tu información, te recuerdo que todo lo que apuestas conmigo lo pierdes, como vas perdiendo la partida con Kate.

—Eso no es verdad, mi ángel de amor solo tiene ojos para mí. Yo veo cómo me mira cada vez que la tengo delante.

—Yo también lo veo…

—Pues eso, que no me quita ojo de encima.

—Eso es verdad, no tiene valor, sabe que eres capaz de liarla pardísima.

—¿Quieres decir que me mira así por mantenerme a raya? Tú lo flipas muchísimo, chaval, no tienes ni idea.

—Idiota, no tengo tiempo que perder contigo. Te mira como diciéndote que un paso más y pide una orden de alejamiento de ti mientras que yo voy ganando terreno, en nada la tendré comiendo de la palma de mi mano.

—¡De eso nada! ¡Kate se ríe conmigo!

—Eso sí que es una trola, Kate no se ríe con nadie…

—También es verdad, ahí me has cogido, pero si tuviera que reírse con alguien sería conmigo.

—De veras que me cuesta trabajo descifrar si eres así de idiota o te lo haces. Kate está por mí, pronto anunciaremos que estamos juntos.

—Y una mierda estáis juntos, tú no la mereces.

—¿Y quién la merece? ¿Tú? Vamos, anda, no me hagas reír, si ni siquiera habláis el mismo idioma.

—Pero eso es porque el inglés es mi asignatura pendiente, ¿y qué? Ella habla castellano que da gusto, la tía.

—No me refería a eso, ignorante, ya me has entendido. Tú no perteneces a su mundo y no vas a pertenecer nunca, métetelo de una vez en la cabeza.

—Tú sí que no tienes ni idea, yo voy a hacer que mi mundo y el suyo sean uno solo…

—Tú te hartas de ver pelis románticas, ¿no es así?

—Igual he visto alguna con Rubí, que le encanta la Julia Roberts.

—¿Quién es Rubí? ¿La prota de una telenovela? —se mofó.

—Qué poca vergüenza tienes, con ella no te metas. Es una vecina, ¿qué pasa?

—Nada, nada, que mejor sigas viendo pelis con ella porque con la jefa no te vas a comer un colín, muerto de hambre, que eres un muerto de hambre.

—Oye, que yo como muy bien, ¿eh? Que Daniela se cuida tela y compra de todo. Y yo, cada vez que abro el frigo, me pongo morado, no como tú, so pijo que seguro que solo comes quinoa y esas mierdas. Un buen potaje es lo que te hace a ti falta, enclenque, que estás enclenque—le dije mientras se iba.

—Pero Sergio, si el tío está macizo—me aseguró Soraya, que llegaba en ese momento.

—¿Y qué? Si te parece se lo digo y luego le pido también salir, ¿no te jode? Tendré que hacerle añicos la moral, ¿es o no es?

—Madre mía, cómo está el patio…

—Tú es que tienes muy poca calle, Sorayita.

—Porque tú lo digas, otro listo…

Capítulo 18



Yo estaba de chinos… Es que no puedo decir hasta dónde estaba de chinos. Era un sinvivir aquello… Y la jefa parecía estar como pez en el agua. Sería muy lista para unas cosas, pero se le estaba yendo el pájaro.

Lo pensaba aquel viernes tarde mientras Soraya recogía.

—¿Tienes planes para el finde, Sorayita?

—¿Me estás tirando los tejos? Mira que tú y yo no llegaríamos juntos ni a la vuelta de la esquina, Sergio.

—Ya sabes que no, es solo por hablar de algo, que solo tengo ojos para mi Kate.

—Ya, y tú estás preocupado, te lo veo en los ojos, ¿es porque ya mismo te cumple el período de prueba?

—Un poco, a lo mejor eso también me preocupa un poco, ¿tú crees que yo he hecho algo para que me echen?

—Sergio, a mí no me tires de la lengua, que luego dirás que te he causado depresión.

—No, va en serio, yo me estoy dejando la piel en este trabajo…

—Chaval, ¿a quién quieres engañar? Tú no te deslomas, no me vengas con cuentos.

—Ya, con cuentos chinos, déjate de gaitas, pues que sepas y entiendas que sí que he hecho grandes esfuerzos, no paro de poner la oreja.

—En eso sí que te doy la razón, que estás peor que "La vieja del visillo", ¿qué esperas oír?

—Yo voy a desentramar la conspiración, tiraré de la manta.

—Me aburres con tus conspiraciones, yo ya me voy. Oye, a ti te pasa algo más, puedes contármelo.

—No sé, es verdad que he visto pasar varias veces a mi ángel de amor con Christian, no se la va a camelar, ¿verdad?

—Por ahí no, a mí no me pidas que te mienta, porque diga lo que diga me voy a sentir mal, yo me voy ya.

Soraya se fue y me dejó allí con mis pensamientos.

Gilberto pasó en aquel momento y era muy listo él, ni se paró ni nada.

—¡Espera, espera, Gili... Gili lo que sea!

—Sabes muy bien que me llamo Gilberto, solo lo dices por joder.

—¿Y tú dónde vas tan corriendo? ¿Qué se sabe de mi sucesión?

—¿Qué sucesión? ¿Ya estás con tus majaderías, Sergio?

—¿Qué sucesión va a ser? La de la corona británica, no te fastidia… La de mi cargo, gilipuertas.

—No te cueles, que te cuelas mucho.

—Ni la mitad de lo que debería, me tenéis en ascuas, esto atenta contra los Derechos Humanos.

—No me hagas hablar, eso está en manos de Kate, tendrías que hablarlo con ella.

—Tú estás escurriendo el bulto, ¿es o no es?

—Déjame, Sergio, paso…

—Tú lo que quieres es irte de fin de semana con la conciencia tranquila, pues te vas a comer un mojón. Si permites que me despidan esta empresa se irá a pique, ¿Gili? ¿Dónde estás?

Ya se había marchado corriendo. Pues nada, allí todos tan felices a comer perdices y a mí… A mí que me dieran por donde amargan los pepinos.

Por si me faltaba algo, bajó Christian.

—Inútil, ¿ha vuelto ya el de mantenimiento?

—Pues no, todavía sigue de baja, para que veas, y el inútil soy yo. Ni un solo día he faltado a mi puesto de trabajo y eso que he estado a las puertas de la muerte en esta empresa, que fui víctima de un atentado internacional, me quiso matar el chino.

—Lástima que no lo consiguiera. Pues ve cagando leches al despacho de Kate.

—¿Te ha dicho que quiere verme? Si yo es que lo sabía, ella tenía que reaccionar, de veras que lo sabía.

—Gilipollas, que no le va el picaporte de la puerta, ¡corre! —Dio una palmada en el aire.

—A mí no me vengas con esos aires, que yo bajo presión no funciono, ¿eh?

Salí corriendo hacia el ascensor porque mi amada me necesitaba. Lo primero que hice fue esparcir un poco de agua bendita por si se habían bajado los chinos en él.

Llegué hasta su puerta y me atusé el pelo. Con el agua bendita que me había caído iba la mar de fresquito y con los Smint que chupé por si había beso ya es que era el frescor hecho persona.

—A las buenas tardes casi noches ya, jefa, ¿cómo puedes estar aquí todavía?

—¿Tú? ¿No había nadie más por ahí?

—Venga ya, tontuela, no disimules, si no queda ya nadie en todo el edificio, dime la verdad, ¿querías verme? No te podías aguantar hasta el lunes, ¿eh? Si es que a mí me pasa a lo mismo. Verás, me da alegría que lleguen los viernes porque muchos veo a mi niña, bueno, a nuestra niña, que no me preguntas por ella ni nada, ¿eh? Te gusta tela hacerte la dura, pero por lo demás es que te echo de menos.

—Perdona, ¿tú eres imbécil?

—Yo no, pero si necesitas uno, yo llamo ahora mismo a Christian, seguro que todavía no se ha ido en su cochazo, ese necesita media hora para peinarse antes de arrancar. No es que yo lo vigile ni nada, pero podría decirte hasta el número de pie que calza.

—Idiota, que eres idiota.

—Vale, admitimos pulpo, pero solo si a él le llamas imbécil, ¿qué le pasa a la puerta? —Sin más, en un arranque de los míos, la cerré.

—¿Qué has hecho, descerebrado? Ahora no podrás abrirla.

—Mira que te gusta hacerme sufrir, pichoncita mía, ¿pichoncita te puedo llamar?

—No, si no quieres que saque el arma…

—Ay, puñetas, se me había olvidado el puñetero revólver. Tranquila, jefa, que todo tiene solución menos la muerte, ya verás como le doy yo un tironcito y esto abre estupendamente.

Se lo di, sí, y como quise hacerme el machito delante de ella fue realmente un tirón de los gordos, tanto que me quedé con el picaporte en la mano.

—Ole, el tío, y luego dicen que no sirvo para nada, me lo traje…

—¿Qué has hecho? —me preguntó encolerizada.

—Traerme el picaporte, con dos cojones, ¿has visto una cosa igual en tu vida?

—Desde luego que no, inútil…

—¿Tenéis un psicólogo que os ha dicho a todos que me utilicéis como saco de boxeo? Porque yo te juro por lo más sagrado que no lo entiendo, todo el día ofendiendo.

—Es que yo tengo una cena, me tengo que ir…

—Y yo también tengo una cena, no te creas que me alimento del aire. No sé cuál será, pero la tengo. La que haya comprado Daniela…

—Idiota, me refiero a una cena importante.

—Ah, perdona, que la mía es una cena de mindundi, menos mal que no me lo prohíbes, que parece que todavía tengo derecho a comer, a hablar no, pero a comer, sí. Perdone, Su Majestad—le hice una reverencia y, por fin, le vi un atisbo de sonrisa.

—Más tonto…

—Ya, ya, no te vayas a poner mala, ya puedes ponerte seria otra vez, pero qué me ha gustado verte sonreír, jodida.

—Yo no puedo haber sonreído.

—Eso creía yo también, que no te iban los músculos de los cachetes, pero resulta que sí te van. Tus ojos me preocupan más, no veas si lo tienes rojos, te vas a tener que echar Vispring a cubos para dar una imagen menos estresada. La culpa es del ordenador, tanta pantalla es malísima.

—La culpa es tuya, que me haces montar en cólera.

—¿Y quién es "Cólera"? ¿Tienes un caballo? Y después dirás que no vives bien, puñetera, si estás forrada, me tienes que contar el secreto de tu éxito, que yo también quiero forrarme. O directamente nos casamos en gananciales y doy el braguetazo, como tú quieras.

—Anda, no me hagas reír…

—Si te ríes ya me vuelvo loco, eso es que lo descarto por completo, pero si fuera capaz de hacerte reír…

—Venga ya, déjate de tontunas y arregla eso, ya te he dicho que es una cena muy importante.

—Ya, ya, bueno, veré lo que puedo hacer.

Comencé a hacerme el interesante, como si yo supiera cómo arreglar el picaporte. Con lo modernas que eran allí las puertas se necesitaba hacer un máster para arreglar una. No obstante, traté de hacerme lo que no era, el mañoso. Y el resultado fue que me pillé un dedo…

—Yo es que me cago en la…

El picaporte salió volando, menudo pellizco que me había arreado, poco más y pierdo un dedo. Vale, vale, he exagerado un poquillo, que si llego a perder un dedo me tienen que dar una indemnización que me compro una casa al lado de la de Bill Gates.

—¿Y ahora qué pasa? —Se hizo la oscuridad total, qué romántico…

—Parece que le he dado al cuadro de luces, ha sido sin querer—Había lanzado el picaporte con todas mis fuerzas y no pude tener peor pata. Según se mirase, eso sí, porque fue la misma caña el estar allí con ella a oscuritas.

—Imbécil, ¿qué has hecho?

—Sin insultar, ¿eh? Que tú y yo vamos a estar aquí muy a gustito hasta que vengan a rescatarnos. Yo te voy a enseñar fotos de la niña para que te vayas familiarizando con ella. Será energúmena María, ¿pues no dice que quiere que me olvide de ella?

Por un momento se hizo también el silencio y me escamó. Yo no estaba acostumbrado a que Kate pasase más de un minuto sin insultarme y me temí lo peor.

—Ángel de amor, ¿estás ahí? Ven que te abrazo, tú no sientas miedo, chochete, que aquí está el tío. Oye, borro lo de chochete, que seguro que alegas que no veías y tiras a matar.

—¿Quién es María? —me preguntó en buen tono y eso sí que me escamó.

—María es la madre de nuestra Esther, la novia del pijo que empujaba el coche.

—¿Y no te deja ver a la niña?

Yo estaba emocionadito perdido, ya no chillaba, se estaba apiadando de mí, ¿sería la calma que precede a la tempestad? Pues como fuera así me quedaba una buena, no me iba a dar nada…

—Sí, cuando le conviene para estar de luna de miel con el carajote del Borja, pero poco más. Luego se hace la digna y entonces ya el padre no le vale. Ella quisiera que el padre fuera el pijo, que solo le falta ponerle sus apellidos, pero va lista…

—Te entiendo—afirmó y me tuve que sentar en el suelo porque palpé y no encontré ninguna silla.

—Mujer, estas cosas se avisan, ¿has dicho que me entiendes? No estoy yo acostumbrado, me he llevado un susto…

—Te entiendo, yo también tengo un hijo—Lo mejor es que se sentó a mi lado y yo me quedé… Decir que me quedé como quien se tragó el cazo sería poco, el corazón me bombeaba a toda pastilla.

—¿Qué dices? Qué calladito te lo tenías, ¿y cómo no me has dicho de ir al parque juntos? Si van a ser hermanitos, ¿tú qué haces mañana por la mañana?

—Peter vive en Londres con su padre, tiene cuatro años.

—¿En Londres? ¿Y qué se le ha perdido a esa criatura tan lejos de su madre? Mi niña se va a volver loca, por fin tiene un hermano…

—No bromees sobre esto, te lo pido por favor. Es un tema muy espinoso.

—Y tan espinoso… Vale, vale, ¿por qué no vives con tu hijo?

—Porque yo antepuse el trabajo a mi vida familiar y mi ex me convenció de que con él estaría mejor, que yo trabajaba demasiado. Y lo peor es que le

di la razón… Y con la razón, la custodia. Yo no tenía demasiado instinto maternal cuando Peter nació, esa es la realidad. Lo hizo por casualidad…

—Por casualidad no sería que alguna guarrerida española harías tú con su padre para eso. Vaya, en vuestro caso sería una guarrerida inglesa, pero tanto monta, monta tanto.

—Ya, tú me entiendes… El caso es que ahora, que estoy en lo más alto de mi carrera, echo mucho de menos lo que tenía.

Yo comprendí de repente por qué tenía siempre esa cara de solo comer acelgas rehogadas, como que la pobre estaba amargadita.

—¿Echas de menos también a su padre? —Cerré los ojos y eso que estábamos a oscuras, pero es que me daba miedo que la respuesta fuese afirmativa.

—¿A John? No, para nada. Lo nuestro ya estaba totalmente roto, a quien echo de menos es a Peter. Lo veo poco, siempre estoy trabajando, solo disfruto de él en vacaciones y eso…

—Eso es una misma mierda, yo también echo mucho de menos a mi niña y la veo todas las semanas. No me puedo ni imaginar lo que es…

—¿Has telefoneado a alguien? —me preguntó, cambiando el tercio.

—Como no sea por señales de humo, yo me estoy quedando sin batería— Corrí a ponerlo en silencio dentro de mi bolsillo, no quería que aquel ratito acabase.

—Llamaremos desde el mío…

—Pero que tampoco hay prisa, ¿eh? Nos podemos quedar aquí hasta el lunes por la mañana.

—Qué cosas dices, de verdad…

—Si te hago reír otra vez soy capaz, yo qué sé, chiquilla, soy capaz de cualquier cosa.

—¿Chiquilla? ¿Me has llamado chiquilla? Nunca nadie me había llamado así.

—Ni tampoco chochete, es que yo soy muy original, solo que tú no lo sabes. Te invito mañana a cenar y te cuento más cosas de mí, para que me vayas conociendo. Te lo vas a pasar muy bien, ya lo verás…

—No, en serio, ¿cuánto van a tardar en sacarnos de aquí?

—Cualquiera que te escuche pensará que te estoy torturando, ni que esto fuera un suplicio chino, mujer.

—Sí que lo es, tú no lo entiendes…

—Ya, ya, yo sí que lo entiendo, que te da cosa de estar aquí con un pobre por si se te pega algo.

En esas llamaron a la puerta y la voz que sonó me era muy familiar.

—¿Estás bien, Kate?

—Estoy con Sergio, el conserje, Christian.

—Joder, entonces no estás bien, ¿te ha hecho algo ese tarado?

—Sí, la he hecho reír, a ver si tú tienes huevos para hacer lo mismo—le solté y me quedé en la gloria.

—Llamaré ahora mismo a la policía…

—¿Qué dices de la policía? Llama a un cerrajero, por favor, sabes que tenemos cena con los chinos y es importante, ya se van en unos días.

—¿Ya se van? Tendrías que haber empezado por ahí, criatura, qué alegría más grande me acabas de dar. Mira, pon el dedito aquí, es una lágrima, ¿lo ves? Yo es que soy un hombre muy sensible, de los que puede hacer feliz a una mujer, y no como otros.

—Te estoy escuchando, Sergio, estás jugando sucio y no te valdrá de nada.

—¿De qué habláis? —me preguntó ella.

—Este, que dice que te tendrá comiendo de la palma de tu mano cuando quiera, jefa, ¿es para meterle o no es para meterle?

—No le hagas caso, Kate, es él quien dice esas barbaridades, ¿tú me crees capaz de decir una cosa así?

—Kate, lo es, parece un corderito, pero es un lobo, te lo digo yo, que tengo toda la credibilidad del mundo, porque tú me crees, ¿no? Habla mujer, que no puedo verte. O mejor todavía, si estás de acuerdo con lo que te digo, dame un besito en este cachete.

Me quedé esperando y no, no fue ningún besito el que recibí. En su lugar, noté un escozor y es que el manotazo fue chico.

—Eso para que no inventes más, te lo pido por favor.

—Claro que sí, que no se diga que tú no pides las cosas con educación. Cuidado con el guantazo que me ha dado la tía, qué dolor. Tú, llama, sí, que como saque el látigo me va a poner a caldo, que te dé a ti, que yo ya me he llevado lo mío—le pedí.

El otro hizo sus pesquisas y movió el culo. Durante los escasos quince minutos que tardó en llegar el cerrajero, no paró de hacerle la rosca.

—Kate, ¿estás bien? Recuerda lo que te comenté de la respiración, tienes mucho estrés.

—¿Y qué le tienes tú que comentar? ¿Eres psicólogo o algo también? Calla, calla, que con la *pechá* de títulos que tenéis todos, seguro que sí. La madre que parió al demonio, me tendré que poner las pilas.

Lo que de veras me dio coraje, lo que no me dejó dormir esa noche, fue que cuando se abrió la puerta él se fue directo para mi ángel y mi ángel… Mi ángel se dejó abrazar, por lo que me quedé con toda la cara partida.

—Ea, pues nada, que tengáis buena noche… Cada uno por su lado, ¿eh? Que dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición, jefa, y este tiene unas mañas muy feas. Tú no me creas, ya vendrás a pedirme perdón. Ahí donde lo ves, con la cara de tonto que me lleva, este tiene una guasa que no se puede aguantar. No un arte como yo, no, este tiene guasa y malas ideas a punta de pala.

Capítulo 19



El sábado por la mañana ya estaba yo a por mi Esther. Antes de salir, tuve un pequeño rifirrafe con Daniela, que estaba que no había quien la soportase, solo le faltó arañarme.

—Que te digo yo que había dejado aquí en la encimera veinte euros para el butanero, Sergio.

—Niña, ¿y desde cuándo le pagas tú al butanero para que te haga un favor? Si te toda la vida de Dios lo han hecho gratis, se están perdiendo las buenas costumbres. La culpa la tenéis la gente joven.

—Mira, Sergio, no te columpies que te columpias mucho, sabes perfectamente que ese dinero estaba aquí, tienes que haberlo cogido tú.

—Sí, hombre, a mí que me registren. Y a ver si aprendes a ligar, que eso de pagar por sexo está muy feo. Yo a la jefa la tengo loquita, anoche vivimos unos momentos increíbles a oscuras.

—Ya, ya, a oscuras… En tus mejores sueños, como si no te conociera.

—Mala lengua, a oscuras fue, sí. Unas confidencias que no te imaginas, me contó que mi niña tiene un hermanito.

—¿Eso cómo va a ser? ¿Has hecho otro niño por ahí y ni lo sabes? ¿Es que ella conoce a la madre?

—Qué imaginación tienes. Y luego dices de mí, que no, niña, que es ella quien tiene un hijo y que va a ser hermanito de mi Esther, vamos a crear una familia numerosa.

—Mira, con ella mejor que con nadie, porque como tuvieras que mantenerla tú, a la familia numerosa, yo es que me meo.

—Pues que sepas que no paro de tentar a la suerte y me va a favorecer, lo del Euromillón está al caer.

—Claro que sí, y ahora me dirás que esta semana te han tocado veinte napos, ya puedes soltar el billete o te registro hasta los calzoncillos.

—No se puede ser más roñosa—lo saqué.

—Si es que lo sabía, no me falla la intuición ni una vez.

—¿De verdad vas a tener la mala baba de quedarte con lo único que tengo para alimentar a tu sobrina este finde?

—Pero si es mío, cómo con lo único que tienes, me lo has mangado.

—Somos hermanos, ese tipo de delitos no se pueden dar en el ámbito familiar, ¿no?

—¿Y el de asesinato? ¿Ese se puede dar?

—Ese me parece que sí, yo me voy ya. Dame diez, aunque sea, ¿no?

—Es que eres horroroso…

—Joder, Esther, que es para alimentar a tu sobrina.

—Pero que mi sobrina puede comer aquí, que hay de todo en el frigo.

—Es verdad y es raro porque mira que tú comes, que eres un pocito hondo.

Ahí sí que me miró con cara de asesina porque quien le daba bien al tema de la comida era yo… Normal, apenas podía pimplar por falta de recursos, algún vicio debía tener aparte del sexo. Sí, una cosa no quita la otra y yo seguía yendo de vez a cuando a visitar a mi Rubí, que era una piedra preciosa, como su propio nombre indicaba.

Eso sí, con ella era solo sexo, porque mi capacidad amatoria estaba totalmente concentrada en una sola personita que no era otra que mi ángel de amor, mi Kate, a quien le había entregado mi corazón.

Salí de casa y me fui a buscar a mi Esther. Aunque había una tirada, ese día me fui andando, que no quería vivir otro numerito bochornoso con el coche.

Llamé a la puerta de la casa y me abrió Borja, cómo no…

—Tío, bonita camiseta.

Cualquiera puede sufrir un fallo logístico y a mí me pasó, llevaba la misma camiseta que cuando vi a María.

—Preciosa, uno que tiene buen gusto, ¿sale ya mi niña?

—Tendrás jeta, esa camiseta es mía.

—Otro con la misma cantinela; que ya se lo dije a ella, que no, puñetas que es de Guess, ¿tanta carrera y no sabes leer?

—Eres un sinvergüenza, no mereces a tu hija. El día que se dé cuenta del tipo de padre que tiene la verás sufrir, ¿es eso lo que quieres?

No pude más, era una provocación detrás de otra, por lo que lo cogí por la pechera.

—Cuidadito con lo que dices, que tú serás muy chef, pero la ensalada de puño te la sirvo yo hoy y te la comes enterita.

—¿Has venido a amenazarme a mi casa?

—Yo he venido a por mi hija, pero ya que lo mencionas, sí; he venido a amenazarte y a cagarme en tus muelas porque ya me tienes muy harto tú también, ¿qué es eso de que yo me olvide de mi hija? ¿Eres tú quien se lo ha metido en la cabeza?

—Por supuesto, porque María tiene que abrir los ojos; un padre como tú no le interesa a tu hija, es que no le interesa absolutamente nada. Eres una calamidad y lo mejor que podrías hacer por tu hija es esfumarte.

Se lo comió, no lo pude remediar. Me provocó lo suficiente como para darle un puñetazo en la nariz que un poco más y lo convierto en “Chef Chato”.

—¿Qué está pasando aquí? —María salió como una furia.

—Que este anormal ha venido a increparme y encima me ha partido la nariz, yo creo que me la ha partido.

—De eso nada, que crujir no ha crujido, pero si quieres te la parto para que hables con razón. Con lo que le vais a dar al pico de todos modos, más me valdría.

—¡Yo te mato! —El pijo se me tiró encima y sí, casi me mata, no lo voy a negar. Los dos primeros derechazos que lanzó me los comí y sentí que la cabeza se me iba. Menos mal que mi niña se estaba vistiendo y no vio aquella escena… Ni esa ni tampoco la de que me sacaran esposado de la casa de su madre.

La única satisfacción, eso sí, fue que no me detuvieron a mí solo, sino también al pijo. Y al calabozo juntos que fuimos a parar.

—Esto ha sido por tu culpa, no nos das más que problemas, imbécil.

—Tú cállate que todavía te meto otra vez—lo amenacé.

—Si te has llevado la del pulpo, ¿a quién quieres engañar?

—Porque yo no he querido abusar, no como tú, que eres un abusón. Y ahora cállate, que me duele la cabeza.

—Y más que te va a doler porque ahora sí que te la has cargado. Me voy a asegurar de que te quedes sin tu hija.

—Me parece bien, ¿el seguro de los muertos lo tienes al día? Porque ese será el primero que necesites.

—Imbécil, tú no sabes con quién te la estás jugando. Cuando te quieras dar cuenta no te quedará nada por lo que luchar, aunque tú de luchar no es que sepas mucho, a la vista está.

—Todo me pasa por bueno, la próxima vez te engancho en condiciones y se te quitan las ganas de cachondeo, que lo único que sabes es ir de farol.

—¿De farol? ¿Yo voy de farol?

El policía que daba vueltas por allí nos miró con cara de pocos amigos.

—¿Todavía no habéis tenido suficiente?

—Se ve que este no, agente. Él es que es chef y de muy buen comer, se ha quedado con hambre, ¿me presta la porra? Es que a mí lo de que la gente se quede a medias no me va mucho, la verdad.

—Désela, agente, y ya le diré por dónde se la meto.

—Es que tiene unas costumbres muy raras, es el novio pijo de mi ex.

—¿Y todo esto ha sido por una mujer? Pasa ya página, hombre, será por mujeres…

—Eso ya lo sé yo, si vuelvo a estar locamente enamorado, ahora de mi jefa.

—¿De tu jefa? Eso es más chungo, yo tengo una superiora que está más buena que el pan, pero tiene un carácter…

—Y la mía también, yo es que la veo moliéndome a palos, y más me pone…

—¿Lo ve, agente? Por eso le he dado yo, porque le gusta.

—Tú cállate, so pijo, que te acabas de subir al carro, eso no lo sabías.

—Oye, ¿y te hace caso, la mujer?

—Ya te están entrando las ganas de saber, ¿eh? Tú sácame de aquí y te lo cuento todo. Y a este que le den—Lo comencé a tutear, ya había confianza.

—Eso no lo puede hacer, es un agente de la autoridad. Y, además, que tú no le caes en gracia.

—Oleeee, oleee, tú calla, pijo.

Pues claro que le caí en gracia, como a todo el mundo. Incluso me dio la mitad de su bocadillo y una Coca Cola fresquita, que tenía el buche seco

como el esparto.

—Pues mira, tú lo que tienes que hacer para metértela en el bolsillo es ser tú mismo, como hago yo. Mira que hay pijos en mi empresa, y mira que tiene guasa el tal Christian, que es peor que el ruina este de ahí dentro, el Borjita, que por cierto, no para de poner la oreja. Este se quiere enterar de todo, ¿no lo puedes llevar a una celda de castigo o algo? Es que me está mirando mal y temo que se me indigeste el bocata.

—Miraré lo que puedo hacer. Yo lo que quiero es que me cuentes lo de tu jefa, pero ¿ha habido ya tema o no ha habido tema?

—Todavía no, pero está al caer. Esas cosas se notan en el ambiente y yo ya las estoy notando.

—Este imbécil no nota nada, es un pringado.

—¿Un pringado vas a decir? ¿Un pringado llevaría una camiseta Guess como esta? —Lo provoqué a tutiplén porque tenía la sartén por el mango.

—Pues es verdad, amigo, menuda camiseta… Se nota que eres un hombre de éxito.

—Lo soy, lo soy, no es por nada, pero lo soy. Y las tengo a pares.

—¿Esta es una de ellas? —me preguntó porque acababa de entrar Daniela, muy contenta no se la veía, la verdad.

—Tira, que ya he pagado tu fianza. Tira que no sé lo que te hago.

—Qué va, amigo, esta es mi hermana. Tiene unos humos, es que ya se lo decía yo a mis padres que no se puede mimar tanto a la chica, que luego salen como salen.

—¿Encima me vas a despellejar? Yo comienzo a darte collejas aquí y no paro hasta que lleguemos a casa. Qué harta me tienes, Sergio, qué harta me tienes.

—No seas tan dura, mujer, si es un triunfador—le decía Borja, animándola.

—Y tú te callas, que te voy a decir una cosa… Mi hermano no será un triunfador, pero con él solo me meto yo. Y otra cosa te voy a decir, so pijo, que a su niña la quiere con locura así que, la próxima vez que quieras discutir con alguien sobre la custodia de Esther, me buscas a mí, que te voy a recibir a tiros. No vas a tener fogones debajo de los que esconderte.

Me quedé helado porque era la primera vez que escuchaba a Daniela defenderme así. A ella, que le sobraban los motivos para ponerme a parir y, sin embargo, se le llenó la boca hablándole bien de mí.

El tal Borja no dijo ni mu, se ve que entendió el mensaje, eso sí. Por lo demás, el fin de semana fue un poco raro y tristón porque no pude ver a Esther, su madre se excusó en lo que había pasado para que la niña no viniese.

Además, que yo tenía un buen moratón en el ojo y hasta un chocazo en la frente, que el tío me había enganchado bien, la madre que lo parió. En cualquier caso, y cara a mi otro amor, a mi Kate, lo que me dolía era el orgullo, porque no sabía lo que le diría cuando la viera el lunes. Ahora que habíamos comenzado a intimar y me ponía la cara como un mapa, no le dieran a Borja lo que yo me sé.

Capítulo 20



Me planté en la oficina con unas gafas de sol y una gorra, parecía un *skater* camorrista, una mezcla muy rara.

—¿De qué vas vestido? —me preguntó Soraya.

—Menos coña que he vivido un altercado muy fuerte este fin de semana; he estado entre la vida y la muerte.

—¿Otra vez? Madre mía, pues sí que le miras la cara a la muerte veces, tenías que haber sido legionario.

—Sí, hombre, para eso tengo yo las rodillas, para estar todo el día corriendo por el campo. Yo las rodillas solo las doblaré para hacerle un favorcito a la jefa, que ya está más cerca el momento.

—La que se va a liar, la que se va a liar—murmuró Martita, que también estaba por allí.

—¿Y eso? ¿Por fin te van a poner los ojos derechos? Tú no le temas a los cambios, tonta, que va a ser por tu bien.

—Idiota, calla, que no es por eso—murmuró Soraya mientras la otra se quedó pillada.

—Y entonces, ¿por qué es?

—Es por lo que has dicho de la jefa, que todos sabemos que estás que no cagas con ella.

—Ya, porque no he querido ser discreto. Yo cuando amo, amo… y por eso he querido proclamar mi amor a los cuatro vientos.

—Pues hay otro que debe haber chillado más, porque ella ha llegado de lo más acaramelada con Christian esta mañana. Como no te des prisa, le pone un pedrolo en la mano que ni el Íñigo Onieva a la Tamarita Falcó.

—Ni los nombres, qué tragedia, lo que estará sufriendo esa pobre niña. Yo la entiendo porque a mí me acabas de clavar un puñal en el corazón. Dile al Giliberto que hoy no puedo trabajar.

—Soy Gilberto, ya lo sabes y corre a soltar esa gorra y te pones la de conserje, que parece que vas de tronista a “Mujeres, Hombres y Viceversa”.

—¿Estabas escuchando? Qué tensión laboral…

—Y te quitas también las gafas—Tiró de ellas.

—Las gafas me las dejas, que son mías.

—Que no, que no puedes trabajar con gafas de sol, que a los chinos no les gustará.

—¿Esos van a tener valor de hablar cuando siguen conspirando todo el día? Yo creía que habían fletado un avión y que ya estaban en Pekín poniéndose hasta el culo de arroz tres delicias.

—No, tus delicias van a hacer, porque todavía se quedan hasta el fin de semana.

—No se me va a hacer largo ni nada, es que no hay derecho.

—Solo son cinco días, solo cinco—murmuró Soraya.

—Tú lo que estás buscando es la rima y no, que no tengo ganas de cachondeo.

—Que te quites las gafas, haz el favor—Tiró de ellas el tío pesado y sí, me vieron el ojo a la virulé.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Soraya.

—Que ha llamado gilipuertas a otro con menos paciencia que yo y le ha dado la del pulpo…

—Eso son meras especulaciones, Giliberto, no es verdad.

—Y entonces, ¿cuál es la verdad?

—La verdad es que como me pagáis una misma mierda, me he tenido que buscar las papas para poder comer. Y me he metido a boxeador en mis ratos libres.

—¿Qué dices? Si la jefa también boxea, por fin tendréis un punto en común, lástima que ahora parece que ya está cogida—murmuró Soraya.

—¿También boxea? No, yo es que soy novato, ¿eh? No vayamos a liar la pita más.

Solo faltaba que me enganchara también la jefa y me diera hasta en el cielo de la boca, que mi ángel muy dulce y muy todo, pero era muy capaz de eso y de más.

—Mira, por ahí viene la pareja de tortolitos…

—Me estáis engañando, todo esto es para hacerme más fuerte y no me hace ni puta falta, a mí lo que me faltan son ganas de trabajar, pero hasta

ahí.

La cara de satisfacción de Christian era para enmarcarla. Ese no se quería bien, yo no podía ni verlo, qué asquito le estaba cogiendo.

—Buenos días para todos, o para casi todos—dijo con retintín.

—Eso, buenos días—añadió ella, quien parecía más contenta que de costumbre.

Le había echado tres polvos y me la había contentado. No hay derecho, pero así había sido eso, unos cuantos polvos a traición… Ese no me ganaría la guerra, solo se había llevado una buena alegría para el cuerpo en la primera batalla, pero las siguientes las ganaría yo.

—Kate quiere comentaros algo, tenemos un anuncio que haceros—prosiguió él.

—Pues deja a la muchacha que diga lo que quiera, que a ella le sobra boca para hablar, menuda lengüita tiene—le indiqué.

—Lo que quiero anunciaros es que el acuerdo con la empresa china es un éxito. Daremos una fiesta el viernes por la noche a la que estáis todos invitados. Hemos trabajado en equipo y tengo que agradeceros al máximo vuestra colaboración.

—Ay, Dios, quién se ha querido morir—Soraya cogió hasta un pañuelo de papel para secarse las lágrimas, no se esperaba esas palabras por parte de la jefa.

—Pero trabajar que hemos tenido que trabajar. Y gastar, chochete… Vaya, perdón por lo de chochete, jefa. A mí es que me debes cuatro kilos de ajos de las ristras y lo menos diez botellas de agua bendita.

—Si el agua la cogías gratis de la iglesia—intervino Marta.

—Qué graciosa la niña, pues ya no le pido más al Altísimo que se te queden los ojos quietos, se acabaron las visitas a la iglesia, que yo no soy ningún capillita.

—Pues yo conozco a dos que igual no tardan demasiado en pasar por ella, ¿verdad, Kate? —le soltó el otro a mi ángel.

—Lo estás diciendo para joderme, paso.

—No, lo estoy diciendo porque nada me haría más feliz—Le cogió la mano en ese momento y ella se dejó hacer.

Parecía más calmada y sosegada, eso seguro. No voy a decir que fuera la viva imagen de la felicidad porque mi ángel de amor la felicidad se la guardaba un poco para ella, pero nos dedicó una sonrisa a todos.

Estaba, había que reconocerlo, a un pasito de sentirse feliz, sí.

Capítulo 21



Los días se iban sucediendo y yo estaba que trinaba. El malparido de Christian se la estaba camelando.

—¿Vas a reconocer ya mi extrema superioridad o esperarás al día que me case con ella para hacerlo? —me preguntó mientras echábamos una meadita, para qué voy a adornarlo.

—Perdona, ¿y con eso que tienes ahí dices que te vas a casar con ella? Deja que se gradúe la vista, la patada que te dará será chica—dije lo de "chica" con retintín y él corrió a guardársela.

—Oye, ¿por qué no te das ya por vencido de una puñetera vez? Eres un perdedor de mierda, no pasa nada porque lo asumas.

—¿A quién llamas perdedor?

—A ti, ¿o es que crees que me he creído en algún momento eso de que ahora boxeas?

—Y a mí qué más me da lo que tú te creas, pues anda que sí, no te jode…

—Yo la voy a hacer feliz, cosa que tú no puedes ni soñar.

—¿Contigo va a ser feliz? No me hagas reír, ya sabía yo que no, pero visto lo visto—me mofé un poquillo más, ya que él no perdía ocasión de hacer lo mismo conmigo.

—Mira, campeón, antes de lo que te crees le habré puesto un anillo de compromiso en el dedo.

—¿En el mismo dedo de hacer las peinetas? Porque te hará una en cuanto abra los ojos. La tienes engañada y la culpa es también de los chinos, que ya no los abre para ir a juego con ellos.

—Muy gracioso, ella sabe perfectamente que soy un hombre que da la talla, de ahí que me la haya ganado en un pis pas. Unas cuantas palabritas dulces, un par de buenos meneos y la tengo loquita.

—¿Meneos? Se lo habrás metido a oscuras, el extintor de incendios, digo, porque para estar tan contenta has hecho trampas fijo.

—En lo único en lo que has acertado es en que nos gustan los juegos morbosos en la oscuridad, cuando solo hablan los sentidos…

—Anda, que se me va a meter a poeta erótico, ahórrame los detalles, que te jodan.

Me fui porque no lo podía soportar. Él sabía que en ese momento sí tenía el poder de hacerme daño porque disfrutaba del cuerpo de mi ángel, que cuerpo tenía por muy ángel que fuera. Y qué cuerpo…

Era jueves por la tarde y estábamos a un día de la fiesta. Yo también tenía la espada de Damocles encima porque entre pitos y flautas me faltaban dos telediarios para que se cumpliera el plazo de mi mes de prueba. Y el potaje se me estaba agriando un poquillo, las cosas como son.

En un intento loco, arrebatadoramente loco, de los normales en mí, vaya, me fui para su despacho y sí, ese día entré sin llamar.

—No me crees, pero no puede ser, no puedes ser su novia, se está quedando contigo, no hace más que burlarse de ti.

—¿Otra vez me vienes con esas? Vuelve a entrar en este despacho de esa forma y sales de aquí con los pies por delante.

—Como si me quieres coser a tiros, a mí me da igual. Yo te lo tengo que contar.

—Ya me dijo Christian que vendrías, sé que eres una persona problemática, te encaras con cualquiera.

—¿Yo problemático? ¿Qué me estás contando, chochete? Luego no quieres que te diga chochete, pero es que se me va la lengua, no hay derecho…

—Te hablo de la pelea del fin de semana, eres un hombre posesivo y por eso te has pegado con la actual pareja de tu ex.

—Un momento, un momento, ¿de manera que todavía no has querido ni conocer a nuestra niña y te permites el lujo de ponerme un detective privado? Las relaciones no se crean así, Kate, tienen que partir de la base de la confianza, ¿eh?

—¿Qué detective privado? Christian lo supo y me previno. También me dijo que volverías a tratar de estropear lo nuestro. Tú necesitas ayuda, Sergio.

—Tú sí que vas a necesitar ayuda cuando ese termine contigo. Que sepas que no sé lo que planea, pero algo planea. Si supieras cómo habla de ti cuando no estás delante se te caería la puñetera venda esa que el pijo te ha puesto en los ojos.

—No lo intentes más, le tienes inquina desde el primer día porque él ocupa el puesto que tú querrías ocupar y, ahora, para colmo, está con la persona con la que tú quisieras estar.

—¡Stop! Te lo he dicho en tu idioma para que me comprendieras mejor, yo no soy un farsante que va diciendo por ahí lo que no es, yo no me invento nada.

—¿No? ¿Y qué pasó al principio cuando entrante en esta empresa? Ya tienes antecedentes, Sergio.

—Eso fue un lamentable malentendido por culpa del Gili…del gilipollas, que hay que estar gilipollas para liar la que lio.

—No lo intentes más, te lo pido por favor. Tú no entraste con buen pie en esta empresa, pero igual en otra…

—¿Me estás diciendo que me vas a dar la patada? Qué crueldad, yo necesito seguir cerca de ti para enamorarte. Nosotros tenemos un proyecto de vida en común, solo que tú estás un poco cerrada.

—¿Lo ves? A ti el coco no te funciona, yo nunca podría estar con un hombre como tú.

—Al menos yo soy un hombre. Christian es una rata y te lo va a demostrar muy pronto, te vas a quedar helada, como los cubitos.

—Ya, te lo pido por favor. Y también te sugiero que vayas recogiendo tus cosas, tu permanencia en esta empresa son habas contadas.

—No me digas eso, mi ángel de amor…

Capítulo 22



Estaba fardando más de la cuenta. Eso era lo que estaba haciendo Christian. Y yo lo sabía bien porque me dedicaba a seguirlo allá donde fuera.

¿No querían que trabajase? Pues tanto que iba a trabajar… Iba a trabajar por el bien de la jefa, que ella era el pilar de la empresa y necesitaba estar bien.

No, no voy a engañarme, no era porque se tratase del pilar de la empresa. No era eso, para nada. Era porque se trataba de mi ángel y aquel un demonio. Y eso que no podía presumir demasiado de… Ya me entendéis, que yo lo había visto en el baño y que a mí sí que me funcionaba muy bien la vista, no como a ella, que estaba ciega.

Lo escuché hablar con un amigo suyo, porque lo distendido de la conversación así lo demostraba.

—Sí, pasaremos una noche de lujuria. Primero la fiesta con los chinos y luego he reservado la mejor suite del hotel para nosotros. La tía es una fiera en la cama, así da gusto trabajar, encarguitos como este no se reciben todos los días.

¿A qué se refería el energúmeno ese? Hablaba de lo suyo con Kate como si fuera un encargo. A mí me iba a dar un síncope… Sí, me iba a dar por eso y porque me estaban explotando laboralmente, qué manera de mandar la de esa mujer, al menos me tenía dos o tres tareítas cada mañana. Vale, vale, tampoco era para partirse el lomo, pero uno los comparaba con los "encarguitos" del otro y lo mío era de pena mientras que lo suyo, ¿de qué iba ese tío?

Yo pensaba descubrirlo, me estaba preparando a fondo para ello e incluso había descubierto que servía para algo; para detective.

—¿Qué te pasa, Sergio? —me preguntó Soraya que, al fin y al cabo, era mi paño de lágrimas, nos íbamos entendiendo mejor.

—Que no me fío de Christian, ¿tú no ves algo raro en la relación de esos dos?

—Sinceramente, no, así que será mejor que espabiles, Kate quiere que esta noche salga todo a pedir de boca. La fiesta se celebrará en el mejor hotel de la ciudad, ya lo sabes… Tengo que hacerte un encargo, debes llevar su vestido a la suite que tienen reservada, ella se arreglará allí.

—Toma ya, y a los demás que nos zurzan, yo le voy a pedir una suite a su vera, siempre a la verita suya.

—Sergio, yo de ti me iría callando, la verdad…

—¿Y eso? ¿No te gustamos como pareja? Eres una clasista, yo no es por nada.

—Ya, ya, yo tampoco es por nada, pero me han encargado que vaya redactando… ya sabes, no me hagas decírtelo, que me da pena.

—Ya, que no sigo trabajando aquí a partir de la semana que viene. Cacho perra, no pongas esa cara, que ya sabía yo que me terminarías cogiendo cariño.

—Es que eres… como te diría yo…

—Soy muy original, ya lo sé, déjalo ahí, que estaba sonando hasta bonito y, al final, lo estropearás.

—Pues eso, que sí. Venga tonto, vete ya.

Me fui, sí, necesitaba que me diese el aire libre. Recogí el vestido de mi ángel, uno negro, elegante y sexy a rabiar, y me quedé loco. Luego también recogí sus altos zapatos, esos con cuyo tacón me imaginé que podría

atizarme y… Por Dios, tuve que pensar en otra cosa porque aquello se endureció tanto que yo no podía echar el paso.

—¿Te pasa algo, muchacho? —me preguntó una anciana que pasaba por allí.

Que Dios me perdone, pero ¿no había nadie más para preguntarme? La pobre iba con tu tacatá y todo. Si hubiera sido una tía buena, seguro que aquello lo habría querido aprovechar. Y una fea también, ¿eh? Lo que pasa es que a mí con las feas me pasaba un poco como con los chinos, que me daban alergia.

—Nada, señora, una cosita mía, no se preocupe.

—Una cosita que no veas… ¿tú cobras?

—Hombre, pues sí, me van a echar, ¿sabe? La semana que viene, por culpa del cabrón de Christian, que ese no tiene otro nombre y ha envenado a mi ángel, pero espero cobrar antes de irme, sí, solo faltaba, que yo me he deslomado.

—No muchacho, no me estás entendiendo, que sí tú cobras por…— Señaló ciertas partes de mi cuerpo y a mí me entraron unos sudores tremendos y eso que el día estaba fresquito e incluso comenzaba a llover.

—Señora, ¿es una broma? Ya sé, esto es un programa de esos de cachondeo que te asaltan por la calle y te vienen con un disparate para ver

cómo reaccionas, no cuela, ¿la ayudo a cruzar la calle? Mire que igual no ve el color del muñeco del semáforo y la dejan como a una tortilla francesa, deme el brazo. Y he dicho el brazo, ¿eh? Que me está dando miedo.

—Que no, chico, si yo lo mejor que tengo es la vista. Y sé de lo que estoy hablando, no te creas que estoy chocha, a mí dinero es lo que me sobra.

—Pues nada, yo le paso mi número de cuenta, que está algo faltica, la verdad. Entre lo que le debo a Daniela y la pensión de la niña voy a cobrar para nada, va a ser visto y no visto.

—Vale, te hago un Bizum, pero tú me haces a mí…

—Señora, por lo que más quiera, ni lo mencione, ¿eh? Que la mañana se ha presentado un poquillo complicada y no quiero que empeore.

—Pues por eso, tú y yo nos damos un homenaje, ¿no?

—No es por ofender, pero yo le voy a enseñar una foto de mi ángel y me va a comprender, yo estoy enamorado…

—Pero si dicen que un clavo saca otro clavo, aprovéchate, tonto, que yo soy una perita en dulce…

Pues tenía que ser una pera muy pasada ya… Y pesada también, que tuve que salir corriendo y entonces, la señora, de lo más vengativa, comenzó a

chillar que había querido abusar de ella. Algo vale que el policía que acudió vio algo raro en el asunto cuando enseguida se interesó por su porra.

Con la lengua fuera, que la señora me hizo pasar las de Caín, llegué al hotel y allí me dieron la llave de la suite.

Tal como yo pensaba, no podía ser de otra manera, se trataba de una suite de todo lujo con una cama enorme en la que no pude evitar tumbarme pensando que por la noche yo estaría allí con mi Kate. Soñar es gratis, ¿Por qué no podría ocurrir?

Capítulo 23



Llegué a la fiesta como un pincel. Sí, ¿qué os creéis? Yo iba haciendo mis progresos… Había llegado a un acuerdo con un vecino mío para pintarle el piso y me pagó por adelantado. Acababa de llegar a la comunidad y no me conocía, en otro caso no lo hubiera hecho, se había extendido el falso rumor de que yo era un poco, ¿cómo decirlo? Distraído a la hora de trabajar, dejémoslo ahí.

Total, que me había alquilado un esmoquin que, entre eso y mis dotes de detective, me sentía yo como un moderno James Bond, de modo que pensaba darlo todo esa noche.

La fiesta, realmente, era sublime, de esas que uno no había visto hasta el momento más que en la televisión.

—Pero bueno, tío, si vienes vestido de persona, ¿y esta novedad? —me preguntó la mosca cojonera de Christian, que ese parecía haber recibido un segundo encargo; el de tocarme las narices todos los días.

—Tío, me tienes hasta los mismísimos ya, ¿me quieres dejar en paz?

—¿Qué te pasa? Pero si nos lo pasamos fenomenal tú y yo, siempre metiéndonos el uno con el otro… Lo van a declarar deporte olímpico, ¿no te has enterado?

—Que me dejes en paz. Mira, por ahí viene Kate, qué cosa más bonita…

Ella venía bajando las escalinatas del hotel cual diva que era. Esa noche, para más inri, llevaba el pelo recogido en un sofisticado moño bajo que le daba un aire todavía más elegante, si es que eso podía ser.

Sus andares podían calificarse de felinos y a mí me ponía… Es que yo tuve que cerrar los ojos y todo por un momento porque eran demasiadas las tentaciones de irme hacia ella y besarla allí, delante de todos. Y sabía que ella tampoco resistiría la de darme la del pulpo allí también, delante de todos…

—Se mira, pero no se toca, chaval, no sé cómo has podido siquiera pensar que ella podría ser para ti, ¿la has mirado bien?

—Que te calles, joder, no rompas este momento mágico, que ella y yo tenemos una conexión especial, me está saludando.

—Me está saludando a mí, gilipollas, ¿pues no ves que estoy detrás de ti?

—También es verdad, ¿qué haces ahí? Mira que tú tienes mucho peligro, ¡zape! Que todavía me toca el premio gordo antes de irme de la empresa.

—Imposible ser más imbécil, mírala bien porque a partir de la semana que viene solo la verás en tu mente. Te tengo un regalito.

—Ya me lo han dicho, ya, que eres la mar de generoso conmigo. Tú has pinchado para que me echen, no te partiera un rayo.

—Yo solo he dicho en alto lo que todos los demás pensaban; que eres un inútil integral y que lo único que te mereces es una patada en el culo.

Murmuraba esas palabras cuando Kate llegó hasta nosotros y nos saludó efusivamente. En realidad, fue a él a quien lo saludó así, pero soñar seguía siendo gratis en ese momento.

—Buenas noches, mi ángel, no puedes venir más bonita—le dije.

—No me hagas la pelota que la decisión ya está tomada, Sergio.

—¿Cuándo te he piropeado yo por hacerte la pelota? Yo no persigo ningún interés, no soy como este.

—No te voy a consentir que vuelvas a levantar calumnias, ¿estamos? Ya está bien, Sergio, en la vida hay que saber perder—me advirtió.

—No, tú mejor que nadie sabes que los triunfadores no perdemos, Kate. Mírate, ¿tú te tardarías por vencida alguna vez?

—Obviamente ella no, Sergio, pero si vas a comparar dímelo, que me voy a descojonar—añadió él mientras la tomaba por la cintura y le daba un beso en la boca.

A mí me hirvió la sangre y todos mis males no acabaron ahí, porque entonces vi avanzar a la legión de chinos con Tao a la cabeza; esa noche sería la invasión, para mí que no nos salvaba ni la Caridad, qué sudores me seguían entrando.

—Tú *estal* muy elegante, *Selgio*—me saludó Tao muy efusivo.

—Y también estar más cabreado que la mona Chita, Tao, así que no me toques mucho las narices, que esta noche no está el horno para bollos, tú no sabes la mala baba que gasto.

—Yo *recomendal* a ti que medites, *Selgio*… Meditación *sel* muy buena *pala contlolal nelvios*…

—Ya, si yo la teoría me la sé toda, Tao, y que luego me dirás eso de que "dar cera, pulir cera", pero que yo puliendo no voy a ganar nada, ¿sabes? El que se la está puliendo es el otro. Mira cómo la agarra por esa cinturita de avispa que tiene…

—¿Tú *estál* muy *enamolado* de ella, *Selgio*?

—Yo hasta las trancas, pichita, ¿tú sabes lo que significa "hasta las trancas"? Pues eso, hasta ahí, hasta las mismísimas trancas.

—Pues entonces tú *debel luchal pol* ella, no *podel dalte pol* vencido.

—Si yo no me doy, es que me viene todo en contra, Tao, todo en contra…

—No, tú *tenel* que *buscal* a la suelte, la suelte no te va a buscal a ti…

—Eso ya lo sé, la jodida de la suerte ha buscado al Christian, no lo doblaran las campanas.

—Porque él lucha…

—Porque él conspira como los chinos. Ay, con perdón, que tú eres uno…

—Mis *complatiotas* no *conspilan*…

—Y yo me chupo el dedo. Tienen más peligro que una caja de bombas tus compatriotas y el tío este también con la cara esa de empollón y de no haber roto un plato…

—Tú no *quemal* la *sangle*…

—Tao, ¿tú me harías un favor? —Se me encendió la bombilla.

—¿Qué clase de *favol, Selgio*? A mí *gustal* las mujeles…

—Chino, no líes la pita, que no digo un favor de esos, no me dieran a mí más tormento que liarme contigo. Es solo hablarte y ya se me ponen todos los vellos de punta, te puedes imaginar…

—Pues entonces tú *dilás*, *Selgio*…

—Yo lo que quiero es que a cierta hora de la noche me lo entretengas, a Christian. Yo te hago una señal y tú me lo quitas de en medio, ¿vale?

—Ok, yo *espelal* a tu señal…

—Ay, Tao, Dios te lo pague con un montón de niños chinos como los Simpson. Si al final va a resultar que tú y yo nos vamos a llevar bien y todo, ya lo verás…

—Si nosotros ya nos llevamos bien, *Selgio*…

—Eso es lo que te hago pensar, chino, pero desde lo del calambrazo yo no hago más que desearte la muerte a escobazos.

Él me miró un poco raro, pero ya no quise darle más explicaciones. Tampoco nos íbamos a convertir ahí en los mejores colegas, que no se me emocionara el chino, no me faltaba a mí más.

Me fui para las chicas, a ver si se me quitaba un poquito el mal rollo de encima, aunque era ver los ojos de Marta y ponerme también como un manojo de nervios.

—Pero bueno, Sergio, qué elegante…

—¿Y tú qué esperabas, Sorayita? Si no fuera porque yo estoy enamorado te iba a tocar el premio gordo esta noche, que también vienes muy guapa.

—Sí, sí, con las dos aproximaciones y todo, qué taradito estás, Sergio.

—¿Y tú, Martita? ¿Cómo lo llevas? Bueno, vaya pregunta, tú debes llevar un mareo de escándalo, ahí con los ojos dando vueltas y vueltas todo el día. Eso es como ir pedo, pero gratis, ¿no? Mira, la verdad es que tiene sus ventajas, yo no lo había pensado nunca.

—Deja a la niña, que también está enamorada.

—¿De quién? No será de la jefa, ¿no? Que yo me la pedí primero, ella se casará conmigo.

—No, a ella le van más de otro tipo.

—Sí, menos malvadas—Rio Martita.

—Que la jefa no es “Maléfica” como tú te crees, que conmigo hasta se rio un día.

—Eso no es posible, ella tiene esos músculos atrofiados, los de reírse.

—Yo también lo pensé, pero no. Venga vamos a bailar…

—Es que la estoy mirando y se me cae la baba…

—Pero ¿a quién?

—Que me da corte decirlo, Sergio, que seguro que empiezas a decir majaderías.

—¿Majaderías yo? Tú me has confundido con otro, ¿quién es?

—Es ella—Señaló a la única china que venía en el grupo, una intérprete que se llamaba Mei.

—¿Mei? ¿Te gusta Mei? Pero si parece que tiene ictericia, no me jodas. Una prima mía nació así con ese color y es que venía malita, no veas el tiempo que tardaron en que pareciera normal.

—Anormal eres tú, Sergio, no me digas que no. Venga, vamos a bailar…

Me fui con Soraya hasta la pista de baile y no se me quitaba de la cabeza.

—¿De qué te ríes? Calla, que no quiero ni saberlo.

—No es para tanto, solo estaba pensando en lo que podría salir del cruce de esas dos; una bolita ahí amarilla con los ojitos dando vueltas, parecería un emoji borracho…

—Tú sí que pareces un emoji borracho, ¿nunca te lo has hecho mirar?

—¿Lo de ahí abajo? Sí y quisieron exponerlo en un museo, ¿no te lo he contado nunca? Al final no lo dejé allí, igual hasta te dejo que lo cates si veo mi historia de amor con Kate en peligro.

—En peligro está, te lo digo yo que ese va cuesta abajo y sin frenos.

—¿Has escuchado algo? Suelta prenda que tú eres como yo, una espía encubierta.

—Sé que planea pedirle matrimonio a no tardar mucho.

—Pero si la acaba de conocer, ¿cómo se va a casar con ella? Qué tío más avaricioso, lo quiere todo para él. Esa boda hay que abortarla de raíz, te digo yo que es malo…

—Pues fíjate que a mí la mala me ha parecido siempre ella. Yo al principio tenía pesadillas y todo, soñaba que la jefa me comía por la noche.

—Anda, yo también he soñado unas pocas de veces que me comía, aunque no te voy a decir el qué, que enseguida te ofendes….

—Eres más trasto, Sergio… A mí en el fondo me gustaría que te quedases en la empresa, ¿eh? Ya te estoy cogiendo cariño, así rollo mascota…

—Y yo también a ti, cacho perra, que eres una cacho perra…

Comenzamos a bailar y, cuando nos quisimos dar cuenta, teníamos a Tao y a Marta bailando a nuestro lado.

—Con Mei no sé, pero como le diera por reproducirse con este, de ahí saldría el aborto de una mona, es que no es normal.

—¿Qué *decil* tú, *Selgio*? —Se volvió Tao para preguntarme y, sin querer, me dio un codazo.

—Pichita, que como lo tengas todo tan duro como el codo, hasta yo me voy a ir contigo al final… Qué codazo me has dado y qué calambrazo acabo de sentir otra vez, ¿te pagan para que acabes conmigo? ¿Es Christian? Si es eso, yo te pago el doble porque tú te asegures de que lo sirvan en cualquier restaurante de los de tu casta. Eso sí, yo te pago a 30-60-90, como se ha hecho de toda la vida de Dios.

—Sí, Tao, él te paga dentro de 30, 60 y 90 años—le respondió la cachonda de Soraya, que esa no se jugaba nada y estaba de lo más feliz.

La fiesta era la caña y contaba con todos los ingredientes para que nos lo pasáramos de muerte, si exceptuamos el hecho de que Christian, más que un tío, pareciera un pulpo. Ese no le quitaba las zarpas a Kate de encima.

En un momento dado, le hice una seña al chino y no me entendía.

—¿Qué *quelel, Selgio*?

—Yo quiero que me toque el Euromillón, pichita, que no paro de apostar, pero mientras sí y mientras no ya puedes correr y entretener al engreído del Christian, que sabes que todavía te puedo denunciar por intento de asesinato. En realidad, por dos intentos, porque el codazo de esta noche también ha tenido lo suyo y lo de su prima.

Tao se fue y yo me quedé mirándolo. Qué chico era el jodido, parecía un muñeco del futbolín, pero en amarillito. En fin, que también sabía más que los ratones colorados y enseguida se buscó una excusa para llevarse a Christian con él.

—Ahora te vas a enterar tú de lo que es divertirte, jefa, ven aquí—Tiré de ella y me la llevé hacia la pista.

—Que no, que a mí no me gusta bailar, Sergio…

—¿Qué dices? No hay nadie en el mundo a quien no le guste bailar, eso son tonterías, conmigo vas a bailar hasta que te duelan los pies, aunque dolerte ya te dolerán, con esos zapatos. No veas si me pones a mí con ese vestido y con esos tacones, debería estar prohibido que estuvieras tan buena siendo jefa. Espera aquí un momento y ni se te ocurra moverte o no sabrás nunca lo que es bueno.

Se rio, no había sonreído ni esbozado una leve sonrisa ni nada parecido, ella acababa de reírse. Mi ángel se había reído con todas las de la ley y a mí… A mí se me encendió el alma, qué pasada.

Me fui para el DJ y le hice una petición.

—¿Tú estás seguro de que eso lo ha pedido la jefa? Mira que esa canción dice alguna cosita fuerte y con tanto chino… A mí me da igual, macho, pero que esa gente igual comienza a hacerse el harakiri o algo.

—Claro que sí, a Kate le encanta. Y lo del harakiri son los japoneses, tú tranquilo que aquí nadie se va a tirar de los pelos. Y si se tiran, ya me meo, chinos y calvos, todo un cuadro…

Les había pedido la canción de “Emborracharme” de Lori Meyers y yo estaba de lo más emocionado, ¡iba a bailar con ella!

Tal cual la música comenzó me di cuenta de que no la había escuchado en su vida, pues se encogió de hombros y yo… Yo comencé a cantarle.

“Empiezo a quererte
Empiezo a pensar
Que no hay un día
Que no quiera verte…”

Ella se volvió a reír. Lo mismo sí que me había tocado el Euromillón y yo no me había dado cuenta, porque resultó que su risa fue el mejor regalo que pude recibir en mi vida, sin lugar a ninguna duda…

Y más se rio cuando yo, cantando como un loco le solté aquello de…

“Y con las ganas
Que ahora tengo
De follarte…”

Fue muy grande porque los chinos, como no se enteraban de nada, lo bailaban también, allí estaba dándolo todo hasta el mismísimo apuntador.

—Estás loco, Sergio, estás loco—me repetía ella.

—Eso ya lo sabes tú, jefa, estoy loco por ti, si bailas que no vea, cómo me estás poniendo… Yo me ponía los dedos delante de los ojos y los dejaba abiertos, como diciéndole que no podía ni mirarla, pero que a la par no podía dejar de hacerlo. Y ella… ella negaba con la cabeza, pero terminó hasta cantándola.

Fueron unos minutos apoteósicos, unos minutos en los que rocé el cielo con las manos y nunca mejor dicho porque las yemas de mis dedos rozaron su cuerpo y eso me pareció que era como ascender al cielo. Es un decir, ¿eh? Que yo en realidad quiero ir al infierno, que es donde están las niñas malas.

No podía imaginar un ratito mejor que aquel, lástima que enseguida llegó el gilipollas de Christian y nos cortó el rollo, porque por una vez puedo afirmar que ella se lo estaba pasando de lujo conmigo y no es un farol.

—¿Se puede saber qué mierda de música es esta? Esto es un escándalo— me dijo mientras trataba de apartarme del lado de Kate.

—Un escándalo es lo que haría yo con esta mujer si quisiera algo conmigo, que contigo se tiene que aburrir más que viendo una carrera de caracoles, zopenco.

—Yo soy un tipo divertido y dinámico, a Kate no le faltará diversión conmigo, ¿verdad que no, preciosa?

—Voy a ver si llevo un flexómetro en el bolso—Miró.

—¿Cómo? —Nos quedamos los dos perplejos.

—Para ver cuál de los dos la tiene más grande, ¿no va de eso? —se mofó.

—Claramente yo, no hace falta que saques nada. Y te lo digo de buena tinta, que se la he visto en el baño, jefa.

—Tú eres un gilipollas, tío—me increpó.

—Eh, eh, las manitas quietas, fiera, que no eres tú Dani Martín ni tienes dieciséis añitos, como en la canción.

—Vete a la mierda, payaso, que eres un payaso.

—Vete tú, gilipollas.

Me escoció tela que el baile terminara así, pero es que ese tío todo lo que tocaba lo jodía, había que ser desgraciado.

Después de eso, viendo cómo bailaban, pues ella ya se había animado, me metí varios copazos entre pecho y espalda.

Capítulo 24



Ya me iba de la fiesta cuando vi aquella escena que tanto me mosqueó. Por Dios, ¿cómo podía ser? Si yo estaba que no podía ya con mi vida y allí estaban los chinos dale que te pego, dándole a la alpargata.

Y no estaban solos, Christian estaba con ellos. Ese diría lo que quisiera, pero iba a ser que no. Iba a ser que no era trigo limpio. Pese a que mis sentidos estaban un poco mermados por eso de que en ese momento me hacían una prueba de alcoholemia y batía otro récord olímpico, no estaba tan borracho como para equivocarme; él también estaba hablando en chino.

Me explico, de normal tampoco es que hablara con demasiada claridad, que el muy pijo de él parecía que se había metido un estropajo en la boca, pero aquello no había por dónde cogerlo; estaba hablando chino mandarín, por mi madre de mi alma.

Yo me quedé rezagado y saqué mi móvil, por lo que hice una grabación y se la llevé corriendo a Tao.

—Pichita, te necesito, ¿tú me prometes que de veras no estás metido en el ajo? No sea peor y al final me majéis a palos entre todos.

—*Selgio*, no *habel conspilaciones*, todo está en tu cabeza.

—En mi cabeza y en mi móvil, pon así las manos y dame palabrita del Niño Jesús de que no me vas a traicionar.

—Tú *estal* muy *bolacho*, *Selgio*, se te nota…

—Borracho como un piojo, pichita, sí, pero que sé lo que me digo. Vámonos para allá, que aquí nos van a ver—le señalé a un árbol que había lejos.

—Es que a mí *dolel* los pies, *Selgio*, yo no *podel* ya ni *movelme*.

—Pues ven aquí, pero no te emociones, que como me quieras comer la boca lo siguiente que celebraremos será tu entierro.

Cogí al chino en brazos y me lo llevé corriendo de allí antes de que nadie nos viera. Me sentí como en cierta ocasión que estuve en el Rocío y que eché uno de esos famosos polvos del camino, corriendo con la chica en el hombro por medio de esas marismas…

Total, que lo del chino tenía de todo menos de sensual, eso lo podía jurar yo por mi madre de mi alma.

—*Selgio*, no vayas tan *deplisa*, que me estoy *maleando.*

—Pichita, ¿para una vez que corro me vas a quitar las ganas? Después decís de mí, pero es que los demás también tenéis vuestra guasa, ¿eh?

Cuando creí que ya estábamos a salvo, lo bajé, a la orillita de un río, por cierto. Menudo fresquito que hacía, es que por los jardines de aquel hotel podían correr caballos.

—*Selgio*, me he *maleado*…

—A mí no me vengas con monsergas, que eres chiquito pero reconcentrado, no veas si pesas, pichita. Venga, que te pongo la grabación…

Tao puso atención, y eso que él también llevaba una copita de más, pero el oído no lo tenía mermado.

De repente, escuchando la grabación aquella que parecía de una posesión infernal, noté que comenzaba a ponerse verde, como "El increíble Hulk", solo que ya quisiera su cuerpecito parecerse al del bicharraco aquel.

—¿Qué te pasa, pichita? Te han sentado mal las ostras, ya te lo dije, que te estabas poniendo ciego y que tú no tenías tanto cuerpo para eso, joder… No te vayas a morir, chino, por tus mulas, no por lo menos hasta que me

traduzcas, ya luego puedes hacer lo que quieras, que yo no me voy a meter en nada.

—*Selgio*, tenías *lazón*…

—En lo de las ostras, si ya lo sabía yo. Me tienes que hacer más caso, que yo en el fondo te estoy cogiendo cariño y quiero lo mejor para ti, como tu madre. Tranquilo que ahora te busco una pastillita y te pongo en órbita. De las de farmacia, ¿eh? No me mires así…

—No, *Selgio,* no en lo de las *ostlas,* en lo de la *conspilación*…

—Me cago en tus mulas, chino, no te me mueras ahora, cuéntame.

—Yo no me *quielo molil, Selgio*…

—Y yo tampoco quiero que te mueras, que te he paseado en brazos como si fueras mi niño chico, que yo soy un padrazo. Suelta prenda, pichita, venga…

—*Selgio* que se la *quielen jugal* a Kate, *Chlistian* está con ellos y la idea es que él le aconseje la *filma* de una *selie* de *contlatos* que la *dejalán* con el culo al *aile*…

—Eso quisiera yo, verle el culo a mi ángel, que no la cato ni por cachondeo. Si es que yo lo sabía, Tao, es un cabronazo, lo es…

—Sí, *cablonazo* de *malca mayol sel* el *Chlistian*…

—Ya te digo que sí, pero con el culo al aire lo pienso dejar yo a él. Esto es la guerra y la batalla final la voy a ganar…

—*Selgio*, no te *plecipites*, *espela*…

—¿A qué voy a esperar, pichita? Venga, ponte amarillo otra vez, que así estás más feo todavía y si quieres te llevo en brazos de vuelta, que parece que hayamos venido aquí a pelar la pava, como nos vea alguien…

—*Selgio*, es que yo no *encontlal* bien, no *encontlal* bien…

—Pues búscate mejor, pichita, que quieres que te lo dé todo hecho. Te va a costar, porque eres muy chico, pero yo no tengo la culpa de eso, la culpa la tienen tu padre y tu madre, ¿los tienes vivos? Bueno, qué tontería, seguro que sí, con la *pechá* de soja que os metéis vivís siglo y medio cada uno, puñeteros.

—Tao no va a *vivil* tanto, me siento muy mal, *Selgio*…

—Tao, ¿qué te pasa en el brazo? A mí no me jodas, ¿eh? ¿Te está dando un infarto? A mí no te me vayas a morir aquí, que va a parecer un ajuste de cuentas, todo el mundo sabe que te la tengo jurada desde lo del calambrazo.

Quise seguir hablando con él, pero iba a ser que no. El chino cerró los ojos y yo me cagué vivo.

—¿Hay alguien por ahí? —Comencé a chillar.

Allí el que no corría volaba, porque quien salió de detrás de unos matorrales fue Marta, que estaba allí con la china de sus amores.

—Estoy yo, Sergio, ¿qué te pasa?

—Mira lo espabilada que me has salido, pelando la pava con la china.

—Y tú con el chino, ¿no?

—Niña, no tengas mala lengua, que le está dando un infarto y yo no le he enseñado nada, a ver lo que vas a contar por ahí. Si se lo hubiera enseñado es normal que se quedara tonto y se le cayera la babilla y todo, pero no es el caso. Corre a buscar a algún mayor, que tú eres muy chica.

—Déjate de idioteces…

—Que corras, mira por ahí va Christian, yo tengo una cosita que hacer, llama también al 112 y adviérteles que es chino, por si tienen que darle algo para la amarillez o lo que sea…

Salí corriendo con tan mala suerte que, al mirar al chino, perdí el equilibrio. Todo me pasa por sentimental, que no lo hay más bueno que yo, me estaba dando pena, el jodido.

El asunto fue que, con la borrachera, perdí el equilibrio y al agua que me fui. En parte me espabilé, porque el agua estaba fría para todas sus castas…

Me fui cagándome en cuanto se meneaba a buscar a Kate para ponerla al tanto de todo, chorreando. El esmoquin pesaba una media tonelada y los zapatos los llevaba que se podía pescar en ellos. Más valía que me hubiera puesto el impermeable del Capitán Pescanova para ir a la fiesta.

Llegué a la habitación del hotel y ella aún no había subido. Recé porque no tardara mucho, ya que con la tiritera era capaz de llevarme Dios a mí también, junto al chino, lo que me faltaba, los dos juntitos para arriba. Yo lo dejaba allí a él y me bajaba al calorcito del infierno, eso lo sabían hasta los hebreos.

Dado que el cuarto de baño estaba muy completo de todo, me metí en la ducha y luego cogí una toalla de esas que pesan también media tonelada en seco, no se quiere uno imaginar en mojado.

Qué calentita y qué confort. En esas estaba, secándome el pelo y de lo más aseado, cuando abrí la puerta y me puse en guardia, por si se trataba del rufián de Christian.

No, la voz que sonó fue la de mi ángel que, pese a serlo, venía pidiendo guerra.

—Hola, vengo de lo más caliente, deseando hacer contigo… no te voy a decir lo que voy a hacer contigo—soltó y a mí se me levantó tanto el mástil que casi me da en la barbilla.

Estuve por contestarle, pero me dejé llevar por la magia del momento. Total, ella no había dicho nombres, allí lo único que sonó fue el chasquido de un látigo y no, yo no estaba soñando.

Salí a oscuras y me abalancé sobre ella, que me besó con total pasión. Que conste que yo había subido a hablar, pero eso podría hacerlo cuando terminásemos, que la iba a disgustar y tampoco había tanta prisa.

El primer latigazo me lo llevé en el torso, desnudo como estaba. No creáis que no chillé, que sí que lo hice, pero para dentro. Si la quería poseer, tenía que sufrir, era algo parecido a la depilación con cera, que luego uno se alegra, pero en el momento del tirón…

Para apagar ese grito, mi boca besó la suya… Cielo santo, cómo besaba mi ángel, aquel beso sí que me transportó al cielo, aunque enseguida pensé que debía dejarme de majaderías e ir al grano, que como a ella le diera por encender la luz sí que me iba a azotar, pero bien que lo iba a hacer…

Seguí besándola al tiempo que le quitaba la ropa y que ella misma tiraba de su elegante moño para dar paso a una versión más salvaje y fresca… A

una versión que no me puso como una moto, que me puso taquicárdico, que me puso al borde de despedirme de este mundo e irme con el chino al otro…

Se quedó en ropa interior… y qué ropa interior. En mi vida había sentido algo más sexy, y digo sentido porque verla no la podía ver, pero sí recorría con los dedos su tanga, su sujetador, su liguero, sus medias…

—¿Cómo te pongo? —me preguntó y noté lo contenta que se puso cuando me echó mano al asunto. Para mí que igual sí que se estaba dando cuenta y le interesó hacerse la tonta.

Por toda respuesta, posé mis dedos sobre sus labios para que mantuviera silencio, aunque todavía fue peor porque si callaba ella, hablaba el látigo.

El segundo latigazo lo dirigió hacia el suelo y, aunque quité el pie, me cogió el dedo chico de refilón. Decir que vi las estrellas no va conmigo, no soy tan fino. Me cagué en todo lo cagable y en mucho más. Y en ese instante cobró sentido para mí la expresión esa de “quedarse sin sentido”.

No sé si alguna vez habréis sentido ese tipo de palpitaciones en el dedillo, pero mi mayor temor era que llegase a hablar, que él solito chillase porque por Dios que parecía tener vida propia.

Antes de que siguiera y me dejara que no me recocieran ni por las muelas, con cierto disimulo le quité el látigo de la mano y me tumbé sobre ella.

—Así, poséeme o tendré que volver a fustigarte, poséeme.

Yo la poseía y hacía lo que ella me pidiera y más con el calentón que tenía, que solo podía competir con el dolor del dedo chico del pie, que hay que ver el jodido meñique, con lo chiquitísimo que es, que no abulta más que una mijita, lo que puede llegar a doler.

Sobre ella, y con aquello que parecía una mezcla entre un extintor de incendios y un incendio mismo, del calentón que llevaba, la poseí. Y no me refiero a una posesión de esas que requieren de un exorcista, aunque estoy seguro de que igual la cabeza no se la volví del revés, pero los ojos sí, los ojos se los volví, fijo.

Yo estaría caliente, pero ella no digamos, que aquello fue como tirarte por un tobogán de esos acuáticos… Menuda humedad, como estuviéramos mucho tiempo así cogeríamos reuma en nuestras partes… En esas partes que se habían acoplado la una a la otra. Como quien no quiere la cosa, me eché hacia atrás y antes de que volviera a hacer sangre (literal), le quité los zapatitos de tacón, porque como me diera con uno llegaba a ver a San Pedro antes que el chino, eso fijo.

Total, que puedo prometer y prometo que ese día de vago nada, que le cogí el vicio al asunto y cuando quise darme cuenta llevábamos ya media hora dándole al matarile.

Por si sí o por si no, yo procuraba llevar las riendas del asunto, porque como me cogiera ella a su gusto, la cosa se me iba a poner fea. La quería,

yo lo notaba mientras le hacía el amor y eso que he de reconocer que, el que estaba llamado a ser nuestro primer encuentro, de romántico tenía bien poco.

En un momento dado, no pude evitar que la jodida se pusiera encima. Como le diera por darme cachetadas, no tendría escapatoria, pero quise darle el caprichito.

He de afirmar que creí morir de placer cuando la vi, bueno, cuando la sentí cabalgando sobre mí.

—Eso es, semental, dámelo todo, dámelo todo, ¿no tienes nada que decirme? Voy a tener que emplearme a fondo para que me digas algo…

Os lo juro, yo no sé lo que me dio más miedo, si el bofetón que me arreó y que me dejó el cachete hirviendo, o el hecho de que en ese momento llamaran a la puerta.

—Kate, cariño, tengo que contarte algo muy grave, ¿estás ahí?

La había cagado, el portador de tan malas noticias era Christian y viendo cómo se las gastaba mi ángel cabía la posibilidad de que lo siguiente que portase fuera mi féretro.

—¿Christian? —preguntó con toda la extrañeza del mundo.

—Sí, cariño, abre por favor, que no llevo la llave…

En un par de segundos me dio tiempo a ensayar varias caras para cuando encendiera la luz, pero me daba igual… Me la iba a destrozar de todos modos.

Lo único que hice fue apretar fuerte los dientes. Yo qué sé, por instinto, pero procurando no morderme la lengua, que solo habría faltado.

Ella dio la luz y tampoco sabría describir bien la cara que puso, ¿qué queréis? Soy delineante, no escritor. Eso sí, ya os puedo avanzar que de alegría no fue.

—¡¡¡Sergio, ¿qué haces aquí? ¿Esto qué es? ¿Qué es lo que está pasando?!!!

—Yo desde ya te advierto que con tanta pregunta junta me aturdo; ser es un polvo, pero me da que no lo vamos a acabar, se quedará en un polvo a medias. Y es una pena, porque estaba siendo un polvazo.

—¡¡¡¿Qué clase de locura es esta? ¿Qué haces tú en mi cama?!!!

—Yo podría decirte eso de que pasaba por aquí, pero no va a colar. Vale, vale, no me pegues—Ella había cogido el látigo y di gracias al Señor, nuestro Dios, de que no estuviéramos en su despacho, pues allí tenía el revólver.

Mientras, el otro seguía aporreando la puerta.

—¿Qué está pasando ahí? ¿Con quién hablas, amor?

—Conmigo, carajote, que no te enteras de nada, todo lo quieres saber, qué coraje me da…

Ella se me quedó mirando y por un momento pensé que hasta se iba a desmayar de lo colorada que se puso, pero no, solo me cogió por el cuello con una mano y me arreó un latigazo con la otra que me dio en todo el brazo. Y eso que me moví a tiempo que, si me llega a enganchar bien, de ese me ingresan.

Me pude zafar, no sé ni cómo lo hice, pero cuando me quise dar cuenta estaba dando vueltas por toda la habitación y mi ama detrás con él látigo. Mirad que había soñado veces con una escena así, pues oye, al final no me hacía gracia. Tampoco me la hizo que terminara tirándome un zapato y dándome semejante taconazo en la cabeza, que me entró un dolor que no se podía aguantar.

Eso sí, ya os he dicho en alguna ocasión que no soy tonto, o al menos no del todo, por lo que terminé abriendo la puerta. Lo malo es que allí estaba el otro con cara de Rottweiler, y yo como mi madre me trajo al mundo.

Se la jugué, y tanto que se la jugué, en un certero movimiento esquivé el siguiente latigazo poniéndome detrás de él y empujándolo con mis bracitos.

—¡Cojones, ya! —chilló él sin terminar de entender.

—¿Te he dado a ti, amor? Lo siento…

—Lo siente, pero con el latigazo te has quedado ya. Ese no se puede descambiar, tío chulo—le solté y solo me faltó tocar las palmas.

—Joder, Kate, ¡¡¡qué dolor!!! Encima de que me estabas poniendo los cuernos con este tío, ¿cómo has podido? Tú, con el estilo que tienes…

—¿De veras te has pensado que yo me habría acostado con este en mi sano juicio? No sabía lo que estaba haciendo.

—Pues yo tan pedo no te veo, amor—argumentó él.

—Claro que no, jamás bebería hasta beber el control… Es solo que lo estábamos haciendo a oscuras, Christian, yo subí a buscarte a ti…

—Y me encontró a mí, pero tengo un as en la manga, ella no dijo nombre, así que yo me tiré a la yugular… Bueno, y lo que no es a la yugular, ¿tú no habrías hecho lo mismo? Venga ya, tío, no tengas morro, contesta.

—Cabronazo, ¿encima me vas a hablar de morro?

—Yo no es por nada, pero que me llames cabronazo a mí suena a cachondeo justo ahora que mi ángel y yo acabamos de consumar nuestro amor…

—Lo que voy yo no a consumar, sino a consumir, es tu vida. Reza todo lo que sepas, Sergio…—Salió corriendo mi ángel detrás de mí y si me atrinca con el látigo, me mata.

—Kate, Kate, que yo vine solo a hablar contigo, lo que pasa es que luego me pusiste el caramelito en la boca y no me pude resistir, pero tenía algo muy importante que contarte…

—¿A mí? No me hagas reír, yo tus chistes no los entiendo, no me digas tonterías.

—Si no son chistes, y sí que los entiendes, que a veces te ríes. Y lo bien que nos lo pasamos antes bailando, ¿qué? De eso ya poco se habla.

Se hablaba poco de eso y también del resto, porque vaya telita con la tía y con el dominio del látigo que tenía. Daba una mezcla de miedo y morbo que no se podía aguantar…

—Cállate, maldito, me has engañado…

—Quien te está engañando es este, que conspira con los chinos en tu contra. No te creas que necesita intérprete ni nada, que este sabe más que

Briján, habla chino que da gloria, no veas cómo tiene que pedir el pato Pekín.

—No le hagas caso, Kate, yo venía a decirte que Tao ha muerto, le ha dado un ataque al corazón.

—¿Que se ha muerto mi chino? Ay, Dios mío, eso ha sido por mi culpa… Digo, por la de este, que no para de enredar. Yo descubrí la conspiración y el pobre Tao no ha podido soportarlo, su corazón es demasiado chico para eso… y demasiado chino también, vaya. Ay, qué desgracia.

—¿Ha muerto Tao? —Ella se quedó loca, para que dijeran que mi ángel no tenía sentimientos.

—Sí, chochete, parece que se ha muerto. No me mires así, que se me ha escapado…. Quien no se le ha escapado ha sido el chino a este, seguro que lo ha rematado él, ahora que lo pienso.

—¡¡¡Cállate, majadero!!! ¿Por qué iba a querer Christian matar a Tao?

—Porque él sabía de la conspiración. Yo lo grabé hablando con el resto de los chinos, con los malos, y Tao me lo tradujo. Si es que se ha ido el único bueno, como pasa siempre, el que no tiene culpita de nada…

—¿Qué dices de conspiración, chalado? ¿Y eso de la grabación? Menuda cabeza que tienes—Qué bien se fijó el tío…

—¿Ya me la has visto? Como la de un misil, es que no me ha dado tiempo a ponerme el bóxer.

—Evidentemente me refería a la otra, a la que inventa.

—Esta también inventa, no te creas, es pura fantasía. Que no me líes, cojones, que me estás liando, que no es ninguna invención mía. Te grabé conspirando con los chinos y Tao me lo tradujo todo; tú solo quieres a mi ángel para hacerte con el poder de la empresa y para compartirlo con los chinos, como si no nos hubieran invadido bastante ya.

—¡¡Sergio ya estoy muy harta!! —me chilló ella.

—Y yo también, al final me dolerá la cabeza, aparte que voy que es canela en rama, me pica todo el cuerpo. No veas lo bien que se te da él látigo, estrenándolo no estás.

—¡¡Vete de aquí antes de que llame a la policía!!

—Tú verás, pero como venga te va a detener a ti, yo de ti iba tirando el látigo a tomar por saco, que es el arma del delito…

—¡¡Calla ya, anormal!! Coge tu ropa y vete, Kate y yo estudiaremos emprender medidas legales contra ti.

—Tú estudia lo que te dé la gana, que es lo único que se te da bien, pero ella va a flipar cuando os escuche. Voy por mi móvil…

—En mi habitación no entres, ni se te ocurra.

—Ángel de amor, que solo es para coger el móvil y la ropita, lo único que me temo es que esté chorreando, porque como me caí en aquella apartada orilla, en la que más clara la luna brilla y se respira mejor… Pues eso, que al saber cómo está el móvil.

Mientras el imbécil aquel la abrazaba, entré a por mis pertenencias y puedo confesar sin temor a equivocarme que volví a cagarme en todo, porque el teléfono tenía hasta un pescadito dentro. Y no me refiero a de fondo de pantalla, sino nadando tranquilamente por él.

—Kate yo te juro, pero que te lo juro por mis muertos, fíjate por lo que te lo voy a jurar, que lo tenía grabado, pero que esto no enciende. Y mejor, porque como encienda vamos a comer pescadito frito sin pasar por Cádiz y sin nada.

—Ya sabía yo que era toda una patraña, ¿cómo has podido?

—Porque me caí, joder, ¿tú nunca te has caído? Pues no me lo creo, con los taconazos esos que me llevas siempre.

—Sergio, ¡vete de aquí! No quiero volver a verte en mi vida. Gilberto arreglará tus papeles y te hará llegar el dinero a tu cuenta. Ojalá no te

hubiera conocido, eres el ser más mentiroso y liante que me he cruzado por el camino…

—Que yo no te he mentido, ángel de amor, que es el sieso este el que te miente…

—A mí me avala mi trayectoria, cuento con una gran reputación. No como tú, que en todo caso, la tendrás en el circo.

—Pues vale, en el circo, pero mi ángel se ríe conmigo, díselo, Kate. Vale, ya te lo veo en la cara, que no le vas a decir nada… pero soy el único con el que te ríes y con el que bailas con ganas de verdad, que se te notaba. Si hasta has cantado, joder… Y me has contado cosas, yo me acuerdo mucho de lo que me dijiste de tu hijo…

—¿Qué hijo, Kate? —El gusano aquel volvió el cuello tan rápido que seguro que se ganó una tortícolis de las buenas, hasta a mí me dolió.

—Sergio, ¿Por qué has tenido que mencionarlo? —me preguntó con los ojos llenos de lágrimas y eso sí que me dolió, me dolió como si la hubiera traicionado.

En cierto modo, lo había hecho. Ella todavía no le había contado nada (por algo sería). Y yo lo solté como lo suelto todo, a tontas y a locas, sin pensar.

Hay bocazas y bocazas… Y luego estaba yo, que ya pertenecía a otra clase. Aquel comentario lo pagaría caro…

Capítulo 25



—Daniela, hoy te tienes que quedar con Esther, que por fin me deja María que me la lleve, pero en un entierro no la puedo meter, no estaría bonito. Bueno, en realidad hoy es el velatorio, pero que no puede ser…

—¿Quién se ha muerto, Sergio? Y espero que esta no sea otra de tus mentiras, que ya estoy muy harta.

—No tengas mala lengua que yo nunca he mentido, solo he inventado un poco. En cuanto a lo del muerto, se ha muerto el chino Tao, pero igual yo me voy con él también porque me matas; me he quedado sin trabajo.

—¡¡¡¿Sin trabajo?!!! Ya me extrañaba a mí, es que se veía venir, la has liado otra vez para no variar. Yo no puedo estar más harta, es que lo intento adrede y no puedo, qué tío ya.

—Que no, Daniela, que esta vez no he sido yo, te lo prometo. Bueno, el que ha matado al chino a lo mejor un poco sí, a disgustos. Y mira que le

estaba cogiendo cariño, si llego a saber que le iba a sentar mal no le digo que me traduzca la grabación.

—¿De qué grabación me estás hablando? ¿De veras te crees que yo me voy a creer que se trata de una conspiración internacional que vas a descubrir?

—Internacional no, eso lo digo para darle caché, aunque sí que hay chinos y eso avalaría mi tesis. Pero no es nada del Gobierno, a Pedro Sánchez no le van a tocar ni un pelo, es a mi Kate a la que quieren ver derrocada, no les dieran…

—No entiendo nada, pero aquí lo único que debes entender es que yo hoy no me puedo quedar con Daniela. Y que conste que no es por hacerte la puñeta, que tengo guardia y eso es sagrado. A este paso será el único sueldo que siga entrando en esta casa, ¡eres una cruz!

—Que no, que yo sigo con mi plan de que me toque el Euromillón, ¿qué te crees?

—Pues a ver si atinas, porque a este paso el único plan que te va a funcionar será el de cargarte chinos que tú, como te pongas, poquito a poco los dejas en la mitad. Le pudres la sangre a cualquiera.

Daniela dio un portazo y entendí que me estaba quedando un poco solo. Y eso que yo había hecho propósito de enmienda, pero las cosas no terminaban de funcionar como había planeado.

Ese día volví a coger el coche, no tuve más remedio porque luego tendríamos que ir al tanatorio. Y sí, se comportó, me llevó hasta la puerta de mi ex.

—Papi, ¿nos vamos ya? —me preguntó mi niña, abriéndome la puerta de lo más contenta.

—Claro que sí, amor. Oye, ¿tú no podrás coger una bolsa de pan de molde y un par de sobres de embutido? Tu madre seguro que tiene, a ella le gusta lo bueno…

—¿Por qué, papi? Miraré lo que hay, ¿es que nos vamos otra vez al campo?

—Sí y hay que improvisar. Yo también llevo cositas, no te preocupes.

—¿Qué llevas, papi?

—Un par de cantimploras con el agua súper fresquita, te digo yo que lo vas a flipar.

—Ya lo estoy flipando, papi. Le voy a preguntar a la abuelita Eugenia, que mami y Borja no están—me soltó, algo desinflada.

—¿Estás con tu abuelita? ¿Y ellos dónde están?

—Se han marchado porque dicen que dada la escalada de hostilidad que has propiciado será mejor que no os veáis en una temporada, papi.

—¿Te has tragado un diccionario, cariño? No te he escuchado así de repipi en la vida.

—No, papi, es que me lo han dejado apuntado en la mesa y yo me lo he aprendido. Le voy a preguntar a la abuelita. Cuanto antes nos vayamos, antes comeremos. Y después llega la sorpresa, las cosas ricas de verdad, que yo ya sé cómo funciona esto.

—Cariño, pues hoy no sé yo, ¿eh? Que igual tantas porquerías no son buenas, tenemos que empezar a comer sano, lo dicen todos los nutricionistas.

—Venga ya, papi…

Salió un par de minutos después con una bolsa que llevaba también una fiambrera dentro.

—Papi, es que la abuelita ha cortado dos trozos de bollo que ha hecho ella; uno es para ti y otro para mí.

—¿Y les ha puesto nombre? Porque si es a boleo vale, pero si el mío va nombrado, se lo va a comer Rita.

Mi niña salió corriendo, que se le había olvidado la diadema, y quien también saló, pero a encontrarse conmigo, fue la vieja bruja de su abuela.

—Si quisiera envenenarte no tendría más que decirte lo que pienso, Sergio.

—Y si quisieras envenenarte tú, te bastaría con morderte la lengua, ¿cómo estamos, Eugenia?

—Aquí, cuidando de mi nieta. Me la traes esta tarde, ¿eh? De momento nada de pernoctar en tu casa hasta que no volvamos a una mediana normalidad. Y lo de tu casa es un decir, que ni casa tienes…

—Como que esta casa se la ha ganado tu hija con el sudor de su frente. No me hagas hablar, Eugenia, que yo quizás no sea un ejemplo para muchas cosas, pero aquí quien más y quien menos, telita.

—La niña cuenta con que la lleves a París en unos meses. Espero que cumplas como un hombre, aunque dudo tanto que lo seas…

—¿Y entonces qué soy? ¿Una marioneta? Al menos tengo sentimientos y no como vosotros que parece que tenéis un canto rodado en lugar de corazón. Yo pienso en el chino y no veas. Oye, ¿y qué hago yo hablándote del chino? Con tanto estrés vais a lograr que se me vaya la cabeza.

—¿Nos vamos ya, papi? —Llegó ella.

—Sí, cariño. Oye, ¿no se te antoja un plátano? Que tienen mucho potasio, ¿tenéis?

—Papá, a mí no me gustan los plátanos, a quien le gustan es a ti.

—Pues eso, hija, que coge dos. Eugenia, no me mires así, que estoy bajo de potasio con tanto disgusto como me dan…

Capítulo 26



—Esther, cariño, hoy antes que nada tenemos que ir a hacer un recadito a un sitio en el que tú no has estado nunca, ¿vale?

—¿En el cine nuevo del centro comercial? ¿El que se reclinan las butacas? Ole, hay un pase matinal, si te das prisa llegamos.

—No, mi vida, ahí no va a ser, es un sitio un poco más raro, igual te gusta algo menos, pero es salir y entrar para presentar nuestros respetos a la familia. Bueno, a lo que sea, que el chino no me dio muchas explicaciones de quiénes eran sus castas, ni tiempo le dio.

—Papá, ¿qué chino?

—Uno que se ha muerto, hija. Y aunque sea un poco difícil de creer me da mucha pena.

—Pero si a ti los chinos te dan viruji, como si fueran las brujas…

—Ya cariño, pero hay que hablar con todo el mundo—Me callé a tiempo porque yo no era como ellos, pero también acababa de hablar con su abuela Eugenia y esa sí que era bruja…

Llegamos al tanatorio a duras penas, porque el siguiente en morir sería mi coche. Efectivamente, ya había un cerro de chinos, suerte que de nuevo iba provisto de agua bendita y unas cuantas de cabezas de ajos.

Volvía a llover y mi niña llevaba un impermeable de lo más cuco, de esos de Disney con sus botitas y todo a juego. Era un caramelito y luego pareció un caramelito rechupeteado porque, aparte del agua que le cayó, yo le eché litro y medio de la bendita.

—Papá, ¿qué haces? Que me estás mojando el pelo y todo…

—Cariño es que necesitas protección integral, mírame a mí, parece que me he echado gomina.

La cogí de la mano a modo protector, aunque ciertamente quien se sentía protegido era yo, porque una cosa era Tao, que hasta se había ganado mi cariño, y otra sus compatriotas, esa sarta de conspiradores de la que uno no se podía fiar ni un pelo. Y aparte, que yo no podía con ellos, que tenía mi fobia.

—¿Este que sitio es, papi?

—Esto es un tanatorio, cariño, un sitio un poco raro. Mejor no le digas nada a tu madre porque, si no, la escalada esa de violencia de la que me hablaste sí que crecerá. Y tanto que crecerá.

—Vale, yo no digo nada, pero tú estás muy raro.

—Es que me siento un poco culpable, hija, no sé si a Tao lo maté yo. De un susto, ¿eh? No te vayas a creer que soy yo ahora un sicario, pero es que tengo un pesar dentro…

—Un sicario, dices, papi, qué cosas tienes. Yo me río mucho contigo y eso que la abuela Eugenia dice que tú tienes la gracia donde las avispas, ¿eso dónde es, papi?

—¿Eso dice tu abuelita? Si es que es más linda…

Así que yo tenía la gracia en el culo, pues a tomar justamente por allí la mandaba yo, se veía que estábamos sincronizados, que para eso un día fuimos familia.

Con más miedo que once viejas y agarrado a mi niña me metí en aquel embrollo de chinos, que la cosa tenía miga… Allí sí que había chinos, a mí la carne se me estaba poniendo totalmente de gallina, qué cosita más mala.

—No conozco a nadie, hija, no sé si es que me he vuelto como el Giliberto o que al final también necesitaré gafas, pero yo a estos chinos no los conozco.

—Normal, papi, si son todos iguales… Y encima tienen todos nombres como si tirases una lata al suelo, ¿sabes? Tú tira una lata y mira cómo suena; pues esta gente se llama igual.

—Qué arte tiene mi niña, que va a ser influencer o tiktoker o lo que le dé la gana a ella. Va a tener seguidores a millones…

—No, mamá dice que tengo que ser médico, que yo no puedo ser cualquier cosa, que no quiere que sea una muerta de hambre como tú. Papá, ¿tú tienes hambre? Si siempre estás comiendo, te acabas de zampar los dos plátanos.

—Eso es porque a mí los chinos me provocan un poquito de velocidad en la sangre y me bajan los niveles de todo. Con esto acabo de subir los de potasio, luego ya veremos a qué le damos…

Yo lo que quería darme era un chocazo porque si un chino vivo me daba yuyu, no digamos ya uno muerto. De repente, todos salieron corriendo como si fueran a repartir un saco de arroz tres delicias para cada uno.

—Ay, Dios mío, que lo veo venir—Le tapé a mi niña los ojos.

—¿Qué pasa, papá? Déjame ver, que me está entrando angustia.

—Es que te va a entrar más, que ya van a exponerlo y veo que viene la caja abierta. Por Dios, con lo feíto que era, cómo se les ocurre… Y encima con el disgusto que se llevó el pobre, que estaba verde. Él dijo que no, pero las ostras algo hicieron también, que yo no soy tonto, estoy harto de repetirlo.

Cerré los ojos y los abrí de golpe, mal trago pasarlo pronto. La última imagen que me quedaría de Tao igual no me dejaba volver a coger el sueño en lo que me quedaba de vida, pero a mí me había quedado un cierto remordimiento y no podía vivir con él.

—Ay, mi madre, pero si ese no es el Tao, ese será primo hermano suyo, pero no es…

—¿No es tu amigo, papi?

—Bueno, Tao no sé si era mi amigo. Un poco supongo que sí… Yo no sé, lo mismo es que ya se lo han comido, no entiendo nada, ¿dónde está ese chino? A mí se me complican cada vez más las cosas, hija, qué cruz de vida y qué cruz de chinos…

Capítulo 27



Me estaba devanando los sesos por la noche. Mientras, cogí un paquete de pistachos, que a Daniela le gustaban mucho, y no dejé ni uno.

—Arsa, así me gusta, que compartas. Llega una de la guardia deseando coger sus pistachitos y se encuentra las cáscaras, Ten hermanos para esto…

—No seas roñosa que ha sido por una buena causa; tengo el vientre suelto.

—¿Y para remediarlo te comes tres cuartos de kilo de pistachos? Pues prefiero no pensar, ¿es por lo del trabajo? Si yo no te voy a decir nada, ya contaba con que te echaran. Por lo que sufro es por lo de la niña, como tenga que pagar yo el viaje a Eurodisney me voy con ella, el que te quedas en tierra eres tú, por bocazas.

—Yo a mi niña la llevo a Eurodisney como sea…

—Ya, le dirás que vais en plan aventura y te la llevas andando, rollo Camino de Santiago, pero hasta París.

—¿Ya te ha contado las aventuras que nos corremos?

—Sí, me ha contado. Y allí la pondrás a fregar platos para pagar el hotel y le dirás que es la última atracción de moda. Te juro que no sé lo que te hacía…

—Hermana, si es que yo quiero arreglar las cosas, pero no hago más que empeorarlas… Estoy metido en más líos… ahora he matado a un chino y no sé si se lo han comido.

—¿Qué dices, tarado?

—Que he ido al tanatorio y el chino allí no estaba. Había otro, eso sí, que más o menos puede pasar por él, pero Tao no estaba, ¿tú qué crees?

—Que tienes una imaginación prodigiosa, eso creo, ¿tú has hablado con tus compañeros? Ellos te podrán decir lo que ha pasado.

—Pues no se me ha ocurrido, la verdad. Y mira que llevo toda la noche pensando, por eso me he comido los pistachos, para que me llegaran al cerebro y pudiera pensar con más claridad.

—Al cerebro lo único que le tiene que llegar es oxígeno. En tu caso, parece que eso no ocurre, pero los pistachos me haces el favor de no tocarlos la próxima vez, que te estás columpiando y al final te llevas un tiro.

—¿Ves por lo que no me concentro? Si es que no puede ser, acumulo mucha tensión, me lo noto en la espalda, concretamente en la zona de las paletillas, ¿me das un masaje?

—Te voy a dar un mojón, hermano, solo me faltaba. Haz esa llamada y déjate de majaderías que no puedes tenerme más harta.

Mucha opción no tenía, hubiese llamado a mi ángel de amor, pero era bastante improbable que quisiera hablar conmigo, así que marqué el número de Soraya.

—Sorayita, corazón, ¿tú sabes dónde están velando a Tao? Es que he dado hoy más vueltas que una peonza y no lo encuentro. Qué lástima de él, con lo chico que es igual se les ha perdido.

—¿Velando? ¿Cómo lo van a velar si está vivo? Mira que tú tienes unas cosas, a nadie en el mundo se le podría ocurrir algo así más que a ti.

—¿Vivo? ¿Mi Tao está vivo? Si no puede ser, qué más quisiera yo, pero lo maté, lo maté de un susto… Bueno, lo mató el cabrito de Christian y también lo mataron el resto de los chinos de la impresión que le dio, pero al final pagué yo. No hay derecho, ni que uno tuviera la culpita de todo.

—Está vivo, tontorrón. Hubo una confusión tremenda, si es verdad. El médico dijo que tenía que estar muerto porque apareció verde como una pera, pero le dieron unas cuantas cachetadas y ya se puso otra vez amarillo, más mono…

—¿Le pegaron a mi Tao? ¿Quién? Mira que me lo como…

—Yo qué sé, allí se formó un revuelo tremendo, había más gente alrededor que en el alumbrado de la Feria de Sevilla.

—Y ahora, ¿cómo está?

—Recuperándose, está recuperándose…

—¿Qué me dices? Ay, qué alegría más grande me has dado, niña. Yo voy a ir a verlo y mira que es de noche y que a mí me cuesta un poquito levantarme del sofá, aparte de que me he dado un *pechá* de pistachos que no sé cuánta autonomía tendré antes de arañar el wáter, pero este que está aquí va a ir a ver a su chino ahora mismo.

—Mira que le has cogido cariño, si al final resulta que vas a ser un amor.

—Pues claro que lo soy, solo que vosotros no sabéis apreciarlo. Dame las señas, que tiro para allá, le va a dar una alegría…

—Sí, pero ten cuidado, que dicen que apenas le sale un hilito de voz del cuerpo y que está muy débil, no le des sobresaltos.

—¿Qué sobresalto le voy a dar yo, chiquilla? Tú dame el número de habitación que le voy a llevar un menú con unos palillos y todo, se va a poner como unas castañuelas.

—No, que solo puede comer lo que le pongan en el hospital, que está muy delicado.

—Pues sí que se ha vuelto delicado, sí, antes comía de todo. Yo le iba a llevar hasta las cáscaras de los pistachos. Pues nada, bonita, te dejo. Te debo una y bien gorda, si lo mío con Kate finalmente no prospera, te daré un envión si me lo pides. Y gratis, lo cual, teniendo en cuenta que estoy desempleado nuevamente tiene un valor extra.

Colgué el teléfono y hasta una lagrimita me corrió por la mejilla.

¿Cómo era posible que se le llegara a coger tanto cariño a una cosita tan chiquitita? Pues lo era. Y además que es verdad, que yo seguía teniendo mi peluche de Gizmo, el Gremlin bueno, y dormía todas las noches con él.

Pues nada, que como suele decirse, no sabía qué ponerme esa noche y me puse contento. Me abrigué, que ya hacía pelete, y salí andando. Es un decir, salí en mi coche, el cual era menester ver lo mal que estaba. Y se me había puesto a mí la cosa para meterme en la letra de uno nuevo, sí. Como no me lo regalara Daniela, y me parecía a mí que iba a ser que no…

Llegué al hospital dando saltos de alegría. Mi chino estaba vivo y eso significaba dos cosas; que no se había muerto (hasta ahí llegamos todos) y que podría largar lo más grande sobre Christian.

Me decidí a llevarle un regalo y dado que todavía tardaría unos días en cobrar, le saqué una chocolatina de la máquina del hall. Y para eso tuve que pedirle un par de monedillas que me faltaron a una viejecilla, menos mal que esa no me pidió un favor como la otra…

Resoplando solo de pensarlo, me dirigí a la habitación de Tao y escuché unos gemidos un tanto raros, ¿se lo estaba montando con alguien? Yo no quería ni imaginarme semejante aberración porque la última vez que lo vi era clavadito a Yoda el de "La guerra de las galaxias". De veras que si salía vivo de aquella ya hablaría yo con el médico para que lo esterilizara.

—Así que yo preocupado por ti y tú hincando lo más grande. Bueno, es un decir, chavalín, hincando lo que tengas—Abrí la puerta y me quedé loco.

No, no estaba jodiendo, lo estaban jodiendo a él. Tampoco es que lo estuviesen sodomizando, que igual me he explicado fatal, es que lo estaban asfixiando con la almohada; era Christian, ese gusano quería mandarlo al paraíso de los chinos (que no era precisamente un bazar).

—Malnacido, mídete con alguien de tu tamaño, ¿no ves que es muy chico? —le dije y ese día sí que me empleé a fondo.

Que conste que cuando llegué a las manos con Borja no le tenía tantas ganas como las que le tenía a Christian, así que a este no le di un puñetazo solo, sino unos cuantos. Y acerté, ¿eh? Que el tío se echó para atrás y para mí que se iba al suelo.

Ya estaba yo a punto de hacer la señal de la victoria con los deditos, mirando a mi amigo, cuando vi que no; el tío acababa de venirse arriba y me atacó también con la almohada.

—Socorro, ¿te quieres ir ya? Cómo me vas a asfixiar a mí con eso, desgracia con patas, si encima resulta que está llena de babas… qué asco, no veas, chino que te has lucido, ¿qué has hecho con la almohada?

—¿*Selgio*? ¿*Eles* tú?

—Sí, pichita, soy yo, aunque te advierto que tú y yo vamos a perder las amistades, que yo seré un poco vago, pero tú eres un poco puerco. No veas qué asco. Y tú quita eso, cojones—Trataba de zafarme mientras el otro, con todas sus fuerzas se afanaba en asfixiarme.

—*Selgio*, llama a tu ángel, que está por aquí…

—¿Al de la guarda? Qué cachondo el tío, será de la guarda, pero no creo que esté de guardia, que son las tantas y no le pagarán horas extra. Que te estés ya quieto con la almohadita, cojones, que me vas a asfixiar—le di un manotazo al otro que casi le saco dos muelas del juicio.

—¿Y qué crees que pretendo, anormal? Nunca tuviste muchas luces.

—Pues sí, igual tengo menos luces que un carrillo de mano, pero por suerte no tengo las malas ideas que tienes tú. Vete ya a la mierda, que me está entrando un agobio que no veas.

—*Selgio*, llama a tu ángel…

—Chino, qué pesado eres, si lo sé no vengo, ¿pues no estás viendo que estoy liado? Que yo no soy creyente, lo del ángel es un decir…

—Tu ángel, *Selgio*, tu Kate, está por aquí.

—Arsa, pues hubieras empezado por ahí que, entre eso y la voz, que parece que llevas tres días cantando por soleares, cualquiera te escucha. Recuérdame que te compre un altavoz. ¡¡¡Kate, chochete!!! ¡¡¡¿Estás por ahí?!!! ¡¡¡Si estás por ahí manifiéstate, que el desaborido este me quiere asfixiar!!!

Yo chillé todo lo fuerte que pude, chillé por mí, chillé por el chino y chillé por todas nuestras mulas juntas. Ya iba perdiendo la fuerza cuando la vi entrar. Sin duda era ella, porque los tacones venían sonando por todo el pasillo. No os digo nada los pacientes de la planta de abajo los muertos que debieron echar por la boca.

—¿Christian? ¿Qué estás haciendo? ¿Para eso me has pedido que fuera por un par de cafés? ¿Para matar a Sergio? Que vale que yo también le

tengo ganas, pero que hay que saber controlarse.

—No, mi ángel, no… A quien quería matar era al buenazo del chino, que sigue verde y da pena verlo, pero todavía Dios no se lo ha querido llevar—le contesté yo.

—¿Querías matar a Tao?

—No, preciosa, ha sido él, ha sido Sergio quien lo ha atacado—replicó el muy criminal y falso.

—Y una *mielda sel Selgio*, has sido tú, hijo de la *glan* puta—afirmó el chino y yo porque apenas me quedaban ya fuerzas, pero me quedé con todas las ganitas de aplaudir.

—Así que era verdad, todo lo que decía Sergio era verdad y has querido acabar con Tao para que no corroborara su versión, pues prepárate.

—Tío, como lleve el látigo en el bolso ya te puedes preparar, sí, a mí todavía me pica todo…

Pero no, ella lo que hizo fue remangarse, era más chula que un ocho mi chica. ¿Os acordáis de que practicaba boxeo? Pues Christian ya tendría algo que contarles a sus nietos, porque le arreó una sarta de puñetazos que a mí me dio hasta miedo; yo di un salto y cerré los ojos. Y de paso se los cerré también al chino, que era muy chico y se me podía traumatizar.

—¿Ya te has quedado tranquilita, cariño? —le pregunté cuando por fin se despachó a gusto.

—Así es, más a gusto que un arbusto.

—Ahora sí que vas a saber lo que es gusto…Chino, tú no abras los ojos, que acaba de terminar la serie de violencia y empieza la del porno.

Capítulo 28



¿Os habéis pensado que ya lo tenía todo hecho? Pues anda que no estáis equivocados, parece que no la conocéis. Normal, si es que no la conocéis de veras, qué demonios…

Quien la conocía y bien conocida era yo. Y encima, a partir de ese momento, levantó una coraza que impedía a los hombres acercarse a ella. Eso sí, yo en el hospital ya le robé un beso y desde entonces tenía planeado robarle muchos más, a mí sí que me conocéis.

Y, además, que yo ya estaba por lo positivo, porque Kate seguía teniendo el revólver en su despacho, pero yo tenía muy claro que moría de amor por ella. De hecho, lo tenía todo pactado con Soraya. Cada vez que ella entraba por la empresa, en la que sobra decir que continué trabajando, ella le daba al *play* de la canción “Muero de Amor” de “La Bien Querida”, una que me iba como anillo al dedo.

Kate había cambiado bastante, también hay que decirlo, si bien yo me la imaginaba con el látigo en la mano, en la intimidad, tal cual la había conocido y, lo dicho, moría de amor.

Que conste que, desde aquel día, eso sí, la había hecho reírse más de una vez. Esa era la parte buena, aunque la parte mala también existía; se había puesto una coraza para protegerse de los hombres, la misma que me ponía yo con los chinos, ya os lo he comentado.

¿Qué decirle a mi ángel de amor? Pues poca cosa le podía decir, solo demostrarle.

Sí, ¿qué pasa? Yo también puedo demostrar cosas. De hecho, lo hablé con Giliberto…

—Giliberto, cojoncitos….

—Ni me llamo Giliberto ni mucho menos me puedes decir "cojoncitos", esto es una oficina, aquí no estamos ensayando para los Carnavales de Cádiz.

—Pues es una auténtica pena, porque nos lo pasaríamos de vicio—Ay, Dios mío, que yo era mencionar la palabra vicio y ponerme palote. Mi ángel me gustaba cada vez más y es que, para más inri, cada día aparecía más guapa.

No sé cómo explicarlo, pero puede que todo lo ocurrido con Christian le hubiese otorgado una especie de serenidad que se le reflejaba en la cara. Yo la notaba como más mujer todavía y, si eso se reflejaba en su dominio del látigo, pues no me quería ni imaginar cómo podría ponerme el día que nos

volviéramos a enganchar, porque yo estaba seguro de que ella sería mía y de que yo sería suyo….

—¿Qué es lo que quieres, Sergio?

—¿Hace falta que te recuerde que esta empresa sigue en pie gracias a mí? —le pregunté en un arranque de los míos.

—No, no hace falta, me lo recuerdas todos los días. Incluso lo has grafiteado en la pared de mi despacho y también en el de Kate, contenta la tienes…

—Pues claro que la tengo contenta, desde el día que le di lo suyo, aunque en realidad hay que reconocer que quien me dio, pero bien dado, fue ella… Le faltó nada más que darme por el ojete moreno y todavía no es tarde. A ti no se te ocurra ir en mi contra o ese día te doy el cambiazo y te pone mirando para Cuenca por la popa…

—¿Me has parado solo para esto o quieres decir alguna sandez más de las tuyas? Sergio, yo te aprecio y obviamente estás aquí por lo que hiciste por nosotros, pero no podemos darte una medalla.

—Pues deberíais, de oro y con la cara de mi ángel grabada. Y bueno, vamos concretando porque te enrollas como las persianas, qué tío. Yo lo que quiero es que, cuando salga una vacante de delineante, me la deis…

—Pero si no tenemos vacantes de eso…

—Pues la creas, como mileurista que soy me está costando mucho conquistar a la jefa, ella y yo no terminamos de encajar, y eso es por el sueldo de rata que tengo.

—Eso es porque pertenecéis a planetas distintos y porque sigues a años luz de conquistarla—resopló.

—Y un mojón, cada vez se ríe más conmigo. Hay días que solo es verme y ya se está riendo, incluso antes de que la salude.

—¿Cuándo? Ah, ya sé, cuando haces de perrito que babea. Entonces se ríe ella y se ríe hasta el apuntador, pero que se tronche no quiere decir que se enamore, ¿tú has ido a un psicólogo para que te explique la diferencia?

—No me lo puedo permitir y es por tu culpa, te lo repito.

—Yo no establezco los sueldos, es Kate quien lo hace…

—Pues la convences para que me lo suba, el sueldo digo, lo otro se me sube solito en cuanto la veo, ¿eh? Que uno será pobre, pero funciona como un reloj suizo, palabrita del Niño Jesús.

—Veré lo que puedo hacer… Y en cuanto a lo del puesto de delineante, no te puedo prometer nada. Oye, en el hipotético caso de que pudiera, ¿es cierto que tienes el título o te lo has inventado como el resto?

—¿Cuándo me he inventado yo nada? En cualquier caso, algún detallito sin importancia, pero no más, ¿eh?

—No me hagas hablar, te lo pido por favor…

—No te hagas el ofendido, que me debes la vida. Los chinos te habrían dado una patada en el culo igual que al resto.

—Es cierto que yo no sabría vivir sin esto, veré lo que puedo hacer, pero no te puedo prometer nada. Estamos viviendo una época de cambios profundos…

—Dímelo a mí, que ya no me rocío con agua bendita para venir al curro, me he comprado un tarro de colonia y de los grandes. Y me estoy poniendo al día con Daniela, la tengo loquita de contenta, ¿te parece poco?

Negaba con la cabeza cuando vi a mi ángel avanzar con esos andares de diva que me traía…Con una mujer como aquella solo le faltaba a uno decir eso de ¡A sus órdenes, mi jefa! Estaba enamoradito de ella, enamoradito hasta las trancas.

Y algo me decía que ella lo estaba de mí, solo que se hacía la interesante… qué le gustaba a la jodida que le rogara.

Corrí detrás de ella y acerté a meterme en el ascensor.

—Ni se te ocurra, que te veo venir, Sergio…

—¿Qué dices de que no? Prepárate que va un beso, que luego dices que te los robo a traición…

Capítulo 29



Las semanas pasaron y aquella mañana recibimos una alegría enorme. Quién me iba a decir, como canta David Bisbal. El chino Tao se reincorporaba a su puesto de trabajo y yo salí corriendo a buscarlo.

Que conste que no hice de perrito, que eso lo reservaba solo para Kate, pero me dio una alegría tal y sí… corrí, ¿Qué os habéis creído? Si ya hasta estaba echando cuentas para apuntarme en un gimnasio.

Era un hombre nuevo y el chino, que esa gente se las sabe todas, me lo vio en la cara.

—*Selgio*, qué *aleglía velte*, te debo la vida.

—Ay, pichita, que encima es verdad, qué sabio eres. No te preocupes, que ya te digo yo lo que me tienes que ingresar en la cuenta y en paz. Estoy ahorrando para comprarme un traje para mi primera cena con Kate, será apoteósico.

—*Pala conquistal* a la jefa no te hace falta *tlaje, Selgio*.

—Ya, si yo me pongo en pelotas en su despacho cada vez que puedo, pero me tira con todo, incluso me ha apuntado con el revólver varias veces, que se debe pensar que soy un conejo de campo, la jodida. Claro, es por mi rabo…

—Tú no *cambial* nunca, *Selgio*, *eles* el *mejol*.

—Y tú también pichita. Oye, ¿me vas a conceder un deseo como el genio de la lámpara? No me digas que no me lo he ganado, ¿eh?

—Tú *pedil* deseo a mí, *Selgio*. Y Tao *hacel* lo que pueda…

—No, no, tú hacerlo de verdad, que el rata del Giliberto mucho decir que me ayudará y no mueve un dedo; yo quiero un puesto de delineante en esta empresa.

—Yo *hablal* todo lo que pueda…

—No, si tú charlas tela, que no me dejas meter baza, eso ya lo sé yo, pero menos hablar y más actuar.

Se tuvo que reír, ¿cómo no se iba a reír? Si es que en el fondo me adoraba y más cuando ya me debía la vida. A mí también me dio vida que él volviera, me daba la impresión de que con todo aquello había superado mi

fobia a los chinos. O al menos a aquel chiquitín, que tenía el tamaño de una muñeca de Famosa, aunque a ese no lo veía yo dirigiéndose al Portal de Belén en Navidades, que ese sería cuando menos, budista.

Total, que lo dejé entrar después de darle unos pocos de abrazos y esperé acontecimientos. Lo cierto es que el chino sí que tenía palabra y estos no tardaron en llegar.

Unos cuantos días después, Tao se vino para mí con los ojos brillantes.

—*Selgio*, buenas noticias...

—Ya lo veo, pichita, te has fumado un porro. Mira que el médico te ha dicho que tienes que cuidarte. Desde luego que me das unos sustos.

—Tao no *fumal polos*…

—No, claro que no, si los polos no se fuman, los polos se chupan, ¿tú no comías polos de chico? Mejor que no, porque la estampa tenía que ser para verla, ya me has levantado el estómago.

—*Selgio*, Tao te ha conseguido el *tlabajo* de delineante.

—¡Ay, que te como pichita! Oye, tú me has entendido bien ¿no? Que no he dicho que te coma la pichita, que hasta yo me he asustado.

—Tao *entendel pelfectamente, Selgio estal* muy contento y Tao también.

—Si es que tienes un corazón de oro; muy chico y que va fatal, pero de oro. Eres lo más bonito que ha parido madre, chino. Bueno, allí en la China, que aquí eres como un engendro de la naturaleza, pero vale…

Me fui corriendo para el despacho de mi ángel a darle las gracias… Y lo que no eran las gracias.

En mi línea, entré sin llamar y sin nada.

—Así me gusta, Sergio, que me respetes.

—¡Que ya soy delineante! —le chillé cogiéndola en brazos.

—Si ya lo eras, bobo, ahora solo vas a trabajar de ello…

—Vale, que tú me has entendido, todo hay que explicarlo… Y hablando de explicaciones, que he subido a darte las gracias y a comerte los morros…

—Que no, Sergio, que ni se te ocurra…

—Pero si lo estás deseando, tonta.

Logré que bajara la guardia y que se echara a reír. Sí, mi ángel estaba cogiendo la costumbre de reírse y cuando ella se reía… Cuando ella se reía

yo era capaz de parar el mundo con un solo dedo.

La cogí en brazos y sí, ese día no le di un solo beso… Le di unos cuantos encadenados porque no había fuerza humana ni divina que pudiera separarme de ella.

Es un decir, porque de repente noté una descarga eléctrica y pensé que se había cumplido la "Profecía" y no la del Damian, el niño aquel que le daba un susto al miedo, sino la de que partiera un rayo a los chinos, a Christian…

Todo aquello que yo les deseé, pues nada, el rayo me había partido a mí, pero si lucía un sol espléndido, ¿de dónde había salido?

Qué malilla que era, enseguida lo vi… Había salido de su pistola eléctrica, esa que se había comprado a lo Antonio Recio.

Un balazo no quería meterme, pero una descarga me dio que me tiró varios metros para atrás, nada tuvo que envidiarle al calambrazo que en su día recibí por culpa del jodido del chino.

Pues nada que, aunque no podía ni moverme y ese día sí que noté la babilla colgando (literal) hice por lanzarle un beso a mi ángel. "Yo no me doy por vencido, yo quiero un mundo contigo…"—le canturreaba con el poco aliento que me quedaba.

Capítulo 30



El tiempo pasa y todo llega… concretamente llegaron unas Navidades en las que me sentí más feliz y realizado que nunca.

—Daniela, ¿qué quieres que te regale? —le pregunté a mi hermana, que se había ganado el cielo conmigo.

—¿Es una pregunta trampa? ¿Lo voy a pagar yo?

—Sabes que no, ya tengo un sueldo decente, me lo he ganado…

—Y mira que sigues siendo el mismo impresentable de siempre, hermanito, pero hay que reconocer que has prosperado, ¡y sin que te haya tocado el Euromillón!

—Es que me ha tocado; me he puesto al día contigo, me han doblado el sueldo, estoy ahorrando para llevar a la niña a Eurodisney y hasta voy a contribuir con su madre a los gastos de la macro Comunión, que no veas si tiene cuentos.

—En cuanto a eso, igual hay un cambio de planes y se celebra algo más sencillo… Que sería lo suyo, por otra parte.

—¿Qué quieres decir con eso, niña?

—Ya sabes que tengo un par de conocidas en común con María y ha llegado a mis oídos que su relación con Borja está haciendo aguas.

—¿Qué me dices? —Puse la oreja porque eso sí que me interesaba.

Vaya por delante que yo no le deseaba ningún mal a la madre de mi hija, pero es que ese tío no era trigo limpio y le había comido el coco para separarme de mi Esther.

—Sí, por lo visto no es oro todo lo que reluce y el tío es un ponecuernos de mucho cuidado.

—Anda, joder, tanto querer aparentar que son la familia perfecta para eso… No me digas que no es mejor lo que hago yo, ir de frente.

—No me hagas hablar, hermanito, que tú también estás apañado.

—Pero yo cuernos no pongo. De hecho, fíjate, desde que le di el primer beso a mi ángel no he vuelto a acostarme con Rubí.

—Qué bonito, se me va a escapar una lagrimita y todo.

—No seas irónica, jodida, que yo la quiero de vedad.

—No, si hay que reconocer que ese amor te está haciendo una persona, las cosas como son…

—Ni que antes fuera un animal…

—Un animal y de bellota, sí, ni me lo recuerdes que me pongo enferma, no me ha dolido nada la cabeza por tu culpa…

—Venga ya, hermanita, si has gozado de mi compañía durante una larga temporada.

—Y lo que me queda, me temo…

—Hasta que comparta lecho con mi ángel, ya no queda tanto…

—Venga ya, ¿hasta entonces? En ese caso no te saco de aquí ni con agua caliente, pues anda que voy lista.

—Lista siempre has sido, sí, y muy guapa.

—Y tú muy pelotero…

Llegué a la empresa y el ambiente se respiraba más que festivo. Era el día antes de Nochebuena y nada más llegar noté un dolor en mis partes íntimas que fue cosa fina. Y no me refiero al dolor de pelotas que sentía a veces por no poder desfogar con mi Kate, sino a otro.

—Niño, ¿qué haces? Que me vas a dejar estéril y yo tengo que reproducirme con la jefa—le aclaré a aquel que se me había estampado en semejante parte, cogiéndolo por los hombros.

Fue entonces cuando me dio un vuelco el corazón, porque aquella carilla… El niño sería un demonio, pero la carilla era la de un ángel; la de su madre.

—*Sorry*—me soltó el inglesillo y de nuevo sentí que si yo le perdonaba semejante dolor de pelotas era porque estaba enamorado hasta la médula de su madre.

—¿Ya conoces a Peter? —me preguntó ella, acercándose.

—Sí, se me acaba de presentar, no veas si es tocapelotas tu niño. Pero muy guapo, ¿eh? Que conste, como su puñetera madre. él no me entiende, ¿no? Entonces puedo decirte lo que me dé la gana.

—Ni se te ocurra, que soy tu jefa.

—Ya estamos con el clasismo, como Sergio es un simple delineante, la jefa puede decirle de todo y pisarlo con su fino tacón de aguja si quiere. Ea,

no me hagas seguir hablando que tengo mucho dolor en el sitio como para…

El chiquillo había salido corriendo después de disculparse y se había metido en el despacho del chino. Allí se hartarían de jugar, que para eso tenían los dos la misma altura y para eso no los entendía a ninguno de los dos ni la madre que los parió.

—No me hagas enfadar, anda, que estoy muy contenta.

—Ya te lo veo, ¿eh? Y no te digo lo de chochete porque me estoy refinando para cuando me presentes en sociedad, ¿no crees que ha llegado el momento de que tú y yo anunciemos nuestro compromiso?

—Ay, Sergio, tú siempre tan gracioso. Voy a mi despacho…

—Ni se te ocurra darme otra descarga que noto que se me han muerto unas cuantas neuronas desde la última, ¿eh?

—No la hagas, no la temas, ¿no decís eso los españoles? Voy a ver si logro terminar pronto y me voy con Peter a almorzar.

—¿Dónde quedamos? Yo recojo a Esther y que se conozcan los hermanitos, es momento de estrechar los lazos familiares.

—Mira que tienes unas cosas… Déjame, anda, no quiero entretenerme, solo lo tendré unos días y cada minuto cuenta.

—¿Y el padre no cede?

—No, de momento todo sigue igual.

—Pero podrías lograr mucho más…

—No quiero meter a Peter en una batalla campal entre sus padres, se me partiría el corazón.

—Y luego dicen que no tienes…

—¿Quién dice eso? —Sonrió y se me abrieron las puertas del cielo.

—Todos menos yo, que soy el único que siempre te ha defendido a capa y espada, para recibir este pago. No me digas que no deberíamos celebrar hoy una bonita reunión familiar.

—Lo siento, pero no… Ya sabes lo que hay.

—Lo que hay es una coraza muy grande que tú te has puesto cuando lo cierto es que quieres estar conmigo. Tienes algo distinto en los ojos, te lo noto, es amor.

—Es un *eye liner* nuevo, muy observador tú…

Capítulo 31



Disfrutaría de una bonita semana de vacaciones con Daniela y con mi Esther.

Resulta que su madre se había ido a Laponia (muy propios ella) a tratar de arreglar lo suyo con Borja. Digo yo que sería por eso, ya que la información que me dio Daniela me indicaba que lo suyo tenía visos de durar menos que un caramelo en la puerta de un colegio. Para eso sí le valía yo, aunque lo tomé como un gran regalo.

—Papi, yo quiero que me lleves a la pista de patinaje sobre hielo—me pidió Esther en la mañana del día de Navidad.

—Vale, cariño…

—Ya no me cambias los planes, hace mucho que no vamos al campo, se nota que te van mejor las cosas…

—Siempre me han ido bien, cariño, es lo que tenemos los triunfadores, pero tenía que darte varias lecciones y ya las has recibido.

—Papá, tú tienes más rollo….

Me la llevé dando un paseíto. Mi coche había muerto definitivamente, el pobrecito pasó a mejor vida. No me podía quejar, mejor el coche que el chino.

Yo estaba ahorrando también para comprarme uno que, aunque fuera de segunda mano, tuviera cierta presencia. Por fin me lo podía permitir y eso me hacía inmensamente feliz, como el hecho de poder compartir aquellas Navidades con mi niña.

Al final, después de querer separarme de ella, su madre estaba hocicando porque sabía que Esther era mi vida y que yo jamás le haría ningún mal.

Llegamos a la pista de patinaje y me senté en las gradas mientras mi hija hacía sus pinitos. A Esther se le daba bastante bien patinar sobre hielo, lástima que un mico, más peque que ella, se le cruzó y se la dieron mortal, los dos cayeron de espaldas…

Salí corriendo y llegué hacia ambos, también la madre del crío lo hizo y entonces… Entonces vi a mi ángel y no porque allí hubiera ocurrido alguna desgracia, sino porque ella era la madre que había echado por… ya me entendéis, al chavalín aquel.

—Niño, que casi me matas, ¿tú eres tonto o qué? —le soltó Esther, que era digna hija mía y no se callaba ni una.

—*You're an idiot*—le respondió él tan alto y claro que lo entendí hasta yo, que de inglés iba cortito.

—La cosa promete—le aseguré a su madre, reprimiendo la risa mientras ella hacía lo mismo.

No la había seguido, que conste. Yo hacía tiempo que dejé mis labores de espionaje para que actuara el destino. Y este lo había hecho.

—Yo creo que sí—Se rio ella.

Ahora sí que sí, que sepas y entiendas que no tienes escapatoria, que es día de Navidad y que no vais a comer solos.

—¿Y quién te dice a ti que íbamos a comer solos?

—Te lo digo yo porque a ti no te aguanta ni la madre que te parió, jefa.

—Pues anda que a ti…

—Que estás loca por almorzar conmigo, que no pasa nada porque lo reconozcas, va en serio…

—Claro que sí, no sé si podré resistirlo…

—Soy tu primera y única opción.

—¿Me estás diciendo que yo no me puedo ligar a cualquiera? Mira que te lío una que…

—No, no, no, ya con la que van a liar estos tenemos bastante, ya lo verás…

Tuvimos que separarlos porque se estaban dando leña a placer, dado que mi cría tenía tela de carácter y el enano inglés también era digno hijo de la Gran Bretaña y de su cojonuda madre.

—Yo creo que no vamos a poder almorzar juntos, ni se miran—se excusó ella un poco después, pues seguía con la coraza puesta.

—De eso nada, es el ciclo normal de la naturaleza, míranos a nosotros…

—¿Qué nos pasa a nosotros?

—Que parece que estamos todo el día a la gresca cuando en realidad estamos a un paso del altar. Y eso que ni hemos consumado todavía.

—¿No hemos consumado? ¿Hace falta que te recuerde la noche del hotel? Se está rifando otra descarga…

—Ya y yo llevo todos los números, no he dicho nada.

Se respiraba amor entre nosotros, dijera lo que dijera ella se respiraba amor. Y más cuando cogí a los enanos y me los llevé cada uno en un brazo, haciéndolos reír.

—Me estoy ganando también a tu niño, te lo advierto, no solo te he enamorado a ti, sino que me lo voy a meter en el bolsillo a él…

—¿En el bolsillo, papi? Tan enano no es, aunque sí un poco pegón, me ha arrancado unos cuantos pelos…

—Y tú casi le arrancas los ojos, hija, cállate que has salido a mí y me vas a joder el plan…

La jefa se reía y cada vez que ella se reía yo intuía que estaba un pasito más cerca de conseguirla. Soñaba con ese momento y sentía que la suerte me favorecería, que todo tiene su momento y que el mío estaba al caer.

—Y hoy os voy a invitar a comer yo a los cuatro—les aseguré entrando en el Burger King.

El niño miró a su madre con cara de extrañeza, otro que me había salido de pico fino…

—¿Tú no lo traes a estos sitios? —le pregunté.

—No, solemos ir a… cómo te lo diría…

—A restaurantes de pijos, jefa, si ya me lo imagino. Lo que no sabe el principito este es que aquí lo van a coronar rey, y mucho más guapo que Carlos III, dónde va a parar…

—Y eso que tiene la cara arañada, papi, parece que lo ha cogido un gato —murmuraba la otra por lo bajini.

—Calla, hija, que no puedes ser más bruta, qué barbaridad…

Dicho y hecho. El crío se lo pasó de miedo y hasta lo coronamos… a él y a su madre, que se negaba, pero les tomé la foto con la corona en la que también se puso mi princesa… una Familia Real que no pertenecería a la realeza, pero que para mí era más real que ninguna.

Capítulo 32



Habíamos quedado varias veces más en aquellos días y en todas ellas los niños se engancharon, igual… Esos eran igualitos a nosotros.

No obstante, yo me lo pasé pipa, fueron unas Navidades muy especiales en las que bastaba que la cogiese desprevenida y a salvo de miradas de enanos para que le robara un beso.

Todavía me llevé algún tortazo que otro, no os vayáis a creer, pero a mí me valía la pena tener el cachete calentito cuando se trataba de acercarme a mi ángel.

Aquella mañana, víspera del día de Reyes, tenía que entregarle el niño a su padre, a John, y me la encontré hecha un mar de lágrimas en su despacho.

—Ey, ey, ¿qué te pasa, jefa? —La abracé y ella se dejó.

—Que cada vez lo llevo peor, es que no puedo soportar separarme de él.

—Y si te digo que vas a estar en la gloria tú solita en casa con todo el sofá para ti y sin tener que tragarte las pelis de Disney no cuela, ¿no? —más lloraba ella.

—Es que Peter es mi niño y yo… Yo no puedo estar sin él.

—Y mira que es pegón el puñetero. Vale, vale, no me mires así que ya sé que mi niña también tiene guasa, ha salido a su madre, qué le vamos a hacer.

Traté de consolarla, si bien fue en vano. Por fin llegó su padre, el del niño digo, que yo a mi suegro no tenía el placer de conocerlo todavía… Pues eso que llegó el puñetero padre de la criatura y ella no podía parar de llorar.

Kate cerró la puerta de su despacho y la escuché tratar de disuadirlo, de buscar una solución. Yo tenía la oreja pegada a la puerta y, aunque hablaban en inglés, uno sabe muy bien cuándo alguien busca camorra y cuándo quiere firmar la pipa de la paz.

El tío era un altanero de mucho cuidado, eso se notaba, pero cuando salió en busca del niño, yo lo cogí por la pechera y lo metí en un cuarto contiguo. Dicho así puede parecer que fuera a comerle la boca, pero no, yo lo único que me comía en esos momentos era el coco para ver cómo podría comunicarme con él.

Tampoco hace falta ir a Harvard para echar mano del traductor del Google, así que empecé a escribir sin ton ni son, en mi línea, mientras él flipaba de lo rápido que lo hacía… Es broma, que yo no soy como los niños estos que parece que han nacido para teclear en el móvil y que corren más que el Correcaminos con la dichosa tecla.

Yo iba más despacito y con la lengua fuera, no porque estuviera cansado, que tampoco es que me deslomara en mi nuevo trabajo, sino que a mí sacar la lengua me ayudaba a pensar. Y yo ese día tenía mucho que pensar.

Le vine a escribir, poco más o menos algo así…

"Mira, cojoncitos, tú y yo no nos conocemos, pero vamos a llevarnos bien. A Kate la tienes atravesada y por eso te estás vengando, se te nota de lejos… Perder a una mujer así no es fácil, que me lo digan a mí que no hago más que intentar ganármela y me llevo unas leches de campeonato. De todos modos, si yo tengo más hijos, quiero que ella sea su madre. Y no soy tonto, ¿eh? Que ya estoy harto de tener que explicarlo. Kate puede haberse equivocado en muchas cosas, pero está loca con el niño. Y mira que es pegón el jodido, tampoco te las des tú de tan buen educador… Yo solo te digo que ella necesita a su hijo y que a él se le cae la baba con su madre. Tú no los has visto cuando están juntos porque no te interesa, tú miras para otro lado con tus gafas de ejecutivo y lo que no ves es que no solo le estás haciendo la puñeta a ella, sino también al chaval…"

Mi máxima incógnita al respecto no era ya lo que pudiera contestar él, que también, sino cómo traduciría Google lo de "cojoncitos".

Le enseñé la pantalla de mi móvil y él se me quedó mirando muy serio. Otro que me iba a soltar un guantazo y me llevaría tres días bailando, aunque yo ya estaba por la labor de dar leña al mono en cantidad, que ya estaba bien la cosa.

No contestó nada, es lo que tienen los británicos, que son un poquillo suyos, una miaja herméticos… él se limitó a coger a su niño y a salir andando. No solo la madre lloraba a mares, sino que también lo hizo el crío.

Y no solo se volvió el inglesillo a besarla y abrazarla a ella, sino que se vino para mí y me cogió por el pescuezo. Y que conste que no con malas intenciones, que logró que me salieran también dos lagrimones como puños.

El corazón se me encogió porque no quería verme en el pellejo de mi ángel. La madre de Esther ya había vuelto, pero yo la recogería esa tarde para ver juntos la cabalgata de Reyes. No me podía ni imaginar lo que sería para ella saber que su hijo volaba lejos a esas horas.

Entré en su despacho y la abracé. Ese día no intenté nada, solo habría faltado, únicamente le di mi cariño y dos o tres besos, pero en la frente y con suma delicadeza.

De haber podido pedirle un regalo a los Reyes Magos habría sido el de que el chavalín se quedara, pero no pudo ser. Yo había quemado mi único cartucho, aunque el tío ni siquiera había contestado nada. A ese le habían

sacado el corazón del pecho para meterle una roca, no le dieran… no le dieran lo que yo me sé… qué hartura ya.

Capítulo 33



El día de Reyes amaneció nevado y supuse que mi Esther estaría loca de contenta. Después del desayuno iría a buscarla para traerla a casa y darle sus regalos.

—Estoy orgullosa de ti, capullo—me dijo Daniela mirando al árbol de Navidad. Entre los dos habíamos logrado que su base estuviera repleta de paquetes.

—Y yo de ti, niña. Y mira que en muchos momentos no me has tenido paciencia, ¿eh?

—Lo que yo te diga, que eres un capullo.

Un rato después ya iba yo a por Esther contento como un crío con zapatos nuevos. Al llegar a su casa me abrió su madre, María, no con demasiada buena cara.

—Esther sale ahora, se está terminando de vestir, ¿quieres pasar? —me ofreció.

Ya no había ni pizca de arrogancia en su voz, se le había ido toda de un plumazo.

—Sí, hombre, y le doy su regalito a Borja, no se quede sin él, la criatura…

—Borja no está, se fue anoche.

—¿Se ha ido a repartir regalos? Ya sabía yo que trabajaba poco, vaya chollo, de Rey Mago, una vez al año…

—No te lo tomes a broma, nos ha dejado y me ha dado unos días para que nos marchemos de esta casa, no puedo estar más desesperada—comenzó a llorar.

—Tranquila, tranquila, ¿os echa de aquí?

—No es que nos eche, es que es suya, ¿qué pintamos ya aquí? La cosa no ha salido bien y yo me siento fatal.

—No ha salido bien porque te ha puesto unos cuernos muy grandes, que como es Navidad te ha confundido con un reno de los de Papá Noel, María.

—No me hagas reír, tonto, que tú siempre me has hecho reír. Y yo… Yo me he comportado fatal contigo, me siento muy mal.

—Un poquillo sí que me has pisado como si fuera un felpudo, pero ya sabes que no soy rencoroso, ¿quieres que te traiga a la niña en un rato?

—No, hoy estará mejor contigo, no soy persona, estoy hecha polvo.

—Pues tú para arriba que ese mierda no te vea así.

—Eres muy bueno…

—Tú tampoco eres malota. Venga, tonta, arriba ese ánimo, yo os ayudaré a pagar una casa de alquiler hasta que encuentres curro. Eso sí, espabila, que te has acomodado un poco. Y luego dices de mí…

—Tú te has reformado, nunca lo creí.

—Pues ahora te toca a ti, que yo vagas no pienso mantener. Venga, no te preocupes tanto y ni una lágrima por ese carajote…

Esther salió y yo me la llevé a casa. A la mierda de momento lo de comprarme el coche nuevo, tendría que ayudarlas, pero qué se le iba a hacer.

—Papi, mami y Borja lo han dejado, ¿ya lo sabes?

—Sí, cariño, todo va a ir bien…

—Mami se ha llevado toda la noche llorando, cree que no la he escuchado, pero sí. Yo pienso que es porque ya no va a poder celebrar la Comunión a lo grande, como la de Andreíta, la de Belén Esteban.

—Cariño, tú vas a tener una Primera Comunión preciosa, no te preocupes por nada…

—Si yo lo sé, es mami quien no lo sabe. Si ella está y estás tú, será la mejor Comunión del mundo.

Me comía a mi niña por los pies, que era de lo más sencillo. No por ello, eso sí, dejó de disfrutar cuando vio aquel árbol plagado de regalos.

—¡Papá! ¡Tata Daniela! ¡Está todo lo que yo quería! —Nos abrazaba a los dos a la par cuando llamaron a la puerta.

—Eso va a ser Rubí, que le habrá pedido a los Reyes Magos que yo le dé lo suyo, no se resigna a pensar que ahora soy un hombre enamorado…

Fui a abrir y no, para mi sorpresa eran los mismísimos Reyes Magos en persona, y digo eso porque lo que vi fue mi mejor regalo; a mi ángel con su pequeño demonio de la mano.

—¿Qué haces tú aquí, jefa? ¿Y este regalito con esa cara de pillo que me traes?

—Ya sabes a lo que vengo; a darte las gracias y a darte también esto; me espetó un besazo en los labios que todavía estoy temblando.

—Daniela, tráeme un vasito de agua, que me he mareado—le pedí a mi hermana con las canillas temblándome cuando por fin nos soltamos.

—¡Marchando una de agua para mi hermanito, el enamorado!

Los hicimos pasar y los niños se reían mientras yo la cogí en brazos.

—¡Esto sí que es un regalo de Reyes Magos! ¡El mejor!

Sus risas resonaban mientras mi hermana aplaudía, algo que ellos imitaron. Yo me sentía como el de “Oficial y Caballero”, aunque sin uniforme, que el de conserje lo había colgado y que, además, ese era muy feo.

—El regalo me lo has hecho tú a mí. John me explicó que un tarado lo asaltó a la salida de mi despacho y que, de una forma un tanto rocambolesca, le explicó una serie de cosas que eran verdad. Yo tarado no te tengo más que a ti, así que no pudo ser otro.

—Yo no sé de lo que me estás hablando, aunque puede que verme así sacar la lengua lo acojonara. Se me pone una cara de desquiciado que temería que le diera una buena tunda.

—John es cinturón negro de karate, no sé yo…

—Ah, vale, pues entonces igual la tunda me la hubiera dado él a mí, pero que da igual, ¿tú estás contenta?

—Yo estoy loca de contenta, tú eres mi hombre, lo acabo de ver. Prefiero no pensarlo porque si lo pienso no lo entiendo mucho, pero voy a pensar menos y a vivir más…

—Y a hincar también más, no te creas que te vas a librar—le susurré en el oído.

Vi cómo la carne se le ponía de gallina y más se me puso a mí. Yo sentía verdadera locura por mi ángel, pero es que los Reyes Magos me habían hecho el mejor regalo del mundo; el que ella también la sintiera por mí. Si es que ya lo sabía yo…

Capítulo 34



Al día siguiente me incorporé al trabajo mucho más contento que nunca.

John le había cedido la custodia a su ex y ella estaba exultante. Por lo visto, el tío estaba perdidamente enamorado de una noruega y no se había ido con ella por hacerle la puñeta a Kate y quedarse con el niño, pero cuando pusieron las cartas encima de la mesa le dijo que él se largaba a los fiordos, que no me dieran a mí más castigo que largarme a un sitio así, qué cosita más fría.

Teníamos mogollones de planes juntos, o al menos los tenía yo, pero es que estábamos construyendo algo precioso y de sobra sabía que era el comienzo de una maravillosa vida en común.

La prueba fue que, cuando entramos por el hall de la oficina, ella no solo no me soltó de la mano, sino que me la apretó más fuerte.

Yo hice mi entrada triunfal de lo más orgulloso y Martita fue la primera que nos vio…

—¿Qué ven mis ojos? —nos soltó.

—Tus ojos no sé lo que verán porque dan más botes que si estuvieran en un concierto de heavy metal, pero aquí lo que hay es amor y del bueno, chiquilla—le indiqué mirando a nuestras manos unidas.

—Ya lo veo, mira, Soraya, que al final Sergio tenía razón en lo que decía; que la jefa se ha enamorado de él, que acabaría rendida a sus evidentes encantos.

—¿Tú decías eso? —Me preguntó ella, muerta de la risa.

—No la piquéis, que vosotras no sabéis el peligro que tiene con el látigo, lo saca y me pone morado en un momentito. Ya esta noche me ha dado lo mío, pero yo encantado, ¿eh?

—¿Perdona? —le preguntó el otro que mejor bailaba, que acababa de unirse al coro. Y no al de "Los niños cantores de Viena", sino al que se estaba formando allí en la puerta.

—Tú te callas, Giliberto, que no has creído en mí en ningún momento. No tengo nada que agradecerte a ti, solo al chino…

—Que no me llamo Giliberto, tío, ¿cuándo te vas a enterar?

—¿Y qué más te da, Giliberto? —le preguntó Kate y yo tuve que aguantarme el vientre, porque me doblaba de la risa.

Él puso cara de estar oliendo mierda y se largó de allí…

Quien no se enteraba de nada, pero a quien nos acercamos a contárselo en su despacho, fue mi Tao.

—Pichita, que por fin me ha dicho mi ángel que sí, ¿cómo lo ves? —le pregunté—. Bueno, tú cómo lo vas a ver, a medias, como todo…

—Tú *habel tliunfado* en el *amol*, *Selgio*, te lo *meleces*. Tao *aleglal* mucho por ti.

—Y yo sé que tú me lo dices de corazón, pichita, no como la sarta de envidiosos que hay por aquí.

Lo dejamos trabajando en modo chino y nos dirigimos al despacho de Kate.

—¿Se puede saber dónde vas?

—Yo voy donde me marquen tus caderas, mi ángel, a tu despacho para más señas.

—¿Es que todavía no has tenido bastante con lo de esta noche?

—Pues mira que no, y eso que me duelen hasta las muelas del juicio, pero es lo que tiene estar enamorado, que no comes, no duermes, no sientes dolor… Eso último no te lo tomes al pie de la letra, ¿eh? Que tú tienes unos bríos que a ver si te quedas viuda antes de que nos casemos.

—¿De que nos casemos? ¿Es que nos vamos a casar?

—¿Y tú lo dudas? Vamos, es que tienes unas cosas… Eso sí, yo voy a esperar a estar mejor de dinerito para hacerte una pedida como Dios manda, lo vas a flipar…

—A mí no me hacen falta grandes cosas, Sergio…

—Que sí te hacen falta, que tú, a la chita callando, eres más pija que Paris Hilton, ¿a quién quieres engañar? Si yo te conozco con tus defectos y con tus virtudes…

Sí que la iba conociendo ya, así que cuando se quitó la gabardina y se quedó con el traje de látex, ondeando su látigo en el aire, yo creí morir de amor. Y se había hecho la tonta, como si no estuviera preparada…

—Un poquito de por favor que te veo hoy muy suelta y no sea que me tengan que ingresar, mi ángel de amor.

Dio un primer latigazo y lo que yo di fue un chillido que puse a toda la oficina en alerta, mucho peor que si hubiese fuego, aunque fuego fue lo que sentí en la pierna. Encima, no sé cómo enrolló el látigo que tiró y me llevó hacia ella.

—¿Tú no querías ángel? Pues aquí tienes ángel…

—Pero déjame por lo menos vivo hasta la noche de bodas, que voy a llegar hecho una mierda, cariño. Mira, yo el látigo te lo voy a tirar te pongas tú como te pongas, que luego no gano para Betadine, esto no es plan.

—El látigo se queda porque es el símbolo de nuestro amor—Dio otro latigazo y me acertó en toda la espalda, con eso de que me había dado la vuelta para escaparme.

—Pues a mí me gustan más las alitas, mi ángel, así de plumitas, para hacernos caricias…

—Si estas son caricias, bobo, ¿es que no lo ves?

—Eso es el toto de mi hermana Daniela, guapa, qué escozor más grande, me han entrado hasta mareos. Yo así no puedo darlo todo, no me concentro.

Seguí corriendo y más me dio. Y, por si eso fuera poco, después me dijo que le chupara el tacón del zapato.

—¿Qué estás diciendo’ ¿Qué estás diciendo? ¿Te he dicho yo a ti lo que quiero que me chupes? Pues claro que no te lo he dicho, porque no tengo cojones de abrir el pico ni los voy a tener, vaya, cualquiera le pide una felación aquí al ángel…

Epílogo



Unos meses después…

—Papi, ha sido la mejor Comunión del mundo—me indicó Esther mientras íbamos hacia nuestra casa.

—La mía va a *sel mejol*—le soltó el inglesito.

—Kate, yo no te quiero decir nada que enseguida sacas el látigo y me pones a caldo, pero opino que no es buena idea que sea el chino quien le enseñe castellano al niño, tú verás…

—Pues yo veo que ha hecho grandes progresos.

—Y yo no te digo que no, pero para pedir rollitos de primavera, que atrinca el teléfono y se entiende divinamente con el del restaurante Pekín. Bueno, yo no me meto en nada…

Daba igual como hablara el crío, lo único importante era que habíamos creado una familia preciosa y que vivíamos todos juntos, puesto que María, la madre de mi niña, encontró trabajo a cien kilómetros de casa y, aunque venía a verla los fines de semana, me la dejó para que ella no sufriera más cambios en su vida.

De todos modos, me agradeció mucho que yo le brindara mi ayuda en los primeros meses tras su separación y hasta que ella se empleó. Ese mismo día, cuando celebramos la Comunión en familia, me había confesado que se sentía orgullosa de mí por primera vez en la vida, haciendo que su madre, mi querida exsuegra Eugenia, pusiera una cara de asquito como si finalmente se hubiera mordido la lengua y se estuviera envenenando.

Vivíamos en casa de Kate y yo soñaba con el momento de pedir su mano. Para ello estaba planeando algo chulo, como una escapada a París o a alguna de las capitales más románticas del mundo, que mi ángel de amor parecía una justiciera con su látigo, pero luego no perdía su esencia pija, esa jamás. Y no me imaginaba yo pidiéndole la mano en Villa Rebuzno de Arriba, por poner un poner.

Total, que subimos a los niños en el coche, en el de Kate, que yo todavía ahorraba para comprarme uno que ya fuera familiar.

Los niños tampoco perdían su esencia, igual que mi ángel…

—Papá, que me ha arrancado una flor del vestido, menos mal que ya me lo voy a quitar. Ozú, qué coraje me da de este niño…

—Hija y tú por poco le arrancas la lengua, déjasela, ahora que medio lo entendemos.

Igual que Kate tenía el poder con su látigo, en la relación de nuestros hijos lo tenía mi Esther, que esa repartía a diestro y siniestro, y todo le tocaba al enano.

Pese a eso, todos éramos rematadamente felices y esa noche se lo recordé así a mi ángel cuando por fin nos sentamos en el sofá, tras acostar a los micos.

—Qué día más largo, cariño, pero me siento muy satisfecho…

—Y yo estoy muy orgullosa de ti, tontorrón. La Comunión ha estado perfecta.

—Sí, sin tantos cuentos como quería su madre en su día, pero perfecta. Y mi niña ha disfrutado lo más grande, eso te lo puedo asegurar. Igual que el pillín del chico, que ese ha estado bailando que no veas, al son del chino.

—Sí, qué risa…

—Ya te digo, los dos igual de chicos y él imitando a Tao, que parecía que estaba epiléptico. Yo me muero con ese tío, es que me muero.

—¿Y Martita con su Mei? Esa se nos casa antes que nosotros, como no espabilemos.

—¿Tú ya te me quieres casar?

—¿Estás reculando? ¿Es por lo del látigo?

—¿Recular yo? ¿Qué dices? Así me estés dando hasta el día del juicio final, fíjate lo que te digo.

—Y entonces, ¿cuándo me lo vas a pedir? Mira que al final te lo pido yo a ti y te chafo la sorpresa.

—No, mi ángel, es que yo a ti quiero llevarte a un sitio que te merezcas.

—¿A una mazmorra? Tú siempre me dices que deberían llevarme presa por lo bien que manejo el látigo—Se partió de la risa.

Cómo había cambiado el cuento. Mi ángel, que en su día no se reía ni por equivocación, se pasaba el día a carcajada limpia. Y a mí… a mí me sonaban sus carcajadas a música para los oídos.

—Si te llevan a una mazmorra, a mí que me encierren contigo, todo lo quiero hacer a tu lado.

—Si que suena a condena, sí…

—Si te encanta estar conmigo, solo lo dices para hacerme rabiar. Espera un momentito que voy a mirar los números del Euromillón, que yo quiero pagar entero lo de Eurodisney, no sea que digas que abuso de la jefa.

—Pero ¿todavía sigues tú con eso? ¿Cuántas posibilidades crees que hay de que te toque?

—Las mismas que de enamorarte y aquí estamos, yo soy un tipo con suerte.

Abrí la página y lo siguiente que abrí fueron los ojos, grande, muy grande…

—¡Kate, que me ha tocado!

—Sí, claro, venga ya, seguro que es otra de tus bromas, ¿a que voy a por el látigo y confiesas?

—Que no, que esta vez es verdad, que me ha tocado, míralo, mi ángel…

Ella miró y en su caso abrió tanto la boca que tuve que pedirle que la cerrara para poder besarla, porque eché cuentas y no había manera de abarcar aquello; tenía unos labios de lo más gruesos y había hecho un redondel con ellos que parecían una plaza de toros.

Comencé a besarla mientras pensaba que sí, que era el tipo más afortunado del mundo. Hasta en los peores momentos había confiado en mí y allí estaba el tío.

Cogí a mi ángel en brazos y di vueltas con ella por todo el salón. Creí que nada podría interponerse entre mi felicidad y yo en esos momentos, solo que no contaba con un puñetero saliente del *chaise longue* en el que casi me dejo el dedo meñique del pie, esa vez sí que sí.

Me daba igual, yo chillaba, reía y gritaba a partes iguales con ella en brazos. Y también la besaba, besaba con pasión a una jefa que me había cambiado la vida… Una vida que nuevamente me daba una increíble sorpresa ¡y para bien!

Detente, lo primero es el amor



Capítulo 1



Veía a mi madre subir los escalones y la sonrisa no se me borraba del rostro. Cuánto le había pedido al universo que volviese a casa, cuánta ilusión me hacía tenerla allí de nuevo, cuánto había luchado aquella guerrera para regresar junto a sus dos hijos.

Me llamo Alba y en aquel momento contaba con veintiocho años. A mi madre le habían diagnosticado un tumor maligno semanas atrás y, como es lógico, tuvieron que intervenirla de urgencia.

Todavía le quedaba una dura batalla por librar: la del posterior tratamiento, que no sería moco de pavo, pero lo cierto es que había salido de una operación temida por los médicos, porque cuando la terrible enfermedad dio la cara ya se encontraba bastante avanzada.

Permaneció muchas horas en el quirófano. Unas horas que se me hicieron eternas y en las que me apoyé en el hombro de mi hermano David, diez años menor que yo, al que adoraba.

David había sido mi niño bonito, mi pequeño muñequito desde el día que vino al mundo. Acababa de cumplir los dieciocho y yo me sentía muy orgullosa de él, puesto que había dejado atrás una etapa un tanto complicada en la que abandonó los estudios y comenzó a frecuentar malas compañías, actitud que nos llevó por la calle de la amargura a mi madre y a mí.

Mi hermano creció sin referente paterno, algo que no justifica en absoluto que eso sucediera, faltaría más. Mi padre murió en un desgraciado accidente en la obra en la que trabajaba como albañil cuando David tenía tan solo un añito y yo, por tanto, once.

Mi madre se convirtió entonces en una de esas heroínas anónimas que se comió su pena, lágrima a lágrima, y sacó fuerzas de flaqueza para que a sus hijos no les faltase de nada.

A Encarni, como la conocían todos, no le faltó un puesto en el que echar una mano en el mercado de abastos de nuestro barrio. La gente la quería y lo mismo la veías descargando un camión de fruta, pese a lo menuda que era, que poniéndose el mandil de pescadera y limpiando doradas para hacer a la espalda.

Mi madre, y no es pasión de hija, servía igual para un roto que para un descosido. Yo seguí su ejemplo y me puse a trabajar en cuanto fui mayor de edad, aunque ya antes me ganaba un dinerito para salir con mi amiga Susi haciendo de canguro.

La pensión de viudedad que le quedó a la mujer apenas llegaba para cubrir los gastos de la hipoteca y poco más, porque mi padre no tenía un seguro de vida, en aquella época no todos lo firmaban, una verdadera lástima. Así que nos tocó arrimar el hombro y yo seguí su ejemplo, orgullosa y abnegada.

David, no obstante, ya vivió tiempos algo mejores. Cuando él se convirtió en un muchachito, entre mi madre y yo habíamos terminado de pagar la dichosa hipoteca y, aunque en clase de pobre, como ella decía, pudimos empezar a respirar un poquillo más.

Así las cosas, toda nuestra ilusión se centraba en que el niño estudiara (algo que yo no pude hacer en su momento), y para eso se lo pusimos a David todo lo fácil que pudimos.

Dicen que, en muchas ocasiones, los que aprovechan verdaderamente las oportunidades son los que tienen las cosas más difíciles, y quizás a él se lo servimos todo en bandeja de plata, y mi hermano le dio una patada a la bandeja.

Fueron un par de años complicados luchando con él hasta que, a los diecisiete, volvió a retomar sus estudios y, por fin, logramos que terminase la ESO, en la que se acababa de graduar.

Sé que, en otros ambientes, que un chico con la edad de mi hermano se gradúe en la ESO es lo mínimo que se despacha en botica, como diría mi vecina Manuela, una señora de lo más simpática que siempre tiene una de

esas frases populares en la boca. Sin embargo, en el nuestro, que es un barrio madrileño obrero que se veía azotado en los últimos años por los problemas derivados de drogas y bandas (obviaré su nombre para no hacerle mala publicidad), pues como que era un logro.

David ya llevaba un tiempo en la nueva senda y yo lucharía con uñas y dientes para que así siguiera siendo. No quería estudiar Bachillerato, eso lo tenía claro, y sus ojos estaban puestos en un módulo de mecánica que abordaría un curso más adelante, porque en ese momento sí que estaba obcecado en aportar su grano de arena en casa, puesto que mi madre no podía trabajar y andaríamos un tanto justos.

Mi sueldo, en eso tenía razón mi hermano, no era para tirar cohetes precisamente. Yo trabajaba junto a Susi en una fábrica de galletas situada en un polígono industrial cerca de mi barrio, al que a diario acudíamos en su escúter, así nevara, lloviese o ventease.

Miraba a David, agarrando el brazo de mi madre, ayudándola a alcanzar el rellano de nuestro tercero sin ascensor, ese en cuya comunidad contábamos con la promesa nunca cumplida de que nos lo pondrían, y me sentía más que orgullosa de quien siempre fue el niño de mis ojos.

No teníamos un panorama demasiado alentador por delante y, aun así, yo sabía que era importante que me mostrase agradecida con la vida, porque al menos mi madre estaba allí y, una vez salvada la operación, era más que posible que aquella jabata le ganase la batalla a esa durísima enfermedad que constituye una verdadera epidemia en nuestro siglo.

David y yo estábamos muy sensibilizados al respecto y éramos conscientes de la suma importancia de no darle ningún disgusto, y de crear para ella una verdadera zona de confort con el objetivo de que se viniese arriba lo antes posible. Entre los tres lo conseguiríamos, puesto que no habíamos luchado tanto para tirar la toalla en ningún momento.

Capítulo 2



Abrimos la puerta de casa, y mi madre, a quien en rara ocasión vimos llorar porque era más dura que un leño delante de nosotros, para no preocuparnos por nada, ese día sí que dejó expandirse libremente a sus lágrimas debido a la mucha emoción acumulada.

—Ay, hijos míos, por fin en casa, es que no se lo puede una ni creer. Llegó un momento en el que pensé que… Bueno, qué tontería, si yo nunca podría dejaros solos, aunque me fuera siempre estaría con el ojo puesto en una mirillita que debe haber ahí arriba, desde donde también nos observa vuestro padre, que él nunca se ha ido del todo—suspiró.

Mi madre no había rehecho su vida en todos aquellos años porque estuvo demasiado volcada en sus hijos y porque seguía enamorada de mi padre. Supongo que hay personas que, al enviudar, se quedan atrapadas en esa relación anterior que no se desgastó como en el caso de un divorcio, sino que la vida la cortó de raíz, dejando los sentimientos a flor de piel.

El recuerdo de su Antonio seguía demasiado presente en su día a día, y así nos lo hacía ver a cada momento. Ella era feliz pensando en los años que

pasó con el hombre de su vida, ese que, en sus palabras, le había dado lo más bonito que tenía: sus hijos.

—Mamá, a ti no te va a pasar nada. Ahora, eso sí, tienes que descansar, ¿vale? Las escaleras te han cansado mucho y no es para menos, vaya talento el de quien las hizo, mira que son empinadas.

—Hija, ya se lo dije yo a tu padre el día que vinimos a ver el piso, hace un cerro de años, que para hacerle la vida más cómoda a los pobres nadie se come el coco. Pero mira, ya pagamos nuestra casita, tenemos un techo bajo el que cobijarnos y nunca nos veremos en la calle, esa es mi mayor tranquilidad—me decía ella, complacida.

—Por supuesto que no, mamá. Y ahora David y yo te cuidaremos como si fueras una reina. Mari Carmen me ha dicho que me pase por el puesto del pescado, que me dará un pargo para que te lo prepare al horno—le comenté, sabiendo lo mucho que le gustaba.

—Qué buena mujer es, todo se le hace poco para dármelo, hija—suspiró.

—Y cuánto la has ayudado tú, mamá. A ti las cosas no te caen del cielo, la gente te quiere porque te lo mereces, ¿tú sabes lo preocupados que los has tenido a todos?

—Sí, hija, si no han parado de mandarme wasaps, hasta me metieron en un grupo del mercado, como si yo fuera la dueña de un puesto o algo. Qué

más quisiera, así os dejaría las espaldas cubiertas a ti y a Davide el día que me marche—me abrazó, sentadita ya en su sofá, y yo a su lado.

—Mamá, ¿dónde te vas a marchar tú? Vale, vale, al Caribe, ahí sí, pero no más—le contestó David.

—Sí, hijo, en eso estaba yo pensando, y en casarme con un cubano o algo —rio ella.

—¿Y por qué no, mamá? Menudo salero que tienen, y a ti te encanta bailar salsa, no digas que no. David y yo hemos heredado ese gusto de ti.

—Ay, hija, qué disparate. Además, que para eso no tendría que irme al Caribe, que el barrio está lleno de gente de por allí (así los llamaba ella). Y yo encantada, ¿eh? Que tengo amigos colombianos, peruanos, ecuatorianos y de todos los lados, que son más majos que las pesetas, gente trabajadora como nosotros que han venido a ganarse la vida. Lo malo son los niñatos de las bandas latinas, aunque también hay bandas de niñatos de aquí del barrio. Y se juntan los unos con los otros y son como el hambre y las ganas de comer. Hay veces que da miedo andar por la calle—se lamentaba la pobre.

—Tranquila, mamá, no pienses en eso. A ti toda la gente te quiere y nadie te hará nada malo—le recordé.

—No, si yo no tengo miedo por mí, lo tengo por mis hijos. Cuando tú vienes de noche en la motillo de Susi, o por tu hermano, que sabes que siempre me tiene las carnes abiertas. Yo lo veo otra vez con gentuza de esa

y me da un parraque—me comentó por lo bajini mientras él le fue por un vaso de agua.

—No, mamá, es verdad que David tuvo una mala época y se juntó con gente chunga, pero ya pasó. Además, que el niño está ahora que da gloria, ¿es que no lo ves? Ya tiene la ESO y está deseando ponerse a trabajar.

—No, no, que eso ya lo hemos hablado. Tiene que seguir estudiando, Alba.

—Mamá—le contestó él, que venía con el agua—, yo para astronauta tampoco es que vaya. Déjame que os ayude una temporadita y ya, para el siguiente curso, me meto en el módulo de mecánica, sabes que se me da muy bien.

—Pero hijo, me duele que pierdas un curso—le dijo ella con pena.

—Como que es el primero que pierdo. Venga ya, mamá, y los otros fueron por mi mala cabeza. Yo también necesito saber que puedo ser útil para esta familia, quiero ayudar.

—Vale, hijo, pero solo un año, mientras yo me pongo bien del todo y me vuelvo al mercado, ¿y sabes si alguien te dará trabajo?

—Tengo que pasarme por el taller de Cosme, el padre de mi colega Johny, seguramente él tenga algo para mí. De hecho, te dejo aquí con la hermana y me voy para allá. Ya verás lo orgullosa que estarás de mí, mamá.

—Si yo ya lo estoy, tesoro mío, si yo ya lo estoy—insistió ella con lágrimas en los ojos.

Capítulo 3



Esa noche teníamos algo que celebrar. Y lo hicimos con el pargo al horno, que me salió divino.

Mi madre se encontraba muy débil. Ella, que siempre estuvo rellenita, se había quedado que era un saquito de huesos, por lo que debía venirse arriba.

David apareció pletórico porque Cosme le había dado trabajo y, aunque el sueldo como aprendiz no era nada del otro mundo, sería su primer sueldo, algo que le contentaba muchísimo.

—Y luego, cuando llegue al módulo, podré darle yo clases a los profesores, porque la práctica lo es todo, hermanita—me comentaba él mientras comía a dos carrillos, porque ese niño era un pozo sin fondo.

—Y la modestia también es importante, cariño, eso que no se te olvide.

—Sí, sí, si tendrán que ser modestos delante de mi pericia, ya lo verás—se burlaba.

Mi hermano era un encanto, guapo como él solo, y cariñoso hasta decir basta. La gente decía que nos parecíamos muchísimo en el físico. Yo tampoco me podía quejar, siempre destaqué entre los chicos, al ser alta y de complexión atlética, rubia y de ojos claros, como David.

A mi madre y a mí se nos caía la baba escuchándolo hablar, con esa alegría inconsciente de la juventud, sin tapujos, soltándolo siempre todo sin filtros. En realidad, en eso también se parecía a mí, pues las tontunas no me gustaban y yo era más bien de llamar al pan, pan, y al vino, vino.

Hacía mucho tiempo que no veíamos a mi madre tan feliz. Para ella, su casa era su templo y el tiempo que hubo de pasar en el hospital se le representó como un verdadero suplicio.

De nuevo estaba en casa, y con sus hijos, atendida y con buenas perspectivas, si bien debía recorrer todavía un largo y tortuoso camino hasta su total curación.

Yo es que, en otras posibilidades, aunque sabía que podían estar ahí, no quería ni pensar. Mi madre se iba a curar y punto, no había más.

Con David trabajando, además, las cosas me serían más fáciles. Semanas atrás traté de negociar en la fábrica una jornada todavía más amplia para poder llevar un mayor sueldo a casa, pero no pudo ser. Las cosas no estaban fáciles para nadie y me dijeron que no les convenía.

Por suerte, el tratamiento médico corría a cargo de la Seguridad Social, eso sí, aunque había una serie de complementos vitamínicos y demás, que los médicos nos habían aconsejado como suplemento, que costaban un dinerito y que tendríamos que financiarlos nosotros.

Vaya por delante que ya he comentado que mi madre contaba con el cariño de todo el barrio y que, hasta Humberto, el farmacéutico, se ofreció a echarnos una manita, fiándonos durante el tiempo que hubiese sido necesario, pero eso a nosotros no nos cabía en la cabeza, porque éramos pobres y, aun así, nuestros pagos siempre estuvieron al día.

David no paraba de parlotear, tan contento como estaba.

—Dile a Susi que lleve la escúter allí cuando quiera, que yo se la miro, porque el otro día llevaba el tubo de escape que parecía una cafetera del humo que echaba, y Cosme me ha dicho que le hará precio a todos mis amigos.

—Ah, pues muy bien, cariño, yo se lo digo, que esa está tiesa a estas alturas de mes, pero que sin la escúter no nos podemos quedar. Ir a pata hasta el polígono sería la bomba.

—Dentro de nada, hermanita, te consigo yo una motillo del desguace y te la preparo para ti, ya lo verás—se ofreció.

—Ay, mi niño, si es que vale para todo—le cogí por el mentón y le di un cariñoso beso, mientras que a mi madre se le llenaban los ojos de lágrimas

de vernos así, porque estaba de un sensible la mujer…

—Y te preparas tú otra, David, que a ti las motos te encantan, hijo—le recordó.

—Tú no te preocupes, mamá. Yo me compraré una grande y del paquete en cuanto pueda, que sabes que son mi pasión. Ya me veo a lo Marc Márquez—hizo como que pilotaba.

—Menos carreritas, ¿eh? Que se me ponen los vellos de punta solo de pensarlo. Yo me refería a una chiquinaja.

—Que yo controlo, vieja—la llamó él de ese modo que, aunque a priori podría resultar un tanto despectivo, no lo era en absoluto. En mi barrio, los niños querían a sus "viejas", como muchos las llamaban, con locura.

Además, que mi madre de vieja no tenía nada de nada, así que esa manera de dirigirse a ella le hacía reír. De hecho, teníamos pendiente la celebración de su cincuenta cumpleaños en breve, una fecha que adquiría un especial significado dado que ese año casi se nos va.

—Ya, ya, que tú controlas. A mí no me asustes que no estoy yo para sobresaltos, hijo. Más bien estoy así en plan "mírame y no me toques" —se refería ella a su delicado estado.

También era una mujer muy guapa, solo que en ese momento no le acompañaba el estar tan sumamente delgada a consecuencia de la

enfermedad.

Desde que enviudó, a mi madre le salieron en el barrio los pretendientes a cascoporro, si bien ella jamás le hizo caso a ninguno.

Todo parecía, por fin, encauzarse. Nos tendríamos que organizar, eso sí, para el tema de acompañarla a su tratamiento y demás, lo que me traía de cabeza, porque ni mi hermano ni yo podríamos dejar tan fácilmente el trabajo para salir ese rato.

Procuraba pensar en que Dios proveería cuando tocó a la puerta nuestra vecina Manuela, que era como de la familia.

—Siéntate, ¿quieres un poquito de pargo? Es del puesto de Mari Carmen, nos lo ha regalado para darle la bienvenida a mi madre—le comenté.

—Sí, sí, he tocado a la puerta porque huele que alimenta. Hija mía, qué pinta. Bueno, y no solo vengo a gorronear, porque os quería proponer que yo puedo acompañar a vuestra madre al tratamiento—nos ofreció, haciendo que yo viera el cielo abierto—. En lo que llevo a mis nietos al colegio y los recojo, me queda tiempo libre. Y así me paso un buen ratito con mi Encarni, que la he echado mucho de menos—le guiñó el ojo a su amiga.

Es lo que tiene vivir en un barrio como el nuestro, que no habrá mansiones ni lujos, pero sí cariño a raudales y solidaridad a esportones.

Capítulo 4



Unos días después, a la que volvía a comer a casa, me pasé con Susi por el taller de Cosme.

Para mí era importantísimo que le hubiese dado trabajo a mi hermano. A mí ese hombre, en principio, nunca me gustó demasiado, más que nada porque era un poquillo mirón, pero eso no impedía que fuera un tipo trabajador y, además, que le hubiese echado un buen cable a mi David en el momento en el que más lo necesitaba.

—Hombre, la niña más bonita del barrio y su amiga, que es igual de bonita—nos dijo nada más vernos aparecer.

A Susi le pasaba lo mismo que a mí, que le causaba un cierto rechazo el tipo, hasta el punto de que vi cómo tiraba de sus shorts vaqueros en ese momento hacia abajo, como si así pudiera alargarlos.

—Hola, Cosme, que he venido para darte las gracias por lo del niño y a decirte que está muy contento, hombre—dejé a un lado mis reticencias

porque lo cierto es que con mi hermano se estaba portando bien, y eso era lo único importante.

—Sí, mujer, el chaval vale, y le pone empeño. Está ahí dentro, con mi Johny, ¿le digo que salga?

—No, no hace falta. Si nosotras ya nos vamos…

—¿Y no me dejáis que os invite a una tapita o algo? Es hora de comer, ¿tanta prisa tenéis? —nos preguntó un tanto sátiro.

—Sí, sí, que además ya sabes que mi madre está muy pocha y que tengo que estar muy pendiente de su almuerzo, gracias.

—Vaya, pues otro día os podéis venir con menos prisas.

Nos subimos en la escúter y salimos de allí zumbando. Ese día, Susi se quedó a comer con mi madre y conmigo.

—Andando me quedo yo a almorzar con el viejo verde ese. Vamos, igualito que Samuel es, ¿te he enseñado ya su foto vestido de poli? Cómo no me pone a mí nada un uniforme, si es que me paso el día abriéndola y… chorreando, yo chorreo como un grifo abierto con este tío—me decía mientras me enseñaba su foto en la cocina.

Samuel era poli, de la Nacional, y estaba destinado en la comisaría del barrio. Susi le había conocido de causalidad y parecían haber congeniado,

porque él no paraba de mandarle cosas por wasap y habían quedado en más de una ocasión.

—Ya, solo que tú te estás haciendo la dura, ¿no? Le dirás que tienes que mirar en tu agenda y blablablá, como si fueras una ministra—reí.

—Naturalmente, ¿o es que tengo yo algo que envidiarle a Irene Montero? El mundo, justamente, es lo que me pongo yo por montera, ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé, niña. Si tú lo que vendes es vitalidad…

—Pues como tú, solo que ahora estás un poco apagadita por lo de tu madre—me comentó por lo bajini mientras calentábamos el almuerzo.

—Sí, es que ha sido un infierno. Y es, no te creas que las primeras sesiones de quimio están siendo jauja, que vuelve la pobre que es un estropajo, quién la ha visto y quién la vi, qué lástima de mi Encarni.

—Ni se te ocurra venirte abajo, ¿eh? Tu Encarni ya mismo está siendo otra vez la de siempre, y tú… Tú lo que necesitas es salir conmigo una noche.

—Qué va, yo ahora no puedo, ¿dejarla sola? Ni de coña. Y David por las noches no para, está en la edad. Mi niño ha pasado mucho, yo quiero que se divierta, ahora que por fin le hemos metido en cintura.

—Ya, pero niña, que tú también te mereces salir un ratito. Seguro que tu vecina Manuela se queda aquí con ella una nochecita, no me digas que no.

—Manuela ya tiene el cielo ganado, que la está acompañando a las sesiones de quimio, no seré yo quien le pida más—resoplé.

—Ni falta que hará, ella misma te lo ofrecerá en cualquier momento. Antes de que tu madre estuviese mala se hacían mucha compañía, ¿no? ¿Qué ha cambiado entonces?

—En eso tienes razón, supongo que la única que he cambiado soy yo y mi forma de ver las cosas. Bueno, si Manuela se ofrece, no te digo que no, pero no te prometo nada.

—¡Ay, Albita! ¡Qué ilusión! Estoy deseando que conozcas a Samuel y, aparte, que ya le diré yo que se traiga a un amigo—me hizo la señal de la victoria con los dedos.

—No, no comiences a enredar que yo no estoy ahora para esos líos, a mí déjame que menuda cruz llevo…

—Pues por eso mismo. Yo soy de la opinión de que las cargas, entre dos, son menos…

—Sí, claro, menuda presentación, que le haría yo al chaval. “Hola, soy Alba, y tengo un percal por delante que es de pena, ¿tú cómo lo ves?” —me eché a reír por no llorar.

—Sí, sí, ni que fueras la única que has pasado por problemas en la vida. Oye, la primera noche que puedas, te me pones como un pincelito, y ya estamos bailando hasta el amanecer, ¿te has enterado? Que buena falta te hace. Y a mí, recuperar a mi amiga, más.

Capítulo 5



El siguiente fin de semana lo pasamos con mi madre, porque la mujer estaba chunga, con náuseas y demás.

Bueno, lo de “lo pasamos” va más por mí, porque David, a su corta edad, tenía unas ganas de marcha que eran sensacionales, y él salió tanto el viernes como el sábado.

Yo estaba bastante preocupada por un tema, ya que mi madre iba llevando lo mejor que podía las duras sesiones de quimio, la mujer, pero eso no significaba que no llegase a casa echa una auténtica “piltrafilla”, en sus graciosas palabras, pues intentaba quitarle hierro al asunto.

Nuestra vecina Manuela, por más que quería echar una mano y hasta las dos, tampoco abarcaba más, con sus nietos y demás, por lo que una vez que los peques llegaban a casa, tenía que atenderlos.

En definitiva, que mi madre necesitaba alguien que la cuidase y, mientras movíamos papeles y demás para ver si le correspondía alguna ayuda al

respecto, tendríamos que buscar a alguien que pudiera quedarse con ella.

En nuestro barrio no faltaría quien pudiera hacerlo. De hecho, se me vino a la mente Luz Marina, una mujer de la edad de mi madre, colombiana, a quien se le había muerto la ancianita que cuidaba y estaba sin trabajo.

Yo la conocía de sobra y sabía que era una excelente candidata, por lo que me fui a hablar con ella el domingo por la mañana, mientras David dormía la mona en casa, que había salido de fiesta la noche del sábado. Normal, si no lo hacía con esa edad…

—Yo estaría encantada de poder cuidar unas horitas a tu madre, que tengo que sacar adelante a mi Nicolás y no quiero que se me junte con esa gentuza del barrio por culpa de no poder comprarle unos pantalones o unas deportivas de esas que les gustan ahora a los chicos. Es que lo pienso y me echo a morir—casi se me pone a llorar, la pobre.

Luz Marina había llegado al barrio unos años atrás, trabajando en todo lo que le salía a la mujer, y hasta un tiempo después no pudo traerse a su hijo Nicolás, que era de la edad de David. Luchaba con uñas y dientes y para mí podía representar una gran solución, lo mismo que para ella.

El problema, eso sí, como no podía ser de otro modo, era la pasta.

A la hora de la siesta de mi madre, lo hablé con David.

—Cariño, nos tocará apretarnos más el cinturón. He hablado con Luz Marina y ella se hará cargo de mamá. No nos pide mucho dinero, pero es lógico que hay que pagarle un sueldecito, todos tenemos que comer.

—Lo que haga falta, cuenta con ello, hermanita—me soltó de inmediato, porque mi hermano ya no tenía nada que ver con ese niñatillo en el que se convirtió en su día.

—De todos modos, yo procuraré que te quede para tus gastos. Puedo aportar mi sueldo completo y…

—No, no, que tú también necesitas salir y entrar, comprarte ropa…

—Será por lo que salgo o entro, mi niño. No te preocupes por eso—suspiré.

—No, no. Yo hablaré con Cosme. Puedo hacer algunos trabajillos más. Se me está dando bien el curro, no te preocupes por nada.

—Sí, se ve que está por la labor de ayudar, ¿te dijo que pasé por allí el otro día? Ya sabes, él en su línea, un poco baboso, pero bien—me reí.

—Sí, sí, pasa de su culo, ni vayas por allí para nada, que no hace falta. Alba, yo ya no asisto a la guardería, es un trabajo, ¿vale? ¿Voy yo a la fábrica a hablar con tus jefes? —me echó la bronquilla y, en parte, con razón.

—Pues no, mi niño. Tienes razón, ahí me he colado. Pero es que estoy tan contenta de que por fin hayas sentado cabeza, que se me va un poco la pinza.

—Ya lo veo, ya. Bueno, lo dicho, que le digas a Luz Marina que empiece mañana mismo, y cuenta conmigo.

No podía sentirme más orgullosa de la personita en la que se estaba convirtiendo, de modo que le di un abrazo fuerte, fuerte. Con lo mucho que tuvimos que abroncarle en el pasado y de pronto todo iba como la seda.

Me quedé mucho más tranquila y comenzamos la semana de otro modo. Cierto que tendríamos que hacer malabares económicos, pero yo a eso ya estaba acostumbrada, lo importante era que mi Encarni estuviera atendida.

Al día siguiente comenzó Luz Marina a trabajar con nosotros. Por parte de David, todo fue bien desde el primer momento.

—No hay problema, hermanita. Cuento con un sobresueldo, Cosme no me ha puesto pegas—me comentó en la cena y yo me alegré una barbaridad.

—¡Qué bien, cariño! Por cierto, que Susi me ha dicho que te llevará la escúter para que se la mires…

—Dile que esa se la miro en la calle y así todo lo que gane es para mí, que ni la lleve por el taller—rio.

—Mira qué listo mi hermanito, así que has cambiado de opinión y lo que saques es limpio para ti, ¿no?

—Pues claro, que de ningún tonto se ha escrito nada, ¿no es eso lo que dice siempre mamá? Además, si casi no le voy a cobrar, que es Susi.

—Ay, que tienes un corazón de oro. Pues nada, ya se lo digo yo, cariño.

Estaba de un responsable que no era normal. Las cosas comenzaban a ir bien y, con Luz Marina en casa, todavía mucho mejor.

Mi madre, eso sí, no paraba de rajar porque no quería que gastásemos dinero en que nadie la cuidase, pero había llegado la hora de devolverle una partecita de lo mucho que se esforzó por nosotros, así que ni caso le hacíamos.

Además, que esa mujer también se metía en la cocina y hasta le daba un limpiadito a la casa mientras le echaba un ojito a mi madre, así que su presencia allí me descargaba porque, aunque yo trataba de aparentar total normalidad, estaba reventada.

El jueves, Manuela me comentó que el sábado por la noche se quedaría con mi madre, preparándole una cenita, en plan amigas, así que Susi no lo dudó: saldríamos de marcha.

En el fondo, lo necesitaba una barbaridad… Necesitaba evadirme, reír, bailar, cantar, beber y, en definitiva, hacer la vida de una chica de mi edad.

Capítulo 6



Me puse una falda negra, cortita y acampanada, con una camisa negra de transparencias, así como botines negros calados.

Estábamos en primavera, de modo que ni chaqueta me hizo falta. Lo que sí me llevé conmigo fueron las ganas de pasarlo bien.

Susi vivía a dos pasitos de mí, de manera que Samuel, a quien mi amiga ya había visto en varias ocasiones, pasó en recogernos en su coche, acompañado por su colega Thiago.

A Samuel ya le conocía yo por foto, y era para que las rodillas no la sostuviesen a una, pero es que cuando vi a Thiago se me hizo la boca agua.

Altísimo, moreno, de ojos claros como yo, con un bíceps de revista, y una sonrisa de portada. Por el amor de Dios, si no podía ser más bonito. Enseguida se me vino a la cabeza la típica broma de que vaya niños preciosos que nos podrían salir, y pensaba en ello cuando Susi me dio en el brazo.

—Alba, que te montes atrás, que dice Thiago que se sienta contigo—el chaval se levantó para cederle el asiento del copiloto a mi amiga.

Me quedé cortada por un segundo porque se me notó en babia, por lo que eché mano de una mentirijilla piadosa.

—Ay, que no me acuerdo si le di la pastilla a mi madre antes de salir—murmuré.

—¿No te acuerdas? Pues sube a comprobarlo, Alba—me llamó por mi nombre con toda la familiaridad—. Por cierto, yo soy Thiago—me soltó un par de sonoros besos en la cara.

—Ni caso, si esta es más cumplida que un luto, le habrá dado una pastilla y otra de refuerzo. Arranca, Samuel, que nos vamos.

—¿Es cierto lo que dice Susi? ¿Eres muy responsable? —me preguntó él.

—Bueno, lo intento. Es que no tengo unas circunstancias fáciles, pero tranquilo, que no he salido para hablar de desgracias—le aclaré.

—¿De desgracias? Son tus circunstancias, no hay problema. Susi me ha contado lo de tu madre, te entiendo perfectamente porque también pasamos por algo similar con mi padre hace unos años. Y ahora está que vende salud el hombre—me animó.

—¿No me digas? —me sentí genial de poder hablar con alguien que me entendiese, por lo que enseguida congeniamos.

Nos fuimos a cenar a un hindú, que Susi tenía antojo, y mientras ella tonteaba con Samuel, que parecía haber mucho *feeling* entre ambos, Thiago y yo tampoco parábamos de charlar.

Hacía muchísimo tiempo que no me abría en canal así con nadie, y pude hablarle sin tapujos de mis miedos y de todo lo que tuviese que ver con la enfermedad de mi madre, y con el calvario por el que habíamos atravesado.

—Un día te ves así, y otro te ves despidiendo a tus padres porque se van de crucero, ya con él totalmente bien. Te va a pasar, ya lo verás, crees que es un trance interminable y finalmente termina, como todo—me comentó muy cercano.

—Dios te escuche, aunque a mi madre no la veo yo mucho yendo de crucero, porque la pobre no ha salido nunca de España. Y eso que tiene unas ganas de ir a Roma, al Vaticano, que no veas, porque ella es muy creyente y está deseando verse allí, para dar gracias. Yo también estoy muy contenta—le contaba mientras Susi iba pidiendo.

—¿Os gusta el picante? Porque a mí me pirra—nos amenazaba.

—Con ella explotamos, el picante es que no lo siente, se lo toma como agua—les advertí.

—Es que mi chica es muy explosiva—nos soltó como si tal cosa Samuel, y todos nos reímos.

—¿Tu chica? ¿Me he perdido algo? —miré a Susi.

—Nada, que dice que ya estamos saliendo. Y por mí encantada, no le queda que currárselo para dar pasos adelante, no sabe dónde se mete—se moría ella de la risa, porque mi amiga tenía un carácter alegre donde los hubiese. No solo ella lo tenía, también yo, solo que el mío estaba un poco en pausa por todo lo que me había sucedido.

—Míralos, en nada y menos pareja, ya solo quedamos tú y yo—me dijo Thiago enseñándome en todo su esplendor esa sonrisa de muñeco tan suya.

—¿Qué dices? Pues para eso estoy yo. Si apenas salgo de mi casa—resoplé.

—Sí, sí, le ha dado por hacer vida de monja, solo le falta comprarse el hábito, ¿tú sabes si hay de esos en Amazon? —reía mi amiga.

—Ni caso, vida de monja no, solo que con lo de mi madre apenas puedo salir. Ella es que no lo entiende, pero por lo que tú me has comentado, sí que lo entenderás.

—Lo mío era un poco distinto porque yo tenía a mis dos padres y se apoyaban entre ellos, pero estoy de acuerdo con Susi en que tienes que salir y divertirte. Si no, tu cabeza petará, ¿qué os parece si luego nos vamos de copas y a bailar? —nos propuso.

—No, no, yo tanto no puedo estirarme, de veras que no.

—Ni caso. Niña, yo hablé con Manuela y se queda a dormir con tu madre, así que podemos volver con las luces del día si nos da la gana.

—Mira que serás loquilla. Y otra cosa, dame algo de beber que comienzo a echar fuego como un dragón—le dije porque acababa de probar una salsa que ella había pedido con todo el picante del mundo, y la boca me echaba fuego.

Enseguida se levantó Thiago a por un vaso de agua y también me dio varias palmaditas en la espalda cuando me atraganté al dar un par de sorbos, porque era tremendo cómo lo había pedido mi amiga, que parecía no tener papilas gustativas.

A partir de ese momento, estuvo todavía más atento a mí. Thiago no tenía demasiado que ver con los chicos con los que yo había salido y me sentía tremendamente halagada, por lo que traté de olvidarme por una noche de todos mis problemas y pasármelo genial.

Capítulo 7

Después de cenar nos fuimos a bailar a un local de moda en el que la fila para entrar era impresionante.

—Yo no aguanto tanto tiempo aquí, a pie parado—nos dijo mi amiga, que estrenaba unos zapatos con altísimo tacón, y de aguja.

Susi era un poco más bajita que yo y solía compensarlo con tacones muy altos, por lo que a menudo llegaba agonizante a medianoche.

—No te preocupes, esperadnos aquí—nos pidieron.

Los chicos se fueron para los guardas de seguridad y ellos sabrán qué les dijeron, porque enseguida estuvimos dentro.

—Madre mía, qué espabilados, ¿son o no son para comérselos? —me preguntó Susi, quien no podía estar más contenta.

—Son, son—asentí porque cierto que eran dos chicos especiales, me estaba sintiendo muy a gusto.

Por una noche, volvía a ser la chica joven, alocada e irresponsable de cuando salía con Susi, esa que solo pensaba en reír y bailar hasta que los pies no la sostuvieran.

Los chicos nos dejaron allí para ir a pedir unas copas y enseguida se nos acercaron otros dos. Ellos nos miraban de lejos y Susi jugaba a poner un tanto celoso a Samuel, pasteleando con los otros.

Sin más, y con toda la gracia del mundo, se vinieron hacia nosotras y nos cogieron en volandas, con unas tablas impresionantes.

—Lo sentimos, pero estas dos ya están apartadas—les comentaron a los otros, que se quedaron perplejos.

—¿Qué decís de apartadas? Nosotras estamos en el mercado y, si nos queréis sacar de él, os lo tendréis que currar de lo lindo—les decía ella para que no se llamaran a engaño.

—¿Tú también me dejarás que te saque del mercado si me lo curro? —me preguntó Thiago, que no podía ser más directo, por mucho que también fuera elegante y educado.

—¿Yo? Si yo ya te he dicho que no estoy para nada. Me ves aquí, tan arregladita y tal, y doy el pego. Pero llega mañana y me vuelvo a convertir

en la Cenicienta, hombre, si yo no sé ni dónde acudir—me reí porque me sentía bien con él.

—¿Y a ti quién te dice que a mí no me guste la Cenicienta? Esa es más real, yo no creo en cuentos de príncipes ni princesas—me agarró por las manos.

—Muy bien, este es de los míos, de los de ser feliz sin tanto cuento—reía Susi, que se dejaba besar por Samuel.

Thiago sentía también ganas de besarme, se le veía a las claras en los ojos, solo que él estaba tanteando el terreno.

Empezó a sonar "Te felicito" de Shakira y Raw Alejandro, y los chicos dejaron las copas a buen recaudo, sin perderlas de vista, para bailar con nosotras.

"Me di cuenta que lo tuyo es falso
Fue la gota que rebasó el vaso"

Las letras sonaban y él me miraba, como queriendo conocer más de mí.

—Tú sabes que no todos los hombres somos iguales, ¿verdad? —me preguntó cómplice, en el oído, rozando su piel con la mía, haciéndome estremecer.

Hacía tiempo que no estaba con un chico y mucho más tiempo todavía que no me sentía tan bien como me estaba haciendo sentir Thiago.

—Uff, vamos a entrar en terreno pantanoso. No sé, no contesto—le comenté con mi mejor sonrisa.

—Una chica como tú es para cuidarla. Y a mí me gustaría cuidarte—me soltó.

—Oye, ¿tú no crees que vas muy rápido para una primera noche? Que lo mismo me asustas y sí salgo corriendo, en plan Cenicienta.

—Con la diferencia de que yo correré tras de ti, no me conformaré con quedarme con el zapato. Además, que sé dónde vives, te hemos recogido en tu portal—me recordó mientras me llevaba un mechón de pelo, cariñosamente, hacia detrás de la oreja.

—Mira qué listo, y yo sin darme cuenta. Además, si eres poli, menudo peligro…

—¿Peligro el mío? Peligro el de tu amiga, mira la que está liando…

Nos carcajeamos juntos porque ella comenzó a bailar, dándolo todo, mientras Samuel la seguía por toda la pista. Estaban acaparando más miradas que los gogós de la propia discoteca, que estaba a rebosar.

Nosotros también comenzamos a bailar, igualmente dándolo todo, ya que a mí bailar me gustaba muchísimo y a Thiago se le daba genial. Enseguida sonó música más sensual, de la que propició mucho más el acercamiento, y entonces saltaron chispas entre nosotros.

Del baile al roce no hubo nada, y de ahí a los besos, tampoco. Me encantó besar sus gruesos labios y dejarme llevar por él, que besaba de escándalo, provocando un tremendo sofoco en mí.

A partir de ese momento, todo fueron besos entre bailes y copas, además de que su brazo rodeaba mi cintura, en un gesto que me encantaba y que me hacía sentir bien.

Me lo estaba pasando de lujo y la atracción entre ambos era más que evidente. De no haber sido porque no me gustaba encamarme en la primera cita, habríamos acabado entrelazando nuestros cuerpos en esa misma noche en la que disfruté muchísimo.

El coche terminamos por dejarlo en las inmediaciones de la disco, porque bebimos los cuatro y lo hicimos más de lo inicialmente previsto, así que volvimos a casa en taxi.

Thiago hizo esperar al taxista, porque le costaba irse y dejarme allí.

—¿Te vuelvo a ver pronto? —me preguntó.

—Claro, en cuanto me pueda escapar otro día.

—Inténtalo, ¿vale? Porque a ti te vendrá bien y a mí… A mí me vendrá mejor—me confesó y me sentí feliz, muy feliz.

Nos dimos un besazo de tornillo en la puerta y comprobé que esperó a que entrase en el portal antes de decirle al taxista que siguiera su marcha. A mí la sonrisa me salía sola, camino de las escaleras, mientras pensaba que los pies me echaban el mismo fuego que horas antes me echó la lengua a consecuencia del picante que pidió Susi. Y ese no fue, obviamente, el único picante de una noche que resultó fantástica.

Capítulo 8



Me pasé la mañana con mi madre, recogiendo la casa, preparando el almuerzo y, después, viendo una peli con ella.

Luz Marina, como es lógico, solo venía de lunes a viernes, para no encarecer más el precio, de modo que yo me ocupaba de ella en los findes.

David iba más a lo suyo, que para eso era más jovencito. A mí, en el fondo, no me costaba nada porque, aparte de mi madre, mi Encarni siempre fue mi amiga,

Susi se acercó por casa con helado de chocolate de la heladería de Ismael, un amigo nuestro que hacía unos helados artesanales italianos de esos de rechupete.

—Para Encarni, el de tocino de cielo—se lo puso por delante y a mi madre los ojos le hicieron chiribitas.

—Pero qué bien me cuidan mis niñas. Eso sí, Susi, luego te llevas un ratito a tu amiga, que es tarde de domingo y yo no la quiero aquí todo el día encerrado—le advirtió.

—Claro que sí, Encarni, ¿te ha contado ya que conoció anoche a un poli que está como esos de las pelis? De los que parece que el uniforme se lo han hecho a medida para que se les vea el culo ahí, bien duro y respingón—hizo ella el gesto.

—Mira que eres bocazas—le solté.

—¿No me digas? Como si no la conociera, esta niña no me ha dicho nada para que yo no la empuje a salir, ¿y ese poli quién es? ¿Tú de qué le conoces, Susi?

—De que es amigo de mi novio. Me he echado novio, Encarni, y estoy que no cago con él. Te lo voy a traer un día para que le conozcas, y así que venga con Thiago, que es el pretendiente de tu niña, y también le conoces.

—¿Te quieres callar ya? Mira que te gustará largar—me reí porque con Susi no había manera.

—¿Y por qué no se los vamos a traer a tu madre? Que la mujer tiene que alegrarse la vista, eso es salud. Encarni, ¿tú quieres que te busquemos uno para ti también? Si acaso, un poco más talludo, pero con el culo igual de duro.

—Hija, si te parece me traes un yogurín de esos, que me desmonta a mí solo con mirarme. Y más como estoy ahora, que sopla el viento y aparezco en Tarifa. Pero que ni joven ni mayor, que yo no quiero ninguno—se apresuró a decir.

—Y eso por qué, Encarni, si tú los que cumples son cincuenta, eres una niña. Oye, ¿te los traemos a los dos para tu fiesta de cumple la semana que viene? —le propuso.

—Esa me parece una idea estupenda. Y ya les puedes llamar y les dices que la niña sale contigo luego a tomarse unas tapitas.

—Que no, mamá, que yo no te dejo sola—refunfuñé.

—Alba, hija, ni que estuviera yo agonizando, que me puedo valer por mí misma, no me pongas peor cuerpo del que ya tengo. Pero bueno, que le diré a Manuela que se venga con la lotería y echamos así unos cartones.

Me dio mucha alegría porque no contaba con salir esa tarde. Hasta David me lo notó.

—Qué guapa está mi hermanita hoy—me dio un beso—, ¿has ligado?

—Igual un poco—le conté, aunque quien tenía ganas de largar era Susi.

—Con un poli, y yo con otro, ¿cómo lo ves, David?

—¿Con un par de maderos? Chungo, ya me largo yo de aquí—bromeó él.

—Mira el niño. Chiquillo, si tú ya estás de un formal que no veas. Por cierto, ¿cuándo te traigo la moto?

—Ya paso yo por tu casa y te la miro allí, Susi, tú tranquila. Te aviso en estos días, y ahora me voy que me están esperando.

—A este sí que no se le cae el techo encima, mamá—me reí.

—Y lo mismo te tiene que pasar a ti, hija. Que hace un solecito que da gloria. Venga, llamad ya a esos chicos.

—Y tú, ¿cuándo comenzarás a salir tú?

—Yo, cuando me enmiende un poco, que ahora me cuesta echar el paso, hija.

—Pues más helado de tocino de cielo para mi Encarni, que tenemos que engordarla como a un pollo de corral—le dijo Susi, que ella no las pensaba.

Le envié un wasap a Thiago, quien por cierto me había dado los buenos días con otro, y le hizo mucha ilusión poder quedar.

Salir dos días seguidos, después de la temporadita que habíamos pasado de hospitales y demás, fue para mí todo un lujo, así que me arreglé, poniéndome un primaveral vestidito estampado con una pasada a juego y unas altas cuñas que le iban sensacional.

—Mira la niña, Encarni, las cuñas que se me ha puesto. Ahora, para llegar a su altura, me tengo yo que subir en un andamio. Venga, que nos vamos para mi casa, no te creas que saldrás arreglada tú sola—me advirtió Susi.

Capítulo 9



Un rato después estábamos con los chicos. Propusieron que nos fuéramos a una zona nueva y pija, regada de terrazas de esas en las que lo mismo te tomas una copa que cenas algo, con distintos ambientes.

La noche anterior no dejaron que pagásemos nada, por lo que yo tenía claro que debíamos invitarlos nosotras. Susi lo tenía menos claro porque ella era un poco gorrona y, aun así, desde el primer momento nos dejaron ver que no pensaban dejar que sacáramos la cartera.

Nos sentamos en una zona *chill out* y allí comenzamos a pedir unas copas, para abrir boca. La boca también la abrimos para besarnos, pues desde que Thiago y yo nos dimos un pico al vernos, no perdíamos ocasión de hacerlo.

—La madre de Alba os quiere conocer—les soltó Susi de pronto y yo, que estaba en ese momento dando un sorbo de mi copa, me atraganté.

—Mujer, que era un decir de ella…

—Ni decir ni leñes. Estáis invitados a su cumple el sábado que viene, le caen cincuenta castañas y le encanta el color rosa, así que ya sabéis cómo tiene que ser el envoltorio de los regalos—les aclaró.

—Lo estás arreglando, niña, qué vergüenza—me quejé.

—¿Vergüenza de qué? Si ellos están encantados, ¿es o no es, chicos?

—Encantados del todo, ¿qué le puede hacer ilusión a tu madre? —me preguntó Thiago.

—Que le pongas en el dedo un anillo a su niña—le contestó la otra, entre risas.

—No le hagas ni caso, y no hace falta que le llevéis nada. Va en serio. A ella, con un ratito de compañía…

—Ni en broma, tienes que quedar conmigo entre semana para ir a comprarle algo. Se siente, yo no la conozco.

—Es que entre semana apenas me da tiempo, trabajamos hasta el final de la tarde. No veas si hacemos galletas al día—reí.

—Por eso me sabes tan dulce. Vale, al final de la tarde, te recojo en la fábrica y nos da tiempo de ir a un centro comercial. Y luego a cenar—me hizo el plan completo.

—Vale, si lo ves así…

—Lo veo genial, me acabas de alegrar la noche.

Thiago no me soltaba la cintura, además de que me besaba lo más grande cada vez que tenía oportunidad. Se veía de lejos que yo le gustaba, lo mismo que al contrario. A lo tonto, me había pasado todo el día pensando en él y me alegró mucho poder verle.

Desde la bonita terraza, contemplamos juntos la puesta de sol, con él detrás de mí agarrándome con fuerza.

—Es todo un espectáculo, ¿no te parece? —me preguntó.

—Sí, yo cuando he podido verla alguna vez desde la playa, he flipado—le comenté.

—Yo me refería a poder mirarte a ti, ese es el verdadero espectáculo. En cuanto a la puesta de sol, ¿te gusta mucho la playa? —me preguntó mientras me besaba.

—No sabes cuánto, es lo mejor de lo mejor. Algunas veces nos hemos ido en verano Susi y yo, a Huelva, a Cádiz, a Málaga… No he disfrutado más en mi vida, con eso te lo digo todo.

—¿Y si te propongo un fin en la playa? Aunque sea ir y venir, o mejor, el puente de mayo, así tendremos más días. No queda nada…

—¿Todo un puente fuera? Yo no puedo, qué más quisiera, pero con mi madre así…

—Ya buscaremos soluciones para todo—me puso el dedo encima de los labios, y yo pensé que soñar es gratis, porque para mí no era más que un sueño, un precioso sueño.

Los otros dos ya bailaban, y nosotros comenzamos a bailar también. Los domingos por la tarde, de siempre, me parecen un poco nostálgicos, pero no aquel en el que comenzamos a bailar y lo hicimos canción tras canción, cada vez más pegados, sintiéndonos y rozándonos de un modo que nos provocó el arder a ambos.

Después de eso, cenamos juntos los cuatro, cómplices y entre risas, en el mismo local, que no podía ser más bonito, y en el que nos tomamos multitud de fotos y selfis.

Los sitios a los que íbamos con los chicos poco tenían que ver con los locales de nuestro barrio. Era como si cayéramos en otro mundo, y eso ayudaba a olvidarse de los problemas.

Me despedí de Thiago en el portal de mi bloque sintiendo que no tenía ganas de que se fuese, cuando él me sorprendió diciéndome lo mismo.

—¿Nos vemos el miércoles para lo del regalo de tu madre? Así no pasan tantos días, porque ya los estoy contando—mientras yo le respondía afirmativamente, me tomó por el mentón y volvió a besarme.

Al subir a casa, me encontré a mi madre cenando con Manuela, las dos charlando de sus cosas.

—Mamá, qué alegría me da ver que estás comiendo—le confesé.

—Y a mí que alegría me da ver que te estás ilusionando, mi niña—me dio ella un beso.

—Es muy lindo, mamá, ¿y sabes qué? Que él y Samuel se apuntan a lo de tu cumple, que dicen que sí, y que te traerán unos regalitos.

—¿Y qué mejor regalo que su presencia? Eso sí que me hace ilusión, Alba. Manuela—se dirigió a ella—, me tendrás que ayudar a prepararlo todo.

—Pues claro, mujer, ¿no te voy a ayudar?

—Mamá, pero si yo me ocuparé de todo, tú no tienes que hacer nada. Ahora con Luz Marina voy más aliviada y me queda un poquito más de tiempo para mí.

—Tú lo has dicho, ese tiempo es para ti, así que déjate de pamplinas, que yo no estoy impedida. Voy llevando mejor el tratamiento y tengo ganas de hacer cosas—me anunció.

—¿La estás escuchando? Cualquier día me la llevo también de marcha por la noche—me comentó mi vecina.

—¿Me llevas? Pero Manuela, si tú tampoco sales ni a la vuelta de la esquina—le recordó mi madre.

—Pues sí que es verdad, chica, pero me vas a servir de excusa.

Me encantaba verlas a las dos así de animadas. Manuela era un poco mayor que mi madre, pero tenía un carácter muy alegre. Y la alegría, en esos momentos, era la mejor medicina para ella.

Yo también estaba muy ilusionada con Thiago, quien parecía no solo querer seguir conociéndome, sino adaptarse a mis circunstancias, que no eran precisamente fáciles.

La vida podía estar premiándonos por fin, tras tantas zancadillas como nos había puesto. Y yo… yo tenía ganas de saltar a la comba.

Capítulo 10



El miércoles me devoraban por dentro los nervios a la hora de salir de la fábrica.

—¿Huelo bien? —le pregunté a Susi porque me había llevado un frasquito de perfume en mi bolso.

—Hueles genial, y tienes el guapo subido. Mira, por ahí viene Thiago—me indicó.

—¿Tú no has quedado con Samuel?

—Sí, llevo la moto a casa y ya me recoge. Pero vosotros a lo vuestro, que nosotros vamos a celebrar una veladita privada—me guiñó el ojo.

—Así que noche de pasión, qué suerte. Yo tengo ya unas ganitas de estrenarme con Thiago… Nunca se me había hecho tan largo con ninguno, ¿no te ha pasado?

—A mí no, porque yo a Samuel me lo tiré la primera noche. Pero como tú eres una tiquismiquis…

—Cállate, que ya está aquí.

—¿De qué estáis hablando, guapas? —Se había bajado de su coche y me dio un besazo, aparte de un par de ellos en las mejillas a mi amiga.

—De que Alba está deseando… cenar contigo en un italiano, que le chifla la pizza—sentí un alivio infinito porque pensé por un momento que se liaría pardísima, que era capaz de soltarle lo que le había confesado.

—Eso está hecho, en el centro comercial hay uno buenísimo, ¿eres más de pizza o de pasta? —me preguntó él.

—Ella no es escrupulosa, se lo lleva todo a la boca—le contestó la muy borrica sin pensar, causando su risa.

—Se lo está haciendo mirar, Thiago, solo que lleva su tiempo. Eso sí, que tú sepas que está en ello—le comenté yo, con los ojos vueltos porque no podía ser más loquilla mi Susi.

Nos montamos en el coche y, antes de arrancar, me cogió de la mano.

—Te he echado mucho de menos, parece que hace un siglo que no te veo —me confesó, de lo más intenso, mientras me besaba.

—Ay, no me digas esas cosas, que me entra hasta calor—le comenté viendo que me acaloraba a marchas forzadas, que mis mejillas se teñían de rojo irremediablemente.

—A ver, a ver—me tocó en la frente, en las mejillas y después en el escote, muy cerca del pecho—. Y el corazón te va a mil, lo mismo que a mí —colocó su mano directamente en mi pecho, y me colocó la mía sobre el suyo.

Solo podía sonreírle, porque sentía unas enormes ganas de estar con él, de compartir, de reír…

Llegamos al centro comercial y, rápidamente, vi que no me necesitaba para escoger ningún regalo, que solo fue una excusa para verme.

—¿Qué te parece esta rosa de plata? —me señaló una preciosa, en el escaparate de una joyería.

Cierto que se trataba de una maravilla, con todo el tallo y las hojas en plata, mientras que los pétalos destacaban en rojo, y todo estaba delicadamente recubierto por un elegante envoltorio a juego con la pieza.

—Me parece… Me parece demasiado, además de que no debe ser nada barata. Mi madre es una mujer sencilla, no es necesario.

—No todos los días se cumplen cincuenta años, además de que para ella debe ser el cumple más importante de su vida, así como para ti. Sé bien lo que es ver renacer a alguien a quien quieres tanto—me besó.

—Pues de antemano te digo que le va a encantar, porque es una pieza única, una maravilla.

—Para la madre de alguien única también, vamos a por ella.

Salimos con el regalo y nos marchamos para el italiano. Yo no estaba acostumbrada a tanto mimo, pero es que Thiago parecía querer mimar también a mi madre, y solo por eso yo tenía que adorarle.

Si a ello le sumábamos que no podía ser más guapo ni más atento, que vestía que era la bomba y que olía todavía mejor, aparte de que contaba con una sonrisa que yo ya veía hasta en sueños, el resultado no podía ser otro: me estaba enamorando y eso que apenas le había visto tres veces.

Supongo que puedes enamorarte de alguien en pocos días y no enamorarte de otra persona que haga méritos para ello durante años. Supongo también que se trata de una cuestión de química y de dar con esa media naranja a partir de la cual se pueda exprimir el más dulce de los zumos.

No un zumo, pero sí una dulcísima tarta de dulce de leche me tomé a medias con él después de una cena en la que compartimos pasta, pizza y Lambrusco. Ahí es nada…

Con la nata de la tarta, comenzó a juguetear mientras a mí me ponía cardíaca. Era mirarle y sentir unas ganas irrefrenables de comérmelo, en su caso sin sirope y sin nada.

Quedamos en que nos veíamos el sábado directamente, pues el viernes los chicos tenían guardia. Las bandas de traficantes de poca monta campaban a sus anchas por el barrio y la policía tenía que extremar las precauciones para que el nuestro, donde tanto él como Samuel trabajaban, no se convirtiese en uno de esos barrios en los que finalmente no se podía vivir.

Yo rezaba porque fuera así, porque lograran detener a toda esa gentuza y porque, la mucha gente buena que vivía allí, esos trabajadores de toda la vida que, como mi madre, se habían deslomado por pagar su piso, no terminasen por tener que malvenderlo un día.

—No será así, mi niña. Vamos a estrechar el cerco, y las cosas solo irán a mejor—me prometió él, antes de dejarme en mi casa, pues salió el tema.

—Ojalá, es que durante mucho tiempo hemos tenido la impresión, y perdona que te diga, de que la policía ha mirado para otra parte, y esa gentuza ha proliferado como las ratas—le comenté con angustia.

—No te digo que no, pero ahora hay mucha gente nueva, como Samuel y como yo, que queremos limpiar este barrio de esas ratas de las que hablas—me besó.

—Es que tengo miedo. Veo a niños como David y pienso que les puedan hacer algo, este barrio ya no es seguro.

—Volverá a serlo. No será rápido ni fácil, pero algún día comprobarás que todo lo que te estoy diciendo es cierto. Voy a dejarme la piel en ello, y sé que no soy el único. Te veo el sábado, preciosa, ¿me echarás de menos?

—Te estoy echando ya, y todavía no te has ido—reí mientras recibía sus besos.

Capítulo 11



El sábado Susi se vino a casa todo el día a ayudarme con los preparativos de la fiesta de mi madre.

No sería una fiesta sorpresa, porque ella sabía sobradamente que la celebraríamos, pero sí un día especial.

David, que de siempre fue muy impaciente con los regalos, tanto para darlos como para recibirlos, le entregó una cajita a mi madre que ella abrió intrigada, ya a la hora del almuerzo.

—¿Esto qué es, mi niño? —le preguntó mientras las manos apenas le permitían abrirla, por los nervios.

—Es una cosita que te debía, mamá—le contestó él y entonces, incluso antes de abrirla, ella ya supo de qué se trataba.

—¿Mi virgencita de la Almudena? —la emoción la embargó mientras él asentía.

Todo tenía una explicación. Ya he comentado que mi madre es una mujer muy devota y de siempre llevó al cuello una cadena con una medallita de la virgen de la Almudena que en su día le regaló mi padre.

Con el tiempo, cuando David se metió en problemas, necesitamos contratar un abogado y mi madre, a quien el dinero no le sobraba, tuvo que empeñarla hasta terminar por perderla, porque no tuvo la ocasión de reunir el dinero para recuperarla.

Aunque la mujer no dijo nada al respecto, todos sabíamos que le había dolido una barbaridad desprenderse de ella, por lo que David dio justo en el clavo a la hora de escoger regalo ese cumpleaños.

Se notaba que por fin ganaba dinerito y mi hermano quiso reparar parte del daño causado en su día, algo que provocó en mi madre, a la hora de colocársela en el cuello, un llanto emotivo.

—Soy muy feliz, hijos. Hoy sé que todo marcha bien y mi tratamiento también va haciendo efecto. Yo solo quiero vivir para veros felices a los dos, sois mis tesoros—nos abrazó.

Hasta Susi, que no era de lágrima fácil, lloró a moco tendido viendo la tierna escena. A David le temblaba el mentón, porque por fin habían quedado atrás los malos momentos vividos.

A partir de entonces, seguimos preparando la fiesta. No es que fuésemos a servir caviar iraní, como es de suponer, pero hicimos, con la ayuda de Manuela, cuanto pudimos.

—Aquí está la empanada de jamón y dátiles, y ahora voy a por los profiteroles de chocolate—nos decía la mujer, yendo y viniendo a su casa, pues tenía mucha mano para la cocina.

Yo le había preparado a la cumpleañera su tarta de chocolate preferida, la típica con galletas, chocolate y una pizquita de brandy, que olió desde el salón.

—Hija mía, hoy sí que voy a engordar, porque yo, en lo tocante a esa tarta, no tengo hartura—me decía ella.

Se trataba de una merienda sencilla a la que acudirían varios de nuestros vecinos, que eran amigos, además de los chicos, por lo que Susi se llevó también una hora preparando medias lunas con los más diversos rellenos, hasta llenar dos bandejas completas. Y cuando terminó con ellas se puso con los canapés.

Luz Marina, que la mujer también se sumó a la celebración, pues estábamos cogiendo mucha confianza desde que cuidaba a mi madre, preparó unas deliciosas arepas, dándole así un toque internacional a la merienda, pues todos terminarían degustándolas encantados.

Aparte, habíamos comprado bebidas, multitud de frutos secos, chocolates y un sinfín de cosas varias con las que llenar la mesa en tan señalada fecha.

A partir de las siete fueron llegando los vecinos, todos ellos portando diversos regalos para mi madre, que le fueron entregando poco a poco, ante su emocionada mirada, ya que la mujer no podía esconder sus lágrimas de agradecimiento.

Yo esperaba a los chicos, que debían entrar por las puertas en cualquier momento, si bien parecían retrasarse. Un wasap de Thiago me indicó que desgraciadamente tardarían, porque estaban inmersos en una redada y era imposible que pudieran llegar a tiempo.

En teoría, no trabajaban ese día, pero por lo viso les habían llamado porque se necesitaban refuerzos y nadie podía faltar en comisaría.

Mi madre, que estaba deseando conocerlos, me preguntó si pasaba algo.

—Nada, mamá, que parece que está la aguja mareada hoy en el barrio y hay redada—le comenté.

—Vaya, hija, todo sea porque atrinquen a esos tunantes, que a este paso no va una a poder pasear tranquila por el barrio sin que le roben el bolso. Esos maleantes solo traen a yonquis, y esos pobrecillos hacen cualquier cosa por poder comprar, es la pescadilla que se muerde la cola—me explicaba.

—No te preocupes, mamá, que hay polis nuevos con muchas ganas de meter a toda esa gentuza entre rejas. Venga, que hoy es tu cumple, tú no debes preocuparte por nada.

—Ya—me comentó David en un tono un tanto despectivo, porque a él no le habían tratado bien en su día, cuando era un crío y se metía en líos, y como que no confiaba en la policía.

—Cariño, hoy no es día para discutir nada de eso, que mamá cumple cincuenta y, además, ¡que ha vuelto a nacer!

La fiesta se fue desarrollando de lo más divertida, Hasta diversos vecinos se empeñaron en bailar con mi madre, consiguiéndolo, algo que me llenó de alegría.

Me harté de grabar vídeos, y también vivimos un bonito momento cuando sus hijos le ayudamos a soplar las velas de la tarta, que Manuela fue encendiendo una a una, pues no quisimos ponerle el numerito, sino las cincuenta velas que representaran cada uno de los años vividos por esa mujer.

Mi regalo, que en mi caso le entregué al final, puso también el broche de oro a una tarde en la que la vi muy feliz y animada, como hacía cantidad de tiempo que no la veía.

Cuando lo abrió, las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos, estaba ella de lo más sensible.

—Un fin de semana en un SPA, pero hija, si esto debe haberte costado un huevo. Cómo están mis niños hoy de espléndidos, ¿qué he hecho yo para merecer esto, Manuela? —miró a su amiga.

—Eso te pasa por ser tan buena persona, así que a disfrutar…

—Y tú también, Manuela—le comenté y la mujer parecía desconcertada.

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver yo con esto?

—Pues que lo he comprado pensando también en ti, para que seas su acompañante. No paras de ayudar a mamá, eres una gran amiga…

—Ay, Encarni. Dile a tu hija que se calle, que voy a empezar a llorar ahora y no terminaré hasta mañana, ¿tú has escuchado las cosas tan bonitas que me está diciendo? —le preguntó ella.

—Las que tú te mereces, que no puedo imaginar una amiga mejor…

Mi madre iba estando mejorcita y yo sabía que una de las ilusiones de su vida era la de pasar un finde en un SPA. Para llevarla al Vaticano no me llegaría el dinero, pero para hacerle ese regalito sí, me bastó con pedir unas horas extra en los días anteriores.

Finalmente, la gente se fue marchando, y hasta David, que había quedado con una chica, nos dijo de irse.

—Mamá, cualquier día te trae una nuera, será mejor que te vayas haciendo a la idea—le comenté entre risas.

—Y mientras no te traiga un nieto, que mis hijos fueron muy rapiditos para eso, Encarni—le recordó Manuela.

—Que no, qué decís, es solo una amiga—se puso David a la defensiva antes de darle un cariñoso beso a mi madre y salir por la puerta.

Tan solo quedábamos en casa Susi, Manuela y yo cuando los chicos llamaron a la puerta, apuradísimos.

—Lo siento, lo siento, ¿hemos llegado demasiado tarde? —me preguntó Thiago, que venía con la rosa envuelta en la mano.

—Pasad, chicos, que no pasa nada—les anunció mi madre, de lo más llana y contenta por conocerlos por fin.

—Lo sentimos mucho, Encarni. Yo soy Thiago, espero que no esté enfadada con nosotros. Ha sido una tarde complicada, muchas felicidades, ¿lo ha pasado bien? —le preguntó él mientras le daba dos besos.

—Yo no me enfado mientras tú no me vuelvas a hablar de usted, hombre, ¿tan vieja me ves? —le preguntó ella risueña.

—¿Vieja? Si pareces hermana de Alba, qué suegra más guapa y salada que voy a tener—se aventuró a decir porque él le echaba un morro que se lo pisaba.

—¿Has visto el yerno tan guapo que me ha salido, Manuela? —le preguntó.

—Mamá, ni que fuera un forúnculo el chaval, ¿qué es eso de que te ha salido? —reí yo y causé la risa de todos.

Obvio que les habíamos apartado un poquito de merienda para que la probasen, incluida la tarta, que les encantó. Pero antes quisieron darle a mi madre los regalitos, causando su emoción, otra vez.

Primero Samuel le entregó una caja de exquisitos bombones acompañada de un precioso pañuelo para el cuello, que ella lució de inmediato, pidiendo foto. Y después Thiago le entregó la rosa de plata y con eso ya se quedó petrificada.

—Muchacho, si querías meterte a tu suegra en el bolsillo, lo has logrado —le dijo Manuela, que conocía muy bien el gusto de mi madre, además de que su mirada ilusionada era fácilmente reconocible.

—¿Te ha gustado, Encarni? —le preguntó él.

—¿Que si me ha gustado? Me pincho con una de sus espinas y no me sale ni una gota de sangre, ¿de dónde has sacado una cosa tan bonita? —le preguntó ella, dándole un abrazo.

—Pues mira, eso mismo te iba a preguntar yo a ti, Encarni, que de dónde has sacado una cosita tan bonita—le comentó mirándome.

—Ay, Samuelito, que aquí huele a boda—rio Susi, que seguía sin callar.

—Pues nada, aquí lo mismo organizamos un cumpleaños que una boda—añadió Manuela, que era una más de nosotros.

—Tú no hagas caso, que te están amenazando, ¿o son coacciones? —le pregunté con el rostro enrojecido.

—¿Amenazando? Yo me uno con ellas y contra ti en un momentito, niña —me dijo cogiéndome por la cintura, de lo más cariñoso.

—Samuel, que estos van mucho más rápido que nosotros. Han comenzado después, pero van que se las pelan—reía Susi.

Nos quedamos un rato allí con mi madre. Ella insistió en que nos marchásemos por ahí a cenar, pero eso no tenía ningún sentido, puesto que estábamos como si cada uno se hubiese comido un pavo enterito, con tanta merienda.

Más tarde sí que saldríamos, porque Manuela se volvió a ofrecer a quedarse con mi madre. Ella ya estaba mejor y me necesitaba menos, aparte de que, con Manuela, que era la alegría de la huerta la mujer, se lo pasaba muy bien.

—Tú toma nota, que cuando estemos mejor saldremos por ahí tú y yo también—le decía a la hora de irnos.

—No digas pamplinas, Manuela, si yo hace mil años que no salgo por la noche, mujer.

—Pues por eso mismo, Encarni. Además, que tú ahora tienes mucho que celebrar. Primero a ponerte bien, y luego ya hablaremos. Me vas a hacer caso o te quedas sin amiga, como Manuela que me llamo.

Thiago, antes de irse, me demostró que era un verdadero caballero una vez más. No en vano, le agradeció muchísimo a mi madre el buen ratito que pasamos todos juntos y el hecho de que le contase multitud de cosas de cuando yo era peque, algo que a mi madre le emocionó y se explayó de lo lindo. Así, le besó la mano y ella se quedó loca.

—Hija, este muchacho me gusta para ti. Casi igual que muchos de los que rondan por el barrio, que los ve una y cruza de acera por si las moscas, ¿es o no es, Manuela?

—¿A mí me lo vas a decir? Yo voy a todos los lados con mi espray de pimienta, que una estará faltita, pero no va a consentir que la *violeteen*—nos soltó ese término con una gracia que todos acabamos a carcajadas.

Capítulo 12



Salimos a bailar y todos estábamos encantados. Pese a que llevaban una tarde de aúpa, ellos tenían muchas ganas de marcha, y nosotras ni digamos ya.

Thiago había logrado despertar en mí una alegría que hacía tiempo que estaba como adormilada. Pasé de no querer nada con nadie, a desear ir conociéndole poco a poco, y dar pasos con él.

Una de las cosas que más me gustaban era que, pese a su innegable estilo, porque ese lo derrochaba, era también una persona sencilla a quien todo le parecía poco para hacerme feliz, y a quien se le notaba encantado a la hora de integrarse con los míos, no había más que ver el detallazo que tuvo con mi madre.

Yo no podía estar más contenta en esa noche y así se lo hacía ver. La felicidad se reflejaba también en sus ojos y no me dejaba ni un solo momento, bailando conmigo como si no hubiese un mañana.

Por minuto que pasaba, se nos notaba más cercanos, por lo que el desenlace de aquella tensión sexual que seguía sin resolverse parecía estar muy cercano, tanto que el corazón se me disparaba.

Estuvimos en un par de locales, y en ambos nos lo pasamos genial.

—Me encanta, me encanta todo—me soltó en un momento dado, besándome sin tregua.

—¿Cómo todo? No te entiendo—divertida, le daba un sorbo a mi copa.

—Pues eso, todo. Lo que quiero decir es que me encantas tú, me encantan tu madre y tu entorno…

—Si nos hubieras conocido hace un tiempo… Ya te conté que mi hermano se metió en líos y estábamos desesperadas, esa es la realidad. Ahora, sin embargo, todo va bien y lo único que le pido al universo es que mi madre termine de enderezarse—suspiró.

—Y te lo está concediendo. Pese a lo fuerte que es el tratamiento, la mujer va reaccionando bien, se le notan unas increíbles ganas de salir adelante.

—Eso es muy cierto. Mi madre es que tiene muchísimas ganas de ver a sus hijos salir adelante, eso no se lo perdería por nada del mundo, así que supongo que una actitud así ayuda.

—Ayuda y mucho. Además, que vosotros solo le dais alegrías y todo va sumando, además del factor suerte, que parece estar de vuestro lado—me recordó.

—Sí, porque cuando esa jodida se empeña en ponerse en contra, las cosas se complican. Pero no, ya nos tocaba a nosotros también una pizca, que llevamos mucho pasado—le confesé.

—Yo voy a hacer tu vida más bonita, Alba, me dejaré la piel en ello para que así sea, cielo—murmuró mientras se acercaba a mí y me besaba con auténtica pasión.

—Mira los tortolitos, capaces de estar poniendo fecha de boda—se mofó Susi, porque ni ella ni Samuel eran tan intensos como nosotros y les llamaba la atención nuestra forma de hacer las cosas.

Yo sí que necesitaba que, cuando una persona estaba por mí, me lo demostrase en todo momento, no voy a decir lo contrario. Y con Thiago me pasaba que me sentía mimada cuando estaba conmigo, cuando no estaba, y hasta cuando dormía y me despertaba con uno de sus wasaps mañaneros diciéndome las cosas más bonitas que una chica espera escuchar de ese hombre del que se está enamorando.

Tampoco es que yo me hubiese enamorado demasiadas veces y, sobre todo, lo que notaba es que ninguna como aquella, porque con Thiago sentía una complicidad y una confianza que me daba la sensación de conocerle

desde hacía muchísimo tiempo, como si ya supiésemos muchas cosas el uno del otro.

Con él, además, es que me lo pasaba genial y las horas comenzaban a volar cuando estábamos juntos.

Baile, a baile, porque a los dos nos encantaba bailar, el acercamiento entre ambos se iba haciendo más patente.

—Te deseo, te deseo mucho—me susurró en el oído, y yo tenía ganas de chillarle lo mucho que también le deseaba a él.

No lo hice, no le chillé, aunque sí le miré y se lo di a entender con mis ojos, que no paraban de buscar a los suyos, manteniéndonos la mirada, midiéndonos en las distancias cortas, deseando que su piel y mi piel se hicieran una sola.

Las que sí se hicieron una sola, ya en aquel local abarrotado de gente en el que cada cual iba a la suya, fueron nuestras bocas. Era tal el deseo que no parecían poder separarse, como si un imán las hubiera unido.

Thiago parecía querer quedarse para sí el sabor de la mía, paladeándolo lentamente, mientras que yo hacía lo propio con la suya. Me gustaba, me gustaba pensar que entre nosotros estaba naciendo algo bonito, y que ambos aspirábamos a hacerlo más grande.

La loquilla de Susi llegó hasta nosotros dando brincos.

—Menos morreo y más bailar todos juntos, ¡vamos a enseñarles a estos cómo se baila! —señaló al resto del local.

Allí donde llegaba la liaba y, en más de una ocasión, terminaba bailando con los gogós y demás, de lo más desinhibida, como era. Enseguida me cogió de la mano y me llevó hacia el centro de la pista para que bailase con ella. Siempre se nos dio genial llamar la atención mientras lo hacíamos, algo que a Susi le hacía descargar adrenalina.

En cuanto a los chicos, se pusieron detrás de cada una de nosotras, bailando también, y aquello fue el desmadre. Parecíamos profesionales dándolo todo mientras la temperatura comenzaba a subir, y a subir tanto que apenas podía yo imaginar cuánto tiempo aguantaríamos sin salir corriendo de allí e ir, por fin, a resolver esa tensión que seguía sin resolverse entre ambos.

No, no sería mucho porque la locura se iba desatando y más cuando cada una de nosotras se dio la vuelta y comenzó a bailar con su chico, en un derroche de sensualidad y sugerencia que amenazó con llevar al límite la capacidad de aguante de unos corazones que se desbocaban ya a la vista del otro.

Capítulo 13



La noche no podía acabar de otra forma. Nos fuimos para el apartamento de Thiago, del cual no vi prácticamente nada más que el dormitorio hasta por la mañana, ya que entramos casi a tientas, besándonos, y aterricé del tirón en su cama.

Puso luz tenue, nada estridente, pero sí lo suficiente para que nos viéramos mientras comenzábamos a desnudarnos. Del hilo musical salían también baladas románticas en inglés, en tono bajo, para que no molestase a los vecinos.

El ambiente era ideal, además de que las ganas, esas ganas que veníamos arrastrando desde el primer día, nos empujaban a desnudarnos con tremenda rapidez, dando cuenta el uno del otro con los ojos.

Su físico estaba maravillosamente rematado con unos bíceps y unos pectorales que eran de auténtico escándalo, a ese le hicieron y partieron el molde, poca duda me cabía.

Su sonrisa me acompañaba en todo momento, haciéndome ver que ahí era, donde te sonrieran como él me sonreía, donde te mirasen como si la vida se le fuera en ello a la otra persona.

Éramos dos enamorados sobre una cama que ansiaba ser el mudo y fiel testigo de un primer e incendiario encuentro, porque las llamas de la pasión comenzaban a envolvernos antes siquiera de que nos hubiésemos tocado.

Thiago no tenía prisas y yo tenía todavía menos, deseando inmortalizar ese momento en el que el otro nos degustara por primera vez, a la par que nosotros mismos le paladeábamos.

Mis caderas se movían al ritmo de la música y yo notaba que ejercían en él un poder poco menos que hipnotizante. Sus manos trataban de hacerse con ellas y seguían su compás cuando, desnudos, cada uno deliraba observando todos y cada uno de los recovecos del otro.

Cuando digo que aquel muñeco estaba muy bien rematado, me refiero a por todos los lados, supongo que ha quedado claro, porque sus atributos masculinos saltaban a la vista, dando significativas muestras de una virilidad que pronto sentiría en lo más hondo de mí.

Tras contemplarnos y deleitarnos la vista, pasamos a la acción, si bien fue él quien me indicó que me tumbase y quien quiso llevar la delantera mientras yo me dejaba hacer. Tiempo tendría de demostrarle mis habilidades amatorias.

Mientras ese momento llegaba era él y solo él quien hacía alarde de un repertorio de caricias y besos que me trasladaron a otro universo, a uno cálido y confortable en el que mi cuerpo ansiaba sentir su cuerpo, desde los labios y las yemas de los dedos, hasta ese duro pene que lampaba por sumergirse en lo más hondo de mí.

Me gustaba, me gustaba dejarme llevar por él y, mientras el primero de los gemidos salía por mi boca, entrecerré los ojos, nerviosa y excitada hasta lo insospechado por mí.

Esa humedad que procedía de mi vagina, esa que la hacía más elástica y penetrable, era evidente también para sus ojos y, en particular, para sus dedos, que no dudaron en dejarse llevar por semejante corriente para hundirse en mi más sugerente profundidad mientras con otros de sus dedos le hacía el juego sobre mi clítoris, que también clamaba por entrar en acción.

Me sujeté fuerte a él en el momento en el que noté que me iba a pasar, en ese momento en el que sus ojos brillaron especialmente y en el que comprobé que todo lo mejor estaba por venir, que me haría disfrutar hasta la saciedad, que acabábamos de abrir la caja de los truenos y que luces cegadoras acabarían por llevarnos al clímax.

No tardó en hacerlo y yo no tardé en agradecérselo a gritos.

—Lo siento—le comenté apurada por aquello de que los vecinos pudieran ponerse en pie de guerra ante semejante recital a medianoche.

—Me ha encantado, que llamen a la policía si quieren—rio entre dientes.

—Procuraré demostrarte mi efusividad de otra forma—le indiqué mientras tomaba su pene entre mis manos, disfrutando al mismo tiempo de su dureza y de su calor, disfrutando de lo mucho que él tenía por entregarme, y de lo mucho que yo, desde lo más hondo de mí, quería entregarle a él.

Fue entonces cuando hice por masajearlo con más fuerza, no contando con que él quiso probarme y me hizo dar un nuevo grito al contacto de su juguetona lengua con mi electrizado clítoris, porque fue tal la intensidad del orgasmo que disfruté, que se me quedó extremadamente sensible.

De esa forma, grité de nuevo y causé su excitada reacción, regalándome una sonrisa al levantar su cara de esa vagina mía que estaba quedando laxa, lo mismo que el resto de mi cuerpo, cada vez más entregado a una pasión que me conectaba con él de una forma desconocida por mí hasta el momento.

Tomó mi cintura a la hora de penetrarme y, con sus ojos en los míos, dio rienda suelta a una pasión que se materializó en honda embestida, la misma que viví de un modo tan alocadamente lujurioso que la humedad se desprendía directamente a chorros de mi vagina.

No apartaba en ningún momento las manos de mis caderas, orondas y sin poder dejar de contonearse al son que me marcaban las suyas, en un

movimiento mimético que nos llevaba a ambos a lo más alto: a la cima del goce, en el cual nos instalamos durante largo rato.

Mi garganta, seca por tanta incontinencia verbal, mi cuerpo entregado hasta decir basta, mi mirada metida en la suya, buscando una respuesta al motivo de una imparable excitación que no hacía sino elevarse, visitando un infinito que tenía mucho que ver con ese al que me trasladaban sus besos y sus caricias, del mismo modo que esas embestidas que me atravesaban, provocándome unos orgasmos que llegaban a hacerme chillar una y otra vez, ya sin contención posible, ya sabiendo que él era el dueño de un disfrute que se había alojado en mi cuerpo para no marcharse, siempre que así lo quisiera, como lo quería yo.

Capítulo 14



Me desperté entre sus brazos. Había pasado toda la noche en ellos mientras Thiago me apretaba contra él, en un alarde cariñoso, demostrándome que no era solo sexo lo que buscaba en mí.

—He dormido genial—le confesé en cuanto abrió los ojos, un segundo después de que lo hiciera yo, como si estuviéramos conectados mucho más allá de lo sexual.

—Pues anda que yo… No recordaba dormir así desde hace demasiado tiempo, pequeña, ¿sabes que me das paz? —me preguntó—. Y la necesito, puede parecer que no, pero también estoy sometido a mucho estrés, aunque no es de mí de quien quiero hablar, sino de ti, que eres quien está realmente estresada.

—No, ni se te ocurra culparte por hablarme de ti. Yo también quiero saber, me interesa mucho conocer cómo estás en cada momento. Sé que las cosas no deben ser fáciles por el barrio y sé que todos tenemos muchas expectativas puestas en vosotros, en los nuevos—le comenté mientras le acariciaba.

—Es normal, os estáis jugando mucho. Y créeme que nosotros también. Policías como Samuel y como yo no podemos dormir tranquilos mientras no sepamos que vuestras calles están limpias. Y te prometo que no pararemos hasta conseguirlo.

—Lo sé, lo sé. Si te soy sincera, yo antes no confiaba mucho en vosotros, no cuando veía que las cosas iban de mal en peor y nadie parecía hacer nada. Pero ahora las cosas han cambiado, habéis llegado los nuevos y se os ve con unas ganas que antes no se conocían. Yo ahora tengo fe en que las cosas cambiarán—le confesé entre abrazos.

—Y yo también la tengo. Es más, cambiarán todas y todavía voy un poco más lejos, porque ya han comenzado a hacerlo—me contó contento, refiriéndose obviamente a nosotros, arrimando el ascua a su sardina, porque Thiago quería estar conmigo lo mismo que yo ansiaba con todo mi ser seguir con él.

En silencio, seguimos abrazados largo rato, hasta que comprendí que tenía que irme y que, si no lo hacía, nos liaríamos de nuevo y tendría para largo.

—Lo siento, pero he de vestirme. Quiero asegurarme de que mi madre está bien y que se toma su medicación. Lo lamento, me encantaría quedarme.

—Al menos un cafelito, ¿no? Y enseguida te llevo a casa, lo prometo.

—Vale—me levanté y no sabía ni qué ponerme por encima, desnuda como estaba, Él me miró y se rio.

—Por mí, te garantizo que no te daría nada, pero me temo que revolucionarías a los vecinos del bloque de enfrente, toma una camiseta.

No soy pequeña precisamente y, aun así, la suya me quedaba por las rodillas, era de risa, así que me la puse a modo de camisola.

Me levanté y salí al salón. El piso, minimalista y decorado en tonos claros, efectivamente evocaba paz y buen rollo, además de que recibía luz a raudales desde por la mañana, como yo podía ver.

Lo tenía realmente bonito, despejado y con los muebles justos para que no le faltase un detalle, si bien tampoco le sobraba nada, todo era equilibrio en esa decoración que conjuntaba con su forma de ser, también de lo más equilibrada.

Del salón, que contaba con cocina americana, salía un pequeño balconcito con una moderna mesa y un par de sillas que invitaban a desayunar en él, pues para eso el día estaba sublime, de manera que no tardó en decirme que me sentara allí.

No me permitió ni entrar en la cocina, tan solo sentarme y observar el bullicio de la calle. Su barrio era bastante más pijo que el mío y el piso coquetísimo, si bien me comentó que allí estaba de alquiler, en espera de poder comprarse algo.

Madrid es mucho Madrid y él, a sus treinta y tres, y sin pareja estable (hasta ese momento, pues yo aspiraba a serlo, ya me había ilusionado) aún no había podido comprar.

Cada uno tenía sus ilusiones, eso fui detectándolo durante el desayuno, porque no me preparó un café, sino un desayuno completo de esos americanos con tortitas y huevos revueltos, y encima lo hizo en un periquete.

No me hubiera marchado de allí, ya que no podía sentirme mejor, y más durante aquel desayuno, en el que me reí lo más grande con él contándome sus primeros pinitos en la cocina, cuando llevó una chica a casa y quiso prepararle ese mismo desayuno, quedando las tortitas como dos suelas de zapato de duras al quemarlas.

No tenía dobleces ni ningún tipo de tonterías, contaba todas las cosas con suma naturalidad, nada le apuraba, de todo sacaba algo bueno.

—Y el ser policía, ¿de casta le viene al galgo? —le pregunté.

—¿Quieres decir si hay más en mi familia? No, mis padres son profesores y les hubiera gustado que yo me dedicara también a algo más tranquilo, la verdad. Les sobresaltó un poco cuando se lo dije.

—Bueno, eso de “algo más tranquilo”, depende de dónde vayas. En el instituto de mi barrio hay pequeños delincuentes en potencia a mansalva, no

sé yo qué decirte—reí.

—Es verdad, pero todo eso pronto va a cambiar, ya lo verás.

—Cuando yo estudiaba no era así, pero ahora la cosa está que arde. En fin, Serafín, que estoy yo peor que mi vieja, como diría mi hermano.

—Me parto con esa expresión, y más cuando Encarni es muy joven, parece tu hermana.

—Pues ya verás cuando vuelva a su peso, entonces ya es un cañón, te lo aseguro. Solo que no hay quien la saque de casa, le vas a tener que buscar un poli de su edad, que ella no quiere yogurines—reí.

—A mí se me viene a la cabeza el comisario, Fernando es un buen hombre y acaba de divorciarse, ¿te imaginas?

—¿Te imaginas que mi madre no pudiera hacerle feliz? Menuda es ella. Pero alguien con ese estatus no se fija en una mujer que vive en mi barrio, tú dime la verdad—no quería fantasear con cosas imposibles.

—Pues eso depende de si es un tipo inteligente realmente o un…

—O un pamplinoso, ya—reí.

Capítulo 15



Los días comenzaron a pasar. Unas veces los sentía muy lentos (porque me pasaba las horas contando cuántas faltaban para volver a verle) y otras notaba que, en general, el tiempo pasaba rápido.

A mitad de esa semana mi madre me dio una sorpresa, diciéndome que tenía todo el puente de mayo ocupado.

—Primero nos vamos Manuela y yo el fin de semana al SPA y luego, en los dos días siguientes, visitaremos a una de sus hermanas que vive en Béjar, en Salamanca, en un pueblecito que es un primor.

—Mamá, ¿te apetece hacer todas esas cosas? —le pregunté súper ilusionada, porque no lo esperaba.

—Pues claro que me apetecen hija. Ale, a hacer tú también tus planes— me dio un beso.

Esperé con ansia para contarle a Thiago esa noche y cuando por fin lo hice vi la risilla en su cara.

—¿Sí? Pues puede que tú y yo nos vayamos a la playa, a Caños de Meca, en Cádiz. Y puede que Samuel y Susi se vengan con nosotros—me largó de pronto y entendí que todo estaba orquestado y más que orquestado.

—¿Cómo? No me digas que estás en complot con mi madre, ¿secretitos a mis espaldas? Alucinada me dejas—le comenté.

—Sí, eso parece, secretitos a tus espaldas. ¿y qué? —rio él con suma alegría.

—Madre día, qué grande… A Los Caños de Meca, ¿tú sabes las ganas que yo tenía de volver allí?

—Puede que algo me haya dicho Susi, y puede también que me dijera que te quedaste con las ganas de alojarte en unos apartamentos que hay justo a pie de playa, que entras y ves varios, distintos y de una misma familia que los alquila, preciosos.

—¿Allí? ¿Tenemos un apartamento allí? No me lo puede creer—no podía ni cerrar la boca de la emoción, debía parecer tonta.

—No, tenemos dos. Son pequeñitos y así cada pareja podrá disfrutar de más privacidad, ¿te gusta la idea?

—¿Que si me gusta? ¿Tú te imaginas que no me gustara? Ay, me da, me da algo, te lo digo muy en serio. Tengo el corazón como un caballo de carreras, no me para en el pecho, mira—le indiqué que pusiera la mano encima de mi pecho y él negaba con la cabeza.

—Por favor, aquí no, que no respondo—me sonreía, hipnotizándome, cuando llegaron los otros dos cómplices.

—¡Ya me lo ha contado, niña! ¡Ya me lo ha contado! —le di un abrazo con todas mis ganas.

—Un poco más y me dejas como pollo sin cabeza, solo que versión Susi, Qué barbaridad, chico, qué efusividad, no quiero pensar cómo se pondrá cuando le hagas un niño—le dijo a Thiago, quien se tiraba al suelo con sus cosas.

—Mira que eres bruta, ¿te has enterado de que nos vamos a Los Caños?

—No, no me he enterado ni me duelen las costillas ni nada. Venga, esto habrá que celebrarlo, ¿no?

Lo celebramos, y tanto que lo celebramos. Después volví a casa y, contentísima, se lo largué todo a mi madre.

—De manera que te has puesto de acuerdo con Thiago, ¿eh? Pues no sabes la alegría que me has dado, mamá, sobre todo porque sé que tú también disfrutarás.

—Como un cochino en una alberca, en palabras de Manuela—rio ella.

—Ay, mamá, es que me gusta mucho. Y nos vamos a Los Caños, que sabes que todavía me gustan más. O no sé, igual me gusta más Thiago, ahora estoy hecha un lío—reía.

—Hija mía, te mereces todo lo bueno que te está pasando, ¿tú sabes loque me has cuidado mientras he estado malita?

—Y lo que te pienso cuidar. Te dejes o no, yo voy a seguir haciéndolo. Y sí, es una amenaza—le aseguré.

—Ok, cariño. Me parece bien, pero ahora, ¿me puedes dejar un hilito de respiración? Mi niña, cómo aprietas…

Se veía que sí, que yo aplicaba un poquillo más de fuerza de la cuenta cuando de abrazar a los míos se trataba. Nos reíamos por ello cuando también entró mi hermano.

—¿Se puede saber lo que estamos celebrando? —nos preguntó.

—¡Que nos vamos las dos de puente, hermanito! Mamá al SPA y luego con Manuela al pueblo de su hermana. Y yo a Los Caños, en Cádiz, con lo que me gusta…

—¿Qué me dices? Yo también me voy a la playa, pero en mi caso a la zona de Valencia, con unos colegas.

—¿Y te llega el sueldo para eso, cariño? —le revolví el pelo—. Si no paras de aportar para la casa, me tienes embobada.

—Es que he arreglado un par de motos por mi cuenta, y vamos en plan barato, tampoco te creas.

—O sea que te hartarás de bocatas. Pues sensacional, ahora sí que me has dado ya una alegría total, amor.

Eso sí que no lo esperaba. Que mi niño se pudiera ir también de vacaciones era lo más de lo más. No me faltaba un motivo para alegrarme en un momento en el que mi madre estaba mejor, y ganando peso, que daba gusto ver que cada día se le redondeaba más su preciosa carita.

Ya podía tocarlo con la punta de los dedos, ya podía saborear las mieles de unos dulces días que me permitieran desconectar de todo y de todos, centrándome en Thiago y en lo nuestro, en eso tan bonito que comenzábamos a vivir.

Contaba las horas, los minutos y los segundos… También contaba ovejas y, aun así, imposible dormir de noche. Ya me veía camino de la playa con los chicos, en los que serían unos de los mejores días de mi vida.

Capítulo 16



El viernes, en cuanto salimos de la fábrica, ya los chicos nos estaban esperando en el coche.

Antes les habíamos dejado las bolsas con nuestros equipajes, esos que hicimos con tanto cariño tanto Susi como yo.

Con mi amiga había viajado en diversas ocasiones, aunque nunca así en plan parejita, ya que no nos había coincidido. Estar con dos amigos era lo más porque podíamos disfrutar de unos planes en común que nos hacían enloquecer de alegría.

Susi se puso a buscar música en cuanto nos subimos en el coche y los chicos se miraban entre ellos, alucinados.

Yo iba delante con Thiago, mientras que ella se sentó en el asiento trasero con Samuel.

“Yo te lo hice a ti en la playa

Justo al frente de la orilla

Ella y yo no somo’ nada, pero

Solo entre comilla’

Ella e’ mi nena”

Sonaba la música de Raw Alejandro y ella sin parar de bailar.

—¿Ese tío no es el que dice algo de las piernas como las puertas de un Lamborghini? Anda que es fino—le preguntó Thiago, quien para la música era muy elegante, igual que para el resto.

—Es que mi amiga escucha música y no se fija en la letra. Más de una vez le he dado un capón por lo que estaba bailando, que ella es así.

—Vaya sarta de delicaditos que soy, si esas cosas se han dicho de toda la vida de Dios, ¿o es mentira? —se quejó ella.

—Pero es que hay cantantes de estos que, si les quitas la música, o lo que ellos llaman música, la letra es como una jodida declaración en un juicio, no me digas que no—argumentó él.

—Anda ya, anda ya, no seas exagerado. Yo soy menos pudorosa, aunque aquí mi amiga me abronque a cada momento.

—Tampoco tanto, que muchas veces he acabado hasta bailando contigo lo que no debía para no escucharte…

—Pues eso, y anda que te lo has pasado poco bien. Venga, todos conmigo, sarta de sosos, que sois una sarta de sosos—hizo una pausa—. ¿Que no? Pues canto yo, que os zurzan.

Llegaríamos a las tantas. Por suerte no nos habían puesto ningún problema porque la familia que regentaba los apartamentos era súper amable y nos lo facilitaron todo, de modo que la idea era la de levantarnos ya allí.

El viaje lo disfrutamos muchísimo, ya que son ocasiones en las que los vives desde el minuto cero, ya desde que estás haciendo las maletas. Con los chicos nos reímos lo más grande, contando las muchas peripecias de cuando viajaban juntos y solos, aunque ellos se quedaron también atónitos con las que nos habían ocurrido a nosotras en las ocasiones que nos pudimos escapar por ahí.

—Sí, sí, que iba aquí a cuatro patas mi amiga, tan bien puesta como se pone ahora, y yo charlando con ella camino de la caseta de campaña de ese camping de Conil. Y cuando me quiero dar cuenta, porque íbamos por el borde, se había hundido en la piscina y no veía más que las burbujitas. Y yo, que iba más ciega que ella todavía, no atinaba a saber lo que había pasado. Hasta que veo que sube a la superficie el sombrerito de rafia que llevaba, a juego con el mío, y me tiré a por ella—les comenzó a contar Susi.

—Sí, lo que no os ha contado todavía es que cuando bebe no atina nada, de manera que se vino conmigo para el fondo, que es muy buena amiga ella —me reía y ya le veía la cara de enfado.

—Encima, encima que pude perecer por tu culpa, tratando de rescatarte. Mala amiga, que eres una mala amiga.

—Calla, calla, di tú que unos chiquillos que jugaban por allí llamaron a sus padres porque vieron las burbujitas así encima del agua—proseguí.

—Y qué padres, eran dos divorciados que estaban de vicio, ¿te acuerdas cuando me desperté y me estaba haciendo uno el boca a boca? —me preguntó muerta de la risa.

—¿Y cómo no me voy a acordar? Si te pegaste a él como una chupona y luego alegaste enajenación mental piscinatoria—le solté y ellos no podían divertirse más.

—Así que hemos tenido antes competencia y nosotros sin saberlo. En menudo riesgo hemos estado, amigo—le comentaba Thiago a Samuel.

—Y nosotros que creíamos que habíamos sido los primeros—se burló el otro.

—Los primeros del último mes, que esta y yo no habremos recorrido mucho mundo, pero tíos nos hemos agenciado a unos cuantos—reía Susi, que estaba totalmente desmadrada.

—Tampoco tantos, que lo has dicho como si nos hubiéramos tirado a medio planeta, guapita. Córtate un poco. Oye, dime la verdad, esa botellita no es de agua, ¿no? —le pregunté alargando la mano para cogerla, porque llevaba rato notándola rara.

—Que sí, malpensadilla, ¿de qué iba a ser si no? Y estate quieta, que eres muy pesada—me dio un manotazo.

—Ginebra, eso es ginebra, fijo. Así se te está soltando la lengua, hija de la gran china, déjame que la huela.

—Que no, que no—no me dejó alcanzarla, con la mala suerte de que, al retirarla, le cayó a Thiago en toda la camiseta, que el pobre estaba a mi lado, conduciendo.

—Susi, que sí es ginebra. Pues anda que me has puesto que como para que nos parara un…

Aún no había terminado de decirlo cuando ella, borrachina, se lo señaló.

—Un control de alcoholemia, sí señor…

Él no podía resoplar más, y cuando el sargento de la Guardia Civil se le acercó, la otra no se podía reír tampoco más.

—Buenas noches. Oye, soy compañero, de la Nacional, te muestro la placa—le comentó, antes que nada, temiéndose lo peor.

—¿Compañero? Pues te lo has bebido todo, ¿de dónde vienes? —le preguntó mientras él, efectivamente, le sacaba la placa.

—De Madrid, pero oye, que no es lo que parece…

—O sí—le soltó Susi, que iba piripi perdida, y a quien le salió un hipido que no ayudaba en absoluto.

—Que no, que no, no le hagas caso, que está perjudicada, ¿lo ves?

—Sí, y tú parece que no, pero el olor canta, compañero, que son ya muchos años…

—En serio que no, que te digo yo que no—insistió.

—Aquí quien también canta es el alcoholímetro, así que ya puedes ir soplando—le pidió, algo mosca mientras Samuel no sabía ni cómo intervenir porque le estaba dando la risa.

—Que se la soples, hombre, que te está diciendo que se la soples—intervino la otra, provocando que me salieran las lágrimas de risa igualmente.

Thiago nos miraba a todos con un cabreo de mil demonios cuando no tuvo más remedio que soplar.

—0,0 como la San Miguel—decía el sargento en alto.

—Si ya te lo estoy diciendo, que yo no he bebido.

—¿Tú te crees que a mí la nariz me va a fallar después de tantos años? Cállate ya y colabora, ¿no? Ahora mismo te repito la prueba, tú soplas hasta que des positivo, hombre.

—Pues para eso bebe dos o tres sorbitos de mi botellita de agua, que ya verás lo pronto que te pone un cinco y apruebas, raspadito, pero apruebas—le decía la otra estallando en carcajadas, y haciéndonos estallar a los demás.

—Te digo yo que te estás equivocando, compañero. De veras que te estás equivocando—resoplaba Thiago.

—Qué tío más pesado, ¿te estás negando a hacerte la prueba? Porque yo te empapelo, conmigo no te vas a quedar.

—¿Me he negado yo? Pero que va a salir igual.

—Que este quiere sacar otro cero, se ve que su padre ni le riñe ni nada—le salió de nuevo a Susi, a quien el agente miraba sin dar crédito.

—No os dará vergüenza. Venga, sopla y acabaremos antes, hombre.

—Eso, que yo tengo ganas de irme a planchar la oreja, que tengo una borrachera que no me aguanto—le alentaba ella que, cada vez que él soplaba, le imitaba, como para darle más énfasis a la cosa.

—Ya verás como tengo razón en lo que te digo, si es que solo me ha caído un poco de alcohol en la camiseta, compañero. Yo no bebo jamás cuando conduzco, te lo digo en serio.

—Adrián, mira lo que dice aquí el compañero, que él no bebe jamás cuando conduce. Acércate y me dices si es cachondo el tío o no es cachondo —le pidió al otro agente, que lo flipó al oler.

—Tú puedes decir lo que quieras, voy a pedir otro alcoholímetro a la comandancia, porque vas mamadísimo—añadió.

—Que no, que yo me quito la camiseta y os demuestro que no es así, hombre.

—Y encima se nos quiere desnudar, ¿qué clase de soborno es este? Tú te estás equivocando con nosotros.

—No, si yo solo digo que…

—Adrián, que nos traigan el otro alcoholímetro, date prisa.

—¡A la orden, mi sargento! —se cuadró, muy propio, y lo pidió.

En nada acudieron con un nuevo aparato y a Susi la ginebra que no paraba de subírsele a la cabeza.

—No te quejes, que solo quieren una prueba de aire. Imagínate que fuera de semen y que tuviera que extraerla este hombre—miraba al sargento, con su bigote y todo.

—Cállate, por lo que más quieras, mujer—le pedía él.

—Pues yo, una de las cosas que más quiero en el mundo es a mi Albita.

—¿Me estás llamando cosa? Y sí, cállate, Susi, que no paras de liarla—le pedí.

—Poco bien que te lo estás pasando tú, que no paras de reírte. No te quejes más, anda, que te gusta mucho quejarte.

—¡Callaos todos! —nos pidió el sargento, al que le teníamos la sangre hecha agua, en sus palabras. El hombre quería salirse con la suya y demostrar que Thiago había bebido, y no lo lograba.

Enseguida pusieron en marcha el nuevo alcoholímetro, con idéntico resultado, y el hombre que se tiraba de los pocos pelos que le quedaban.

—¡Yo es que no me lo explico, Adrián! ¿Tú ves lo mismo que yo? —le preguntaba a su subordinado.

—Sí, sí, ahí pone un 0,0 como Dios pintó a Perico, mi sargento. El olfato nos está engañando, aquí hay algo raro…

—Yo no me quedo sin salirme con la mía. Avisa a la patrulla canina porque estos llevan algo, y al menos los empapelo por donde sea.

—Te estás equivocando, compañero, te estás equivocando. Te lo estoy diciendo desde el principio—le decía desesperado Thiago, quien era de lo más correcto y no debió verse en otra igual en su vida.

—Tampoco tanto, porque yo una bellotita sí que llevo, por si nos queríamos fumar algo, que para eso vamos a Los Caños, ¿no? —nos preguntó Susi y Thiago ya es que se echó a morir, menos mal que el sargento no la oyó.

—¿Lo has escuchado, Samuel? Hay que deshacerse de ella—le indicó mientras los otros dos estaban entretenidos llamando a la patrulla canina.

—¿Deshaceros de mí? Y una mierda, a mí me lleváis hasta la playa y allí ya hablaremos, ¿verdad, Alba?

—De ti no, preciosa, de la bellota, dámela—le pidió Samuel tratando de abrir su ventana.

—Mira qué listo. De eso nada, en todo caso es para compartir. Y luego la viciosa soy yo, manda narices.

—Susi, dásela de inmediato o acabamos todos en el calabozo esta noche. Y allí te quitarán tu botellita y hasta las ganas de vivir, ¿no te has enterado de que viene la patrulla canina? —le pregunté entre dientes.

—Anda ya, chalada, si esos son unos dibujitos animados, no existen de verdad. Te lo crees todo, ¿eh?

—¡Que la sueltes ya, insensata! —casi la cojo por el cuello.

—Espera, espera, que me la he metido entre las tetas por si nos cacheaban —se la sacó del escote y, cuando vio que el sargento la observaba, le hizo un gesto libidinoso, como si le estuviera provocando o algo.

—¿Otra? ¿Otra con los sobornos? —la miraba mal el hombre, quien contaba los minutos para que llegaran los perros.

Por suerte, Samuel pudo tirar la bellota lejos y luego le pidió una toallita para limpiarse las manos y no dejar rastro alguno.

—Son de las íntimas, de las refrescantes. Las llevo porque de tanto darle al tema, aquello me hierve de vez en cuando y…

Y cuando nos quisimos dar cuenta, ya teníamos los perros al lado.

—Animalitos, qué bonitos son. Si aquí no hay nada, chicos. Alba, ¿tú no llevarás un hueso de jamón o algo para darles? Que esta gente los tiene desmayaditos, mira cómo buscan.

—Sí claro, y un ala de pavo también llevo, ¿no ves que mi idea es llegar y ponerme a hacer puchero? —no sabía lo que decirle, me tenía al límite.

—Hija, yo qué sé, como tú eres tan cocinitas.

Por fin el sargento hubo de rendirse a la evidencia y, con dolor de su corazón, dejarnos marchar.

—Tiene guasa, en los días de mi vida me ha pasado nada igual. Chaval, ve con cuidado porque a mí no me la das, tú llevas una melopea como un piano y eres un peligro al volante—le soltó antes de que él pudiera arrancar y entonces sí que soltó también, pero de todo por la boca.

Capítulo 17



Los apartamentos eran realmente ideales, totalmente aconsejables, con vistas al mar, una verdadera cucada.

Los vimos bien por la mañana, porque por la noche bastante tuvimos con acostar a Susi, quien la cogió mortal y se le metió en el coco que era Nochebuena y que ella no quería tocar la zambomba, que eso era muy cansado—miraba a Samuel riéndose por el doble sentido del tema—, pero sí la pandereta. Y encima pretendía ir a buscar una.

Nos costó que se durmiese y cuando por fin lo logramos ya pudimos hacerlo también el resto, a pocas horas del amanecer.

No fue hasta media mañana cuando abrimos los ojos, y lo primero que hice fue reírme recordando el control de la noche anterior.

—Es que ni me lo recuerdes. Te prometo que todavía se me ponen los vellos de punta, ¿Susi siempre ha sido igual? —me preguntaba él, negando con la cabeza.

—Qué va, ahora está súper reformadita, tenías que verla hace unos años.

—Prefiero ni pensarlo, preciosa. Y tampoco quiero ni pensar en que anoche, de lo cansados que llegamos, ni tiempo nos dio a hacer nada, caímos a plomo en la cama.

—Eso es verdad, aunque hoy no te libras o ya me veo poniendo una cláusula de esas como la de Jennifer López, que esa es muy lista para todo.

—¿Con un mínimo exigible de sexo? Conmigo te pasará lo contrario, que tendrás que ponerla con un máximo, porque pienso hacerte el amor sin parar durante todo el puente—ya estaba casi en ello cuando llamaron a la puerta.

—Alba, ¿tienes una pastilla? Es que se conoce que anoche algo me cayó mal y me duele la cabeza como para cortármela, ¿qué puedo hacer? —se lamentaba desde fuera.

—Dejarme a mí, a ver si hay suerte y he traído una guillotina de urgencia.

—Tontorrona, si seguro que te hice reír como siempre que bebo, debías estar descojonada—intuía.

—En realidad tiene razón, anda que no me reí nada—le comentó en voz bajita a Thiago.

—Sí, sí, yo también me reí un montón. Y ahora viene y no nos deja consumar, ¿tú te crees que esto es normal?

—¿Normal algo con Susi? Es que eso ya te lo puedes ir quitando de la cabeza, hazme caso.

Abrí la puerta, porque no dejaba de golpearla, y le dije que pasara mientras buscaba una pastilla en mi bolso.

—Oye, Thiago, ¿qué pasó anoche? Se ve que no fui yo la única que bebí, ¿no? ¿Tú te crees que eso está bonito? A mi madre se lo voy a decir, que nos pudiste matar—le reprochó.

Samuel le miraba con resignación y Thiago no podía más con ella.

—Átala en corto, te lo pido por favor—le indicó a su amigo.

—¿Atarme a mí? Ni que fuera un chihuahua, y cuidadito que todavía voy a la comandancia de la Guardia Civil a denunciarte por eso que me has dicho, ¿eh? Que está muy feo.

—No, por favor, a la Guardia Civil ya ni mentarla. Hemos venido a pasar el puente en la playa, a relajarnos y a olvidarnos de todos los marrones, de manera que no creemos más—le pidió.

—Pues aplícate el cuento, porque podíamos estar hoy todos hospitalizados por tu culpa. Tú haces honor a eso de que "a Dios rogando, y con el mazo dando" —le reprochó ella de nuevo.

—Yo sí que te voy a dar con el mazo en todo el coco como no te calles ya, Susi—le advertí.

—En el coco no, que ya me ha dado un jodido enano unos cuantos martillazos esta mañana.

—¿Un enano? Yo no he visto ninguno—se mofó Samuel.

—Pues me lo habré imaginado y habrás sido tú en realidad. Así que cuidadito que, ya que voy a denunciar a tu amigo, te denuncio también de camino—le advirtió ella.

Desde luego que no podía ser más personaje. Era la primera vez que convivíamos unos días y ya la había liado mucho antes de llegar.

Salimos a desayunar y ella que no podía con su alma.

—Mi reino por un barreño de café—decía apoyando la cabeza en la mesa.

—¿Un barreño? Te traeré una taza, bonita—le ofreció Samuel.

—Bonita o fea, me da igual—lo interpretó ella a su manera—. Y ya te he dicho que no quiero una taza, que yo necesito un barreño entero. Y si me lo inyectan con una sonda, todavía mucho mejor.

Menuda estampa la suya, con el pelo revuelto y ojeras. Cuando se ponía como una cuba terminaba hecha un trapo, como ella decía, y era para escucharla. De hecho, la estuvimos escuchando durante todo el desayuno y, en más de un momento, el café se nos fue por mal camino. Un poco más y necesitamos una ambulancia.

El puente prometía, ya que había comenzado fuerte, y yo intuía que pasaríamos un montón de momentos maravillosos de esos para el recuerdo.

Capítulo 18



Teníamos una reserva para cenar los cuatro en “El Jardín del Califa”, en Vejer, un precioso lugar que yo conocía por fuera, pero en el que nunca había estado, más que nada porque mis vacaciones hasta ese momento tenían más que ver con una mochila y un bocata que con otra cosa.

Nos habíamos pasado todo el día en la playa, algo que le sirvió a Susi de excusa.

—Yo lo único que digo es que me he insolado, tanto sol y tanta agua, es lo que tiene—se quejaba ella.

—Pero el agua habría contrarrestado, ¿no, amor? —le preguntaba Samuel, divertido, sabiendo que ella lo que arrastraba todavía era una resaca de espanto.

—No, no. La culpa ha sido tuya y solo tuya, que te has empeñado en que nos bañásemos y claro, con el coco en remojo, ha actuado de esponja, y

cogido más sol después, eso es lo que ha pasado, que se me han secado hasta las ideas—trataba de llevarle a su terreno.

—Total, niña, que lo que quieres decir es que no te apetece salir a cenar, ¿es eso o no es eso? —le pregunté.

—No, no quiero. Yo prefiero quedarme en el apartamento con Samuel. Cenamos cualquier cosita y, si nos apetece, paseamos un poquito por la playa, ahora que el jodido del sol ya no está.

—Samuel, ¿tú qué dices? —le pregunté.

—Que no seré yo quien le lleve la contraria, eso te lo garantizo. Además, que a ese restaurante ya he ido más veces, no me queda pena por eso, de veras. En todo caso, lo que quiero es que lo vea ella, y si no tiene interés…

—Interés cero. A mí me duele mucho la cabeza, y si no es una insolación, me tendrán que hacer alguna prueba, a ver de dónde viene esto. Menudo misterio—se rascaba Susi la cabeza.

—Sí, sí, menudo misterio, porque claro, si hubieses bebido anoche, la cosa estaría más clara, pero como tú no bebiste—reí.

—¿Yo? ¿Qué iba a beber yo? Si se lo bebió todo tu novio—se partió ella, que era única buscando culpables.

El tiempo nos acompañaba muchísimo, tuvimos cantidad de suerte. Se trataba de un puente primaveral con temperaturas prácticamente veraniegas, por lo que opté por un vestido informal, con cuello *halter* y suelto, estampado, que me sentaba de maravilla con unas cuñas altas, y así nos fuimos al restaurante.

Por el camino, en carretera, no podía mostrarse más cariñoso. Enseguida llegamos al que era el restaurante más icónico de ese pequeño pueblecito que en verano recibe multitud de turistas que, por otra parte, ya comenzaban a poblar sus calles gracias al buen tiempo.

Del restaurante en sí, que es una verdadera preciosidad a los ojos, se dice que aúna lo mejor del Norte de África y de Oriente Medio, tanto en lo sensorial como en lo culinario, por lo que una cena allí trasciende el ámbito gastronómico para convertirse en eso que llaman toda una experiencia.

—Yo apostaría por alguna receta con atún rojo de almadraba, que es una verdadera delicia—me comentaba él, mirando la carta mientras yo contemplaba asombrada el entorno único que muestra su jardín, flanqueado por altas palmeras.

—Me parece genial, aunque también deberíamos probar algunas de esas propuestas más exóticas, ¿qué te parecen los *tagine* y la *harira*? —le consulté porque me gustaba la cocina y disfrutaba mucho probando ese tipo de platos que no eran propios de nuestra mesa.

—Probaremos todo lo que te guste, faltaría más. Y pediremos también un vino, el que más te llame.

—Pero tú no puedes beber, que luego tenemos que coger carretera también, no sea que llegue el sargento de la Guardia Civil y te las dé todas juntas en el mismo lado—le recordé.

—Vaya por Dios, ya ha tenido que salir ese hombre en conversación. Me pone como una moto. No te preocupes que está todo previsto, tú y yo nos quedaremos esta noche aquí en Vejer—me explicó.

—¿Aquí en Vejer? ¿Dónde? ¿En la plaza del pueblo? Mira que es muy bonita, pero tanto como para dormir ahí, al pie de la fuente—no comprendía lo que me estaba diciendo.

—No, estaremos algo más cómodos. He reservado una de las habitaciones aquí mismo, en la Casa del Califa, en el hotel—me indicó porque aquel era un pequeño complejo que contaba con unas preciosas habitaciones. Yo las había visto en ocasiones por Internet, si bien nunca había tenido la oportunidad de dormir allí.

—Pero bueno, ¿cuándo me lo pensabas decir? Qué ilusión, contigo todo son sorpresas.

—¿Sorpresas? Solo son pequeños detalles para sacarte la sonrisa, las sorpresas ya llegarán en su momento. Quiero que vivas cosas bonitas, soy consciente de que tu vida no ha sido fácil y, a partir de ahora, te prometo

que eso va a cambiar. Yo no solo te voy a cuidar, sino que te voy a mimar. Quiero tener una relación contigo, Alba, que construyamos algo sólido juntos…

—Yo arquitecta no soy—le dije tapándome los ojos porque me estaba abrumando, en tanto veía venir al camarero con esa botella de vino de la que ya podríamos dar cuenta con tranquilidad, puesto que no nos moveríamos del pueblo.

—¿No me digas? Tú eres la mejor, eso es lo que eres. Una chica que ha tenido que sortear muchos obstáculos y que siempre lo hace con la sonrisa en la cara.

—Obstáculos tampoco te creas, yo lo único que sé hacer son galletas. Y más que nada manejar las máquinas, que en la fábrica se hacen solas. Tengo su olor metido aquí en la nariz, una detrás de otra saliendo, menos mal que huelen a canela y a vainilla, es un olor muy lindo—le cambiaba yo el tercio, porque no sabía ni lo que decir.

—Dale todas las vueltas que quieras. Total, que sepas que te voy a hacer muy feliz.

—Si eso es lo que yo quiero, solo que no sé ni cómo hablar de estas cosas. No estoy acostumbrada. Thiago, eres muy especial, yo hasta ahora he salido con tipos más mundanos, mientras que tú me pareces muy elegante, muy culto y…

—Ni que tuviera un sillón en la RAE, bonita.

—¿Ves? Los tipos de los que yo te hablo no saben ni qué es la RAE, para que te hagas una idea.

—Ya, ya, ya entiendo. Me he cruzado con alguno que otro en comisaría. Tú te mereces mucho más, Alba, no te conformes con menos, tienes que aspirar a todo. Y todo lo vas a tener—me acariciaba la mano por encima de la mesa.

Capítulo 19



Nada más entrar en el hotel, se deja notar ese entorno que te transporta a “Las mil y una noches”, alejándote de ese ruido constante que envuelve nuestras vidas y del que no eres consciente hasta que llegas a un sitio así y comprendes que la paz tiene mucho que ver con eso.

En su preciosa terraza, con una vista panorámica de ensueño, y cogidos de la mano, disfrutamos de un delicioso té mientras sentíamos que cada vez estábamos más cercanos el uno del otro.

Por primera vez en la vida, tenía la sensación de que todo, poco a poco, comenzaba a ir a su sitio, y que ya podía manejarme con más libertad, sin portar esa pesada mochila que tanto y tanto me había pesado en determinados momentos.

—¿En qué piensas? —me preguntaba él mientras los ojos se me iban hacia aquellas maravillosas vistas, sin tener nada más que hacer que regocijarme en ellas.

Estaba más que acostumbrada a vivir demasiado deprisa, a asumir determinadas responsabilidades y desde muy pronto, desde que apenas era una niña, en un momento en el que todavía no me correspondían.

—En que estoy viviendo momentos muy bonitos y no quiero que se acaben. Si yo no pretendía nada con nadie, ¿se puede saber qué me estás haciendo? —le preguntaba entre bromas, porque me sentía francamente a gusto con él.

—Enamorarte poco a poco, y bien, eso espero, porque yo me estoy enamorando de ti, y quiero pensar que es algo correspondido. Ya te he dicho que me gustas mucho, me gustas como para perder la cabeza por ti, Alba.

—Ya sé de lo que me hablas, yo también la estoy perdiendo por ti. Es que vivir esto… vivir esto es como un sueño.

—Un sueño vivirás cuando entres en la suite que he reservado para nosotros, estoy deseando ver la cara que pondrás, pequeña—me anunció.

—Vale, déjame que me empape un poquito más de esto, y luego nos vamos a verla—le pedí porque estaba embelesada con la calma y la belleza del entorno.

El hotel era una virguería, una suerte de edificios que se entrelazan, uniéndose a través de patios y escaleras, como si se tratase de una enorme casa construida a diferentes niveles en la que no faltaba un típico patio, que actuaba también como jardín, en su centro.

La nuestra era una junior suite, puesto que la suite África, la principal, estaba ocupada.

No me quedó pena alguna al respecto, habida cuenta de que Thiago apostó por la llamada “Torre”, una maravillosa suite que cuenta también con su propio salón y con unos estratégicos balcones que ofrecen la más privilegiada de las vistas tanto al pueblo como a la plaza.

—Te lo has currado, y cómo. Qué cosa más bonita, ¿te importa si grabo un vídeo y se lo envío a mi madre? Es que quiero que vea lo bien que me tratas.

—Por favor, lo que me importaría sería que no lo hicieras. Será todo un honor—me indicó.

Comencé a grabar la suite al completo, además de las vistas, y luego nos grabé a nosotros, mientras él me daba mil besos.

“Mira, mamá, cómo me quiere mi poli. No puedo estar más protegida” comenzaba diciéndole mientras le contaba cómo era aquello y le sacaba frases también a él.

Nos quedó de lo más simpático y a mi Encarni le faltó el tiempo para contestar, llamándome por teléfono.

—Albita, sé que no son horas, pero es que estoy muy contenta. Dile a Thiago que ya le empiezo a querer por cuidar tan bien de mi niña. Ay, hija, por fin, lo que tú te mereces…

—Mamá, díselo tú, que le tengo aquí al lado. Y ya se está riendo de escucharte.

—Niño, que no es broma, que estoy muy orgullosa del buen ojo que ha tenido mi hija. Cuídamela mucho, corazón, que no es porque sea mía, pero es un tesoro.

—Claro que sí, Encarni, una joyita es esta niña—me besaba él.

—Eso es un hombre y lo demás son tonterías. Os dejo, parejita, que me habéis puesto muy contenta.

Lo mejor fue que ella no colgó la llamada y nosotros tampoco podíamos hacerlo, se nos habían quedado como pilladas, y mi madre no paraba de hablar con Manuela.

—Ay, amiga, que este es el que me gusta a mí para mi Albita, ¿tú te imaginas que nos vamos pronto de boda? —le preguntó y yo tratando de quitarle la voz, algo que él me impedía, tirando del teléfono para sí, muerto de la risa.

—¡Mamá, por tus mulas, no digas nada más, que estás en directo! —le gritaba yo mientras él trataba de que no lo hiciera, poniéndome la mano en

la boca.

—¿Tú has escuchado algo, Manuela? —le preguntó ella de pronto, sin saber de dónde venía mi voz.

—Yo no, pero cerremos la ventana, no sea que entre un moscardón.

—Sí, porque otra cosa para mí que no entra, cómo está el panorama, ¿no, amiga?

—Encarni, si tú eres la que dice siempre que a ti no se te arrime ninguno, a ver si es verdad y te dejas ya de pamplinas, mujer, que yo te tengo que ver vestida de novia otra vez…

—Qué cosas dices, aunque nunca se sabe. Yo estoy empezando a ver las cosas con otros ojos, abriéndome a la vida. Eso sí, primero que se case la niña, qué emoción, mi Albita con el policía, que parecen los dos muñecos de la tarta, qué pareja más bonita forman.

—¡Mamá, que soy yo! —atrapé de pronto el teléfono y se lo grité de viva voz.

—¿Dónde estás, hija? Ay, Manuela, que el SPA está embrujado, que he escuchado a mi niña aquí mismo.

—Y yo también la he escuchado, ¿no será un caso de espiritismo? Madre del amor hermoso, con el yuyu que me dan a mí esas cosas…

—No, no, que mi niña está muy viva, ¿qué dices tú de espiritismo?

—Pues también, menuda vida que le tiene que dar el chaval ese. Yo me lo imagino sacando la porra…

Y yo me imaginaba, directamente, muerta de la vergüenza y tirada en el suelo, cuando por fin pude colgar la llamada.

—Tú no has escuchado absolutamente nada, ¿me oyes? Pero nada de nada —le advertí con el dedo.

—¿Yo? Nada del todo. Ni he escuchado de la boda ni tampoco de la porra, tú tranquila—aguantaba la risa.

—Pero ¿es que todo me tiene que pasar a mí? Vaya dos cotorras, todo lo que han largado—me quejaba.

—Si ha sido descojonante, lástima que hayas colgado. Llámalas otra vez, que igual ocurre lo mismo y me doy otra panzada de reír.

—Menos risas, que yo he pasado las de Caín, vaya vergüenza—reía sin poder parar, con una risa nerviosa que le contagiaba.

Capítulo 20



Me desperté con la luz entrando por cada uno de esos maravillosos balcones.

—¿Estoy en el paraíso y no me he enterado todavía? —le pregunté feliz, mientras me desperezaba.

—Yo sí que estoy en el paraíso, con mi diosa particular al lado—me regaló un beso.

—Ha sonado un poco repipi, aunque te lo perdono porque sé que tú eres así—reí.

—La madre del cordero, ¿así que me lo perdonas? —recorrió con sus dedos todo mi cuerpo, ese que había quedado desnudo tras la fiesta que celebramos la noche anterior ambos, a puerta cerrada, y en el escenario de las sábanas.

—Sí, sí, que te perdono, pero solo si no me haces cosquillas, que no las soporto—le pedí mientras que él ya seguía besándome, lo que acompañaba también con una estratégica dosis de cosquillas, una que me iba poniendo nerviosa, tanto que podía llegar a ser peligrosa, porque me ponía a repartir y me quedaba sola.

—¡Quieta, pequeña! —me tomó en ese momento por las muñecas y, entrando en mí, sin previo aviso, me dejó pasmada.

A continuación, ofreciéndome la más insinuante de las sonrisas, comenzó a moverse para mí, deslizándose en mi interior, haciendo verdaderas piruetas en mi vagina con su miembro, ese mismo miembro con el que me ensartaba, produciéndome auténticos sofocos que, a duras penas, trataba yo de contener.

Estaba a su merced, totalmente a su merced, con sus manos ajustando mis muñecas, como si me hubiese puesto unas imaginarias esposas. Yo me dejaba llevar por él, disfrutando de ese sexo que me elevaba a lo más alto y que, después, me bajaba hasta ese caluroso infierno lujurioso en el que me moría por confundirme con él, por abrasarme con él, por balbucear para él palabras que, en otro contexto, no podrían salir de mi boca.

Cuando estaba entre sus brazos, me convertía en sugerencia pura. Nada podía gustarme más que dejarme llevar por el extremo vaivén de su cadera, ese que parecía primero dispararme para luego recogerme, haciéndome ver que todo comenzaba y terminaba en él.

Mis senos nunca habían mostrado un endurecimiento así, tanto que podría hablar de que me dolían, como si verdaderamente fueran a estallar de la tensión que me producía tenerlo dentro de mí… Y entonces él succionaba, y ese dolor se convertía en un inconmensurable placer al que no quería renunciar por nada en el mundo.

Cogida a sus brazos, paseé por toda la habitación, con Thiago dentro, mientras me sostenía por la cintura y mis piernas le rodeaban con fuerza, en señal de que no deseaba separarme de él.

Nuestros cuerpos aparecían regados de besos del otro, y luego uníamos los labios para sellar con ellos esos otros besos que van desde la boca para entrar directos en el corazón.

La manera en la que atusaba mi pelo, en la que observaba mi cuerpo desnudo, en la que me acariciaba de pies a cabeza, en que me confesaba que, desde lo más hondo de su corazón, ya comenzaba a quererme… Esa manera me hablaba de amor compartido porque yo era incapaz de sentirme así con nadie más, teniendo que rendirme a la evidencia de que Thiago había llegado a mi vida para cambiarlo todo.

Con él en mi interior sentía una plenitud que nunca había sentido, con él en mi interior sabía que yo me sentía más mujer porque él era el hombre. Creo firmemente en que siempre hay una persona, una, que es capaz de acariciarte el alma con solo mirarte. Y ese era Thiago para mí.

No puedo decir que fuera precisamente el alma lo que me acariciase, pues sus caricias trascendían ese ámbito para dejar huella en mi piel, para recorrerme de arriba abajo, para mostrarme que podía erizarme solo con que él me deseara.

Era eso, deseo, lo que pululaba en el ambiente de una suite que amaneció con la misma pasión de la noche anterior, porque si algo derrochábamos Thiago y yo era pasión… Una pasión incontenible de la que nos íbamos contagiando más y más por momentos.

Esa misma pasión, la pasión de dos cuerpos destinados a estar juntos, porque juntas comienzan a estar sus almas, fue la que se respiraba en el aire como si alguien se hubiera encargado de esparcirla con un difusor.

Supongo que fuimos nosotros quienes, con esas increíbles ganas de disfrutar del otro, la fuimos esparciendo por una suite que ya comenzaba a ser un poco nuestra, porque nosotros también formábamos ya parte, y para siempre, de esa historia viva, pero muda, que impregnaría para la posteridad sus paredes.

Capítulo 21



Después del sensacional desayuno mediterráneo que nos sirvieron en el hotel, volvimos a Los Caños con nuestros amigos.

El de aquella noche fue un magnífico paréntesis dentro de un puente que, de por sí, era una auténtica maravilla.

En cuanto llegamos, cogimos las toallas y nos tumbamos en la playa.

—Pues a mí ya se me ha pasado la indigestión o lo que fuese, hoy estoy divina. Bueno, divina he estado siempre, pero ya me entendéis—nos decía Susi, que, como la canción, lo que quería era rayos de sol mientras estaba tumbada en la arena.

—Vaya, que estás más alegre que unas castañuelas porque se te ha pasado la resaca—reía yo mientras dejaba que Thiago me aplicase la crema solar.

Todavía nos quedaba bastante puente y queríamos sacarle el máximo de los partidos. A Susi, que todo hay que decirlo, lo de andar no es que le fuese

demasiado, pero los demás, tras tomar un rato el sol y darnos un chapuzón, que la temperatura del agua invitaba a hacerlo, queríamos hacer una rutita por la playa.

—Mira que tendréis guasa. Si aquí hemos venido a descansar—resopló.

—Mujer, pero podíamos hacer una rutita, un camino…

—Los caminos que los haga el MOPU, que tú y yo lo que hacemos son galletas—reía ella.

—Para mí que no la convencemos, está en modo "no me movéis de aquí ni con una grúa" —reía Samuel, que siempre estaba atento a sus deseos.

—¿Y si nos vamos tú y yo? ¿Te apetece estirar las piernas? Estaríamos de vuelta a la hora del almuerzo—me propuso Thiago, que sí tenía ganas de hacer algo de deporte, lo mismo que yo.

—Venga, vámonos. Chicos, os dejamos aquí las cosas, no nos llevamos nada—les comenté.

—Nada, nada, con que llevéis preservativos es suficiente—añadió la otra loca, que esa no podía estar callada.

La sensación de libertad era total. Caminar por allí con él, ir contándonos nuestras cosas, haciendo planes juntos, todo me llenaba muchísimo.

Thiago me hablaba de su pasión por su trabajo, de las muchas esperanzas que tenía de limpiar el barrio de gentuza, de la satisfacción que le producía poder ayudar a la gente.

En ese sentido, yo notaba que me quedaba algo corta, porque mi trabajo no es que me apasionase precisamente, y él debió notármelo.

—Tú no me sueles contar nada de la fábrica, bonita—me abrazaba mientras paseábamos haciendo la Ruta de los Chorros, esa que puede ser un poquillo complicada dependiendo del tiempo y las mareas, según me comentó él, pero que aquella mañana reunía todas las condiciones para hacerse sin demasiado riesgo.

—Es que de allí no se puede contar mucho. Es siempre "A", "B" y "C", le das a un botón por allí, a otro por allá, recoges las galletas y…—me reí.

—Y bien buenas que están, es un trabajo como otro cualquiera y yo muy agradecido, que soy el monstruo de las galletas—imitó su voz y provocó mis carcajadas.

—Gracias por animarme. Yo no me quejo, es mucho menos duro que limpiar, aunque si te digo la verdad no es que me entusiasme.

—Ya. Bueno, eso puedo entenderlo, ¿y por qué no buscas algo que te guste más?

—Porque hay que poner la mesa todos los días, cielo, por eso. Yo no tengo demasiadas opciones, ¿sabes? Y ya te digo que tampoco me quejo.

—No se trata de quejarse o no. A mi modo de ver es cuestión de buscar aquello que te haga más feliz—me explicó.

—Si yo ya soy un hartón de feliz. Mira, solo con ver a mi madre, que se está curando, y a mi hermano más derecho que una vela, me entra una felicidad tremenda por el cuerpo…Yo firmo porque todo siga así.

—Y seguirá, no lo dudes. Solo que quiero que des un pasito para delante —prosiguió.

—Igual que en la canción de Bisbal, solo que yo no me llamo María—se la canturreé.

—En serio, yo podría ayudarte, ¿a ti a qué te gustaría dedicarte?

—¿A mí? En realidad, si lo pienso, me habría gustado ser peluquera y tener mi propia peluquería en el barrio. Pero sí, para eso está la cosa, para andar emprendiendo y exponiendo el poco dinero que una tenga, si es que a eso se le puede llamar dinero—reí por no llorar.

—¿Y a Susi también le gustaría dedicarse a algo así? —me preguntó interesado.

—Ella sería buena esteticista, hacer la manicura y tal se le da de escándalo. Mira mis uñas, me las ha hecho ella, y no tienen nada que envidiarle a las del chino de debajo de mi casa. Es más, te digo yo que le dan mil vueltas.

—¿Y nunca habéis pensado en montar un negocio a medias?

—Sí, en nuestros sueños. Vale, vale, que ya veo que me lo preguntas en serio. Cuando éramos más peques sí que fantaseábamos con esas cosas, pero luego cada una tuvo que ayudar en su casa, entramos en la fábrica y hasta hoy. Y vamos que chutamos.

—Hay que tener ilusiones y luego hay que hacerlas realidad, bonita—me comentó él parándose.

—Y a mí me hace ilusión estar aquí contigo, disfrutar de todo esto. Yo es que no tengo grandes ambiciones, de veras. Me conformo con mantenerme así, no te preocupes por nada.

—No me preocupo, solo me intereso, que no es lo mismo. Y yo podría ayudarte…

—Si quieres ayudarme, dedícate a hacer tu trabajo, porque como no sea así, tendremos que malvender el piso y a ver dónde nos metemos. Lo que le faltaba a mi Encarni, con el cariño que le tiene ella al barrio en el que se crio. Cualquiera la aguanta fuera de allí, te digo yo que no.

—Ya me lo imagino. No tendrá que irse a ningún lado, ya lo verás.

—Más te vale, poli, o tu suegra se pondrá de uñas, porque mi Encarni es tu suegra, ¿no? —le pregunté.

—Eso espero, y ni se te ocurra decirme que no en ningún momento. Esto ya está pactado, no hay vuelta atrás.

—¿Marcha atrás dices? —el retintín no solía faltarme.

—Déjate de marcha atrás, que eso sí que tiene peligro, anda.

La ruta no pudo resultarme más bonita: el paseo a los chorros te llevaba a un universo paralelo donde los parajes eran vírgenes y apenas parecían explorados.

Parece mentira que, a dos pasitos de la civilización, se encuentren semejantes maravillas.

Ni que decir tiene que, conforme te vas adentrando en la playa nudista, sabes que aquel terreno es harina de otro costal. Hipismo por doquier es el telón de fondo de un ambiente donde la desnudez es la reina, mezclada con el sol y las hierbas.

Nosotros no practicamos el nudismo, aunque, a partir de ese punto, yo sí que fui haciendo toples, permitiendo así que ese sol tostara la mayor parte

de mi cuerpo.

Es curioso cómo allí conviven familias domingueras, con su sombrilla, con esos otros sujetos cuyas interminables rastas llaman la atención de los pequeños.

De ahí a los acantilados no hay más que un paseo que recorrimos de la mano y con esa conversación en la que Thiago me dejaba ver una vez más el mucho interés que sentía por mi persona.

Un beso por aquí y otro por allá, y ya estábamos entre pinos y arbustos, recreándonos en un entorno hermoso donde lo hubiera en el que no dudamos en tomarnos varias fotos.

A mí se me daba bien posar y a Thiago se le daba bien manejar la cámara, de manera que, aparte de esos selfis que quedaron para el recuerdo, se empeñó en que realizase diversas poses sobre las rocas.

—Exuberante, preciosa, libre y tremendamente salvaje—murmuró tras tomar una en la que yo estaba bocabajo, con el pelo en movimiento a consecuencia del viento, con las piernas hacia arriba y con pose calmada.

—¡Guau! Es la leche, no he tenido una foto más bonita en la vida. Ya verás cuando Susi la vea, qué flipe.

—Todavía tardaremos un ratito en enseñársela. Mira, a partir de aquí la playa se estrecha y comienza el tramo más rocoso, ¿te animas? —me

advirtió de que ya no sería un paseo, sino algo más complicado.

—Claro que me animo, ¿por quién me has tomado? —le confirmé, avanzando hacia los acantilados con paso firme, que para eso no podía ser más decidida.

De golpe y porrazo (por suerte lo del porrazo no es literal, que no sufrimos ningún accidente), me vi ante un paisaje distinto, con un tramo rocoso considerable. La marea estaba baja, por lo que no tuvimos mayor problema en atravesarlo.

—¿Y todos estos bloques de piedra? —le preguntaba yo, que nunca había estado antes allí, en los confines de Caños, y robaba con la mirada, queriéndome hacer con toda esa belleza para mí.

—Esto se desprendió en su día por efecto de la erosión. Es de una belleza sobrecogedora, aunque tú más—me comentó él, risueño y cariñoso.

—Y tú no puedes ser más bonito. Ay, Dios mío, qué salientes, no se caerá uno, ¿no? —mostraba cierta inquietud porque aquello era verdaderamente impactante.

—No tendremos nosotros esa mala suerte, preciosa. Aparte que, si a uno le da por caerse, yo lo levanto en plan Sansón—comenzó a hacer el payaso como si lo estuviera levantando.

—Déjate de tanto esfuerzo, que eres tú muy chulito, y resérvate para otras cosas—le provoqué un poco.

—No me toques las palmas y menos así, solo con esto puesto—tiró de la braguita de mi bikini, y me dio con la goma, como si fuera un tirachinas, causando mi enojo y mi risa al mismo tiempo.

El paisaje era verdaderamente para perderse en él, solo que teníamos que recorrerlo a cierta velocidad si no queríamos correr el riesgo de que la marea nos aislase en el fondo, no permitiéndonos volver.

Yo me habría perdido allí con él no unas horas, sino unos días, aunque lo cierto era que debíamos volver con nuestros amigos, por lo que continuamos avanzando, entre el vuelo de las gaviotas y el sublime azul del cielo, entre piedras con las más variopintas formas como consecuencia del capricho del viento, que termina por tornearlas a su antojo.

Finalmente, y tras un buen rato caminando, divisamos el fantástico final de la ruta: una cala plagada de rocas en la que sobresale una espectacular cascada de agua dulce que me dejó sin poder articular palabra.

—Este sí que es el mismísimo paraíso—le comenté totalmente alucinada, cuando pude hablar.

—¿Es o no es un sitito en el que recargar pilas? —me abrazó él.

—Tú me recargas las pilas, pero esto, esto… ¡esto es lo más bonito que he visto nunca! —le dije mientras le cogía de la mano y le llevaba debajo de esa refrescante cascada donde tomamos una ducha natural que no podía compararse con nada, entre besos y abrazos.

Apenas podía abrir los ojos y, aun así, no paraba de mirarle. Con Thiago estaba viviendo momentos inolvidables, cada día me dejaba algo para el recuerdo… y esa cascada no se movería de mi mente jamás, dado el impacto que me causó.

De allí seguimos avanzando y entonces nos encontramos con un par de cuevas, muy bonitas, tras las cuales nos topamos directamente con la cala verde, que da paso a esos grandes acantilados que ya forman parte de otra historia.

La vuelta no resultó tan sencilla como esperábamos, luchando contra la subida de la marea, algo que entraba dentro de lo previsible y que, en cualquier caso, mereció muchísimo la pena.

Volvimos juntos y de la mano, con Thiago ayudándome en todo momento, demostrándome que comenzábamos a ser un equipo.

Al llegar junto a los chicos, yo no podía dejar de describirles las muchas maravillas que habíamos visto, con los ojos brillantes, algo que provocaba también el brillo en los de Thiago, que no podía estar más pendiente de hacerme feliz.

Capítulo 22



Al día siguiente nos tocaba volver a Madrid y queríamos disfrutar sorbo a sorbo del cóctel de amor que Samuel y Thiago nos sirvieron en Caños.

—¿Te acuerdas del último año que estuvimos aquí? Cuando conocimos a los chicos aquellos que tocaban en la banda, que uno era argentino y el otro…

—Sí, sí, ¿qué les pasa, Susi? —le preguntaba yo el lunes, en el desayuno.

—Que tocan esta tarde en una playa cercana, en La Barrosa, en Chiclana —me enseñó su Insta.

—¿Queréis que vayamos a verlos? —nos preguntó Samuel, con Thiago asintiendo, pues todo se les hacía poco para que estuviéramos contentas.

—A mí me gustaría, tocan genial, ¿vamos, niña? —me preguntó ella.

Yo me quedé un poco más parada. Para mí que Susi, que llevaba una tajada como un piano el día que eso ocurrió, no recordaba que yo me había liado con Guido, el argentino.

—Pues si tocan genial, no hay nada más que decir—asintieron los dos.

Nada, que ya teníamos plan para esa tarde. Y menudo plan, porque los chicos tocaban que era un verdadero escándalo, de modo que me animé, aunque con ciertas reticencias.

Nada más llegar, y pese a que hacía unos añitos, nos reconocieron. Y Guido, que era un vendeamores, me volvió a echar el ojo desde el escenario.

Yo no quería, en ningún momento, provocarle celos a Thiago, porque ese tipo de maniobras nunca me han gustado y no me parecen lícitas, lo que no evitaba que la boca de buzón de mi amiga la abriera en el momento en el que Thiago se mostró un tanto incómodo.

—Oye, y ese chico, ¿es cosa mía o no para de mirarte? —me preguntó mientras actuaban, sobre algo que a nadie se le estaba pasando por alto, porque no podía ser más descarado.

—Ah, pues no sé—tomé un sorbo de mi copa.

—Es que Alba le volvía loquito. Tuvieron un rollete cuando estuvimos aquí y después no paraba de mandarle mensajes y demás. Menudo morreo

le dio en cuanto terminó de cantar—le soltó y a mí se me atragantó el sorbo.

—Bonita, tampoco te cueles, que tú estabas borracha como un piojo—le recordé, acordándome internamente de todas sus castas por su buena memoria, incluso estando bebida.

—Sí, pero no como para olvidárseme que te cogió luego en volandas y te llevó por todo el local…

—¿Te quieres callar ya? —los chicos se reían por mi apuro, ya que mi cara comenzó a ponerse coloradísima y no por efecto del sol.

—Así que el boludo ese te pretendía, mi niña—me soltó con acento argentino y me perdí, porque me encantaba.

—Con lo que me pone a mí ese acento—le dije sin pensar, y entonces sí que mis mejillas parecía que me iban a explotar.

—¿Así que te ponen los argentinos? —me preguntó entre bromas.

—No, hombre, los argentinos no, su acento en todo caso—le contesté sin saber dónde meterme, pues la estaba cagando más por momentos.

—Claro, y el acento argentino lo tienen los de Albacete, no te digo—me soltó Susi.

—¿Es una encerrona? ¿Esto es una encerrona? —me defendía yo como buenamente podía.

Me sentía como una cría, y todo porque no quería darle a Thiago una sensación que no era real. La actitud de Guido me coartaba un poco, y más cuando yo notaba que mi chico le había calado a la primera. Vaya, lo que quiero decir es que estaba un tanto celosillo, aunque él era todo estilo y controlaba, por supuesto.

En un momento dado, y con ganas de refrescarme tras tanto sofocón, me fui al baño y Susi detrás.

—Thiago te quiere de veras, cómo mola—me decía nerviosa.

—Y tú parece que lo has hecho a propósito, puñetera. Menuda tarde que estoy pasando, si es que me arden hasta las orejas, y todo por tu culpa, niña.

—¿Por mi culpa? Yo solo quería escuchar un poco de música, por los viejos tiempos. Mira, por ahí viene Guido.

—¿Dónde? ¿Ese descerebrado viene para mí? ¿Ha saltado del escenario? Dime que no, que no quiero gaitas.

—Pues díselo tú, que lo tienes aquí mismo.

Se ve que hicieron una paradita, mira tú por dónde.

—Linda, vos estás muy linda, más todavía que hace un tiempo—me dijo nada más acercarse, y entonces observé que a Thiago no se le escapaba una y venía también por el pasillo.

—No, si esto se convertirá en el camarote de los hermanos Marx—le dije por lo bajini a Susi.

—¿Qué decís del camarote? —me preguntaba él.

—Que eres carajote, eso es, y que encima estás sordo—salí por la tangente—. Ah, y otra cosa, pelotudo, que este es mi novio, te lo presento. Se llama Thiago—le dije de lo más orgullosa, agarrándolo del brazo.

Guido apenas le dio la mano y salió andando, poco le interesaba cómo se llamase o se dejara de llamar mi novio. Ese iba a lo que iba, y una vez que vio que yo no le daba ninguna bola, se esfumó.

—¿Has venido a vigilarme? —le pregunté porque sus celos me hicieron cierta gracia.

—No, he venido por si me necesitabas. El tipo salió detrás de ti, sin pensarlo un segundo, y me da que es de los que pueden buscar problemas. Llámalo olfato policial, deformación profesional o como te parezca—se encogió de hombros.

—Y yo que creí que sentías celillos, qué pena—me lamenté entre risas.

—Estás deseando que te regale el oído, pequeñaja, te lo noto. Y sí, me ha molestado su actitud, aparte de que no me fío un pelo de ese tipo, va demasiado lanzado, ¿mejor así?

—Todavía podrías afinar un poco más, si quisieras—murmuré, engreída por sus atenciones.

—Ya te lo he reconocido, sí, me ha dado un pellizco en el estómago la actitud de ese tipo. De todas formas, me ha servido para reafirmarme en que eres una chica que vale pena.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Porque he visto que a quien tu mirabas era a mí, preocupándote por si lo estaba pasando mal. Eso es lo que uno espera de una pareja. Eres muy guapa, además de que llamas la atención por allí por donde vas, no hace falta más que verlo. Eso ocurrirá siempre y, es más, para mí representa un motivo de orgullo, al igual que la forma en la que has actuado. No te conozco de hace mucho, y ya puedo confiar en ti. Y ahora, salgamos y disfrutemos del concierto. No suenan mal y, aparte, estoy seguro de que al tal Guido le ha quedado todo claro. Y si no, se lo termino de aclarar yo, que lo estoy deseando.

—¡Te como el sentido entero, guapo! —exclamé—. Pero eso sí, espera que entre en el servicio, que es para lo que he venido.

—Me quedo de guardia—me guiñó el ojo.

—No me digas que con intención de sacar la porra, que a mí esos celillos me han puesto un poco, poli—le aseguré.

—¿La porra? No me busques, Alba, no me busques…

—¿Y si quiero buscarte? ¿Entonces qué pasa? —saqué la mano y tiré de él hacia dentro del baño con ganas de jarana.

Capítulo 23



Acabábamos de llegar a Madrid y tocaba quedarme en casa esa noche. De lejos, vi venir a mi madre con Manuela, bellísimas las dos.

—Mira, pero si es mi suegra, qué guapa viene, ¿no? A quién va a salir la niña—la miraba Thiago con buenos ojos, como ella merecía.

Salí corriendo y me cogí a su cuello.

—¡Si es la madre más bonita del mundo! Oye, qué bien te ha sentado a ti el puente, ¿no? Si yo diría que hasta…

—Hasta ha engordado, ¿a que sí? Por lo menos un par de kilos, ya se lo he dicho yo—añadió Manuela.

—Eso es, y tú también vienes guapísima. Cualquiera diría que eres una abuela—le comenté entre risas.

—También lo es Norma Duval y está divina, ¿o no? —puso ella pose de vedette y mi madre la imitó, entre risas.

Hacía mucho tiempo que no la veía de tan buen humor, y para mí fue toda una novedad.

—Mira, ya hay luz arriba, seguro que está el niño—me comentó enseguida—. Voy a verlo, qué ganas tenía de daros un achuchón.

—¿Y para tu yerno no hay nada? —le pidió Thiago y se fue hacia él.

—Anda que no se lo has hecho pasar bien a mi niña. Para ti un abrazo, ladrón—se lo dio ella fuerte.

—No es ladrón, mamá, es poli. Y mejor así, que ya sabes que a mí no me gustan los malotes—le saqué la lengua.

—Normal, hija, si es que esos están en el mundo porque tiene que haber de todo—afirmó mirando a un camello de poca monta de esos a los que le gustaba jactarse de ello, que pasó por nuestro lado.

Vi las miradas que se cruzaron Thiago y él, comprendiendo la tensión a la que estaba sometido. Incluso interpreté un gesto de provocación por parte del otro, lo que provocó que un escalofrío recorriera mi cuerpo.

Una puede imaginarse que el de policía no es un trabajo fácil, pero cuando lo ves de cerca, entiendes que, por paradójico que pueda resultar, no es ni de lejos sencillo, efectivamente.

—Por favor, muñeca, sube ya con tu madre y con Manuela—me pidió.

—No, ¿por qué? —le pregunté preocupada, temiendo que hubiera conflicto entre ambos.

—Porque ya es tarde y mañana tienes que trabajar, ¿vale? Lo hemos pasado genial—me dio un beso—, pero ahora debéis subir—me despidió.

Me sentí tremendamente mal. Por primera vez me asusté de que algo malo pudiera sucederle, porque comenzaba a quererle y, por ende, a preocuparme por él.

Al poco rato me envió un wasap deseándome buenas noches y diciéndome que ya estaba en casa, y entonces respiré tranquila.

David se quedó arriba, y cenamos los tres juntos. Se le veía igualmente feliz por su escapada a la playa, además de que venía con unos cuantos regalitos para mi madre y para mí.

—Si son de marca—observé al coger aquellas gafas de sol con las que me obsequió, y que me quedaban genial.

—Sí, son muy parecidas a esas otras que se te perdieron y que tanto te gustaban, ¿no? Las que te dejaste aquella tarde en un pub…

—Mira mi hermanito, que parecía que solo iba a la suya, y lo atento que está a todo. Pues sí, cariño, se le parecen cantidad, son preciosas—le abracé.

—Hijo, y esta pulsera me encanta a mí también, qué cosa más bonita, con los puñeteros chismes estos como les llamen—los movía mi madre de un lado para otro.

—Son *charms*, mamá, no chismes—causaba mi risa.

—Lo mismo me da que me da lo mismo. Son muy bonitos, hijo, todo precioso.

—David, tú para el carro ya, ¿eh? Que te veo de un generoso que no te quedará ni un euro para ti—le advertí.

—Tú tranqui, hermanita, que yo me pongo ahí a arreglar motos y me quedo solo.

—Y eso que todavía no has estudiado el módulo, se te da genial. Cuando lo estudies tendrás tu propio taller, ya lo verás…

—Eso es verdad, ya lo estoy viendo, mi niño—le decía mi madre entrecerrando los ojos por la emoción—. Y, además, que yo ya estoy mejor y no necesito que Luz Marina se quede conmigo. Lo siento por ella, que es buena mujer, pero ya me voy valiendo por mí misma—nos dijo porque a ella le daba mucha pena por el gasto y luchaba con todas sus fuerzas por ponerse mejor cada día.

—De eso nada, mamá, que tú todavía lo pasas fatal con el tratamiento. Cuando ya estés mejor, hablamos, pero mientras se queda aquí—le advertí, como su hija mayor que era, pues David dejaba todas esas cosas en mi mano.

—Que sí, mamá, podemos con todo, si hasta me voy a dar un caprichito, ya lo veréis en estos días—le comentó él.

—¿Un caprichito, hijo? ¿Te has comprado la equipación de fútbol? Mira que te dije que te la regalaba yo por tu cumpleaños, ¿por qué no has esperado? —se apuró ella.

—Que no, vieja, que no es eso—le contestó él con todo el cariño.

Capítulo 24



Susi y yo salíamos de trabajar a la tarde siguiente, cuando ella reconoció a ese motero que se paró a nuestro lado, sin quitarse el casco.

—Tú eres David, tunante—le escuché decir mientras yo me ataba el cordón de la zapatilla.

—Cualquiera se esconde de vosotras, sois peor que la pasma. Yo he venido a ver si cierta hermana mayor, de lo más guapa, quiere venir a estrenar esta maravilla conmigo. Y así fardo de chica guapa y de moto.

Yo no daba crédito, porque David se quiso sacar el carné en cuanto cumplió la mayoría de edad y estuvo repartiendo pizzas para hacerlo, pero jamás pensé que pudiera estrenar una moto tan pronto, y mucho menos del paquete.

—¿Es tuya, mi niño? Qué sorpresa, es increíble, ¿cómo lo has hecho? —le pregunté mientras la admiraba, porque la moto era la bomba.

—Pues cómo la va a hacer, financiándola, como todo el mundo, porque al canto no la ha podido pagar, qué pasada de moto—Susi la acariciaba como si tuviera vida.

—A ti te llevo otro día, preciosidad, pero la primera vuelta se la debo a mi hermana—le dijo él mientras me ofrecía un casco, porque llevaba dos.

Me monté con él emocionada. Estaba haciendo grandes progresos y en poquísimo tiempo. Mi niño no podía haber empezado a trabajar con mejor pie, y estaba demostrando que con la mecánica era un hacha.

Me agarré a él e hizo rugir el motor. En ese momento no pude evitar recordarle de pequeñajo, en la alfombra del salón de casa, con una moto de juguete en la mano e imitando los ruidos del circuito cuando se celebraba el campeonato de MotoGP, ese que le hacía suspirar desde que no era más que un taponcete.

Poco a poco, se le iban cumpliendo sus sueños. David salió del polígono y nos adentramos en la carretera. De siempre me gustaron también las motos, si bien me daban mucho más respeto que a él, por cuya sangre corría la adrenalina en ese momento.

Ya me temía que le llegara más de una multa que pagaría con gusto, porque no le prestaba demasiada atención a las señales que limitaban la velocidad. Esa era la verdadera pasión de mi hermano; la velocidad, y así me lo demostró aquella tarde mientras recorríamos kilómetros en busca de

la puesta de sol, que vimos desde un punto determinado de la carretera, deleitándonos con el espectáculo.

—Me tendrás que ayudar con mamá, sabes que me la liará, pero es que yo moría por tenerla—la miraba con locura.

—Lo sé, lo sé, mi niño. Bueno, ya se acostumbrará. Eso sí, me tienes que prometer que no correrás demasiado y que no me darás muchos sustos.

—¿Tú quieres que te lo prometa o quieres la verdad? —me guiñó el ojo.

—David, que te la confisco, te lo prometo. No soportaría que te pasara nada malo, ¿vale? —le acaricié el pelo, como hacía desde que era un mico.

—Vale, procuraré ser responsable—suspiró—. Volvamos al barrio y te invito a unas birras. Las voy a necesitar antes de que mamá la vea.

—Yo de ti no me quitaría el casco, porque los coscorrones te los dará de tres en tres—reí antes de ponerme el mío.

Nos tomamos algo y luego fuimos para el piso, a cuyo portero automático tocó él, diciéndole que mirase por la ventana, cosa que ella enseguida hizo.

Buscando mi aprobación, como había hecho toda la vida salvo en esa época en la que se distanció de mí y de todos, me cogió por el hombro.

—¿Se puede saber qué es eso, David? —le preguntó mi madre con los brazos en jarra.

—Una moto, ¿te hacen falta unas gafas, vieja?

—Menos coña, niño, que ya lo veo, ¿y se puede saber de quién es? —menudo mosqueo tenía—. No me digas que te has vuelto a meter en líos, ¿la has robado? —le preguntó, causando sus carcajadas.

—¿Cómo la voy a robar? La he comprado, mamá, la he comprado. Baja y te llevo a dar una vuelta.

—Dos vueltas te voy a dar yo a ti, pero al pescuezo, ¿y se puede saber a quién le has pedido permiso para eso? Yo no te lo he dado, ¿eh? ¿Ya estás falsificando otra vez mi firma? —le preguntó enervada.

—Mamá, por favor, no digas majaderías, que yo no he falsificado nada—suspiró él, mirándome—. Que ya tengo dieciocho años, ¿no te acuerdas?

—¿Y qué? Me lo tenías que haber consultado, niño. Ay, Dios mío, qué pedazo de bicho, qué miedo me da—se llevaba las manos a la cabeza.

—Te aguantas, y da gracias a Dios de que la tenemos aquí—le recordé yo por lo bajini—. Y ahora subo a calmarla un poco antes de que se le dispare la tensión.

—Ya, porque lo de la vuelta ya veo que no, si baja será más bien para zurrarme. Venga, que haya suerte.

—Encima, qué morro tienes. Bueno, supongo que irás a buscar a tu chica, ¿no es así? Porque tienes chica, ¿cuándo nos la traerás?

—Hermanita, nos vemos—se puso el casco y salió volando, nunca mejor dicho.

Normal que no quisiera compromiso, si era un niño. Demasiado que trabajaba a todas las horas y que estaba logrando cosas que yo no creí que lograse.

Así se lo hice ver a mi madre, a quien también le dije que David necesitaba poder tomar tus propias decisiones, que el niño se nos estaba haciendo mayor, y que era hora de volver a confiar en él, que formaba parte de su proceso de maduración.

—Pero si tu hermano no es una pera, hija—refunfuñaba ella.

Capítulo 25



Tan solo unos días después, subía yo a casa por las escaleras al mediodía cuando escuché aquella discusión que me llamó tanto la atención. Mi madre y Luz Marina se llevaban genial, por lo que no entendí que mi Encarni estuviera a grito pelado con la mujer que nos estaba ayudando tanto.

—Es que no se puede hablar a tontas ni a locas, sin saber, que a la gente le gusta mucho criticar, ¿quién te crees para decirme eso? —le preguntaba y la otra pobre no sabía cómo calmarla.

—Yo solo te digo, Encarni, que mi Nicolás los vio juntos. Y que a mi niño no le gusta meter mierda como tú has dicho, si me hizo el comentario fue porque no le gustó, punto. Yo no quiero discutir más, mujer, que se me quemará el almuerzo.

—Me da igual el almuerzo, como si yo tuviera hambre, y todo por tu culpa. Después dirá mi hija que quiere que coma, imposible—negaba ella con la cabeza.

—Mamá, ¿qué pasa? Los gritos se escuchan desde el portal. No entiendo nada, ¿qué es eso de que Luz Marina mete mierda? ¿Cómo se te ocurre decirle eso? —miré a la otra con condescendencia al abrir el portón.

—Esta mujer, que no sé quién se ha creído que es—bufó ella, estaba fuera de sí.

—Yo solo he querido advertirle, porque esa muchacha no es buena compañía. Va con la pandilla de Kevin y esa pandilla se ha unido a la de Isaac, que antes era amigo de mi niño y ahora se ha hecho un prenda bueno. Si su padre lo viera, con el trabajito que le costó traérselo de Colombia.

—Pues para eso que le hubiera dejado allí, en la gran puñeta, que nosotros no necesitamos gente que venga a empeorar el barrio, que ya está de pena. Todos esos niñatos, como a ellos no les duele… Ni a sus padres, porque, por ejemplo, a ti este barrio te la trae al pairo, ¿o es que te has criado aquí?

—Mamá, por eso no lo digas porque en la pandilla de Kevin son del barrio de toda la vida, ¿vale? Que tan jodido es enero como febrero. El barrio lo están jodiendo los de fuera y los de dentro. No se trata de eso, sino de acabar con toda esa gentuza, sea de donde sea, ¿y con quién se supone que han visto a mi hermano, Luz Marina? —le pregunté acojonada.

—Con Davinia, mi niño Nicolás le vio con Davinia—afirmó tajante y a mí se me heló la sangre en las venas, porque a partir de esa chica comenzaron los problemas en su día.

—Pero ¿tu hijo está seguro de eso? No puede ser—me tuve que sentar porque David había prometido hacía tiempo darle a esa gente la espalda. Incluso tuvo problemas para hacerlo, pero los asumió y pudo salir adelante.

—¿Cómo va a estar seguro? Seguro que estaba harto de porros el niñato ese—le soltó mi madre porque no podía con lo que estaba escuchando.

—No, no, Encarni. Mi hijo no fuma porros—le aclaró Luz Marina.

—No, qué va. El mío va con malas compañías, pero el tuyo es un santito. Y una mierda, ¿sabes lo que te digo? Que si no fuma porros será porque hace todavía algo peor, al saber Dios lo que se mete para decir esas chuminadas—observó mi madre, que no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Mamá, ya, no seas grosera—le advertí.

—Yo me voy, ya he escuchado suficiente. Así que como mi hijo es panchito seguro que hace todo lo malo, pero tu hijo, Encarni, ese no, ese es un santo varón que jamás ha roto un plato. Pues según cuentan por ahí, en su día rompió la vajilla completa, que es lo mismo que tengo ganas de hacer yo—le advirtió con un plato en la mano—. Pero como las de fuera también somos señoras, ahora mismo me quito el mandil y salgo por esa puerta—no podía estar más indignada, y con toda la razón.

—¡Estupendo! Y no hace falta que vuelvas, ya me las apaño yo—le aseguró mi madre, quien no paraba de incordiarla.

—Luz Marina, no te vayas, por favor—le pedí.

—Mira la niña, que parece que está cantando las sevillanas esas de "*no te vayas todavía, no te vayas por favor"* —ironizó mi madre—. ¿La quieres dejar? Que haga lo que le venga en gana que, para estar aquí largando de mi hijo, no, para eso que se vaya a hacer puñetas a la calle—la retó con la mirada.

—No, me voy a hacer arepas a mi casa. Y hago arepas porque me recuerdan a mi querida tierra, y porque en mi casa eso se respeta, no como aquí—le recordó ella.

—Luz Marina, yo lo siento. Mi madre nunca ha sido así, te lo prometo—yo no sabía dónde meterme porque era muy cierto. Mi madre tenía amigos de todos lados y jamás la emprendió así con ninguno de ellos. Hasta aquel día, en el que lo hizo al escuchar aquello que la enervó.

No pude evitar que Luz Marina saliera por la puerta echando mistos y nada podía criticar al respecto. Yo misma lo hubiera hecho si alguien hubiese insinuado las cosas que mi madre insinuó de su hijo.

—¡A tomar por saco por ahí! ¿Pues no viene la tía aquí a calumniar a tu hermano? Lo que me faltaba, como si yo no tuviera bastante con lo que tengo y, encima, ahora que el niño está que da gloria, que no ha tenido un mejor momento en su vida, ¿es o no es, hija?

—Tranquilízate, mamá, tranquilízate—en el fondo ella buscaba que yo reforzara sus palabras y yo… Yo comenzaba a morirme de miedo, porque no podía ni quería asimilar que hubiese una posibilidad, aunque fuese remota, de que David volviese a las andadas.

Capítulo 26



Esperé al final de la tarde. Haría algo que no me gustaba en absoluto: ir a hablar con Cosme al taller.

No me gustaba porque ya he mencionado que el tipo era para echarle de comer aparte, por baboso, pero me comería mi orgullo por David. Y tampoco me gustaba porque mi hermano me pidió expresamente que no volviese por allí, ¿y si había algún motivo para hacerlo?

Con las piernas temblando, me puse en marcha, tras dejar a mi madre con una tila en la mano.

—¿Dónde vas, hija? Mira, todavía tengo las manos temblonas—me indicó.

—Tranquila, mamá, que había quedado en verme un ratito con Thiago, pero enseguida le despacho y me vengo contigo, ¿estarás bien?

—Sí, hija, en cuanto esa tipa ha salido por la puerta ya me encuentro mejor. No te jode…

Ella seguía en sus trece y yo tenía que averiguar si algo malo estaba pasando. Al llegar a la altura de la panadería de la esquina, vi venir a Susi.

—¿No dijiste que ya no salías hoy? Ay, ese Thiago te ha hecho tilín y tolón, ¿no? —rio.

—Susi, Luz Marina dice que su hijo ha visto a David con Davinia…

—¿Con la lagarta esa otra vez? Mira que el nombre les pega, David y Davinia, parecen una parejita bonita, pero esa de bonita no tiene más que la fachada, ya te lo digo yo.

—No me lo puedo creer, ¿tú piensas que pueda estar con ella de nuevo? Ya sabes que esa chica es una ruina para mi hermano, estuvo a punto de meter la pata hasta el fondo por ella. Solo de pensarlo tiemblo…

—Y no es el único al que han sentenciado por su culpa. Esa tira la piedra y esconde la mano, el hijo de mi vecino Rafael está cumpliendo condena por haberse comido un marrón de ella. Yo no es por nada, pero como esté con el niño, lo mejor será que la desmoñemos—me animó, que eso era justo lo que me faltaba a mí.

Llegamos y ya el taller de Cosme estaba cerrado. Mucho mejor, porque así no me toparía con David en ningún momento y podría hablar con él a

solas.

—Lo más bonito del barrio, ¿qué hacen estas dos preciosidades por aquí? —nos preguntó en su habitual tono baboso cuando nos vio entrar en el bar en el que solía tomar unas birras tras el trabajo.

—Cosme, necesito saber si tú has visto algo raro en mi hermano. No sé, cualquier detalle que te haya llamado la atención o gente chunga que haya venido a recogerle, por ejemplo, ¿dónde está tu hijo? Seguro que él sabe algo—le pregunté en el colmo de la desesperación.

—¿De tu hermano? De ese niñato no puedo decirte nada bueno, ya no trabaja aquí, se despidió y se largó, dejándome la faena a medias. Creí que lo sabías, ¿no te ha dicho nada? Ese no va a terminar bien, te lo digo yo— cogió su birra y se la echó al gaznate.

—¡Cállate! —exclamé con lágrimas en los ojos al escuchar esas palabras que tanto me escocieron, ¿cómo se te ocurre decir algo así? Si se ha despedido será porque le ha salido otro trabajo mejor, que eres un cutre, aparte de más agarrado que una pelea de enanos, ¡que te den! —le solté y me fui.

Susi me miraba sin decir nada, hasta que lo dijo, claro.

—Le has puesto de vuelta y media. Y has hecho muy bien, ¿qué viene a ser eso? Seguro que David se fue por no aguantarlo, yo habría hecho lo mismo.

—¿Y si no es eso? Joder, joder, debí darme cuenta antes—me lamenté.

—No seas tan rapidita sacando conclusiones, que te comes el coco cantidad. A ver lo que vas a decir, que te conozco.

—¡Que debí darme cuenta! Me decía que cobraba por semanas, pero se ha ido de vacaciones, nos ha traído regalos y, por si todo eso fuera poco, se ha comprado una moto.

—Pero la habrá financiado, mujer, ¿o es que tú le has visto sacar el taco y ponerlo ahí en el mostrador del concesionario?

—Y tú qué sabes, pues igual sí, porque es demasiado, y yo demasiado idiota, confiando ciegamente en él, cuando ya nos la jugó una vez. Este ha vuelto a trapichear, Susi, y lo malo es que ahora es mayor de edad y no lo va a salvar ni la Caridad. No sé lo que le hago, te prometo que no lo sé.

—Tú estás yendo mi lejos, mi niña. Yo no es por nada, pero estás yendo muy lejos….

—La niñata esa de Davinia está detrás de todo esto, le ha vuelto a engatusar. Es que cuando aparece no ve más que por sus ojos. Qué desgracia, Susi, no quiero ni pensarlo. Que se aparte de mi vista porque no respondo, y que deje a mi hermano en paz de una puñetera vez.

—Mira, tú te vas a buscar la ruina como te la encuentres, ¿por qué no hacemos una cosa? Ve a hablar con Thiago, él sabrá lo que hacer.

—Pero Thiago es poli, ¿no has caído en ese pequeño detalle? —me moría de miedo.

—Y también es tu novio, ¿no has caído tú? Oye, David no es mi hermano, pero ya sabes que como si lo fuera, vamos ahora mismo a hablar con él. Los chicos están en comisaría, acabo de hablar con Samuel.

—¿Y qué le digo yo? ¿Que soy la hermana de un capo? Ya decía yo que todo iba muy bien, es que ya lo decía yo…

—Sí, de Pablo Escobar. Deja ya de lamentarte y a buscar soluciones, ¿no es eso lo que dices tú siempre? Pues ya puedes ponerte a ello, que para mañana es tarde. ¡alehop! —me animó.

—Susi, no quiero no pensar en volver a vivir esa pesadilla. Y mucho menos en que la tenga que vivir mi madre, ella ahora no está en condiciones, tú lo sabes igual que yo.

—Por eso mismo tenemos que movernos antes de que David se meta en más líos. Puede que todavía no haya más que tonteado, pero también es cierto que en cualquier momento la puede cagar, y entonces ser tarde.

Capítulo 27



—Pasa aquí—me llevó Thiago a un despacho al comprobar el estado de nervios en el que me encontraba, mientras Susi se quedó hablando con Samuel.

Mi cabeza daba vueltas y vueltas, pensando en que había caído en su trampa como una pardilla, sin desconfiar ni de una sola de las palabras que me decía mi hermano menor. Con razón no quería arreglar la escúter de Susi en el taller, como que él no había vuelto a aparecer por allí.

—Thiago, tienes que ayudarme. Yo te prometo que es buen niño, que David es muy buen niño, solo que la cabeza la tiene mala, eso tampoco te lo puedo negar—le decía yo, presa de los nervios.

—Lo primero que debes hacer es tranquilizarte, y decirme lo que ha pasado…

—Es mi hermano. No quiero que te hagas una mala imagen de él, porque tiene buen corazón, te lo repito. Aunque claro, a tus ojos va a quedar como

un niñato. Qué tontería, y ante los míos también, no sé por qué quiero defenderle tanto, si me ha vuelto a fallar—las lágrimas corrieron por mis mejillas.

—¿Qué ha hecho? Me contaste que pasó una mala época, pero que ya estaba genial, ¿no?

—Sí, eso es lo que yo creía, pero no. Resulta que ni trabaja en el taller ni ocho cuartos, que se despidió. Y no para de comprarse cosas, hasta una moto grande se ha comprado, no sé de qué cilindrada, si yo las veo todas iguales, no entiendo mucho de eso.

—¿Una moto nueva en el barrio? —me miró con desconcierto—. No me digas que es una azul metalizada, una Kawasaki—aumentó su preocupación.

—Sí, justo es una Kawa, ¿qué pasa? No me asustes, te estoy viendo en la cara que pasa algo malo con esa moto, ¿no?

—Con la moto exactamente no, más bien con el motero—asintió y entonces el mundo es que se me cayó encima.

Dejándome con la palabra en la boca salió, y fue a buscar a Samuel, con quien estuvo charlando como cosa de un par de minutos, hasta que ambos volvieron a entrar, con Susi detrás, cuya cara me decía que las cosas no iban nada bien.

—Tenemos que hablar contigo, cielo—me cogió las manos Thiago.

—¿Qué pasa? Por favor, no me asustéis, yo sé que David habrá hecho cosas que estén mal, al margen de la legalidad, pero tenéis que ayudarle, solo es un niño. Yo le meteré en cintura, os lo prometo—les rogué entre lágrimas, contagiando también a Susi.

—Tranquila. No se trata de eso, sino más bien de actuar rápido. Verás, cariño, se va a efectuar una importante entrega de droga esta noche en el barrio. Llevamos semanas detrás de la información que nos ha conducido a saberlo, y mucho nos tememos que saben que andamos con la mosca detrás de la oreja y que están buscando a un cabeza de turco.

—¿A mi hermano? ¿Quieren meter a mi hermano en el marrón? Pero si él solo puede que haya trapicheado algo, no puede estar detrás de algo tan gordo.

—No, pero ya te digo que pueden utilizarlo como…

—Como el pringado de turno, vaya, no hace falta que me lo expliques más.

—Correcto, cabe la posibilidad de que lo envíen a entregar una cantidad determinada a un narco piso para desviar nuestra atención mientras ellos meten la droga a saco en el barrio, el verdadero alijo. El operativo está ya en marcha, en cualquier momento pueden darle la orden y nuestros hombres estarán dispersos por todo el barrio. Tienes que alertar a tu hermano,

asustarle para que no mueva ni una pestaña por esa gentuza, porque si no será demasiado tarde, no podremos hacer nada por él. Si le pillan in fraganti…—negó con la cabeza en señal de desgracia.

—¿Y si le alerto? ¿Qué pasará con David? ¿Qué pasará con él? ¿También le pensáis encarcelar? —me dio tanta rabia que le golpeé en el pecho.

—No, porque hoy por hoy no tenemos pruebas en su contra, podría quedar libre, yo no seré quien vaya contra él. Desahógate si quieres, pero ponte enseguida en marcha. Es vital que des con él, tienes que llamarle o estará perdido.

Mi intuición, había sido mi intuición la que me llevó hasta allí en un momento en el que podía haber hecho la vista gorda al pensar que el suyo con Davinia fuera un encuentro casual. Pero no, fue escuchar el nombre de esa chica y pensar en que David estaba realmente en peligro.

Comencé a llamarle desesperadamente a su móvil, con nulo resultado. Cada vez que marcaba, daba varios tonos y terminaba por saltar el maldito contestador automático, en el que le decía que me llamara, que había ocurrido algo muy grave en casa y que le necesitaba.

Utilicé esa mentirijilla piadosa porque no podía arriesgarme a decirle la verdad por si lo escuchaba en presencia de alguien y eso le suponía un verdadero problema, como cabía la posibilidad de que fuera.

De pronto sonó el teléfono, y di un respingo increíble.

—¿David? —le pregunté sin ni siquiera mirar la pantalla.

—Alba, soy mamá, ¿qué pasa? Oye, ¿por qué creías que era tu hermano? ¿Dónde está él? Hija, no me mientas, que me ha dado por pensar que igual esa mujer tenga razón y el niño ande con quien no debe, ¿tú sabes algo de eso?

—Mamá, yo no sé nada—negué por su propia salud.

—Hija, tú a mí no me la das, ¿dónde estás?

—Mamá, tengo que colgarte, necesito la línea despejada. Te lo ruego, confía en mí, que nunca te he fallado, ¿ok?

—Eso es verdad, hija mía, pero hoy tengo la sensación de que lo estás haciendo, porque la verdad no me la estás contando ni de lejos. Yo solo te pido que no dejes que el niño se meta en líos, cariño mío, aunque sé que lo harás, porque le adoras.

A mi madre solo le faltó llorar antes de colgar la llamada. Y a mí… A mí no me faltó. Yo directamente lloré, porque no era justo lo que nos estaba pasando a las dos.

Capítulo 28



No fue hasta al menos una hora después cuando el teléfono volvió a sonar. Para ese momento, mi madre ya tenía la certeza de que algo nefasto estaba sucediendo y me preguntaba por wasap cada diez minutos, por lo que mis nervios estaban al límite.

De pronto, por fin sonó y era David.

—Cariño, ¿tú estás solo? —le pregunté lo primero, porque tenía que saber si podía hablar o no.

—Sí, hermana, he visto un montón de llamadas perdidas, ¿le pasa algo a mamá?

—No, a mamá, no. A quien le pasará será a ti si no vienes a comisaría ahora mismo. Lo sé todo, sé que te ves con Davinia, que no trabajas con Cosme y que has vuelto a trapichear. Te van a tender una trampa, hermanito. Esos que crees que son tus amigos solo te están utilizando, lo sé de buena tinta, estoy con la policía. Te tienen vigilado, hazme el favor de no

contradecirme en nada y creerme a pies juntillas, o puedes pagarlo muy caro. Esa gente es muy…

No me dio tiempo a decir nada más, porque escuché ese carraspeo que me indicó que mi hermano me había mentido, que no estaba solo… lo que me llevó a pensar que estuviera con Davinia.

—Alba tengo que dejarte—me indicó con la preocupación en la voz.

—David, no, no cuelgues. Déjala, que le den a esa niñata, vente para acá, por favor. Tú no sabes lo peligrosa que puede llegar a ser esa gente, ni siquiera ella lo sabrá tampoco. Es gente sin escrúpulos y con mucho poder, tú no eres nadie para ellos, tú…

Lo siguiente que escuché fue que me había colgado la llamada, y entonces me derrumbé.

—Ahora sí que está en un aprieto—me confirmó Thiago lo que yo ya intuía.

—Tenemos que encontrarle, ¿habéis localizado la llamada?

—Ni siquiera la hemos grabado, esta es una comisaría de barrio modesto, no contamos con tantos dispositivos. Me temo que esto no es una película, cielo—se lamentó.

—Y que no tendrá un final feliz, eso me lo temo yo también—me estaba desesperando. Tenéis que abortar la operación, por favor.

Yo solo tenía ganas de decirle algo así como. “Detente ¡Lo primero es el amor!”, pero, claro, ellos se estaban jugando mucho.

—No serviría de nada, el problema ya no es que le pillemos con droga, sino que alguien cante y le pillen ellos antes, ese es el problema.

—La que carraspeó debía ser Davinia, y esa es más mala que un dolor de muelas, así que no me fío de nada, ¿y si le delata? ¿Y si les dice a todos que mi hermano está en contacto con la policía? Si lo toman por un chivato. Ay, Dios mío, yo no quiero pensar en lo que podrían hacerle.

—Tenemos que encontrarle. Cuando el comisario venga a darse cuenta de que esa gentuza está enterada de todo, se me caerá el pelo—me comentó.

—Te he jodido vivo dándole esa información a mi hermano. Lo siento, lo siento muchísimo, es solo que no podía dejar que nada malo le ocurriese, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo perfectamente—me decía él mientras Samuel le miraba con suma preocupación.

Yo había tirado de la manta y mi hermano me había engañado una vez más, en esa ocasión poniendo su vida en riesgo. Si me hubiera dicho que

estaba con Davinia yo habría cerrado el pico, y no que largué lo más grande.

Las caras de preocupación de los chicos me lo decían todo, además de que a Thiago le podía costar la expulsión del cuerpo.

De un momento para otro, nuestras vidas parecían haberse ido a la mierda, y yo solo pensaba en encontrar a David, así como en que Thiago no me perdonaría.

Si esa noche se abortaba la entrega de droga, habría sido por mi culpa, por largar sin miramientos para salvar al niño de mis ojos, y habría condenado a ese hombre que se estaba dejando la piel por limpiar el barrio, como me prometió.

Thiago dio un paso al frente y fue a hablar con el comisario. Por lo que se decía de él, Fernando era un hombre estricto y justo, así que yo recé para que mi chico no sufriera las consecuencias de mis actos.

La extrema seriedad de su rostro al volver de hablar con él me indicó que ya tenía un pie en la calle. Yo maldije el día que David volvió a hacer de las suyas, no entendiendo nada de nada, ¿cómo podía ser tan necio? Qué desgracia, en un momento en el que por fin estábamos levantando la cabeza.

Susi y yo buscamos por cielo y tierra, por nuestro lado, en la escúter de mi amiga, tratando de no despertar sospechas, lo mismo que la policía.

Si había una sola posibilidad de que Davinia no se hubiera ido de la lengua, no podíamos ser nosotros quienes tirásemos de la manta con nuestra actitud, jodiendo más todavía a Thiago.

El corazón se me dividía en un momento en el que la vida de mi hermano podía pender de un hilo, mientras que en lo profesional Thiago también podía ser hombre muerto.

Esa noche se me antojó más oscura que ninguna otra, y eso que en el pasado viví noches de esas para olvidar, pero en aquella parecían haberse acumulado todas las desgracias del mundo, sin que faltase ni una sola.

Las lágrimas resbalaban por mi rostro mientras yo trataba de borrarlas con el dorso de la mano, mirando en cada calle, en cada rincón, preguntando a sus amigos, todo sin resultado alguno.

Capítulo 29



Fue Johny, el hijo de Cosme y amigo de mi hermano, quien dio la voz de alerta.

—¿No encuentras a David? Estará dándose el lote con Davinia en la parte de atrás del polígono, acabo de ver allí su moto. Te lo digo porque te veo preocupada, aunque le joderá que te lo haya soltado. Déjale, no le sobreprotejas tanto, Alba—me soltó.

—¿Sobreprotegerle? Ojalá lo hubiera hecho. De haber estado más pendiente de él, sabría que ya no trabajaba con tu padre, y no que me he enterado tarde de todo, maldita sea—me lamenté.

—Se hubiera ido de todas maneras, no podrías haber hecho nada, no sabes cómo se puso con mi viejo—me dejó caer.

—¿De qué me hablas? ¿Mi hermano discutió con él? Joder, encima, tu padre no me lo dijo, igual le juzgué mal, ¿David le faltó al respeto? —suspiré porque ya me lo esperaba todo.

—No creo, la verdad, os acompaño al polígono—se ofreció el chaval.

—Johny, no sé lo que me estás queriendo decir, ¿por qué discutió mi hermano con tu padre? ¿Por dinero? Joder, le presioné demasiado con pagarle a Luz Marina y tal.

—¿Por dinero? No, qué va—negó con la cabeza, dándole más énfasis—. David discutió por ti, ojalá no hubieras aparecido por el taller ese día para darle las gracias a mi padre—me espetó y yo no podía encajarlo.

—¿Por qué? Si yo no hice nada, no entiendo.

—Eso, ¿por qué? —insistió Susi, que estaba en ascuas como yo.

—Porque mi padre hizo luego un comentario sobre que estabas para echarte un polvazo, con la mala suerte de que David se enteró y lo puso a caldo, para luego terminar diciéndole que le daba asco y que no quería trabajar con él—me contó.

—Y yo presionándole para que entregara más dinero en casa, ¿lo has escuchado, Susi? Yo le metí en este lío, fui yo, maldita sea.

—Tranquila, mi niña, que no. Esto es la suma de una serie de desgraciados acontecimientos, pero ya, no te comas más el coco, te lo pido

por favor—me decía ella mientras avanzábamos hacia su escúter para ir al polígono.

Johny cogió también su moto y los tres nos plantamos allí. Justo llegábamos cuando se escuchó el sonido de un tiro, ese que hasta el momento solo escuché en las pelis, y casi me tiro de la escúter en marcha.

A continuación, un nuevo tiro y entonces vimos caer a un tipo al que Samuel acababa de disparar.

—¡Llamad a una ambulancia, rápido! —nos chilló y Johny lo hizo.

Corriendo hacia él, le pregunté, entendiendo que el segundo tiro lo dio él.

—Samuel, ¿le han dado un tiro a mi hermano? ¿Has abatido a este tipo porque le ha disparado a David? —le pregunté muerta de miedo, comprobando que el tío, al que seguía apuntando, solo presentaba una herida de bala en la pierna.

—No, le ha disparado a Thiago, tu hermano ha podido huir. Este tío iba a ejecutarle entre la maleza y Thiago lo ha impedido, además de que lleva un rato mareando la perdiz aquí para ver si así la droga entra por otro lado del barrio, despistándoles.

—¡Me cago en sus…! —fue a chilar el que estaba en el suelo y entonces Samuel le encañonó.

—Tú solo reza porque mi amigo esté vivo. Buscadle, acaba de rodar por esa pequeña ladera—nos indicó mientras pedía refuerzos.

A lo lejos, vi correr a David, a quien le grité y él se volvió, llegando hasta mí y abrazándome, aterrorizado y con el rostro cubierto por las lágrimas, como el niño que era.

—Ayúdanos a buscar a Thiago, debe estar por aquí—le pedí de inmediato porque no había tiempo que perder.

David lo hizo y entre todos dimos con él rápidamente. Por desgracia, Thiago no nos contestaba y enseguida me di cuenta, al agacharme, de que había un charco de sangre a mis pies.

—En la cabeza, ha sido en la cabeza—me indicó Susi y justo la cabeza se me fue a mí, junto con el cuerpo, que se me tambaleó por completo.

David no le conocía personalmente, pero de sobra entendía la gravedad de lo que allí estaba sucediendo, por lo que se arrodilló a su lado y comenzó a llamarle por su nombre. Obvio que su antipatía por la policía acababa de transformarse en agradecimiento, puesto que mi chico le había salvado la vida, aun a riesgo de perder la suya.

—Mi amor, haznos caso, despierta, despierta por favor—le pedía yo en aquella aciaga noche en la que él no podía contestarme, porque bastante hacía con debatirse entre la vida y la muerte.

La sirena de la ambulancia no tardó en sonar. El personal sanitario nos pidió que nos apartáramos y así lo hicimos. No pude cogerle la mano ni tener la oportunidad de despedirme de él, en el caso de que aquella fuera una despedida.

Mi cabeza iba por libre, pensando en cuántas cosas me habían quedado por decirle y sin saber si contaría con la posibilidad de volver a hacerlo. Dejamos hacer al personal y desde allí nos dirigimos al hospital, en el que solo cabía esperar.

Thiago vivía, aunque tenía por delante la hazaña más grande de su vida: la de salir vivo de aquella delicada operación.

David no se movió de mi lado durante aquellas horas interminables, lo mismo que hizo Susi junto a mi madre, quien no tardó en llegar en cuanto supo la triste noticia, que se extendió como la pólvora por todo el barrio.

Un pronóstico grave, y solo cabía esperar su evolución. Thiago sobrevivió a la intervención, si bien ello no era garantía absoluta de que siguiera adelante.

De momento, estaba en coma, así que yo me cogí a esa medalla que mi madre siempre llevaba colgada para rezar todo lo que sabía y para pedirle, a quien estuviera allí arriba, que no tuviera prisa por llevárselo.

Le necesitaba, necesitaba a Thiago para ser feliz, porque mi vida sin él no volvería a ser la misma. En poco tiempo me había enamorado del hombre que era, de ese que cumplió, hasta sus últimas consecuencias, su palabra de limpiar el barrio.

Capítulo 30



En el barrio no se hablaba de otra cosa que no fuera el estado de ese joven poli que se había convertido en un héroe, así como del éxito de la operación.

Gracias al cielo, el alijo de droga pudo ser interceptado y la banda criminal desarticulada al completo, por lo que sería cuestión de poco tiempo que el barrio volviera a ser el que era.

David no se movía de mi lado en aquellos primeros días en los que no teníamos muy claro qué sucedería con él. Todo había quedado en la confesión que Thiago le hizo al comisario tras la llamada en la que lo puse todo en peligro, si bien mi hermano no estaba formalmente acusado de nada.

El comisario, Fernando, vino varias a veces a conocer de primera mano la evolución de Thiago, respecto a la cual los médicos no se atrevían a mojarse, haciendo alusión a la importancia de las consabidas ganas de luchar en estos casos.

Si se trataba de eso, yo apostaba a que él habría ganado la partida, si bien en determinados momentos me sentía morir, pensando en que no volvería en sí, y en que un tristísimo final, el peor de todos, sería el que pusiera el último punto a nuestra historia.

Fernando era un hombre encantador, con muchísima educación, y lo cierto es que no solo congenió muy bien conmigo, sino también con mi madre, Encarni, quien ya llevaba mejor su tratamiento y se pasaba largos ratos conmigo, justo después de recibir la quimio por las mañanas. Al ser el más cercano al barrio, Thiago fue ingresado en ese mismo hospital.

Yo me pedí unos días a cuenta de mis vacaciones, porque tenía la sensación de que Thiago podía oírme, y que era importante para él que estuviese allí. Además, que no podía hacer otra cosa, porque no hubiera quedado ni una galleta entera en el caso de que tuviera que estar en la fábrica, por los muchísimos nervios.

Susi, que también venía a hacerme compañía en los ratos que podía, se reía al ver a Fernando charlando con mi madre,

—¿Tú te imaginas si al final hay tomate entre estos dos? —me preguntaba, tratando de hacerme reír.

—Eso me dijo un día Thiago, cuando le comenté que le buscara un poli a mi madre. Qué bonito es, me acuerdo de que sonrió, y que me lo dijo de un

modo… Susi, me estoy volviendo loca, yo creo estar escuchándole a todas las horas. Tengo su voz aquí metida—le explicaba yo.

—Y es normal, bonita. Eso es porque estás deseando escucharle y así va a ser, ¿sabes lo que me ha dicho Samuel?

—No tengo ni idea, cuéntame.

—Que el comisario ha dejado por completo a un lado lo que sucedió con la llamada esa, cuando pusiste en riesgo el operativo al darte Thiago la información del alijo. Al despertarse, eso no constará en su expediente y, es más, que le han propuesto para una medalla al mérito policial.

—Ay, qué cosa más bonita. Sí es un buen hombre, qué alegría—yo le miraba de lejos.

—Y apuesto, hace buena pareja con tu madre, ¿te has fijado en lo mucho que charla con ella? Y en lo que se ríe.

—¿No me voy a fijar? Si es la única distracción que tengo aquí, además de que le digo a mi Encarni que le dé coba, que todavía no tengo muy claro lo que hará con el niño.

—Eso ya te lo digo yo también—me soltó y entonces el corazón se me desbocó.

—¿Tú ya lo sabes, amiga? Dímelo, por favor, por favor.

—Nada se ha podido demostrar de la implicación de tu hermano en el caso, según Samuel. Y mira que Davinia ha largado de lo lindo, lo que pasa es que la niñata esa no tiene ninguna credibilidad, así que le darán por donde amargan los pepinos. Ella sí que está jodida, porque fue la que dio aviso para que le ajustaran las cuentas a David y trató de impedir que atrincaran al resto, que están tan jodidos como ella. Esa va a hacerse muchas manicuras en la cárcel, te lo digo yo.

—Ay, Dios mío, hoy son todo alegrías, ¿y entonces? ¿Qué hay de David?

—David ha ayudado mucho a esclarecer el caso, así que, entre eso y que ya te digo que en papeles está más limpio que la patena, el comisario mirará para otra parte. Eso sí, le ha contado a Samuel que le quedan a tu hermano unas cuantas horitas de servicios en beneficio de la comunidad, que de rositas del todo no se irá.

—Ay, Susi, qué emoción, qué preocupación me estás quitando de encima.

—A mí no me des las gracias, dáselas a tu madre, que lo está sobornando a empanadillas, ¿te has fijado en que le acaba de dar un táper? —se reía ella y trataba de hacerme reír a mí, algo que era bastante complicado en aquellos días en los que nada volvería a ser como antes hasta que Thiago diera señales de que volvía a la vida consciente.

Cada vez que tenía la oportunidad, le cogía de la mano y le contaba todo lo que me iba pasando. Una novedad grande sí que tenía para ir pormenorizándole, y es que no he dicho que en el hospital pasaban también las horas muertas sus padres, Belén y Marcos, a quienes conocí en esas circunstancias.

No fueron las mejores, pero sí que nos unieron. Yo quise ser sincera con ellos y, desde el primer momento, les conté todo lo sucedido con mi hermano y demás, porque no quería callarme nada y que luego fuera peor.

Afortunadamente, ellos daban clases en un instituto y estaban muy familiarizados con los posibles problemas que podía dar un adolescente, así como con el peligro que entrañaba el trabajo de su hijo. Gracias a ello, empatizaron con David también y no se lo tuvieron en cuenta, demostrándome que, de la adversidad, podían salir cosas bonitas, muy bonitas.

Capítulo 31



Belén y Marcos estaban esa mañana en el oncólogo, en una revisión rutinaria, porque él también superó un cáncer años atrás, como en su día me comentó Thiago.

Yo fui a ducharme a casa, ir y venir, como hacía normalmente, si bien me entretuve algo más de lo normal, porque me acerqué a hacerle un par de recados a mi madre, que no se había levantado muy católica (es un decir, que ella era creyente hasta la médula).

Al personal del hospital ya me lo conocía bastante, si bien a aquella enfermera, en cuya plaquita ponía el nombre de Blanca, a juego con el color de su uniforme, era la primera vez que la veía.

Llegué contenta, como con una ilusión renovada, como si una voz interna me anunciara esa noticia que yo podría dar luego a bombo y platillo: la de que Thiago se había despertado.

Me sentía medio bipolar, porque tan pronto estaba visualizándolo, visualizando que él se despertaba y me lo comía a besos, como me levantaba con la moral minada y no podía ni con mi vida.

—Perdona, ¿y el paciente que está ingresado en esta habitación? —le pregunté a la tal Blanca, al no verle allí, cosa que me extrañó una barbaridad.

—Lo siento, ha fallecido hace un ratito, ya se lo han llevado—me comentó y entonces casi fallezco yo también. Recuerdo que, de verlo todo en colores, pasé a verlo en blanco y negro, y de ahí, ya lo vi todo negro, pero negro, negro, y lo siguiente que sentí fue un golpe en la cabeza, cayendo de espaldas.

Apenas tardé en volver en mí, eso sí, y lo hice rodeada de gente. Al ver a Blanca, cuyo nombre también debía hacer juego con el color de cera que se debía ver en mi cara, me acordé de su comentario y casi que pierdo el sentido de nuevo.

—Ay, pobre, ¿será su nieta? —le preguntó una señora a otra, que estaban allí.

—No, si César no tenía nietas, solo nietos…

—¿De qué diablos estaban hablando y quién era César? —me preguntaba yo, con la mandíbula contraída por los muchísimos nervios.

—Mujer, ¿a ti qué te tocaba ese hombre, César? Qué disgusto te has pillado, si ya había vivido su vida. Noventa y cinco años había cumplido, y bien hasta el final, ya firmaba yo—me comentó Blanca.

—¿De qué me estás hablando? César no me tocaba nada, pero tú me estás tocando el melocotón, por no decirte el higo, ¿dónde está, Thiago? ¿Me lo quieres decir ya?

—Ay, la leche, a Thiago se lo llevaron a ora habitación a primera hora de la mañana, tras el cambio de turno—me indicó Sara, otra de las enfermeras que vio el percal, y que me conocía.

En esas que llegaron Belén y Marcos, y se llevaron las manos a la cabeza cuando se enteraron de lo sucedido, cuidándome cantidad.

—Mira, Marcos, se ha desmayado de pensar que le hubiera sucedido algo a nuestro hijo, ¿no es una ricura de nuera? —le preguntó ella, cogiéndome por el brazo, cuando por fin me pude sentar, tras tanto vaivén.

—Sí que lo es, se nota de lejos que le quiere mucho—asintió él.

—Pues como nuestro hijo a ella, con la ilusión que le hacía presentárnosla, que ya lo tenía todo preparado—me comentaron y yo mirándolos, primera noticia que tenía.

—¿Sí, Belén?

—Sí, hija, es que no paraba de hablarnos de ti, él tiene muy claro que eres la mujer de su vida. Y va a luchar por ti, yo lo sé. Una madre sabe esas cosas, no me preguntes por qué, pero las sabe, y mi hijo se va a despertar muy pronto—se ilusionaba ella.

—Es que tiene toda la vida por delante, Belén, y es tan buen poli, ¿sabes qué? El barrio comienza a prosperar poco a poco. Se ha corrido la voz de que esa gentuza ya no está en las calles y los vecinos se han animado mucho al ver que incluso la gente quiere invertir, que se abrirán nuevos comercios. Si hasta por fin pondrán el ascensor en mi bloque, que no sé cuánto tiempo llevaba parado ese proyecto.

Manuela me lo había contado esa mañana, contentísima. Por fin las cosas comenzaban a marchar para todos, y gracias a Thiago, que se había dejado la vida (y podía ser que literalmente), para ello. Y también para salvar la de mi hermano, que eso no lo olvidaría yo en la vida.

—Nos alegramos mucho, guapa, mucho—me decían ellos.

Se veían muy buenas personas. De tal palo, tal astilla, de ahí el hijo que tenían. Aunque no solo ellos tenían un buen hijo, también en mi familia había una personita con un corazón de oro, como me enteré esa misma tarde.

David se sentó a mi lado, me sonrió y me cogió la mano.

—Hermana, yo no financié la moto como decía Susi, yo la pagué al canto, y mejor no te cuento de dónde salió el dinero. En el sitio ese donde voy a hacer el voluntariado, hay niños huérfanos, de padres drogadictos, y yo la he vendido para darles el dinero a esos niños. La moto a mí ya me quemaba en las manos—me confesó.

—Cariño, eres muy grande. No vuelvas a meterte en líos en la vida, ¿de veras lo hiciste por mí? ¿Por defenderme ante Cosme?

—Casi le parto la boca cuando habló así de ti, sí. Y necesitábamos el dinero para los cuidados de mamá. No obstante, luego me vi con la posibilidad de ganar pasta y me metí hasta en adobo, con Davinia detrás comiéndome la oreja. Si no llega a ser por ti y por Thiago—negaba él con la cabeza.

—Ya pasó, mi niño, ya pasó, pero no me des uno de esos sustos más nunca, ¿te has enterado? Porque no podría con él. Mira cómo estamos todavía, sin saber…

—Se va a despertar, Alba, te prometo que se va a despertar, porque Thiago no nos puede hacer esa faena ni a ti ni a mí—me sonreía nervioso.

Capítulo 32



La ansiedad me comía conforme pasaba el tiempo. De hecho, había tenido que pedir el resto de mis días acumulados de vacaciones, porque, pese a que todos me decían que se despertaría, que él estaba agarrado a la vida, se estaba tomando su tiempo.

Como tardara mucho en despertarse, yo pesaría el doble, porque me estaba aficionando muchísimo a las chocolatinas de la máquina de aquella planta de hospital de la que apenas me movía más que lo mínimo indispensable.

Lo del peso es un decir, porque no había engordado ni un gramo en aquellos días, sino todo lo contrario. En un momento en el que mi madre comenzaba a estar algo más repuesta, era yo quien terminaría necesitando un buen chute de potaje en vena, a consecuencia del sufrimiento.

Charlaba con una de las enfermeras en el pasillo, chocolatina en mano, a eso de las dos de la mañana, cuando tuve una premonición. Sí, sí, la tuve. Yo no creía demasiado en esas cosas y, sin embargo, algo me decía que

estaba a punto de llevarme una sorpresa. Y no, no me refiero a una como la que me dio Blanca cuando me dijo que Thiago había “fallecido”, no.

Yo solo sé que lo vi venir. Que nadie me pregunte cómo porque todavía, hoy en día, no tengo ni la menor idea. Solo sé que hablaba con la enfermera cuando ella misma me lo notó.

—Oye, ¿y se puede saber a qué viene esa sonrisita? —me preguntó.

—A que se va a despertar, Thiago se va a despertar—afirmé con la misma rotundidad que hubiese respondido a la pregunta de si era chocolate lo que portaba en las manos.

—Y no te imaginas la alegría que nos dará a todos cuando lo haga. Así me gusta verte, mujer, positiva—me indicó ella.

Evidentemente, no me había entendido. En nada tendría que darme la razón, porque era un hecho que no me había entendido. Yo lo que quería decir era que se despertaba, que Thiago se iba a despertar de forma inminente.

Los vellos los tenía de punta en el momento en el que entré en su habitación con esa total certeza, y entonces me senté a su lado, cogiéndole de la mano.

—Con lo que te gusta a ti el chocolate y mírate, dejando que me lo coma yo todo, ¿cuánto piensas tardar en abrir los ojos ya, cabezota? Oye, que, si

lo has hecho para que me asuste, te prometo que yo ya me he asustado, menuda bromita más larga—le contaba.

Y más que me asustaría porque, aunque algo en mi interior me decía que ya estaba hecho, que estaba a punto de abrir los ojos, a pesar de eso salí flechada para la puerta cuando, de golpe, los abrió de par en par, y se me quedó mirando fijamente.

Desde la puerta, y sin entender por qué me impresionaba tantísimo, comencé a chillar como en las pelis.

—¡Un médico, por favor, que venga un médico! — aunque cualquiera, al ver mi evidente estado de excitación, podría pensar que más bien era yo quien lo necesitaba.

Para colmo, estábamos en plena madrugada y debí despertar a media planta, tirando por la parte más corta.

—¿Qué te ocurre, Alba? —me preguntó Pablo.

—Vaya, por Dios, ¿no hay otro médico por ahí? —le respondí porque aquel, que era jovencito, también era muy sobón y parecía estar encaprichado de mí, por lo que me tomó de las manos.

—A mí nada, ¿no ves que estoy buenísima? —me salió sin pensarlo demasiado, queriendo decir que lo estaba de salud, aunque él lo interpretó como quiso interpretarlo, que para eso digo que era como un pulpo.

—Y tanto que lo estás, ¿qué puedo hacer por ti? —se me acercó más todavía, para mí que era su extraña manera de declarárseme o algo, así que estaba a punto de darle una patada en los cataplines para desencarajotarlo un poquito, cuando Thiago le habló.

—Soltarla, puedes comenzar por soltarla.

Me derretí, por Dios bendito que me derretí, y ya ni impresión ni leches, me fui para él y por poco lo violo allí en la cama, mientras el otro me ordenaba que me fuese de allí, que tenía que reconocerle.

—¿Reconocerle de qué? ¿Pues no estás viendo que es Thiago, chalado? Venga, déjate de tontunas y ya te puedes largar, que tenemos que recuperar el tiempo perdido—le pedí sin asuntar demasiado.

No estoy loca cuando digo que, pese a su evidente aturdimiento, al que estaría contribuyendo mi alocada actitud, le saqué una risa ya en un primer momento, que no sería más que el preludio de las muchísimas que tenía en mente sacarle a partir de entonces.

Finalmente, tuve que rendirme a la evidencia cuando llegó una legión de médicos y enfermeras que me indicaron que saliera.

—Porque me lo decís vosotros, pero yo no pensaba dejarle a solas con el salido ese, que mi chico igual no puede menearse todavía y le vendría de perlas—les explicaba yo sin que ellos me entendieran demasiado.

Tampoco entendía yo la jerga en la que ellos hablaban, así que daba igual. Qué cantidad de tecnicismos, cielos. Sin embargo, solo había que ver sus caras de felicidad iniciales para comprender que, a falta de hacerle mogollón de pruebas, todo parecía indicar que Thiago había salido bien de aquella.

Es que esa era la segunda parte. Hasta que no despertase, no se podía saber con certeza si le quedarían secuelas del fatal tiro, aunque yo podía avanzar que mudo no estaba, pues le escuché hablar alto y claro. También alto saltaba yo en aquella noche en la que todo era alegría y en la que comencé a hacer llamadas de teléfono a cascoporro, pues la noticia era de esas que terminarían saliendo hasta en las noticias, y literalmente, pues su sangrante caso había dado la vuelta al país.

Capítulo 33



Hay días felices… Y después estaba aquel.

Tras hacerle todo tipo de pruebas, los médicos determinaron que Thiago estaba más sano que una pera. Por lo visto, y aunque ellos lo explicaron de un modo que hacía falta estudiar una o dos décadas para entenderlo, lo que quisieron decir, en definitiva, es que tuvo más suerte que un quebrado.

En la habitación estábamos sus padres, mi madre y mi hermano a la mañana siguiente, todos contentísimos alrededor de él.

—Así que menos mal que te ha dado por abrir los ojos, macho, porque de esta me has quitado las ganas de tontear para los restos—chocó mi hermano con él los cinco, después de que los hubiese presentado un poco antes.

Es curioso que te presenten a la persona por la que ya has estado a punto de dar la vida. O quizás lo defina mejor el adjetivo paradójico, no sabría yo qué decir.

—Tú y yo tendremos una conversación muy seria cuando me encuentre mejor, que ahora me duele un poco la cabeza, no sé por qué será, chaval—le indicó Thiago, que bromista era un rato largo.

—Pues ni idea, porque yo no he puesto reguetón del bueno que, según mi hermana, es el que se lo causa a ella. Pero si quieres…

—No se te ocurra o tendré que echar mano del arma reglamentaria—le indicó él entre risas cuando Fernando, el comisario, entró en la habitación, acompañado de Samuel que a su vez venía con Susi.

—Tu arma reglamentaria está a buen recaudo, aunque me has demostrado ser lo suficientemente obstinado como para merecer volver a llevarla lo antes posible, ¿cómo estás? —el hombre le dio un abrazo.

Me pareció muy de padre y eso fue lo mismo que debieron pensar Marcos y Belén, quienes le agradecieron con rostro complacido el gesto tan cariñoso que tuvo con su hijo.

Quien también parecía complacida era mi madre, dado que era ver a Fernando y sonreír. Desde que murió mi padre, no le había visto sonreír así a ningún otro hombre.

Por lo que me había contado Samuel en aquellos días, durante las interminables charlas que mantuvimos en el hospital esperando que Thiago despertase, Fernando, pese a su elevada posición, era un hombre sencillo y campechano que no podía soportar los delirios de grandeza de su exmujer.

En mi madre, sin embargo, pese a ser una mujer que no poseía apenas nada, como ella decía, estaba encontrando a alguien con una riqueza que trascendía lo material, y que lo iba eclipsando día a día.

Hasta Thiago, que no sabía nada del asunto porque ni tiempo nos dio a comentárselo, me hizo un gesto sorprendido al ver cómo la saludaba y cómo ella se ruborizaba delante de todos.

Se le notaba, se le notaba el incipiente enamoramiento porque mi Encarni empezó a arreglarse cada un día un poco más para acudir al hospital, algo que me encantaba, porque la notaba feliz y contenta.

Quienes también habían vuelto a la vida eran Belén y Marcos. Su hijo nos miraba incrédulo por la buena relación que encontró al despertarse, cuando a él no le dio tiempo ni siquiera a presentarnos.

—Ya celebraremos algo todos juntos, hijo, porque tenemos mucho que celebrar—le decía su padre, feliz.

—Por ejemplo, la concesión a Thiago de la medalla al mérito policial, Marcos—se lo anunció Fernando de ese modo y Thiago se quedó sin habla por un momento, algo que nos asustó, aunque enseguida comprendimos que era solo la emoción y nada más.

—Sí, te la mereces más que nadie, salvaste a mi hermano y despistaste a los malos. Les hiciste creer que el resto podía relajarse y picaron el anzuelo

en otro lado del barrio—le expliqué.

—Kilos y kilos de polvo blanco en nuestro poder—añadió Fernando.

—Y no se refiere a tiza, que lo sepas. Tú has cambiado el barrio, tú has ayudado a hacerlo, al menos, y mucho—le indiqué.

—Con la ayuda de todos mis compañeros, por supuesto—humilde, miró a Samuel y a Fernando, un comisario que tampoco llevaba mucho tiempo allí y que ayudó a que el milagro fuera posible.

—Si hasta nos pondrán ascensor en breve, ¡ole mi yerno! —exclamó mi madre—. Y eso que yo siempre pensé que me haría viejita sin verlo, la verdad.

Fernando la miraba embelesado y debía pensar varias cosas: que ella estaba muy lejos de ser viejita y que al saber dónde estaría cuando lo fuese. Para mí que pensaba en todo eso cuando la miraba.

Por fin todo comenzaba a volver a estar donde debía estar. Los buenos con los buenos, y los malos con los malos.

Thiago, cogido a mi mano, no se separaba de mí, y por lo bajini me decía que todo era como un sueño.

No era un sueño, era una realidad, una realidad que él ayudó a construir y que hacía nuestro día a día mucho más bonito, después de las muchas calamidades que en mi familia habíamos pasado.

Lo único que me faltaba para sentirme la chica más feliz del globo era que se confirmase la total recuperación de mi madre, porque de hospitales estaba yo un tanto saturada y porque, por encima de todas las cosas, mi Encarni se merecía una segunda oportunidad para ser feliz.

No era solo Fernando quien la miraba a ella, por supuesto, sino que sus ojillos brillaban como los de una niña cuando se encontraba con los de él.

Dicen que la ilusión es la mejor medicina y, de ser así, mi madre ya estaría a un pasito de esa curación tan anhelada por todos y que sería el verdadero motivo de celebración en un momento en el que festejaríamos la vida, simple y llanamente.

En cuanto a Thiago, tan solo era cuestión de semanas que volviera a ser el que era. Sus entumecidos músculos necesitaban ponerse en forma, si bien eso sería pan comido para un deportista como él, con tanto espíritu de sacrificio.

Por lo que nos explicaron los médicos, fue toda una suerte que la bala se alojara donde lo hizo. Un centímetro más a un lado o a otro y podría haber sido mortal. Un golpe de suerte que agradeceríamos de por vida, porque vida era la que derrochaba Thiago.

Capítulo 34



Las cosas habían cambiado mucho en las últimas semanas. Y, por ello, fue mi madre quien insistió una barbaridad en que me quedara en su casa cuando Thiago salió del hospital.

Ese era el deseo de mi chico, pero una vez más, a mí se me dividía el corazón.

—Mamá, no puedo hacerlo, tú todavía me necesitas—le comentaba yo a pocas horas de la salida, con la cabeza hecha un lío.

—Te dejas ya de tonterías de una vez, y le haces caso a tu madre, ¿o es que ya he perdido toda la autoridad sobre mis hijos? —se quejaba.

—Igual es eso, vieja—le comentó David entre risas.

—Tú te callas, niño que, a ti, con lo bien que se te da meterte en líos, volveré a ponerte el control parental si es necesario, ¿me estás escuchando?

—Seguro que sí, mamá, te ha escuchado él y todo el hospital. Tú ya estás mejorcita, ¿eh? Vuelves a tener tu tono de voz ahí a lo Isabel Pantoja—le decía yo, porque casi me deja los oídos taponados.

—Sí, sí, ya la veo de nuevo a grito pelado en la ventana, llamándome como cuando tenía ocho años—reía David, que sabía que le caería una buena después de la que había liado.

—Y eso será si bajas, que ya veremos. A lo que íbamos, hija, que David estará conmigo—me comentó y yo la miré con cara de "¿En serio?"

—Mamá, venga ya, que el cabeza hueca de mi hermano tendrá otras virtudes, pero como enfermero no le veo…

—Tampoco necesito yo ya tantos cuidados, que las sesiones me afectan menos cada día. Y, además, tengo a Manuela allí conmigo, y a Luz Marina —me dijo por lo bajini tratando de que no la interrogase, algo que no logró.

—¿Qué has dicho? Eso me lo tienes que repetir, porque siento que me he perdido algo.

—Hija, no seas cotilla. Pues eso, que el otro día me planté en su casa con una olla con un buen cocido madrileño, para hacer un intercambio gastronómico. Vaya, para que vea que aquí también comemos de rechupete, que las arepas esas estarán buenas, pero lo que toca un buen cocido, ese resucita a un muerto.

—Vale, mamá, que es tu manera de decir que se lo llevaste para hacer las paces con ella, ¿no?

—Pues sí, hija, con ella y con su hijo, que lo puse verde al chaval y apenas si lo conocía. Bien majo que es. Y va a estudiar mecánica también, un módulo, de manera que será compañero de tu hermano, mira tú por dónde.

—Mira por dónde mamá—me tuve que reír porque ella sabía que metió la pata hasta el fondo y era su manera de sacarla, cosa que me alegró mucho.

Seguíamos enfrascadas en la conversación, y Fernando apareció por allí.

—¿Se puede saber de qué habláis? —nos saludó contento.

—Mi madre, Fernando, que quiere que me vaya a vivir con Thiago y yo no la quiero dejar sola, ¿tengo o no tengo razón? —esperé que me la diera.

—¿Sola? A mí me debe un paseo todas las tardes, así que no sé si tendrá tanto tiempo de estar sola.

—Ay, Fernando, con la de cosas que tú tendrás que hacer, que debes ser un hombre muy ocupado—se ruborizó ella como si fuera una chiquilla.

—Pues ya tengo una más, y de las que ilusionan, que no todo va a ser trabajar. Y tú Alba, ¿te quedas más tranquila si te digo que yo estaré muy

pendiente de tu madre?

—Ay, que me estáis convenciendo entre todos…

—Y yo no quiero presionar, pero estoy seguro de que me pondré mucho mejor si te tengo cerca a todas las horas. También me lo debes—me guiñó el ojo Thiago.

—Bonita manera de no presionar. Y es que encima me lo pides con esa cara y yo no te puedo decir que no—me abracé a él.

Sus padres, por supuesto, estaban más que dispuestos a llevárselo con ellos a casa hasta su total restablecimiento, pero él opinaba que se pondría bien mucho antes si yo era su enfermera particular.

Con esa premisa llegamos a su casa, en la que ese día aterricé con una sola bolsa de ropa.

—Esa será la primera, y luego otra, y luego otra, hasta que te lo traigas todo—me pidió él mientras me daba un largo e intenso beso.

—Pues entonces, ya puedes ir tirando todo lo tuyo, porque me vas a odiar, ¿tú sabes cuánto ocupa cada par de zapatos de tacón? ¿Te puedes hacer una idea? —reía yo.

—Lo único que puedo decirte es que estoy deseando saberlo. Quiero que esta sea tu casa y que te sientas tan a gusto en ella como yo me siento de que estés aquí.

—¿Y cómo no estarlo? ¿Tú sabes el miedo que pasé yo pensando en que quizás no te despertarías? Aunque no te he contado que tuve una premonición. Justo antes de que abrieras los ojos supe que ibas a hacerlo.

—¿Lo supiste y saliste corriendo como una condenada? ¿Tan feo estaba? ¿Así de mal me sienta el rapado de la cabeza? —me preguntó porque tuvieron que raparle a consecuencia de la herida.

—Tú estás guapo hasta metido en un traje de buzo, con eso te lo digo todo. Aunque a mí, como realmente me vuelves loquita, es de uniforme.

Capítulo 35



Y así, de uniforme, acudió semanas después a recoger esa medalla cuyo nombre exacto era la “orden al mérito policial”, y que estaba reservada ese día para mi chico, un policía que, sin lugar a ninguna duda, la merecía como el que más.

Fernando fue el encargado de entregársela, en presencia de otras autoridades, y yo no podía sentirme más orgullosa de él.

Mi madre a un lado, y mi hermano a otro, me arropaban en uno de los días más emocionantes de mi vida, igual que mis suegros, quienes no podían mostrarse más felices por los muchos méritos demostrados por su hijo.

Teníamos una última sorpresa para él, pues, una vez entregada la merecida condecoración, le conduje al barrio, donde la asociación de vecinos había preparado una fiesta en su honor.

Él se emocionó muchísimo al llegar, mirándome y negando con la cabeza.

—Esto es demasiado, te digo yo que es demasiado.

—¿Demasiado? Demasiado es haberle devuelto la ilusión a esta gente, que las señoras mayores puedan pasear por la calle sin que les den un tirón del bolso y las madres puedan ver cómo sus hijos juegan en la calle sin el peligro de pisar una jeringuilla, eso es demasiado.

Siempre he dicho que soy de llamar a las cosas por su nombre y así lo hice en aquella noche en la que nadie entendió de nacionalidades, pues todos estábamos celebrando un logro común: el de poder vivir en paz y armonía.

Mi madre, escoltada por Fernando, presumía de yerno por doquier. Luz Marina no tardó en acercársele y me dio mucha alegría verlas juntas.

—Una foto que demuestre la reconciliación—les pedí y, cuando vine a pulsar, ya se había metido Manuela también en la foto, con su habitual sentido del humor.

—Es que así está más bonita—me aseguró—, que yo sé posar en plan *influencer*.

—La abuela *influencer*, eso mola—asentí.

—Y a mucha honra, que mis nietos me tienen hasta el moño, pero con ellos solo me meto yo—me decía con una primera copita en la mano.

Fernando miraba a su alrededor y se mostraba satisfecho. Además, que estar al lado de mi madre le daba vida a ese hombre, lo mismo que al contrario. No se me pasó por alto que enseguida la cogió de la mano, en una imagen totalmente insólita para mí, que me llenó de alegría.

—Al final se nos casa tu madre, ya lo verás. Y lo malo es que se la lleve de mi lado, no la voy a echar nada de menos—me decía Manuela.

—¿Llevársela? Yo no sé si mi madre se casará o no con él, pero puedes jurar que le hará firmar una cláusula de que ella no sale del barrio ni a punta de pistola.

—Eso también es verdad, que el barrio es su vida. Qué guapa está, Alba, mírala…

No eran solo los kilitos que ya había ganado y las mechas nuevas que lucía sobre su rejuvenecedor corte de pelo, era la sonrisa feliz que adornaba su rostro.

En un momento dado, Fernando le dijo algo y ella se echó a llorar, sin más.

—Ay, Dios mío, ¿qué le ha dicho este hombre ahora? Yo no puedo con más sustos, Manuela.

—¿Sustos? Esas lágrimas son de alegría, corre a enterarte, niña.

Me acerqué a ellos y mi madre tenía un sobre en la mano, la cual le temblaba una barbaridad.

—Alba, cariño, que me dice Fernando que nos vamos unos días a Roma, que voy a visitar el Vaticano—me comentó entre lágrimas.

—¡Mamá! ¡Si ese es el sueño de tu vida! —le chillé yo como si tuviera un megáfono en la mano y me puse a dar saltos, que parecía que me habían dado corriente.

Thiago me vio desde lejos y me miró intrigado, no sabiendo qué pasaba.

—Aquí tu jefe, que se lleva a mi madre a Roma, a dar gracias en el Vaticano. Y mírala, no está contenta ni nada…

—¿No me digas? Pues yo también quiero que podamos hacer un viajecito tú y yo.

—¿Un viajecito? Si no me quedan días de vacaciones, los pillé todos cuando estabas en el hospital. Es más, les debo días. Por deber, debo hasta de callarme—me reí.

—Eso ya lo veremos. Tengo planes para nosotros y desde ya te aviso que no incluyen que nos quedemos sin vacaciones.

—Hija, si lo dice un policía condecorado, algo de razón llevará. Tú déjale a él, que parece que sabe lo que se dice.

—Y tú también pareces saber más de la cuenta, mamá, ¿es que me estoy perdiendo algo? —reí.

—¿Yo? A mí que me interroguen… Y si es posible, que lo haga cierto comisario—le guiñó el ojo.

—Por mí te llevo a la sala de interrogatorios en cuanto acabe la fiesta, guapísima, y tiro la llave—le faltó el tiempo para decir.

—Qué calentito está aquí el ambiente, Thiago. Y hablando de calentito, mira el niño…

David estaba con Nicolás, el hijo de Luz Marina, que le estaba presentando a un par de amigas suyas.

—Encarni, también son colombianas, al final tienes una nuera como yo, toma nota de lo que te digo—le bailó un poco Luz Marina, que no podía estar más feliz y risueña.

Nada más volverse la cogió Emilio, el dueño del super del barrio, quien llevaba buen rato mirándola y no se atrevió a acercarse hasta ese momento, poniéndose a bailar con ella.

A Luz Marina le agradó y yo estaba que no cabía en mí con tanta sorpresa. Parecía que en el ambiente habían repartido pasión y que esa nos alcanzaba a todos en una noche en que la alegría se convirtió en la reina.

El barrio ya no parecía el barrio, sino que era más bien una réplica de ese en el que antaño, la gente tenía muy poquito, pero derrochaba ilusión y felicidad por los cuatro costados. Yo podía palparla, quizás porque ya la llevaba dentro.

Capítulo 36



—Mira, Thiago, por ahí viene mi madre—le comenté al verla bajar del avión con Fernando.

Mi Encarni, entre otros lugares, habría ido al Vaticano, pero yo que la conocía estaba en condiciones de afirmar que en el avión se había hecho más famosa que el mismísimo Papa.

No me podía reír más al verla despidiéndose de todos, ya os digo yo que había animado el vuelo. Hasta la tripulación se despedía de ella con efusividad y yo no me podía sentir más satisfecha.

Había acabado un ciclo de la quimioterapia y eso le permitió volar a ese lugar de ensueño para ella.

Enseguida nos vio a Thiago y a mí, y comenzó a hacer aspavientos, que parecía que le faltaba el aire, aunque los verdaderos aspavientos los hizo al percatarse de que David no estaba con nosotros.

—¿Y el niño? ¿Y el niño? ¿Dónde está?

—Mamá, no me hagas reír—le comenté porque estaba buscando detrás de mí, como si David todavía fuera esa criatura que se pudiera esconder tras mis faldas—. El niño vuelve a trabajar en un taller todo el verano. Y ya tiene aceptada su solicitud en el módulo de mecánica para el curso que viene. Lo tengo más tieso que un ajo, ese no se atreve a replicarme—le sonreí y la besé.

—¿Todo bien, muchacho? —le preguntó Fernando a Thiago, a quien ya trataba con mucha familiaridad porque tirara para arriba, o tirara para abajo, nosotros íbamos a convertirnos en familia.

—Por aquí todo bien, comisario—le contestó él en broma, porque lógico que no solía llamarle así, Y, por lo que veo, por allí todavía mejor, ¿no?

—Yo vengo loquita, me he enamorado de todo aquello, os lo digo. Y cuando me vi en la Plaza de San Pedro, ¡ay, Dios mío! Qué emoción más grande, con ese Papa con tanto arte que tenemos ahora. Y la Encarni allí, que yo di una carrera que no me cogía ni un galgo para ponerme de las primeras.

—Eso, la tendríais que haber visto. Llamó la atención hasta de los guardias de seguridad, y eso que iba en tacones. Es que mi Encarni goza de una vitalidad que así me tiene, hecho un chaval—presumió él.

—Y así me tiene él, embobada. “Goza de una vitalidad”, dice, ¿es para comérselo o no es para comérselo? Con ese pico tan fino suyo.

Los dos estaban que morían de amor por el otro y yo por ellos, porque no podía imaginar una parejita más bonita.

Fernando aún no vivía con mi madre, aunque se veía a las claras que era cuestión de poco tiempo. En parte lo hacía porque, a pesar de todos los pesares, y por muchas tonterías que hubiese hecho, él respetaba mucho a mi hermano David, y no quería invadir su espacio entrando en casa como elefante por cacharrería. Despacito y buena letra—decía siempre el hombre.

Llegamos al barrio y, justo al pasar por la puerta del mercado, vimos que estaban desalojando uno de los puestos, con una furgoneta en la puerta.

—¡Arsa! ¡Aquí viene mi viajera preferida! ¿Cómo lo has pasado, cariño? —le preguntó Mari Carmen, la pescadera.

—No te lo puedes ni imaginar, tienes que ir, todo lo que se diga de aquello es poco. Y encima tan bien acompañada, el sueño de mi vida con regalo incluido. Mejor dicho, con unos pocos de regalos incluidos—le guiñó ella el ojo, pícara, aunque venía muy satisfecha y su comentario lo pillamos todos a la primera, incluido Fernando, que se doblaba en dos de la risa con su espontaneidad.

—Cuánto me alegro. Puses nada, mujer, por aquí liados, que José está desmantelando el puesto de las especias y las salazones, que ya le toca

jubilarse al pobre. Ochenta y cinco castañas que tiene y no había manera de echarlo de aquí, ¿tú has escuchado una cosa igual?

—Si es que este mercado es mucho mercado. Qué ganitas tengo yo de volver por aquí—miró ella hacia dentro con ojos brillantes.

—¿Y qué ocurre con ese puesto? —le preguntó Fernando a Mari Carmen, a quien ya conocía del día de la fiesta que le preparamos a Thiago.

—Pues que el hombre lo quería traspasar, pero no ha tenido éxito. Está pensando en otras alternativas, de ahí que saque todas las cosas…

—¿A ti te gusta su negocio? —le preguntó a mi madre.

—A mí sí, no requiere coger mucho peso ni nada, es tranquilito y, lo mejor de todo es que está enfrente del de mi Mari Carmen, ¿por qué? —le preguntó ella.

—Porque te lo regalo. Eso sí, solo si me prometes que meterás a alguien a trabajar hasta que tú estés buena del todo—la abrazó él.

—¿Cómo me vas a regalar un puesto? ¿Tú te has vuelto loco? —a ella le temblaba la barbilla, y a mí me temblaban las canillas.

—No te preocupes por eso, cuento con el dinero de una herencia, aparte de los ahorros de toda una vida, ¿a quién mejor hacerle un regalo que a ti?

Además, que así todo quedará en casa, porque yo me voy a casar contigo, más tarde o más temprano, yo me caso contigo—le dijo con esa solemnidad tan suya de comisario.

—Que no es la primera vez que lo dice, ¿eh? Que me lleva amenazando con eso desde que aterrizamos en Roma, y ahora me amenaza con esto otro, ¿qué hago yo con este hombre? —le preguntó mi madre a Mari Carmen, sin salir de su asombro.

—Buscarme otro igual, tú búscame otro igual…

Fue muy divertido porque, aunque Fernando era mucho más serio que ella, parecían un dúo humorístico, discutiendo los dos sobre si la operación podía o no hacerse, cuando lo cierto es que él decidió el traspaso en el momento y sin ningún género de duda.

A colación de que venían del Vaticano, le aseguró a mi madre que ya podía ella decir misa, pero que era un hecho y, es más, allí mismo habló de todos los pormenores con José, quien no dudó en decirle a su hijo que descargara todo lo que había metido en la furgoneta para devolverlo a un puesto en el que, unos meses después, mi madre tendría el mandil puesto y estaría pregonando, sintiéndose la reina del mundo.

Capítulo 37



Iba a ser el primer día de trabajo de mi madre en el puesto, y eso no nos lo perderíamos, era víspera de Navidades, y me levanté yo un tanto revuelta.

—Para mí que el *jet lag* ese me ha sentado fatal—le comenté yo.

Volvíamos de pasar unos días en el Caribe. Al final, ese viaje del que me habló Thiago meses atrás hubo de posponerse un poco, porque nuestra vida comenzó a cambiar, y lo hizo en todos los aspectos.

Para empezar, a Samuel y a él les asignaron el trabajo en una brigada específica antidroga, por los muchos méritos demostrados en el barrio. Ni mucho menos tuvieron que moverse de Madrid, porque eso nos habría fastidiado a todos y no era el caso.

Y, para terminar, mi chico me sorprendió con la idea, que no era negociable según él, de que tenía que dejar la fábrica de galletas y formarme como peluquera.

Al principio le discutí lo que no está escrito, porque sentía la necesidad de seguir llevando un sueldo a casa, pero él me hizo ver que cuanto mejor me fuera a mí en el futuro, mejor nos iría a ambos.

En el fondo tenía razón, porque yo ese futuro tan solo me lo imaginaba con él, así que me preparé para volver a coger los libros, algo que no pude hacer de jovencita.

Para colmo de mi felicidad, pude convencer a Susi para que estudiara un módulo de esteticista conmigo, con la idea de montar las dos un negocio cuando terminásemos.

Una más al cole, lo mismo que David, quien no podía estar más entusiasmado con su módulo de mecánica. Aunque, para verdadero entusiasmo el de mi madre, que veía el sueño de su vida cumplido ese día, a lo que había que añadirle que sus hijos también iban progresando.

Total, que en cuanto terminé mis exámenes, a mediados de diciembre, Thiago me sorprendió con un precioso viaje al Caribe del que acabábamos de volver, cumpliendo otro de los sueños de mi vida.

Era muy emocionante, además, porque mi madre, que por fin había acabado con la quimio y estaba limpia, comenzaría a trabajar ese día, pero no por eso prescindiría de la persona que le mantuvo el puesto abierto hasta entonces, ya que contrató a Luz Marina en tanto que ella no se pudiera incorporar.

Hubiera sido una crueldad echarla de allí, y más cuanto había llevado a cabo un trabajo formidable. Y eso que mi madre no vio con demasiados buenos ojos el incluir en el puesto ciertos productos típicos colombianos que terminaron siendo todo un éxito.

En adaptarse a los nuevos tiempos está la clave. Y mi madre supo hacerlo, como demostró durante esos meses.

Luz Marina no podía estar más contenta y mi Encarni… Mi Encarni no solo vendía salud, sino también felicidad.

Llegamos al mercado y yo revuelta seguía, aunque traté de disimularlo porque mi madre y Luz Marina estaban dando una copita para la gente. Ella era una mujer sencilla y así lo seguiría siendo por muy esposa de comisario en la que se convirtiera.

Por suerte, Fernando se había enamorado de ella y de su sencillez, por lo que el hombre se movía ya como pez en el agua en su entorno. El puesto se llamaba “Mis niños”, en un alarde de simplicidad, pero es que a mi Encarni no le pediríamos que se convirtiera en la Preysler, ni falta que le hacía a ella cambiar en nada.

Me vio avanzar y se vino para mí contentísima, guiñándome el ojo para que viera que David tenía cogida por la cintura a una de las chiquitas colombianas que conoció en la fiesta de Thiago, y a mí me hizo muchísima gracia.

—Mi niña, ya está aquí mi niña. Hija, ya estamos todos, qué alegría más grande, ¿qué te parece el uniforme que nos hemos puesto las dos? —me señaló a ella y a su ayudante, que lucían guapísimas.

—Ideales, mami, estáis ideales, no se puede estar más monas—le dije yo, sin ganas de beber de la copa que me puso en la mano, como si me causase cierto rechazo.

¿Os acordáis de la premonición que tuve el día que Thiago abrió los ojos? Pues eso debía venir de familia, porque nosotras teníamos algo, y no me preguntéis qué, pero éramos capaces de saber ciertas cosas antes de que ocurriesen.

Mi Encarni se me quedó mirando y me hizo una radiografía, con sus brillantes ojos en mí. Fernando nos vio en ese momento, y se acercó igualmente para darnos la bienvenida.

—Cariño—se dirigió a él—, ¿tú tienes ya ganas de ser abuelo? —le preguntó.

—¿Qué dices, preciosa mía? —nos miró a nosotros, que nos encogimos de hombros.

—Pues lo que digo es que esta niña está embarazada, se lo veo, tiene algo distinto—me puso las manos sobre el vientre.

—¿Embarazada? Mamá, si eso no puede ser, no lo teníamos previsto—le contesté como si tuviera una ecografía en la mano, que era lo más gracioso del asunto, puesto que no lo negué.

—¿Y qué, mi vida? No te creas que todas las cosas de la vida las tendrás proyectadas, las mejores llegan sin avisar—me contestó, mientras me hacía un gesto que me confirmaba que se refería a lo suyo con Fernando.

Miré a Thiago, y él me miró a mí. Nosotros, de niños, todavía no habíamos hablado nada de nada, aunque hay ciertas cosas que no se hablan en ocasiones, sino que simplemente suceden. Y entonces, lo importante, lo realmente importante, es saber si las deseas o no.

Yo detecté la felicidad en sus ojos y él en los míos. De ser así, la criatura nacería a finales del verano siguiente, y ya veríamos cómo nos las apañaríamos para que yo pudiera cursar el segundo año del módulo.

Para todo, para absolutamente todo en la vida, hay solución, menos para la muerte. Eso era algo que yo había aprendido, que lo tenía tatuado en mi mente, y comencé a reírme, con una risa tonta con la que contagié a todos.

Susi se acercó con Samuel, lo mismo que mi hermano y su chica. Diréis que estoy loca, y puede que lo esté, pero no ya por eso, sino por otras muchas cuestiones. Yo les di la noticia sobre la marcha, como si estuviera totalmente confirmada, porque lo cierto fue que, al decirlo mi madre, todo me encajó, y supe que esas sensaciones que estaba experimentando en mi cuerpo tenían mucho que ver con una nueva vida.

Si ya teníamos una buena fiesta montada, la terminamos montando triple, y no nos marchamos del mercado hasta que ya nos echaron, por jartibles, como dirían en Cádiz.

—¿Pasamos por una farmacia y compramos una prueba? —me ofreció Thiago esa tarde.

—No, no necesito ninguna prueba. Y no me mires así, que loca del todo no estoy.

—¿Y qué si lo estuvieras? Yo te querría igual. No te miro así por eso, sino porque soy inmensamente feliz contigo, ¿tú sabe a lo que me refiero? —paró el coche solo para besarme.

—Yo una ligera idea me voy haciendo, porque también te quiero a ti. En mi caso solo es un poquitín, pero te quiero—le dije entre bromas, besando al hombre de mi vida y al padre de mi futuro bebé, ese cuya llegada no había sido confirmada oficialmente, ni falta que me hacía. Yo ya sabía que venía en camino, y que remataría nuestra preciosa historia de amor.

Epílogo



Dos años después…

Mi Antonio corría por el centro de belleza y su padre detrás. Desde que comenzó a andar, enseguida corrió que se las peló, ese iba para atleta.

Escogimos el nombre de Antonio en honor a mi fallecido padre. El día que se lo dijimos a mi madre, que le dimos la noticia de que su nieto llevaría el nombre de su difunto marido, la emoción la embargó.

Fernando, sin duda, era el segundo gran amor de su vida, ese que vino a ocupar el inmenso hueco que en su día dejó mi padre.

Tocaba inaugurar nuestro centro de belleza y Susi estaba de los nervios.

—Estos dos traman algo—me decía en tanto esperábamos a la gente para dar una copa nosotras también, como en su día hiciera mi madre, que se había convertido en toda una empresaria.

Acudiría toda nuestra gente, esa que nos arropaba y que no podía faltar en un día tan especial en nuestras vidas, y entre las que se contaban mis suegros, que fueron de gran ayuda, junto a mi madre, a la hora de organizarnos para cuidar del bebé desde que nació.

—¿Y qué van a tramar? Si el mío no puede más que correr tras el crío y al tuyo le tienes como el chico de los recados. Ni tiempo de tramar tienen—le comenté entre risas porque no podíamos haber dado con un par mejor, todo se les hacía poco a la hora de vernos felices.

El salón quedó ideal y nuestro mucho esfuerzo se vio recompensado. Con Susi como socia, me sentía enormemente feliz, y más cuando todos comenzaron a llegar alabando el gusto que tuvimos para la decoración.

Llevábamos un buen rato rodeados de los nuestros cuando Fernando se dirigió a los chicos.

—Vosotros dos, ¿no teníais algo que pedirle a este par de preciosidades? Lo digo porque yo voy detrás, así que venga—les ordenó, como el comisario que era.

Thiago y Samuel se miraron, sabiendo que tanto para Susi como para mí se trataba de uno de los días más importantes de nuestras vidas y, al mismo tiempo, hincaron rodilla.

Mi amiga y yo nos quedamos impactadas porque no esperábamos algo así, una pedida tan romántica, y mucho menos a dúo.

—Como en las pelis, me da—me decía ella por lo bajini.

—Y a mí también me da. Cállate y no me pongas más nerviosa—le pedía yo.

El cuerpo entero nos temblaba como una hoja cuando sacaron sendos anillos de sus cajas y, coordinados, nos preguntaron si nos queríamos casar con ellos.

A dúo derramamos también ambas unas lagrimitas de felicidad antes de asentir, primero con la cabeza, y luego con palabras que terminaron en besos.

Todos aplaudieron porque fue una escena de lo más tierna e inesperada en un día que terminaron de convertir en perfecto, aunque la ovación fue todavía mayor cuando Fernando dio un paso al frente para pedirle, igualmente anillo en mano, matrimonio a mi madre.

Mi Encarni nos miró primero a mí, y luego a David (quien llevaba a su novia de la cintura), como si todavía nos tuviera que pedir permiso para ser feliz.

Ambos nos deshicimos en piropos hacia ellos dos mientras asentíamos y entonces le dio el “sí”, agarrada a su cuello y sin poder soltarle por la emoción.

Sí, era un día sumamente importante y se convirtió en el más ilusionante de todos. Tres, serían tres bodas, y fui yo misma quien propuse que podíamos celebrarlas el mismo día.

Todos estuvimos de acuerdo porque nuestras historias de amor comenzaron juntas y se sellarían juntas. Esos tres hombres llegaron prácticamente a la par con la intención de complementar nuestras vidas, que a partir de entonces tuvieron menos de lucha, y más de calma y de felicidad.

El destino también puso su granito de arena, no quiero ofenderle ni restarle méritos, puesto que alguno de nosotros (y más de uno), pudo quedarse en el camino y, sin embargo, todo disfrutaríamos de ese gran día, del día de nuestra triple boda.

Hasta nuestro niño, que nos tenía cautivados, aplaudió con ganas sin calibrar lo que allí estaba ocurriendo. Celebrábamos el triunfo del amor y, para mí, el amor tenía un nombre y no era otro que Thiago.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel